



# PLATEADO JAÉN

# PLATEADO JAÉN

Relatos de viajeros de habla inglesa  
Siglos XIX y XX



María Antonia López-Burgos del Barrio

# PLATEADO JAÉN

Relatos de viajeros de habla inglesa  
Siglos XIX y XX



© de la presente edición: Consejería de Turismo, Comercio y Deporte. Junta de Andalucía  
© Estudio preliminar, selección de textos y traducción: María Antonia López-Burgos del Barrio  
© de Ilustraciones y acuarelas: María Antonia López-Burgos del Barrio  
Diseño y producción editorial: Signatura Ediciones de Andalucía, S.L.

Depósito Legal: SE-3213-08  
ISBN: 978-84-89225-61-9

Impreso en España

*A Gabriel*

La autora

# ÍNDICE

# ÍNDICE

<b>Presentación institucional</b> .....	13
<b>Prólogo de Pedro Galera Andréu</b> .....	15
<b>Estudio preliminar de María Antonia López-Burgos del Barrio</b> .....	21
<b>Autores del siglo XIX</b>	
LADY ELIZABETH HOLLAND (1802-1803) .....	41
Breve referencia a Bailén .....	43
ROBERT SEMPLE (1809) .....	45
De Baena a Alcalá la Real .....	47
MICHAEL JOSEPH QUIN (1822-1823) .....	49
De Sierra Morena a Córdoba .....	51
CAPTAIN CHARLES ROCHFORD SCOTT (1822-1830) .....	57
De Andújar a Granada .....	59
SIR ARTHUR DE CAPELL BROOKE (1826-1827) .....	75
Andújar, Bailén y La Carolina .....	77
SAMUEL EDWARD COOK (1829-1832) .....	81
"La Sierra de Segura" .....	83
De Beas a Linares, Úbeda, Baeza y Jaén .....	93
Apéndice .....	96
HENRY DAVID INGLIS (1830) .....	97
De Sierra Morena a Córdoba .....	99
RICHARD FORD (1830-1833) .....	105
Ruta VIII: de Sevilla a Madrid .....	107
Ruta XII: de Córdoba a Granada .....	109
Ruta XIII: de Sevilla a Granada por Jaén .....	110



Ruta XIV: de Andújar a Granada . . . . .	111
Ruta XXVII: de Almería a Jaén. . . . .	114
GEORGE BORROW (1830) . . . . .	119
Desde Córdoba a Madrid con un contrabandista . . . . .	121
De Madrid a Sevilla . . . . .	123
MARTIN HAVERTY (1843) . . . . .	125
De Córdoba a Madrid por Andújar y Bailén. . . . .	127
SAMUEL EDWARD WIDDRINGTON (1843) . . . . .	133
De Granada a Jaén . . . . .	135
ROBERT DUNDAS MURRAY (1846-1847) . . . . .	139
Andújar . . . . .	141
WILLIAM GEORGE CLARK (1849). . . . .	155
Despeñaperros . . . . .	157
GEORGE ALEXANDER HOSKINS (1850). . . . .	159
De Córdoba a Bailén . . . . .	161
WILLIAM EDWARD BAXTER (1850-1851) . . . . .	165
De Granada a Despeñaperros . . . . .	167
LADY LOUISA TENISON (1850-1853) . . . . .	171
De Granada a Mengíbar y Bailén . . . . .	173
JOHN LEYCESTER ADOLPHUS (1856) . . . . .	179
Carta XIV: de Granada a Bailén . . . . .	181
Carta XV: de Bailén a Andújar . . . . .	184
A.C. ANDROS (1860). . . . .	187
De Granada a Córdoba. . . . .	189
HENRY BLACKBURN (1864) . . . . .	195
De Granada a Madrid . . . . .	197
HUGH JAMES ROSE (1873-1875) . . . . .	201
Ladrones en la sierra. . . . .	205
Estado de la sociedad en el corazón de Andalucía . . . . .	214
Las zonas mineras españolas . . . . .	216
Minas y mineros. . . . .	223
Los pozos . . . . .	234





CHARLES BOGUE LUFFMANN (1893) .....	249
Una noche en prisión .....	251
<b>Autores del siglo XX</b>	
LAURIE LEE (1935) .....	271
Un violinista y un vagabundo en Despeñaperros .....	273
P. JOHNSTON-SAINT (1946) .....	279
Perdidos por el camino .....	281
Sierra Morena guarida de bandoleros .....	284
GERALD BRENAN (1949) .....	285
Despeñaperros .....	287
SACHEVERELL SITWELL (1950) .....	289
Un recorrido imaginario por Úbeda y Baeza .....	291
La Virgen de la Cabeza .....	292
MACKINLEY HELM (1952) .....	293
Úbeda y Baeza: las hermanas olvidadas .....	295
HENRY VOLLAN MORTON (1955) .....	309
De Córdoba a Granada .....	311
JOHN HAYCRAFT (1958) .....	317
Homenaje a Antonio Machado en Baeza .....	319
ARLAND USSHER (1959) .....	325
Úbeda y Baeza .....	327
W.T. BLAKE (1960) .....	335
De Granada a Córdoba entre olivares .....	337
PENELOPE CHETWODE (1963) .....	341
Un carbonero en el camino .....	343
<b>Bibliografía. Fuentes Primarias</b> .....	357
<b>Bibliografía. Fuentes Secundarias</b> .....	361
<b>Otras obras de la autora</b> .....	363



# PRESENTACIÓN

Al margen, en su mayor parte y durante mucho tiempo, de los grandes caminos que cruzaban España, Jaén hizo buen pan de las tortas que tenía y conservó un inmenso patrimonio que, además de grande y singular, se extiende a lo largo de milenios.

La naturaleza reinó y reina en Cazorla y Segura protegiendo la cuna del río Guadalquivir y, a su lado, encontraremos ya las más altas expresiones artísticas de los Iberos: apenas traspasada la frontera que une Andalucía con Castilla, en Santa Elena, el Santuario del Collado de los Jardines o, muy cerca, el de los Altos del Sotillo, en Castellar, y luego el ancho muestrario que guarda el Museo de la capital con piezas tan excelsas como “El Lobo de Huelma”.

La huella de Al-Ándalus sigue marcada en Alcalá la Real –la antigua Alcalá de Abenzaide– que yergue su Mota sobre una peña, como Martos, signo de haber sido frontera con la Granada de los nazaries, una dinastía que tuvo su solar en Arjona.

Luego brillaron la Úbeda y la Baeza renacentistas –patrimonio ambas de la humanidad– y el sin par rosario de castillos que en realidad fueron palacios en cuanto los campos de batalla se alejaron. Ellas, junto con la ciudad de Jaén, guardan las obras geniales de nuestro mejor arquitecto del siglo XVI, Andrés de Vandelvira.

El camino entre la Meseta y el valle del Guadalquivir se convertiría en ruta real cuando Pablo de Olavide repoblara la zona en el siglo XVIII y, al mismo tiempo, la protegiera. Es entonces cuando comienzan a transitarla los viajeros románticos, atraídos por la imagen exótica de Andalucía, que componen esta antología minuciosa que María Antonia López-Burgos del Barrio dedica a los de pluma inglesa, ascendiendo un peldaño en esta colección en la que el poema de Manuel Machado “Canto a Andalucía” nos traza y subraya la ruta.

Que en esta etapa, la del Jaén Plateado, puedan disfrutar todos cuantos lean las impresiones que nos transmiten viajeros y viajeras de siglos pasados y que, en buena parte, podemos sentir todavía hoy.

Luciano Alonso Alonso  
*Consejero de Turismo, Comercio y Deporte*  
*Junta de Andalucía*



# PRÓLOGO

Entre las diversas acepciones etimológicas que se han querido para el nombre árabe de Jaén, *Yayyan*, la de “paso de caravanas” parece haber marcado el destino de esta bella y rica provincia andaluza. Situada al borde de la Meseta castellana, con el paso natural más frecuentado durante siglos para entrar en Andalucía, Despeñaperros, sus llanuras y suaves ondulaciones aceleraban la marcha de cuantos viajeros soñaban con las bellezas de Córdoba, Granada y Sevilla o necesitaban alcanzar las costas malagueñas, gaditanas u onubenses. Cercana a esas Mecas musulmanas de Granada o de Córdoba, paradójicamente resultaba lejana a los intereses de los ansiosos descubridores de aquellas gloriosas reliquias. Al trote de las caballerías o a la velocidad del automóvil, la imagen de este territorio percibida por el viajante era, y aún lo puede ser, el del espeso mar de olivos que en su fugaz travesía deja en nuestras retinas el centelleo blanquiverde de sus hojas: El poético “plateado Jaén”, retomado como título para este libro, que contiene las unas veces fugaces, y otras más detenidas, impresiones de aquellos ojos de mirada curiosa e infatigable venidos de allende de nuestras fronteras. No de cualquier país, sino de un ámbito muy concreto el angloparlante, británicos o norteamericanos.

La elección no es aleatoria, aunque muchas de las características de estos viajeros sean comunes a las de otros países o lugares, porque la capacidad de observación del inglés es proverbial y su curiosidad por todo o casi todo no parece tener colmo. “Curiosos impertinentes”, han sido denominados por un especialista en el tema, Ian Robertson, y también desde esa perspectiva le han interesado desde hace ya bastantes años a Miriam López-Burgos, profesora de Filología inglesa en la Universidad de Granada, volcada durante más de treinta años al estudio de este peculiar género de la literatura de viajes desde la vertiente anglosajona y con referencia especial a Andalucía, ya que ésta ha sido la principal atracción dentro de la geografía española para esos extranjeros. A su *Viajeros ingleses en la Granada de 1850* o las *Viajeras en la Alhambra*, publicada en esta misma colección, otros títulos, como *Por Tierra de Bandoleros* (Málaga, 2002) o *¡La bolsa o la vida!* (Málaga, 2004), son buena muestra de su especial conocimiento del tema en el que ha centrado su actividad investigadora a través de la colección *Viajeros ingleses por Andalucía*, que ella dirige y en la que van publicados ya más de una docena de libros.



La mirada británica y norteamericana se convierte, por tanto, en la más oportuna para rescatar la imagen de Jaén, un tanto desvanecida o casi inexistente en el rico caudal de la literatura de viajes, sobre todo extranjera, aunque recientemente se han llevado a cabo importantes recopilaciones, como la de Aurelio Valladares (*LA Provincia de Jaén en los libros de viajes*). Y es así, porque cuando la mayoría de nuestros visitantes se limitaban a cruzar la provincia de norte a sur o de este a oeste, siguiendo las rutas de Sevilla o de Granada, los viajeros británicos, si no todos, los hubo lo suficientemente curiosos para escudriñar en lugares recónditos e interesarse por aspectos sociológicos o económicos, menos comunes que aquellos paisajísticos y monumentales, que suelen centrar la atención del turista. Desde este punto de vista el intrépido capitán Samuel Cook, por ejemplo, llega al corazón de la Sierra de Segura en 1829 “¡el primer extranjero!” que llega a Orcera –según propia confesión– para conocer los que el mismo califica de principales bosques del sur de España, y con D. Inglis asistimos sorprendidos, por las mismas fechas, a la novedosa irrigación de una finca de olivar en el término de Marmolejo, propiedad del duque de Medinaceli, con palpables beneficios económicos. O Hugh J. Rose, capellán de las compañías mineras de Linares, quien en el último cuarto del siglo XIX desciende al fondo de las minas para conocer las condiciones de trabajo de tan duro oficio, describe las enfermedades dominantes derivadas del “saturnismo” por contaminación de plomo, y también el carácter y conducta social de estos trabajadores además de la radiografía de una ciudad emergente como Linares, con todos sus problemas de crecimiento rápido y hacinamiento humano. O ya en fechas más recientes, pasada la mitad del siglo XX, la no menos intrépida Penélope Chetwode adentrándose en Jaén por el extremo oriental, desde un destartalado Pozo Alcón hasta la pintoresca Quesada, donde descubre la pintura de Zabaleta, a lomos de una mula.

Por supuesto, la mayor parte de estos relatos se localizan en el eje Bailén-Andújar, el camino más transitado hacia el sur, con un hito trascendental: Despeñaperros, cuyo paso enardece la imaginación romántica por el pintoresquismo del paisaje y por la emoción del encuentro con el fiero bandolero; una doble atracción abismal tan diferente



estéticamente de la vivida por la Condesa D'Aulnoy, dos siglos antes, cuando nos dice que bajaba las cortinillas de su coche para no ver el desfiladero y el fondo del barranco. Luego, Bailén no satisface demasiado a la vista, aunque algunos digan haber visto allí por primera vez en su vida una palmera... ¡Primicias de Oriente!, que ya parece tocarse con la mano. Pero sobre todo lo que Bailén evocará en todo inglés, principalmente en los viajeros del Ochocientos, será la hazaña bélica de la derrota francesa, no siempre ensalzadora del valor o de la habilidad estratégica del ejército español, cuando no llega a ser planteada incluso como una victoria compartida con las tropas británicas. Andújar soporta un juicio desigual; para unos es una pequeña ciudad sin apenas interés, mientras que para otros es un lugar excepcionalmente limpio y donde el viajero puede encontrar un alojamiento digno, aparte de un cierto valor patrimonial.

En la otra ruta de mayor tránsito, la que desde Bailén parte hacia Granada, Jaén es el hito más significativo, aunque tampoco salga del todo bien parada. Para muchos es un mero alto en el camino en el que si apenas descienden del carruaje o se pasa de largo en el automóvil. La ciudad se percibe en la distancia, pintoresca para algunos e insulsa para otros, sólo la catedral merece los elogios de los atrevidos a andar la ciudad en una fugaz visita. Úbeda y Baeza, desplazadas de estos dos grandes ejes viarios, requieren un viaje transversal por la provincia, que los menos se plantean si bien los que llegan lo hacen por un interés artístico y conducidos por la recomendación del amigo o del entendido, al igual que también solía ocurrir con Jaén, y que como igualmente ocurre con las recomendaciones no siempre resultan lo satisfactorias que cabría esperar de los elogios previos.

El arte, no obstante, es un acicate para el viajero culto e incluso el menos culto y diría que el motivo principal por el que el turista puede variar una ruta y difícilmente puede tampoco obviar en el caminar rutinario. Así, por ejemplo, la anodina –para la mayoría– Bailén guarda sorpresas artísticas que el fino e irónico periodista Charles B. Luffmann descubre en las cajoneras renacentista de la sacristía de la iglesia. O Dundas Murria de la mano de un canónigo de Jaén entra su oratorio privado para admirar, según él, nada menos que un Velázquez. Este mismo autor, de indudable formación aunque



discutible juicio estético, aprecia una Andújar plateresca, en su conjunto, de mal gusto. Pero junto a esto encontramos críticas ajustadísimas en quienes no tenían especial formación artística, como el citado capitán Cook, ante la catedral de Jaén de cuya Sacristía dice tener unas proporciones admirables puramente de estilo clásico. Por cierto, que más de uno, casi a modo de tópico, no pueden evitar la comparación del templo jiennense con la catedral de San Pablo de Londres, aunque de menor tamaño.

Entre los viajeros del siglo XX el perfil del especialista en arte sustituye la apriorística mirada del romántico de la centuria anterior por el análisis más académico. De este modo asistimos a una perfecta descripción del palacio de Jabalquinto, en Baeza, de la mano del historiador Sacheverel Sitwell, que escribiría un significativo libro sobre el Barroco, en su visita a esta ciudad en 1950. Igualmente el norteamericano McKinley Helme, buen conocedor del arte hispanoamericano, hacía lo propio dos años después en Úbeda y Baeza.

No terminan aquí los aspectos de interés de estos relatos. El carácter, las condiciones de vida del pueblo español, jiennense en este caso, salpican constantemente las impresiones del viaje con sus luces y sombras: la proverbial generosidad y educación, fruto de una herencia oriental, desde su punto de vista; pero también la dejadez y la endémica pobreza llevada con mayor o menor dignidad, sin que tampoco se deje de ver de forma pintoresca, evocando incluso los cuadros de aquellos niños de la calle pintados por Murillo, y por supuesto la abigarrada atmósfera de olores y colores que inundan las calles tan diferente de sus ambientes de origen.

Con sus puntos en común con otras regiones y lugares de España, pero con una indudable originalidad también, Jaén recobra una imagen desconocida en muchos aspectos a través de estos relatos, que con perspicacia y habilidad Miriam López-Burgos ha sabido espigar y presentárnoslos en versión española directamente realizada por ella, gracias a su especialización filológica, pero enriquecida además con unas deliciosas viñetas, fruto de apuntes del natural tomados por la autora, que nos revela así su sensibilidad y su condición artística en pura sintonía con la ilustración del viaje,





inseparable sobre todo del viaje romántico, y que tan espléndidos álbumes y libros de viajes nos han dejado. Así, en la cuidada edición de este *Plateado Jaén* el lector podrá imaginativa y visualmente viajar por esta todavía desconocida, en muchos aspectos, provincia de Andalucía.

Pedro A. Galera Andreu



# ESTUDIO PRELIMINAR

Para el lector iniciado en el fascinante género literario de viajes<sup>1</sup>, decir que España ha sido el país del que más se escribió durante la segunda mitad del siglo XVIII, a lo largo de los siglos XIX y XX y uno de los que más se sigue escribiendo en la actualidad es obvio y de todos conocido. Pero para el lector profano en la materia que se acerca por primera vez a una antología de textos de viajeros por España debemos enmarcar el tema ofreciendo unas brevísimas pinceladas introductorias.

El impulso por viajar, ya fuese por necesidad o simplemente para satisfacer la curiosidad, ha sido una constante del ser humano a lo largo de la historia aunque no será hasta mediados del siglo XVII y sobre todo durante el siglo XVIII cuando se empieza a hacer cada vez más general la idea de que se puede viajar sólo por placer, y es entonces, cuando España, país que había permanecido al margen de las rutas culturales europeas, comienza a ejercer una poderosa atracción entre los viajeros procedentes del Reino Unido quienes, cansados de las comodidades y de los caminos trillados de los países que tradicionalmente se incluían en lo que se dio en denominar el *Grand Tour*<sup>2</sup>, ven en la Península Ibérica una tierra por descubrir.

Son cientos los viajeros que desde mediados del siglo XVIII y sobre todo durante el siglo XIX recorren España cuadernillo en mano, unos dibujando, otros escribiendo sus diarios, libros de bitácora coloristas y amenos, dejando constancia de haber realizado el viaje, pero ya fuese con el carboncillo, el pincel o la palabra, a todos les mueve el ánimo de llegar a lo más profundo del alma de esta tierra indómita y describir un país que,

---

1 Cada vez que emprendo la tarea de introducir un nuevo trabajo de literatura de viajes sobre algún tema o alguna zona geográfica concreta, me pregunto si debo "repetir" las observaciones generales que facilitarán la lectura al lector profano, o si por el contrario, debo obviar lo que entre los asiduos lectores es archiconocido y reiterativo y siempre termino ofreciendo unas brevísimas pinceladas sobre quiénes eran los viajeros, qué les traía a España y el por qué de la fascinación que ha ejercido España y lo español y sobre todo Andalucía y lo andaluz, a lo largo de las dos últimas centurias.

2 Los británicos fueron los creadores de lo que luego se llamó el Grand Tour, es decir, el viaje que realizaban por centro Europa los hijos de las familias nobles, una vez finalizados sus estudios. Lo que en el siglo XVII había sido un viaje minoritario, con el paso de los años se convirtió en un recorrido turístico que la moda extendió a los hijos de familias acomodadas y que solía incluir Los Países Bajos, algunos principados alemanes, Francia, Suiza e Italia. En este recorrido había dos ciudades clave: París y Roma. Para saber más del Grand Tour ver: FREIXA, C. *Los Ingleses y el arte de viajar*. Barcelona 1993.



aunque atrasado con respecto a otros países de Europa, les ofrece el orientalismo y el pintoresquismo que podían desear y que por encima de todo era un país que consideran “diferente”.

Viajaron por España infinidad de extranjeros sobre todo centroeuropeos, pero fueron sin embargo los que llegaron desde las Islas Británicas y un tanto en menor grado los norteamericanos, los que han dejado una producción literaria más amplia y continuada a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX.

Peter Besas afirma en la introducción a su obra *The Written Road to Spain*<sup>3</sup> «Los estantes de muchas bibliotecas y librerías crujen bajo el peso de libros de viaje y guías sobre España. Y cada año el número se va incrementando», aunque esto no es nuevo, durante la estancia de H. Willis Baxley en España entre los años 1871 y 1874, su amigo George H. Williams, *Earl of Baltimore* le escribió en estos términos<sup>4</sup>: «mira y anota tanto como te sea posible de ese país para tus amigos que no podemos estar contigo [...] sobre todo, observa y describe todo lo que te sea posible de Granada. Cuanto más mejor del estado pasado y presente de ese palacio árabe cuya historia ha sido tan rica en acontecimientos». Incluso Samuel Manning, autor de *Spanish Pictures*<sup>5</sup> dice en 1870: «Residentes y turistas en España, están comenzando a quejarse de la invasión de hordas del norte. Ahora nos podemos encontrar con numerosos viajeros ingleses y norteamericanos, no sólo en lugares tales como Granada y Sevilla, sino en Segovia, Ronda o Ávila y los libros de viajes por España se han multiplicado en proporción». Unos años más tarde fue Horatio H. Hammick<sup>6</sup>, administrador de las fincas españolas del Duque de Wellington quien nos dice: «No hay país sobre el que se escriban anualmente más libros que España».

Si tenemos en cuenta las dotes de observación que enriquecen el temperamento anglosajón, no es de extrañar que se dedicasen a *observar* y describir países extranjeros.

---

3 BESAS, P. *The Written Road to Spain* Madrid, 1988, pág. 13.

4 BAXLEY, H. W. *Spain, Art Remains and Art Realities* London, Longmans, Green and Co. 1875.

5 MANNING, S. *Spanish Pictures drawn with Pen and Pencil* London, The Religious Tract Society, 1870.

6 HAMMICK, H. *The Duke of Wellington Spanish's State* London, Spottishwoode, 1885.



Durante el siglo XIX y primeras décadas del XX, España ofrecía al viajero todo lo que podía soñar y era en Andalucía donde buscaban y encontraban las raíces románticas, se enaltece todo lo oriental, el mundo árabe, sus vestigios, sus restos arquitectónicos y su cultura adquieren un espacio predominante en sus diarios y cuadernos de dibujo que una vez de vuelta en sus países de origen publicaron convirtiéndose este género literario en un gran negocio editorial. Muchos publicaron sus *experiencias de viaje* movidos por un afán de ayudar a futuros viajeros a salvar todos y cada uno de los inconvenientes y dificultades por los que ellos habían pasado y que habían superado de forma heroica, apareciendo un gran número de libros con formato de guía en los que con tratamiento más o menos literario se daban itinerarios y distancias, los lugares dignos de mención, medios de transporte que incluían hasta los nombres de las mulas que tiraban de esta u otra diligencia, los ingredientes y precios de las comidas, consejos para evitar ser extorsionado en las posadas, si eran ruidosas o no las habitaciones de ventas, fondas o casas de pupilos etc... Otros publicaron con la intención de poner en letras de molde todo lo que habían sentido al viajar por una tierra con tantos contrastes y tan rica en matices, otros simplemente para que sus familiares y amigos pudiesen disfrutar de sus peripecias y aventuras en tierras tan lejanas sin ningún tipo de riesgo y desde la tranquilidad de sus hogares y otros, porque ya antes de emprender viaje tenían el compromiso con alguna de las editoriales que se dedicaban a este género literario y que proliferaron a lo largo de todo el siglo XIX en las principales capitales de Europa, sobre todo en la del Reino Unido. No debemos olvidar que habían nacido las sociedades geográficas y que en los círculos culturales de Londres los temas de conversación que se alejaban de la política se centraban en el arte, los viajes y los grandes descubrimientos.

Para estos viajeros, escritores y pintores, Andalucía representaba la imagen más estereotipada de España y muchos fueron los viajeros de épocas pretéritas que se aventuraron por los polvorientos y accidentados caminos andaluces en busca de las escondidas bellezas que libros escritos por anteriores viajeros les habían desvelado y de las que tanto habían oído hablar.

El que fuesen muchos los que emprendían su “aventura española” no quiere decir en absoluto que el viaje fuese fácil. Así pues, el viajero necesitaba tiempo, dinero y audacia dependiendo de la duración, la época y el momento del año en el que se iniciaba el viaje,



además de otros factores que si no eran imprescindibles, sí eran recomendables. Los primeros viajeros tenían que saber geografía, conocer algo de español y poseer ciertas habilidades sociales. También se esperaba que supieran cabalgar, nadar, hacer fuego, disparar una pistola o preparar una tortilla.

Con un cuaderno de notas siempre a mano, ya fuese escribiendo o dibujando, avanzaban por caminos y veredas dispuestos a dejar constancia de sus aventuras y dispuestos a narrar sus impresiones ante la grandiosidad de elevadas montañas, y de escarpadas y tenebrosas gargantas y desfiladeros, siempre animados ante la idea de ser los primeros en ofrecer una imagen insólita de los más recónditos y pintorescos rincones de toda la región y llegar a pueblos y ciudades cuyos nombres ya les hacían evocar historias de un pasado caballeresco y que habían ocupado un lugar imborrable en sus mentes desde los días de su más tierna infancia.

Mientras cabalga a lomos de acémilas o se traquetea en pesadas diligencias, el viajero va mostrando con imágenes o palabras los rasgos orográficos de las zonas por las que atraviesa. No había montaña ni valle, risco o cañada, río o torrente, que no quedase descrito. No había pueblo o aldea que no despertase el interés del visitante. Lugares apartados adquieren de la pluma de estos escritores un gran protagonismo literario y llenan las páginas de sus diarios de bocetos de fortalezas y palacios, de iglesias y catedrales, de conventos y casas solariegas y se esfuerzan en plasmar con mil palabras o con hábil carboncillo las retorcidas y fantasmagóricas formas de viejos olivos, de esbeltos cipreses y exóticas palmeras, y si bien hoy no nos extrañamos de que la mirada extranjera en ocasiones confunda realidad y ficción, y, siendo como somos conscientes de que sus juicios estaban distorsionados y que fueron los responsables de que corrieran por el mundo una serie de tópicos que no eran más que una parte ínfima de nuestra realidad, no podemos negar la validez de los datos que encierran.

Hombres y mujeres del otro lado de los Pirineos y de allende los mares hacen que vuelva a relucir el esplendor de Oriente como si el tiempo se hubiese detenido en épocas pretéritas y logran con la magia de sus plumas y pinceles, restaurar en sus mentes desmo-



ronados castillos, atalayas y ciudadelas, devolviendo a su lugar todas y cada una de las piedras que los siglos se habían encargado de destruir privándoles de su prístina belleza.

Los viajeros extranjeros como concienzudos notarios, van levantando acta de todo cuanto ven o medio ven, entienden o medio entienden, lo que sienten, lo que huelen o incluso lo que saborean. Viajeros que escribieron para lectores ávidos de otros mundos y que han contribuido a que España y todo lo español y por ende toda Andalucía y lo andaluz se conociera más allá de nuestras fronteras.

Viajar por España en la mente de muchos de ellos era viajar por Andalucía. Cuando durante las primeras décadas del siglo XIX procedentes de tierras castellanas los viajeros se iban acercando a Despeñaperros y a la zona norte de la provincia de Jaén, y conocedores de historias de atracos y asesinatos que los venteros y trajinantes de los caminos se habían encargado de contarles, no necesitan mucho para imaginarse en manos de alguno de los sanguinarios bandoleros que durante tales épocas infestaron y fueron el azote de esas sierras.

Así pues, no es de extrañar que dando rienda suelta a su imaginación, el asustado espíritu del enfervorecido viajero viera en cada uno de los arrieros y muleros con los que se cruzaba, un malhechor de fiera mirada y faca en la mano, que lo desvalijaría y lo llevaría a las montañas como rehén, o que incluso lo mataría en cualquier recodo del camino.

La romántica pluma del escritor, ávida de aventuras para llenar las páginas de sus diarios y ni que decir tiene, para sorprender a sus amigos y familiares o a futuros lectores, convierte al mayoral en elegante y atractivo majo y al campesino en noble y caballeresco bandolero cuya profunda mirada de azabache, caireles y sombrero catite le traen a la mente la imagen literaria del Botija, el Tempranillo, el Polinario o la de los “Siete Niños de Écija” que relatos escritos por anteriores viajeros, tanto para bien como para mal, habían hecho célebres más allá de nuestras fronteras.

Pero no siempre eran asaltadores los que les provocaban el terror. El viajero, traqueado, magullado, empaquetado y dolorido soporta el hedor de viejas y pesadas diligencias viendo cómo el vehículo con su tiro de ocho mulas, corría el riesgo de caer al vacío



en cada una de las curvas de los zigzagüeantes caminos, cuando al galope, éstas se ponían rebelonas. Otros avanzaban sigilosos por entre los peñascos cabalgando con o sin escolta por estrechas y escarpadas veredas con precipicios y barrancos que les dejaban sin respiración, mientras el guía disfrutaba asustando al indefenso viajero con macabros detalles de cruces delatorias de asesinatos y accidentes.

Pero una vez atravesado el temible desfiladero de Despeñaperros el pánico, expresado o no, deja paso a otros pensamientos y es la heroica gesta de la batalla de Bailén lo que ocupa la mente del viajero, quien con mayor o menor fidelidad histórica, va rememorando los acontecimientos que cambiaron el rumbo de la contienda y por ende el rumbo de la historia.

Una vez en Bailén, parada y fonda, el viajero que se dirige a la vecina Córdoba continuaba camino por Andújar avanzando acompañado por olivos centenarios de retorcidos y fantasmagóricos troncos, otros prosiguen viaje a Jaén donde más de uno se pierde entre sus callejas y donde no dejan de visitar la catedral y el castillo de Santa Catalina antes de continuar camino hasta Granada.

Al avanzar el siglo XIX contemplamos un cambio bastante significativo en lo que a los relatos de viaje se refiere. Las rutas se van haciendo cada vez más cómodas y seguras a decir de los viajeros que recorren las tierras andaluzas y vemos como tanto el viaje como el trayecto pierden importancia en el conjunto de las narraciones. Los caminos ya no son tan peligrosos como solían serlo, o al menos la presencia de la Guardia Civil en las zonas más solitarias les hace pensar que el recorrido será bastante más seguro de lo que lo era en épocas anteriores. La mejora en las infraestructuras y en las instalaciones hoteleras son factores decisivos que se suman para facilitar a los intrépidos “turistas” sus desplazamientos y sus estancias en las distintas ciudades.

Las diligencias y las galeras siguen siendo durante todo el siglo XIX, e incluso a principios del XX el mayor sufrimiento al que se enfrenta el viajero. Un viaje en diligencia o en galera es sinónimo de magulladuras, terribles dolores de huesos y todo lo que podamos imaginar puesto que éstas no habían mejorado con el paso del tiempo. En este largo período las diligencias seguían siendo vehículos lentos y pesados, estudios





perfectos de equilibrio en los que sorprende su estabilidad cuando se amontonan en lo alto todo tipo de mercancías. El estado de los caminos no ayudaba a mejorar y suavizar el traqueteo del carruaje. El viajero, y ni que decir tiene la viajera, se sienten doloridos, apretujados e indefensos ante tanta incomodidad.

Toda la provincia de Jaén despierta el interés de los viajeros que atravesaron sus tierras y que supieron admirar las joyas arquitectónicas de ciudades como Úbeda y Baeza. Los hubo que describieron los impresionantes robledales y zonas boscosas de las sierras de Cazorla, Segura y las Villas y quien incluso llegó a introducirse en uno de los pozos del distrito minero de Linares.

*Plateado Jaén. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX*<sup>7</sup> recoge las narraciones de 31 viajeros, hombres y mujeres que visitaron Jaén y su provincia, que escribieron sus experiencias y que nos han legado unos relatos de incalculable valor y 31 dibujos a plumilla, aguada y acuarela que yo misma he ido realizando de Jaén y de algunos de los rincones que más me han interesado de los pueblos que he visitado y que son mi aportación personal a los relatos.

Una vez seleccionados los libros, todos ellos ediciones originales en lengua inglesa, he traducido los textos manteniendo a conciencia el estilo narrativo de cada uno de viajeros que aquí presento sin que en ningún momento haya sido mi deseo glosar los relatos sino presentar la traducción lo más literal posible con la intención de que el lector pueda distinguir entre los distintos estilos literarios de los viajeros y poder comprobar que algunos estaban dotados de un buen hacer literario y que también los hubo que

---

7 Existen numerosos y valiosos estudios sobre viajeros en Jaén y su provincia que ponen de manifiesto el interés que suscita este género literario entre los investigadores. Algunos de estos se han centrado en zonas y comarcas concretas de la provincia, otros por el contrario presentan un tratamiento más generalizado. En ocasiones la limitación se ha establecido con respecto a la época de realización del viaje o incluso a la procedencia lingüística del viajero. De cualquier forma todos ellos han contribuido, en mayor o menor escala, a que se conozca la imagen suscitada en el viajero nacional o extranjero que ha visitado esta histórica y fascinante provincia, encrucijada de caminos. Los trabajos sobre el tema de Jaén y su provincia publicados más recientemente son: J. Ruiz Mas (1994 y 1995); M.P. Ruiz Mas (1996); M. Amezcua (1997); C. Medina Casado (1999); A. Valladares Reguero (2002) y R. San Martín Vadillo (2004).



carecían completamente de él. Las traducciones a su vez ayudan a investigadores de las más diversas disciplinas: biólogos, geólogos, historiadores, sociólogos, historiadores del arte, urbanistas, arquitectos y un largo etcétera, quienes podrán aproximarse a los libros y utilizar cuantos datos esconden estos textos, fuente de información de incalculable valor para toda persona interesada en conocer el estado en el que se encontraba Andalucía y en el caso que nos atañe, la ciudad de Jaén y los diversos pueblos de su provincia en épocas pretéritas, sobre todo si tenemos en cuenta que estos viajeros no escribían para españoles y que podían ser todo lo *sinceros* que deseaban amparados siempre en el anonimato que el hecho de escribir en inglés y para sus compatriotas les proporcionaba.

Por otro lado, quien se acerque a esta antología como libro de esparcimiento encontrará relatos amenos, llenos de entretenidas anécdotas, retrato que tan bien ha sabido poner en letras de molde la mirada escrutadora de estos viajeros curiosos, impertinentes o no, pero siempre entusiastas que dieron rienda suelta a sus ensoñaciones cuando viajaron por tierras jienenses.

He mantenido la grafía de los topónimos del original inglés, aunque en algunos casos incluyo la corrección entre [...]. No he convertido las medidas de longitud al sistema métrico para no romper el estilo de la narración. Aporto una serie de datos bio-bibliográficos de cada uno de los autores con objeto de ayudar al lector a situarse y conocer el contexto y los motivos de viaje de quien escribe.

En *Plateado Jaén. Relatos de viajeros de habla inglesa. Siglos XIX y XX* unas veces leemos descripciones de experiencias vividas por el propio viajero durante las largas y tediosas jornadas de viaje, otras relatos de hechos históricos acaecidos en tiempos pasados, y otras los paisajes y monumentos de Jaén y su provincia son los que adquieren protagonismo literario dando pie a páginas que nos ofrecen la imagen de lo que el visitante vio y sintió a su paso por esta tierra tan interesante y que tanto ha fascinado a los viajeros.

He seguido un orden cronológico para presentar los distintos relatos tomando como referencia las fechas de realización de los viajes o períodos de estancia más o menos dilatados y también he intentado mantener la cronología de publicación de las primeras



ediciones, si bien en algunos relatos vemos como las fechas se solapan. En ocasiones cuando la fecha del viaje es mucho anterior a la publicación de la obra fruto del mismo, he optado por dar prioridad a la fecha del viaje.

Los 31 dibujos que ilustran esta obra son mi aportación personal e individual a un trabajo de investigación sobre literatura de viajeros por España al que he dedicado más de tres décadas de mi vida. Esta pasión por la literatura de viajes y por el dibujo y la acuarela que he mantenido, mantengo y espero mantener como ocurre con los grandes amores, con el tiempo se va haciendo cada vez más profunda.

\*\*\*

El primer relato que presento es una brevísima referencia a Bailén de **Lady Elizabeth Holland** cuyo diario se publicó bajo el título *Journal of Elizabeth Lady Holland* aunque en esta obra se omiten los dos viajes que el matrimonio realizó a España, el primero entre 1802 y 1805 y el segundo entre 1808 y 1809. En 1910 el Earl of Ilchester editó en Londres *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland* en el que se recogen las experiencias vividas en España durante el primero de estos dos viajes. Ellos conocieron una España de buenas comidas, residencias inmejorables y de viajes cómodos. Su obra, al igual que la de otras damas, está llena de apuntes referentes a la vida social del país, a los tipos de casas, fiestas y posadas, sin prestar mucha atención a la erudición histórico-geográfica.

El segundo relato pertenece a **Robert Semple**, autor entre otras obras de *Observations on a Journey through Spain and Italy to Naples, and thence to Smyrna and Constantinople, in 1805*; Londres, 1807 y *A Second Journey in Spain in the Spring of 1809, &c.* Londres, 1809 (Segunda edición 1812) en la cual narra su viaje entre Baena y Alcalá la Real donde se detuvieron. Al igual que le había ocurrido en otros pueblos y antes de desmontar ya había recibido numerosas invitaciones de vecinos para pasar la noche en sus casas.

Catorce años más tarde, exactamente en 1823, mientras **Michael Joseph Quin** permanecía en Madrid tuvo noticias de que el Gobierno se iba a trasladar a Sevilla y que el Rey partiría inmediatamente. Quin decidió emprender viaje también para poder observar cuanto pudiera. Tardó cuatro días entre Madrid y Sevilla y al ir acercándose a Sierra



Morena toma conciencia de lo arriesgado de la aventura puesto que ésta era guarida de los más fieros bandoleros. Autor de *A Visit to Spain*, Londres 1823, cuenta como al llegar a Santa Elena se detuvieron para cambiar los caballos. A primeras horas de la mañana llegaron a La Carolina, población que describe de forma detallada. Atravesaron Carboneros y Guarromán y dice que cerca de Bailén el paisaje va perdiendo interés. Cruzaron el Río de las Piedras por un estrecho puente y finalmente llegaron a Andújar situado en una de las márgenes del río Guadalquivir, donde Quin relata la estafa de la que fue víctima el administrador de la oficina de la diligencia.

El Capitán **Charles Rochfort Scott** permaneció en la Guarnición de Gibraltar entre los años 1822 y 1830. Durante todo este tiempo fueron varias las excursiones que realizó por las zonas altas de Andalucía.

De su obra *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada with Characteristic Sketches of the Inhabitants of the South of Spain*, Londres 1838, he seleccionado el texto que recoge su viaje desde Aldea del Río [*sic.* por Villa del Río] a Andújar. El capitán Scott ofrece una detallada descripción del antiguo emplazamiento de este lugar y del origen de su nombre. Desde Andújar continuaron camino hacia Granada por la carretera de Jaén. En Torredonjimeno se detuvieron para pasar la noche y fue en ese pueblo donde fueron víctimas de un exhaustivo interrogatorio por parte de las autoridades para permitirles llegar hasta la posada.

Llegaron a Jaén, ciudad que califica de *muy interesante*, y se refiere al hecho de haber sido mencionada con frecuencia por los historiadores romanos y apunta que su situación es extremadamente pintoresca. Describe el castillo de Santa Catalina, la catedral, el *Santo Rostro* así como el *Parador de los Caballeros*. Continuaron camino hasta Granada y describen El *castillo de la Guardia* y la *venta del Puerto Suelo*.

En 1831 apareció en Londres *Sketches in Spain and Morocco*, obra de **Sir Arthur de Capell Brooke** de la que he seleccionado un texto en el que relata su viaje entre Córdoba y Madrid a su paso por Andújar, Bailén, La Carolina y Sierra Morena entre 1826 y 1827.



La siguiente narración pertenece a **Samuel Edward Cook** escritor de temas sobre España y autor de *Sketches in Spain During the Years 1829, 30, 31 and 32*, Londres 1834. De esta obra he seleccionado la descripción que hace de la sierra de Segura a donde se dirigió con objeto de ver los magníficos bosques de los que tanto le habían hablado mientras permaneció en Córdoba y explorar los nacimientos de los ríos Guadiana, Segura y Guadalquivir.

Entre la primavera y el otoño de 1830 viajó por España **Henry David Inglis**, autor de *Spain in 1830*, Londres 1831. En noviembre, cuando ya habían remitido los calores del verano como para justificar un cambio de aires, emprendió viaje desde las elevadas mesetas castellanas hacia las cálidas costas de Andalucía. En Ocaña conoció al famoso bandolero “El Polinario” quien le aseguró que al llegar a venta de Cárdenas al día siguiente tendría una cama preparada y que podría dormir tranquilo sin miedo a ser atacado. A la mañana siguiente, muy temprano, volvió a emprender camino a lomos de una mula con rumbo a Santa Elena y Bailén con un guía natural de Andújar.

Entre 1830 y 1833 permaneció en España **Richard Ford**, controvertido autor del *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home*, Londres 1845, obra que alcanzó gran popularidad en su tiempo y que se puede considerar el libro de viajes por España por antonomasia. Edición esta de la que he seleccionado las rutas en las que se describe Jaén y su provincia<sup>8</sup>.

En compañía de un contrabandista viajó cargado de biblias entre Córdoba y Madrid el célebre **George Borrow**, autor de *The Bible in Spain or, the Journeys, Adventures and Imprisonments of an Englisman in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula* publicada en Londres en 1842. George Borrow había permanecido en la Península

---

8 En la correspondencia que Richard Ford mantuvo con su amigo Addington editada en 1905 por R.E.Prothero con el título *The Letters of Richard Ford* hay numerosas referencias a Jaén y a su provincia cuando un asustado Ford viajaba siempre esperando ser atacado por “El Botija”, bandolero que en la época que nos ocupa tenía aterrorizada toda la zona. No incluyo en esta antología sobre Jaén y su provincia estos relatos, que ya recogí en tres de mis obras anteriores, a saber: López-Burgos M.A. *Por Tierras de Bandoleros/Travelling Through a Land of Bandits*. Málaga y Lucena 2002; ¡*La Bolsa o la Vida!* Málaga 2003 y la edición inglesa *Stand and Deliver* Málaga 2004.



Ibérica durante cinco años y en la primavera de 1840 volvió a Inglaterra. En el capítulo XVIII, describe su paso por Andújar, Bailén, La Carolina y Despeñaperros donde hace referencia a un espantoso atraco cometido el día anterior a su llegada.

En 1843 viajó por España el historiador **Martin Haverty**, autor de *Wanderings in Spain in 1843*, Londres 1847. Desde Córdoba prosiguió camino hacia Madrid describiendo su paso por Andújar y Bailén. En Andújar entabló conversación en latín con un antiguo misionero que se encontraba en un lamentable estado de miseria y que se cubría con una harapienta capa negra. En Bailén tuvo que soportar la tensión que surgió de una acalorada discusión entre dos de los ocupantes de la diligencia, un lugarteniente español y un comerciante francés.

El siguiente relato pertenece a la obra *Spain and the Spaniards in 1843*, de **Samuel Edward Widdrington**, quien, con su antiguo apellido **Cook**, ya había viajado por España entre 1829 y 1832. Durante su viaje entre Granada y Madrid, a su paso por Campillo de Arenas, este destacado autor de temas sobre España describe su encuentro con el Gobernador Civil de la provincia y posteriormente con el ayuda de campo del Capitán General que se dirigían a Granada con intención de sofocar un intento de insurrección.

Entre 1846 y 1847 viajó por España **Robert Dundas Murray**, autor de la obra *The Cities and Wilds of Andalusia*, Londres 1849. Desde Córdoba viajó hasta Jaén describiendo Andújar, Arjonilla, Jaén, Torredelcampo y Torredonjimeno. En Andújar disfruto observando bailar a bonitas muchachas y en Jaén un sacerdote de la catedral le hizo de cicerone e incluso le invitó a pasar la tarde en su casa.

**William George Clark**, hombre de letras, estuvo en España entre junio y octubre de 1849. Fruto de ese viaje escribió *Gazpacho or Summer Months in Spain*, Londres 1850. Después de permanecer cierto tiempo en Madrid emprendió viaje hacia Andalucía. Clark apunta que gracias al magnífico papel que la Guardia Civil estaba haciendo, un viajero ya podía disfrutar del impresionante escenario de Despeñaperros sin sentir miedo por su propia seguridad. Cuando llegaron a Santa Elena todo el pueblo estaba en plena efervescencia ya que estaban preparando una corrida de toros. A media noche se



volvieron a poner en camino escoltados por dos hombres con trabucos. Clark se quedó dormido en la diligencia hasta casi las seis de la mañana y cuando se despertó lamentó haber pasado sin ver Jaén.

El siguiente relato pertenece a **George Alexander Hoskins** experto en arte y antigüedades que viajó por España junto a su esposa en 1850. Fruto de este viaje apareció la obra *Spain as it Is* publicada en Londres en 1851. Procedente de Córdoba describe su paso por Bailén, Guarromán, La Carolina y Despeñaperros. A la salida de Córdoba dice que se desmayó al entrar en la diligencia y que estuvo a punto de abandonar las plazas que habían reservado de no haber sido por Mr. L que tenía una botella de buen brandy que le ayudó a reanimarse.

**William Edward Baxter** autor de *The Tagus and the Tiber*, Londres 1852, había viajado por España entre 1850 y 1851. Desde Granada decide viajar a Madrid y describe su paso por Bailén, La Carolina y Despeñaperros. Baxter viajaba en la diligencia que cubría este trayecto y que estaba tirada por cinco caballos y cuatro mulas. Durante un buen trecho tuvo que permanecer agarrado con todas sus fuerzas porque dice que el vehículo se movía tanto que daba la impresión de que se iba a poner patas arriba en cualquier momento.

Le llega el turno al relato de una dama, **Lady Louisa Tenison**, autora de la obra *Castile and Andalusia*, Londres 1853, quien describe sus experiencias de viaje entre Granada y Bailén. Lady Tenison permaneció en España entre 1850 y 1853. Antes de llegar a Bailén, uno de los ocupantes de la diligencia se entretuvo contando relatos de hazañas y atracos perpetrados por bandoleros, de escapadas por los pelos y extrañas aventuras, suficientes como para ponerles los nervios de punta teniendo en cuenta, como dice Lady Tenison, la oscuridad de la noche y lo solitario de la zona.

**John Leycester Adolphus**, abogado y escritor, viajó por España entre 1856 y 1857. Durante estas dos cortas vacaciones fue escribiendo una serie de cartas para entretenimiento de sus familiares y amigos que luego publicó con el título de *Letters from Spain in 1856 and 1857*, Londres 1858. Desde Granada viajó a Córdoba describiendo su paso por Jaén, Bailén, Andújar y Aldea del Río.



El siguiente relato pertenece a la obra *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain*, Londres 1860, cuyo autor, **A.C. Andros** viajó junto a dos amigos entre Granada y Bailén rumbo a Córdoba.

**Henry Blackburn**, autor de *Travelling in Spain in the Present Day*, Londres 1866, viajó por España en otoño de 1864 y dice que “los viajeros que llegaban a los Pirineos y al sur de Francia se veían tentados de visitar España por la gran profusión de carteles por los caminos que anunciaban que había finalizado la comunicación entre París y Madrid por ferrocarril, y que se había establecido una línea regular entre ambas capitales”. Muchos de nosotros, habíamos visto “algo de España” el “Puerto de Benasque” o “El Glaciar de Gavarnie”, y algunos habían visitado la bahía de San Sebastián antes de hacerse el ferrocarril.

De *Travelling in Spain in the Present Day* he seleccionado un relato en el que describe la diligencia que cubría el trayecto entre Granada y Madrid y su paso por Jaén.

**Hugh James Rose** capellán de las compañías mineras inglesas, francesas y alemanas de Linares, es el autor de la obra *Untrodden Spain and her Black Country being Sketches of the Life and Character of the Spaniard of the Interior* publicada en dos volúmenes en Londres en 1875. Hugh James Rose antes de publicar esta colección de artículos dice que los envió para su revisión a un inglés que había vivido en España durante veinte años y que éste le dijo: “Son realmente verídicos”.

Fueron muchas las razones que hicieron que este capellán inglés aceptara una oferta de empleo en un distrito minero del interior de España. Una de ellas fue su deseo de ver otras tierras y conocer otras gentes. España aparecía en todos los periódicos ingleses como una tierra en la que reinaba la anarquía, los derramamientos de sangre y la agitación. Pero, quizás, esto sólo servía para incrementar el deseo de visitarla, “tierra de bailes y coplas, la tierra del olivo y la vid, la tierra donde desde 711 d.C. al 1492 las costumbres paganas, cristianas, árabes y españolas convivieron unas al lado de otras, la tierra de los calores tropicales y de las nieves perpetuas de Sierra Nevada, de todo aquello que el corazón ha deseado ver desde siempre y que ahora tenía la posibilidad de hacerlo”. Mientras estaba en Linares tuvo un altercado con bandoleros que relata con todo lujo de detalles.





**Charles Bogue Luffmann** viajó por España en julio de 1893 durante 145 días y sus noches. Autor de *A Vagabond in Spain*, Londres 1895, esta obra está dedicada a sus anfitriones en España y a su compañero *Durandal*, su bastón. El objeto de su viaje fue investigar todo cuanto se refiere al desarrollo de la agricultura y a los procedimientos empleados en este territorio para la publicación de un tratado y un libro de viajes.

Dando un salto en el tiempo llegamos al siglo XX. España continua atrayendo las miradas de viajeros que se interesan por las costumbres y paisajes de esta tierra unas veces incomprendida, otras veces denostada y maltratada, pero que nunca dejó indiferente al visitante. El primer relato que he seleccionado pertenece a la obra *As I Walked out One Midsummer Morning*, Londres 1969 cuyo autor **Laurie Lee** recoge sus experiencias vividas en la España de 1935 y 1936, cuando, desde Vigo al Mediterráneo, tocando el violín, recorrió un país amenazado por la guerra. De esta obra he seleccionado un texto en el que se describe su paso por Sierra Morena.

Unos años más tarde **P. Johnston-Saint**, autor de *Castanets and Carnations*, London 1946, viajaba desde Francia a Sevilla por las costas levantinas con la intención de asistir a las procesiones de Semana Santa y descubrir personajes típicos como toreros y gitanos. De esta obra he seleccionado dos textos. En el primero el autor narra su viaje entre Córdoba y Granada y la manera en que se perdieron por el camino cuando intentaban llegar a Jaén. El segundo recoge el terror que les produjo atravesar Sierra Morena.

En febrero de 1949 el célebre **Gerald Brenan** volvió a España junto a su esposa. Fruto de este viaje es la obra *The Face of Spain*, Londres 1950, en la que recoge las experiencias de esta visita a La Alpujarra y a tierras malagueñas. He seleccionado un episodio en el que se pone de manifiesto cómo seguía vivo el terror al bandolero de épocas pasadas que siente Brenan al atravesar Despeñaperros mientras viajaba en el tren que cubría el trayecto entre Madrid y Córdoba.

El siguiente texto fue escrito por **Sacheverell Sitwell**, autor de *Spain*, Londres 1950. Esta obra es resultado de muchos viajes por España. El primero tuvo lugar entre marzo y abril de 1919, inmediatamente después de finalizada la Primera Guerra Mundial. En 1926



volvió después de un viaje a Portugal, y al año siguiente, cuando regresaba de Marruecos. Pero fue durante las primaveras de 1948 y 1949 cuando recorrió España completamente y apunta que sólo le quedaban por ver las ciudades de Huesca, Pamplona, Morella y Tarazona. Durante estos dos últimos viajes Sacheverell Sitwell gozó de la hospitalidad que le fue ofrecida en la red de Albergues y Paradores de la Dirección General de Turismo (entonces dirigida por Luis Bolín, a quien dedica el libro). He seleccionado dos breves narraciones. La primera cuando reflexiona sobre lo que le habría gustado visitar las ciudades de Úbeda y Baeza y el otro cuando describe el santuario de La Virgen de la Cabeza.

En 1952 se publicó la obra *Spring in Spain* del norteamericano **Mackinley Helm** quien ofrece un detallado recorrido por Úbeda y Baeza a las que denomina *las hermanas olvidadas*.

El siguiente relato describe el viaje de **Henry Vollan Morton** entre Córdoba y Granada a su paso Jaén seleccionado de la obra *A Stranger in Spain* publicada en Londres en 1955. En esta ciudad estuvo paseando por sus empinadas calles y describe una fila de tiendas de aspecto próspero que iban subiendo hacia la catedral que dice que parece sólo un poco más pequeña que la de San Pablo. Entabló conversación con el dueño de una almazara que le invitó amablemente a que la visitara dando pie a una extensa descripción del proceso de molturación de la aceituna.

**John Haycraft** se había trasladado a España con su esposa Brita en 1953 con intención de vivir en alguna de las ciudades de Andalucía. Autor de *Babel in Spain*, Londres 1958, esta obra recoge sus experiencias como profesor de inglés en Córdoba. Mientras permanecían en esta ciudad decidieron ir a Baeza a tomar parte en la conmemoración del aniversario en honor del poeta Antonio Machado.

El siguiente relato es el que nos ofrece **Arland Ussher**, autor de *Spanish Mercy*, Londres 1959. Este filósofo y crítico de arte, especialista en Gaélico al volver desde Málaga a Madrid decidió hacer una escala a mitad de camino escogiendo para ello visitar Úbeda y Baeza lugares repletos de palacios renacentistas que quedaban a poca distancia de la línea principal del ferrocarril.



**W.T. Blake** cuya relación con España había comenzado en 1921, volvió años más tarde cuando España decidió abrir sus puertas para que el mundo entero conociera las maravillas que atesoraba y organizó el Patronato Nacional de Turismo. Autor de *Spanish Journey or Springtime in Spain*, Londres 1957, este libro recoge sus dos últimas visitas a España, aunque apunta que a veces incluye incidentes que habían tenido lugar veinticinco años antes. El Mayor Blake y su esposa R., viajaron en coche por toda la geografía española, experiencia que dio lugar a la obra de la que hemos extraído una brevísima referencia al trayecto entre Granada y Córdoba.

Por último **Lady Penelope Chetwode**, autora de una obra singular *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* fruto de un viaje a caballo realizado en 1963. Esta intrépida dama se adentra en los más recónditos rincones de Andalucía. Se aloja en posadas mugrientas y sencillas que habían cambiado muy poco desde los días en que escritores como Ford o Borrow las describieron. He seleccionado para terminar esta antología de relatos sobre Jaén y su provincia el encuentro que Lady Penelope tuvo con un carbonero en la zona de Pozo Alcón.

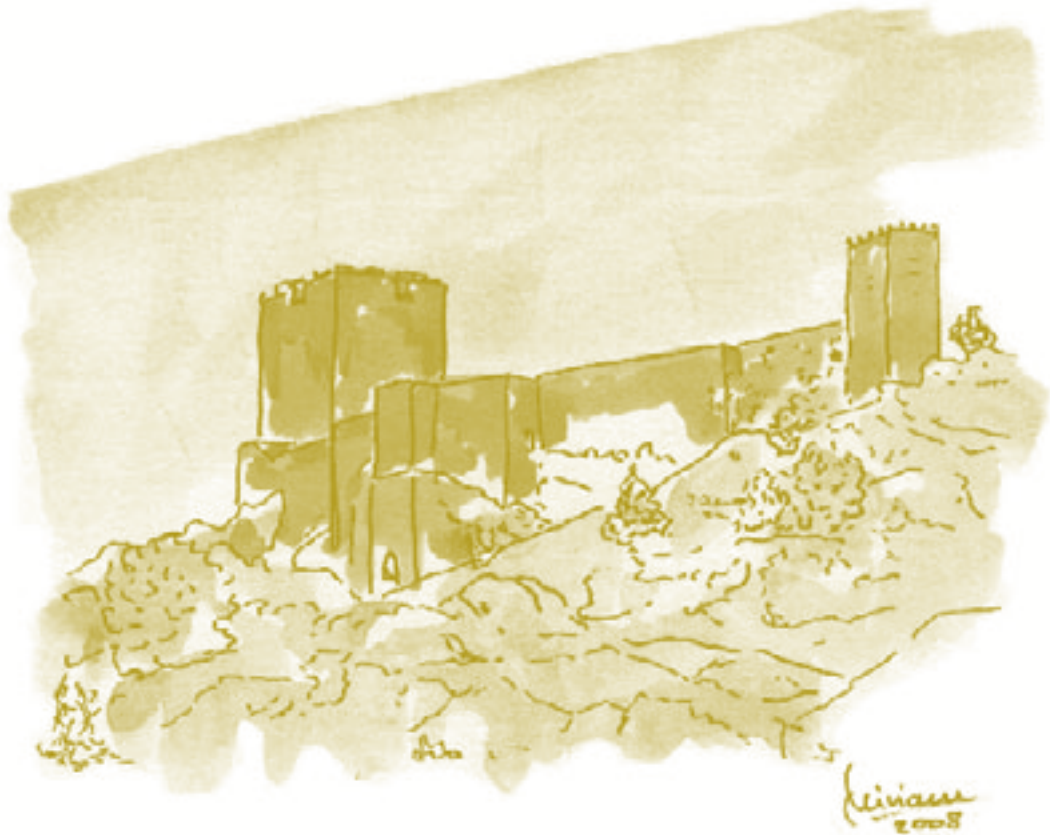
Al ofrecer estos relatos para entretenimiento de los lectores que se acerquen a ellos, ha sido mi deseo despertar en el viajero del siglo XXI el amor por los viajes a través de las rutas menos transitadas. Hacer que se adentre por los caminos rurales andaluces e inducirle a que saboree ese otro modo de viajar lento y pausado. Animarlo a que emprenda esos viajes que se hacen sin prisas y en los que el trotamundos descubre rincones en los que parece que el tiempo se ha detenido. Invitarlo a que conozca la inagotable riqueza gastronómica de Jaén y su provincia avalada por cientos de años de tradición y guardada celosamente en sus apartados rincones. Hacerle que paladee sus exquisitas variedades de aceite y que no deje de probar los ricos caldos de estas tierras andaluzas que saben mejor cuando se beben cerca de la barrica que los ha contenido durante tantos y tantos años.

María Antonia López-Burgos del Barrio



# AUTORES DEL SIGLO XIX

## AUTORES DEL SIGLO XIX



CASTILLO DE SANTA CATALINA (JAÉN)

## LADY HOLLAND (1802-1803)

Elizabeth, Lady Holland (1770-1845) estuvo casada con Henry Richard Vassall Fox, tercer Barón Holland (1773-1840) político y cronista de hechos políticos. A Lord Holland se le recuerda como mecenas literario, siendo sus contribuciones a la historia político social auténticas y de gran brillantez.

Elizabeth fue famosa como anfitriona. Su diario se publicó bajo el título de *Journal of Elizabeth Lady Holland*. Este es de gran interés, aunque se omite lo referente a dos viajes que los Holland realizaron por la Península Ibérica, el primero en 1802 y 1803, y el segundo 1807 y 1808, y que aparece en *The Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland*<sup>9</sup>, editado por el Earl of Ilchester, Londres, 1910, en el que el editor explica que ha omitido o acortado los detalles menos importantes en la medida en que le ha sido posible, dedicándose con más profundidad a narrar los incidentes que le han parecido de especial interés o los que estaban relacionados con el carácter y las costumbres de los españoles.

Las anécdotas y los “cotilleos” de la Corte pueden ser de interés para los descendientes de los implicados, por lo que, dice el editor, ha intentado de forma somera, identificar a los miembros de las familias a las que se hace referencia.

El viaje que los Holland realizaron en 1802 se debió a que su hijo Charles se encontraba delicado de salud y les habían recomendado que pasara una temporada en clima cálido.

---

9 HOLLAND, Lady Elizabeth Vassall Fox (1770-1845). *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland*, Edited by The Earl of Ilchester. Longmans, Green and Co. London 1910.





IGLESIA DE LA ENCARNACIÓN EN BAILÉN



## BREVE REFERENCIA A BAILÉN

El siete de junio de 1803 los Holland llegaron a Bailén: La posada estaba llena de soldados y presidiarios [sic galeotes] seiscientas almas en total, 400 reclusos. Se veía que estaban en una situación lamentable y se dice que solían ser cruelmente tratados por sus guardines; uno acababa de morir y otro murió durante la noche. Se trataba de un importante envío procedente de Madrid y con rumbo a Málaga. Los contrabandistas y los ladrones llevaban grilletes, los asesinos al igual que los que habían cometido faltas menores sólo estaban atados y se les permitía una mayor licencia por su desgracia. El ocho de junio llegaron a La Concepción de Almuradiel y al día siguiente a Valdepeñas.



CASTILLO DE LA MOTA (ALCALÁ LA REAL)

## ROBERT SEMPLE (1809)

Viajero (1776-1816) y presidente de la Compañía de la Bahía de Hudson. Sus padres, británicos, fueron hechos prisioneros durante la Guerra de la Independencia norteamericana. Robert Semple nació en Boston, Massachussets en 1766. Educado para la actividad mercantil, estaba asociado con empresas londinenses y viajaba constantemente debido a sus negocios recogiendo sus impresiones y aventuras en relatos cortos y sencillos que tuvieron una buena acogida.

En 1803 vuelve a Londres y en 1805 hace un viaje a través de España e Italia hasta Nápoles y desde allí a Esmirna y Constantinopla. En 1808 y 1809 realiza su segundo viaje a Portugal y España visitando Gibraltar y Tánger. En 1810 viajó a las Antillas y a Brasil y estuvo en Caracas y Venezuela a comienzos de la sublevación contra España. En 1813 hizo un aventurado viaje en la retaguardia de las fuerzas aliadas desde Hamburgo por Berlín a Gotemburgo; en esta ocasión Lord Cathcart le tomó por espía norteamericano y lo arrestó.

En 1815 fue elegido presidente de las factorías y territorios de la Compañía de la Bahía de Hudson. Salió de Inglaterra en junio y llegó a *Red River* en septiembre y no dejó de viajar hasta que al año siguiente, cuando salió con un grupo de hombres a enfrentarse a una caravana de la Compañía *North-West* con la que la Hudson había mantenido un litigio desde hacía bastante tiempo, fue herido de bala y murió a los pocos días. Incluso sus oponentes admitieron que Semple, en su corto período como presidente fue justo y honorable.

Autor de las obras *Walks and Sketches at the Cape of Good Hope, &c.* Londres 1803; *Observations on a Journey through Spain and Italy to Naples, and thence to Smyrna and Constantinople, in 1805* Londres, 1807; *A Second Journey in Spain in the Spring of 1809,*



*etc.*<sup>10</sup> Londres, 1809. *Sketch of the Present State of Caracas*, London, 1812; *Observations made of a Tour from Hamburg through Berlin to Gothemburg* Londres, 1814. Autor también de la novela *Charles Ellis, or the Friends*, Londres 1814<sup>11</sup>.

---

10 SEMPLE, Robert *A Second Journey in Spain in the Spring of 1809; From Lisbon Through the Western Skirts of the Sierra Morena, to Sevilla, Cordoba, Granada, Malaga, and Gibraltar; and thence to Tetuan and Tangier*. C. and R. Baldwin, London, 1810.

11 Dictionary of the National Biography. Vol. 17.(págs. 1179-1180).



## DE BAENA A ALCALÁ LA REAL

Nos pusimos en camino a la salida del sol. Alcaudete apareció en todo lo alto entre las montañas justo después de salir de Baena. Aquí por primera vez vi los monumentos vivientes de la laboriosidad árabe en el arte del regadío con el agua que iba corriendo a ambos lados del camino a través de acequias. Desde ellas se distribuía por innumerables canales a través de los campos y plantaciones. El pueblo me pareció limpio y bien construido. La gente me ofrecía “a la manera española” todo lo que poseía, aunque yo, que no tenía el más mínimo interés en aprovecharme, sólo deseaba salir de allí lo antes posible. A media legua después de pasar Alcalá pude ver Sierra Nevada por primera vez. Subiendo desde lo más profundo del valle, asados de calor, esta sierra cubierta de nieve se me apareció al principio como una maravillosa nube de deslumbrante blanco por encima de las cumbres de las montañas. No fue hasta que seguimos subiendo que el perfil de las ondulantes montañas y elevados picos, se fue haciendo más nítido y definido, por lo que pude convencerme de que lo que había visto era algo más que una masa de nubes. En estas blancas montañas que se levantaban sobre las demás había algo de desolación mezclado con lo sublime de su apariencia. Era evidente que ningún ser humano podría vivir allí; deben ser la morada del perpetuo silencio y la muerte. Parecía como si incluso las aves del firmamento, al cruzar el océano, podrían perecer en su intento de atravesar esos desiertos de nieve.

Alcalá la Real, el primer pueblo de Granada<sup>12</sup> en esta dirección, se encuentra situado en parte en la ladera de una colina y en parte en una hondonada, rodeado de montañas muy escarpadas y románticas que parecen ser las únicas zonas elevadas entre Córdoba y Granada. En la cumbre del monte sobre el que se encuentra

---

12 En la división territorial llevada a cabo por Francisco Javier de Burgos en 1833, Alcalá la Real, hasta entonces perteneciente a Granada, fue incluida en la provincia de Jaén.

situado el pueblo hay un antiguo castillo en ruinas. Debido a su elevada situación sobre el nivel del mar el aire era muy frío. Los habitantes estaban embozados en sus capas y tiritando de frío, aunque para mí era simplemente vigorizante. Al igual que en otros pueblos, antes de desmontar ya había recibido numerosas invitaciones. Acepté la de don Francisco de Paula de Robles a quien acompañé a su casa. Éste había sido soldado en su juventud e incluso había luchado contra los ingleses, pero su entusiasmo actual se había incrementado mucho en favor de esta nación, que él declaró que nunca había podido considerarla a fondo tan hostil como la suya propia. Encontré su casa limpia y bien amueblada y fui recibido por su esposa con el mayor agrado y cortesía. En poco tiempo me pusieron delante la mejor comida que yo había visto desde que salí de Lisboa. Mi anfitriona me ofreció sus más escogidas frutas; sus mejores conservas, el vino más viejo, los mejores licores..., todo fue colocado sobre la mesa y, al igual que ocurre entre las hospitalarias gentes de los Highlands<sup>13</sup> me vi presionado con insistencia a probar cada una de las especialidades. Después acompañado por su atento guía fuimos a visitar el convento de los franciscanos. Aquí pude observar que las gradaciones en rango en estas instituciones, el estricto respeto y obediencia ejercido por los superiores, las tareas normales que tenían que realizar, sus horas asignadas, sus celdas, sus hábitos, todo tendía a formar sólo regimientos de hombres holgazanes, cuyas monótonas ocupaciones sólo podían tender a esclavizar y a degradar la mente. Por la noche mi nuevo amigo insistió en que lo acompañase a su casa, donde me ofrecieron una cena excelente y donde su atenta anfitriona me repitió todos los cumplidos.

Sierra Nevada se levantaba más allá y parecía que sobresalía por encima de todo el conjunto, aunque aún nos encontrábamos a una distancia de unas diez leguas.

---

13 Zonas altas de Escocia.

## MICHAEL JOSEPH QUIN (1822-1823)

Viajero y escritor de temas políticos, nació en 1796. Ejerció la abogacía en *Lincoln's Inn*. Dedicado a la literatura son numerosas sus contribuciones a publicaciones periódicas. Al mismo tiempo viajó por Europa en múltiples ocasiones. Perteneciente a la Royal Society of Literature, muchos de sus mejores artículos sobre política exterior aparecieron en el *Morning Chronicle*. Fue también durante algún tiempo colaborador del *Morning Herald*. Durante siete años, 1825-1832, editó la *Monthly Review* y fue el primer editor de la *Dublin Review* publicación que comenzó su tirada en 1836. Como escritor de viajes podemos citar las siguientes obras: *A Visit to Spain*<sup>14</sup>, Londres 1823; *A Steam Voyage down the Danube. With Sketches of Hungary, Wallashia, Servia and Turkey*, Londres 1835 y *Steam Voyages on the Seine, the Moselle, and the Rhine; with railroad visits to the principal cities of Belgium*, Londres 1843. Murió en Bolougne-sur-Mer en 1843.

Durante los cinco meses que permaneció en España primero residió en Madrid desde donde visitó El Escorial y Guadalajara; luego, cuando tuvo noticias de que el Gobierno se iba a trasladar a Sevilla y que el Rey partiría inmediatamente, Quin decidió viajar hasta allí para poder observar cuanto pudiera. Visitó Cádiz, volviendo a Sevilla después de una corta estancia. Volvió a Madrid y emprendió su vuelta a Londres. Los cuatro días que duró su viaje desde Madrid a Sevilla fue consciente durante todo el trayecto de la gran aventura que suponía cruzar *Sierra Morena*, guarida de los más fieros y sanguinarios bandoleros.

---

14 QUIN, M.J. *A Visit to Spain, detailing the transactions which occurred during a residence in that country in the latter part of 1822 and the first four months of 1823 with an account of the removal of the Court from Madrid to Seville; and notices of the manners, customs, costume and music of the Country* Hurst, Robinson and Co. London 1823.







## DE SIERRA MORENA A CÓRDOBA<sup>15</sup>

Antes del reinado de Carlos III Sierra Morena era famosa por sus numerosos y desesperados grupos de bandoleros, pero ese monarca, ilustrado y activo, pobló las montañas con gentes trabajadoras, en su mayoría alemanes, a los que invitó. Después de pasar el pueblo y de atravesar algunas colinas durante el espacio de dos leguas, llegamos a la Venta de Cárdenas donde comienza Sierra Morena. Por el nombre de Venta se entiende por lo general un lugar de hospedaje que está aislado en la carretera a cierta distancia de las otras casas; si estuviera junto a otras casas, como en los pueblos, entonces se llamaría una posada. La Venta de Cárdenas es un solo edificio de forma alargada. La parte central, junto con uno de los lados está destinada a las carretas, carruajes, y a las mulas; en el otro lado hay algunas alcobas pequeñas, una cocina y otras habitaciones. El interior del tejado estaba casi completamente lleno de nidos de golondrinas y los pájaros animaban este solitario lugar con sus cantos e incesante actividad.

Aquí estábamos a los pies de Sierra Morena, escenario de ese magnífico episodio de Don Quijote que ha servido como trabajo preliminar para el popular drama de los Bandoleros. Las montañas aún no habían alcanzado una altitud considerable. Eran escarpadas y estaban cubiertas de arbustos, aunque de vez en cuando se podían observar trozos de verdes pastizales. Después de tomarnos un chocolate volvimos a emprender la marcha y pronto comenzamos a ascender a las montañas más altas y al ir cruzándolas, pudimos comprobar que la carretera era magnífica. En algunos lugares se había construido un muro hacia arriba desde el fondo del preci-

---

15 Este relato se puede encontrar en: López-Burgos, M.A *Por Tierras de Bandoleros/Travelling Through a Land of Bandits*. Fundación para el desarrollo de los Pueblos de la Ruta del Tempranillo y Airón 60. Lucena y Málaga 2002 y en López-Burgos, M.A *¡La Bolsa o la Vida! Bandoleros y Atracadores de caminos en los relatos de viajeros ingleses en la Andalucía del siglo XIX*. Málaga. Caligrama Eds. 2003.

picio para sostener la carretera que va serpenteando a lo largo de su cima; en otros lugares, se habían quitado algunas rocas para proporcionarle anchura suficiente.

La subida es tan pronunciada que los viajeros y los arrieros, que acabamos de pasar en la carretera más baja, de repente se pudieron ver reducidos a la mitad de su tamaño. Aún no había amanecido completamente y de vez en cuando observábamos hombres sentados o durmiendo alrededor de fuegos que habían hecho en algunas de las oquedades de las rocas. Un viajero que fuese solo y que no estuviese acostumbrado se habría sentido bastante alarmado al encontrarse con estos grupos en un lugar tan peligroso como Sierra Morena. Debido a las herramientas que pudimos ver que tenían cerca y a la actividad de algunos que habían comenzado antes, pronto nos dimos cuenta de que estaban empleados en la reparación de la carretera para cuando pasara el Rey. Donde ésta tenía muchos baches para un carruaje iban esparciendo capas de tierra e iban picando las piedras que sobresalían y que podrían hacer que el enfermo real se fuera traqueteando.

Cuando el sol se iba elevando encontramos varios grupos de hombres que estaban empleados en esto y vimos a sus mujeres y niños que iban subidos en burros hacia donde estaban ellos con provisiones para el día. A veces una madre iba en el mismo burro con sus dos niños, uno llevaba el pan, otro un pellejo de vino y el tercero les iba acompañando, por miedo a que permaneciera solo en la casa. En estas montañas también pudimos ver varios cientos de burros cargados con aceite que se transportaba en pellejos. Para esos animales hay varios atajos que no son más anchos que veredas y que recortan el camino en aquellos lugares donde la carretera tiene muchas curvas. Mientras íbamos subiendo a un lugar bastante elevado el postillón desmontó, también el mayoral había abandonado su asiento y ambos se pusieron a caminar detrás de la diligencia, cuando de repente las mulas se pusieron al trote y la capitana, como si se hubiera visto impulsada por una intención malévolas, se desvió hacia una de las veredas que acabo de mencionar y que descendía a un profundo y escarpado valle. Los pasajeros se pusieron a gritar y si

el mayoral hubiera tardado más de un minuto en correr hasta alcanzar a la mula y controlarla, la diligencia y todos los que íbamos dentro, inevitablemente nos habríamos hecho pedazos.

Después de ir subiendo durante dos o tres horas, al final coronamos los puntos más elevados de Sierra Morena y cambiamos los caballos en otro de los pueblos nuevos llamado Santa Elena. Aquí, y durante algún tiempo antes de volver a ascender todas las montañas estaban cubiertas de un manto de verdor debido a los pastizales y los arbustos: cerca de Santa Elena crecían en abundancia legumbres y maíz. Este pueblo disfruta de una agradable situación y de una templada brisa. La carretera hasta ahora había sido montañosa y en consecuencia el panorama había estado necesariamente limitado, pero después de salir de Santa Elena tuvimos un horizonte abierto y un paisaje muy interesante. A la izquierda la vista vagaba por las cumbres de montañas más bajas, e iba en busca de sus magníficos valles, verdes por los prados, por trigales ya muy crecidos, o por estar plantados de olivares o viñedos.

Disfrutamos durante dos leguas esta vista que iba cambiando en cada una de las curvas de la carretera hasta que a las diez y media de la mañana llegamos a La Carolina. A este pueblo se entra pasando entre dos torres. Sus calles son anchas y una es muy bonita porque a ambos lados tiene árboles plantados que bordeaban los pequeños jardines que hay delante de las casas. Todos los árboles habían brotado y estaban llenos de pájaros. Los balcones estaban adornados con flores. La Plaza de la Constitución es grande y el aspecto alegre del pueblo, junto a su agradable situación, lo hacían uno de los lugares más bonitos por los que habíamos pasado. La fachada de la casa solariega que se había preparado para recibir al monarca estaba adornada con un gran número de lámparas que consistían en pequeños recipientes de barro parecidos a las poco profundas mantequeras pero sin el asa. Estaban fijados a las columnas y a los muros con pegotes de mezcla en la que las habían metido. Los militares estaban en el pueblo holgazaneando, esperando el

día en que llegara el Rey. Todas las autoridades estaban ataviadas con sus mejores galas. Aquí nos dieron la agradable noticia de que se habían cometido innumerables robos en la carretera. Entre otros a dos diputados, a Saavedra y a Galiano, les habían robado quince onzas de oro.

Abandonamos La Carolina a mediodía por una carretera, donde durante una distancia considerable, había plantados árboles a ambos lados y donde se podían ver espesos setos de álces americanos y de chumberas.

Dentro de las cercas había olivares y trigales: toda la zona estaba llena de verdor y nos encontramos ya casi en una zona completamente nueva. Atravesamos Carboneros y Guarromán, ambos pueblos de nueva construcción. Era una zona abierta y bastante accidentada, pero todos los valles estaban repletos de trigo, las montañas de olivares y algunos trozos dedicados a pastos estaban cubiertos de "margaritas tempranas". Como las montañas de Granada aún se levantaban ante nuestra vista y los intensos rayos del sol se habían visto mitigados por cirros que ocultaban el horizonte completamente, nuestro camino durante varias millas fue delicioso.

Cerca de Bailén el paisaje se hace menos interesante pero sigue siendo fértil y por fin dejamos atrás Sierra Morena. Bailén es un pueblo antiguo de unos mil habitantes; luego fuimos subiendo por un brezal; a la derecha, en la distancia, había montañas oscuras y yermas y ante nosotros colinas cubiertas de olivos. Cruzamos el Río de las Piedras por un estrecho puente con la mitad de los parapetos aún de madera. Parece ser que el río se llama de ese modo debido a que corre a través de un lecho de grava cuyo curso con frecuencia está interrumpido por enormes peñascos que parecen haber sido bañados por más de un torrente. Avanzábamos a través de olivares tan densos que podrían proporcionar un magnífico refugio a bandoleros. Todavía subiendo, hacia la izquierda, en la distancia, había una serie de montes llenos de verdor pues estaban cultivados hasta todo lo alto y detrás se elevaban las montañas de Granada que ahora estaban tan lejos que adquirían el

aspecto poco nítido de nubes. Luego seguimos avanzando sobre un agreste brezal, donde en toda la redonda no se veía ningún signo de que estuviera habitado a excepción, de vez en cuando, de una casa solitaria en las oquedades de las lejanas montañas y llegamos a Andújar a las siete de la tarde. Justo cuando entramos en el pueblo nos encontramos con una procesión que iba hacia la iglesia con velas y música.

Andújar es un pueblo importante de casi doce mil habitantes que se encuentra situado en las márgenes del río Guadalquivir en medio de una zona muy productiva donde se cultiva trigo, olivar, viñedos y frutales de varios tipos. Entre los objetos que fabrican hay vasijas de una arcilla que se puede encontrar en sus cercanías y que en verano mantienen el agua tan fría como el hielo. Los hacen con la forma de un aguamanil con cuatro pitorros. Puede que también sea digno de mención que aquí por primera vez durante todo nuestro viaje pudimos ver casas perfectamente blanqueadas. Es un pueblo donde parece que hay muy buenos negocios. En la casa que estaba preparada para el Rey habían colgado lámparas como las que vimos en La Carolina.

Aunque estábamos en verano el administrador de la posta nos hizo una visita y nos dio su versión de un pequeño abuso del que había sido objeto. Dos o tres días antes de nuestra llegada un caballero llegó a la casa de postas y preguntó por el administrador que inmediatamente salió. El desconocido le dijo que era un diputado que iba a Sevilla y que cerca de Andújar le acababan de robar todo el equipaje y el dinero y le pidió ochenta dólares para poder continuar su camino. Habría sido injusto, dijo, que quien había hecho tantos sacrificios en pos de la libertad fuese un perdedor, y el país, por supuesto, le indemnizaría por su pérdida. Sin embargo sólo pedía ochenta dólares, cantidad suficiente que le llevaría a Sevilla. El administrador ganando por su magnífico modo de hablar le entregó el dinero y al día siguiente al comprobar los pasaportes de unos que acababan de llegar, se dio cuenta de que un diputado procedente de la misma provincia tenía el mismo nombre. Después de

las pertinentes pesquisas vio que éste era el verdadero y que el del día anterior era un impostor. Salimos de Andújar a las dos de la mañana y atravesamos una zona muy fértil hasta llegar a Carpio donde tomamos un chocolate. Estuvo lloviendo a cántaros toda la mañana de ahí que no pudiésemos ver bien el paisaje que había alrededor. A eso del mediodía el sol volvió a brillar y la neblina empezó a elevarse y alejarse de las montañas. En muchos lugares pudimos ver bonitos trozos de tierra cultivados entre sus laderas. Atravesamos el puente de Alcolea sobre el Guadalquivir. Está construido de mármol negro y está formado por veinte arcos. El mármol está sin pulir pero a pesar de eso, el puente es francamente bonito. A las doce y media llegamos a Córdoba.

## CHARLES ROCHFORD SCOTT (1822-1830)

Su personalidad no aparece recogida en el *Dictionary of the National Biography*, si bien sabemos que el Capitán Charles Rochfort Scott pasó ocho años en la Guarnición de Gibraltar. Su obra, *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada with characteristic sketches of the Inhabitants of the South of Spain*<sup>16</sup>, Londres 1838, es un compendio de toda una serie de notas que fue tomando durante los distintos itinerarios que unas veces en acto de servicio, otras por placer, realizó durante su larga estancia en el Peñón.

No intenta precisar la fecha en que ocurrió éste u otro incidente. Su obra fue “revisada y corregida, con añadidos y mejoras”. Este libro es de lectura muy amena ya que el Capitán Scott fue un gran conocedor de las tierras de España así como de las gentes y costumbres del país. Su itinerario es difícil de precisar, aunque en la obra se ofrecen una serie de recorridos refundiciones de los distintos viajes que realizó por el país.

---

16 SCOTT, Charles Rochfort *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada with characteristic sketches of the Inhabitants of the South of Spain* Henry Colburn, London, 1838.





AYUNTAMIENTO DE ANDÚJAR



## DE ANDÚJAR A GRANADA

Desde Aldea del Río [*sic.* por Villa del Río] a Andújar hay catorce millas, siendo de cuarenta y tres millas la distancia completa desde Córdoba hasta este lugar. El paisaje es ondulado y está cultivado, si bien el trayecto a caballo es aburrido puesto que en todo el camino sólo hemos encontrado una casa. Andújar se encuentra en la margen derecha del Guadalquivir, río que se cruza por un puente de nueve ojos. Se dice que la ciudad tiene una población de 12.000 almas pero ese número no es más que una exageración manifiesta. Está rodeada por antiguas murallas romanas y defendida por un viejo castillo y es famosa por la fabricación de cerámica. De todos modos no es más que un lugar de aspecto empobrecido y destartado.

Para algunos se supone que Andújar es la *Illiturgi* o escrito de otro modo *Illurtigis* de los antiguos historiadores, pero Florez sitúa el emplazamiento de esa ciudad a dos leguas más arriba aunque en la misma margen del Guadalquivir e imagina que Andújar sea *Ipasturgi*. El emplazamiento de la ciudad ciertamente coincide bastante mal con la descripción de *Illurtigis* que da Livio ya que no hay ningún lugar en Andújar que se encuentre “cubierto por una enorme roca”.

La carretera a Madrid se aleja de las márgenes del Guadalquivir en Andújar y enfila hacia el interior hasta Bailén y desde allí cruza Sierra Morena por el desfiladero de *Despeña Perros*. Después de dedicar unas cuantas horas a explorar las viejas murallas del pueblo, volvimos a cruzar el río y dirigimos nuestros pasos hacia Granada tomando la carretera hacia Jaén.

Esa tarde continuamos hacia Torre Ximena [*sic* por Torredonjimeno] a veinte millas de Andújar. El paisaje es muy ondulado y está completamente cultivado. La carretera es –o de forma más apropiada debería decir–, los lugares que encontra-

mos a lo largo de la carretera están situados en los mapas españoles con muy poca exactitud, ya que, en lugar de aparecer salpicados tanto al este como al oeste de la zona, están situados tan en fila que hacen que parezca que la dirección general de la carretera sea completamente en línea recta. Y, aunque se trata de un camino rural es tolerablemente bueno en general. El primer pueblo al que se llega es Arjona que se dice que es el antiguo *Urgao*, o *Virgao*. Es un lugar pobre de unos doce o quince mil habitantes que se encuentra a siete millas del Guadalquivir.

Cinco millas más allá de Arjona, pero situada a la mitad de distancia de un disparo, alejada de la carretera hacia la derecha, se encuentra el miserable pueblo de Escañuela y tres millas más lejos Villa Don Pardo, otro pueblo igual de mísero. Desde aquí a Torre Ximeno a cinco millas, la carretera atraviesa una gran llanura pero sólo habíamos hecho la mitad del camino cuando la noche nos sorprendió y al llegar al pueblo encontramos todas las entradas completamente cerradas.

Después de llevar a cabo varios intentos para que nos dejaran entrar –buscando a tientas nuestro camino de una barricada a otra, hasta que casi habíamos recorrido todo el circuito del pueblo– vislumbramos una trémula luz en el campo a cierta distancia, y pensando que provendría de algún *cortijo* en el que podríamos intentar refugiarnos de una tormenta que se estaba aproximando, o si no alojamiento para pasar la noche, espoleamos nuestros cansados jamelgos hacia ella tan rápidamente como lo abrupto del terreno nos permitía. Resultó ser el rescoldo de un rastrojo, pero un campesino que estaba calentando la cena en las ascuas que quedaban nos señaló una vereda que llegaba hasta una de las puertas del pueblo por la que dijo que probablemente podrían dejarnos entrar.

Siguiendo sus indicaciones encontramos la entrada sin demasiado problema, pero entonces surgió otra dificultad que resultó ser de naturaleza bastante difícil de superar, concretamente, la dificultad de *despertar al guarda*, puesto que los esfuerzos de todas nuestras voces juntas resultaban bastante inadecuados para lograr tal fin. Era muy irritante pero irresistiblemente ridículo, y movidos por este

sentimiento mezcla de ira y diversión, decidimos intentar ver qué efecto surtiría el disparar nuestras pistolas, y así pues, hicimos una descarga al aire.

Una tremenda retahíla de *carajos* fue la respuesta a nuestras *salvas*, y soldados, policías y agentes de la aduana así como oficiales sanitarios, salieron atropelladamente desde la garita del guarda y de los edificios colindantes, corriendo sin la menor duda de que el pueblo estaba siendo atacado. Un *aduanero* con más iniciativa y más valiente que el resto se atrevió a mirar a través de los barrotes de la empalizada y preguntar qué estábamos haciendo. Cuando lo supo invitó encarecidamente a los *urbanos* a que se volvieran a sus *quehaceres militares*, mientras tanto él envió un mensaje al *Alcalde* para solicitar instrucciones de cómo proceder.

Durante ese tiempo sufrimos una detención de lo más irritante ocasionada por varias causas. En primer lugar porque no había manera de encontrar al *cacique* del pueblo.

Se había levantado de un salto de su cómodo asiento en la chimenea de la *posada* –donde, rodeado de un grupo de políticos estaba discutiendo la justicia de derogar la Ley Sálica, cuando le llegó la noticia de nuestras armas de fuego y, embozándose en su capa, salió a la calle corriendo, declarando su intención de encontrar la muerte como el último de un antiguo linaje, antes que ser reconocido y apartado de por vida para ensalzar el triunfo de un enemigo victorioso.

Luego tuvimos que esperar hasta que encontraron la llave de la puerta, que se la había llevado en el bolsillo uno de los soldados que había salido corriendo, y por último, tuvimos que esperar una luz, ya que el farol del guarda se había volcado en todo el jaleo y el aceite se había derramado.

Durante la demora de media hora ocasionada por las distintas circunstancias adversas nos vimos sujetos a un interminable examen verbal referente a la zona del país de la que procedíamos. Por haber estado dando la vuelta al pueblo en nuestro intento de encontrar la entrada, hasta que llegamos a la puerta que se encontraba

en la dirección completamente opuesta a Andújar, el relato que ofrecimos pareció despertar grandes sospechas de nuestra veracidad en las mentes de estos funcionarios, e incluso, después de que trajesen un farol, y después de que hubiésemos mostrado nuestros pasaportes, fuimos minuciosamente examinados para que se nos permitiera llegar hasta la posada.

Los españoles dicen que nosotros los ingleses somos *victimias de la etiqueta* y por nuestro lado, podemos halagarles asegurando que ellos son completamente *esclavos de las formas*.

Ejemplos que prueban esto –aunque a menor escala y menos ridículos que el que acabo de relatar nos fueron ocurriendo diariamente durante todo nuestro viaje. Por ejemplo, al abandonar la *Venta* de Fuente de Piedra, donde la habitación en la que dormimos era sólo un poco mejor que el establo al que daba, la posadera insistió en servirnos por la mañana nuestra taza de chocolate en una mesa parcialmente cubierta por un sucio mantel, alegando que no sería “*decente*” que lo tomásemos de pie junto al fuego de la cocina.

Aquí de nuevo en Torre Ximeno, el posadero nos fue conduciendo hasta lo que él consideraba que era una habitación apropiada mientras que su media naranja gritaba *jà la sala, à la sala!* Nosotros agudizamos el oído, imaginándonos que nos íbamos a dar la gran vida. Sin embargo, la *Sala* resultó ser una habitación de unos diez pies más grande que la que nos enseñaron al principio, aunque en cualquier otro aspecto era *idéntica*, es decir, tenía las paredes desnudas y blanqueadas y el suelo de yeso y estaba amueblada con media docena de sillas de anea bajas y ventilada por medio de dos aperturas que en su día habían estado cerradas con postigos.

El suelo tenía una superficie tan irregular y tenía tantas grietas que hasta que el posadero me animó y me dijo “*no tiene usted cuidado,*” yo tenía mucho cuidado de donde ponía los pies, dando por hecho que se trataba de una maqueta perfectamente realizada de las sierras y ríos que la rodeaban.

Después de soportar más dificultades de las normales en cuanto a los certificados sanitarios y pasaportes recibimos un mensaje muy cortés del *Alcalde* en el que decía que su casa etc., estaban a nuestra disposición; pero nuestro posadero y su ayudante parecían tan dispuestos a hacer todo lo que estaba en sus manos para que nos sintiésemos *cómodos* que rehusamos su amable ofrecimiento.

Nuestra posadera era todavía extraordinariamente guapa, aunque era madre de cuatro niños –algo raro en España donde las madres, incluso las muy jóvenes, por regla general tienen el aspecto de mujeres mayores. Tuvimos cierta dificultad a la hora de persuadirla de que no nos gustaba el ajo y que nos sentiríamos satisfechos con una cantidad moderada de aceite en el *guisado* que ella empezó a preparar para nuestra cena, con el que, con pan y fruta y con un vino excelente, tendríamos una comida muy apetitosa.

En España hay contrastes que son completamente absurdos. Dormimos en colchones de lana muy delgados extendidos sobre el *suelo montañoso* al que acabo de hacer referencia, –cuyas escarpadas cumbres difícilmente pudimos adaptar a nuestras costillas– y por la mañana nos proporcionaron toallas con una especie de bordes adornados con un encaje de más de dieciocho pulgadas de anchura; algo muy ornamental pero completamente inútil ya que la parte aprovechable de la toalla era mínima.

Cuando le pedimos a la posadera la factura, ella nos remitió a su marido quien, como dicen los orientales, nos permitió mirarla con asombro; ya que, el que la señora y dueña nos remitiera a su esposo es la excepción que confirma la regla, fue para evitar problemas por lo que se la habíamos pedido a ella, ya que la experiencia nos había enseñado que las posaderas solían ser el oráculo al que se consulta en estas ocasiones; e *invariablemente* cuando tienen intención de engañar.

Esto, sin explicación, puede ser considerado como una acusación nada galante; con ella no es mi intención proteger mi propio sexo a expensas del bello sexo, ya que la verdad es que el hombre duplica sus otros pecados retirándose de un altercado inminente.

Y eso es lo que suele hacer, ya sea porque piense que la abnegada esposa presentaría la abusiva cuenta con más gracia o porque piense que ella sería más ingeniosa a la hora de encontrar razones para lo exorbitante de lo que piden, o al menos las palabras para defenderla, ya que cualquier intento de objeción se ahoga en todo un torrente tal de razones y por qués, que uno se siente aliviado, *sea como sea*, de escapar del encontronazo.

Y así pues, mientras la locuacidad de la señora está sacando el dinero del bolsillo de su huésped, el posadero se mantiene siempre a cierta distancia, con aspecto de calzonazos, algo que probablemente sea, y de vez en cuando encogiéndose de hombros lo más que dice es “¡No hay nada que yo pueda hacer!” “Si me atreviera les ayudaría, pero ya ven el mal genio que ella tiene”.

Sin embargo, en esta ocasión, no tuvimos motivos para quejarnos ya que, por un módico precio, nos dieron infinidad de excusas por cualquier cosa que pudiese haber faltado en el alojamiento debido a su ignorancia o a sus carencias.

El pueblo de Torre Ximeno está situado en un estrecho valle regado por un pequeño río. Sus murallas, sin embargo, llegan hasta lo más alto de las montañas a ambos lados y aparentemente se sustentan en restos romanos. Tiene una población de mil ochocientas almas. Desde aquí la carretera continúa por Martos y Alcalá la Real hasta Granada pero es más larga que la carretera que va por Jaén.

Desde Torre Ximeno a esa ciudad hay dos leguas o aproximadamente unas nueve millas. La carretera ahora toma una dirección más hacia el este que hasta ahora, y a la distancia de tres millas al pueblo de Torre Campo [*sic* por Torredelcampo]. El resto del camino va por una zona bastante ondulada que se inclina levemente hacia las montañas que se elevan hacia el este.

Jaén esta situada en los alrededores de la gran Sierra de Susana, [*sic* por Sierra Arana] que, dividiendo las aguas del Guadalquivir y el Genil se extiende tanto al sur que llega al valle de Granada.

La ciudad está construida en la ladera oriental de un escarpado e inaccesible cerro cuya cumbre está ocupada por un antiguo castillo protegido por inmensas murallas.

El antiguo nombre del lugar era Aurinx y parece que estuvo justo en los límites de la antigua Bética. Ahora es la capital de uno de los reinos que componen la región de Andalucía y es sede de un obispado perteneciente al arzobispado de Toledo. Su población asciende al menos a veinte mil almas.

Jaén es en todos los aspectos una ciudad muy interesante. Los historiadores romanos la mencionan con mucha frecuencia. Su importancia también es digna de mención en tiempo de los árabes de cuyas manos la arrebató San Fernando A.D. 1246 y en los últimos años ha ocupado un puesto de honor en las páginas de la historia militar.

Su situación es extremadamente pintoresca. La resplandeciente ciudad se encuentra en el borde de una rica y fértil vega rodeada de agrestes y enormes montañas. Lo escarpado del paisaje hacia el sur es tal que hasta los últimos años no había carretera para carros que pudiese atravesarlas por lo que Jaén en consecuencia ha sido una ciudad muy poco visitada por viajeros ya que al ser Granada y Córdoba las ciudades de mayor interés, la carretera más directa entre estas dos ciudades era la que generalmente se prefería.

Sin embargo, se acaba de finalizar una carretera directa y excelente entre Granada y la capital que atraviesa Jaén. Esta ruta cruza el Guadalquivir en Mengíbar y dirigiéndose directamente hasta Bailén llega hasta el *arrecife* que va desde Córdoba a Madrid, antes de entrar en los desfiladeros de Sierra Morena.

El castillo de Jaén se eleva a ochocientos pies por encima de la ciudad y es un bello ejemplar de fortaleza árabe aunque el pintoresquismo se ha sacrificado en aras de la defensa con varias construcciones posteriores y demoliciones llevadas a cabo por los franceses.

Corona la cresta de un estrecho monte que recuerda bastante el de Ximena [*sic.* por Torredonjimeno] al que también recuerda mucho en otros aspectos. Sus aljibes y sus almacenes subterráneos están bastante bien conservados, pero las murallas exteriores de la fortaleza fueron parcialmente destruidas por los franceses cuando lo evacuaron a toda prisa en 1812.

Las vistas que se obtienen desde allí son extremadamente bellas. Hacia el norte se extiende una enorme llanura que en apariencia llega hasta la lejana Sierra Morena y por los otros lados elevadas montañas se ven muy cerca de la ciudad. Éstas, cubiertas por viñas donde quiera que sus raíces encuentren un poco de tierra, presentan una extraña unión entre fertilidad y aridez.

La ciudad tiene quince conventos y numerosas fábricas de tejidos y alfombras de seda, lino y lana y presenta el aspecto de ser un lugar floreciente. En su mayoría las calles son tan estrechas que cuando uno extiende los brazos puede tocar las casas que hay a ambos lados.

La Catedral es un edificio muy bonito de estilo corintio muy puro y de trescientos pies de largo, y de hecho todo conjuga a la perfección con el gusto español. El suelo está formado por losetas de mármol blanco y negro formando un damero; de las paredes cuelgan excelentes cuadros aunque no se ven recargadas; los distintos altares, aunque adornados por numerosos tipos de mármoles y jaspe no están decorados de manera chabacana; el órgano tiene un aspecto espléndido y su sonido es maravilloso.

Son muy buenos algunos cuadros realizados por Moya, en particular una Sagrada Familia y la Visita de Santa Isabel a la Virgen María. La *Capilla Sagrada* tiene varios otros del mismo maestro que también son dignos de mención. Sus marcos de un mármol rojo pulido producen muy buen efecto.

Los únicos ejemplares de escultura de los que puede presumir la catedral son algunos ángeles llorando hechos con gran realismo.



La curiosidad más importante que tiene es la figura de Nuestro Salvador en la cruz, cubierto por una especie de faldilla pero el mayor tesoro de todo el edificio sagrado, (los orgullosos presumen de que sea el tesoro de toda una ciudad que de hecho ha sido favorecida), es la *Santa Faz –el Santo Rostro*.

El *Santo Rostro* –como nos lo explicó nuestro guía, es la impresión del rostro de Nuestro Señor que dejaron las manchas de sangre en el sudario que cubrió su cabeza cuando fue depositado en el sepulcro.

Este tejido estuvo doblado tres veces sobre su rostro de modo que existen tres de estas “*pinturas*”, como las llamaba el sacerdote.

La de Jaén, dijo, es la segunda o la de en medio, las otras se encuentran en Italia, donde, no las conozco, pero creo recordar que he oído hablar de ellas cuando estuve en ese país.

Esta pintura milagrosa sólo se puede contemplar en contadas ocasiones o cuando se paga una cantidad considerable; pero nosotros nos quedamos perfectamente satisfechos cuando nuestro cicerone nos aseguró que el parecido con Nuestro Salvador era sorprendente, sin que le pidiésemos una demostración ocular que por otro lado él tenía gran interés en ofrecernos.

Anexa a la Catedral hay una cocina donde preparan por la mañana el chocolate a los sacerdotes que también sirve de sala de estar a la que se retiran para fumar sus *legítimos* durante los descansos en sus aburridas misas de Cuaresma.

El *Parador de los Caballeros*, que se encuentra en la Plaza *del Mercado* es sorprendentemente bueno, y desde las ventanas de la fachada principal se obtienen unas maravillosas vistas del castillo.

La distancia entre Jaén y Granada por el recientemente terminado *arrecife* es de cincuenta y una millas. Desciende gradualmente hacia el valle de Campillos al que llega y cruza el río a unas dos millas de Jaén.

El valle es ancho, llano y está cubierto por importantes depósitos aluviales y se extiende varias leguas en ambas direcciones a lo largo del curso del río, rodeando la ciudad, formando un cinturón de cultivos siempre lleno de verdor.

Durante las tres leguas siguientes, la carretera avanza a lo largo de este valle, al principio junto a jardines, huertos y viñedos entre los que se ven salpicados gran número de cortijos y molinos de agua, pero, después de unas cinco millas, el camino va entre enormes peñascos a cada lado y de vez en cuando algunos árboles le proporcionan sombra.

Sobre un empinado montículo a mano derecha, formando el primer desfiladero de montaña por el que pasa la carretera, se encuentra el *Castillo de la Guarda*, y a la distancia de tres leguas desde Jaén, está la *Torre de la Cabeza*, de situación parecida a la izquierda de la carretera.

Más allá, reconforta la mirada otra zona de cultivos llena de verdor que se extiende una milla y media a lo largo del cauce del Campillos. En medio de ésta se encuentra la *Venta del Puerto Suelo*, y al llegar, nuestro *mozo* que durante varios días se había encontrado indispuerto, vino a decirnos "*que no podía más,*" y nos pidió que lo dejásemos allí para descansar unos cuantos días ya que esperaba sentirse bien y poder reunirse con nosotros en Granada viajando en una *Galera* que hacía ese trayecto periódicamente.

No pudimos hacer otra cosa que acceder a su petición y como teníamos intención de llegar a Granada al día siguiente, el prescindir de sus servicios durante un período tan corto era algo de poca importancia; la única dificultad era pensar quién llevaría el animal donde iban los equipajes. La fortuna se puso de nuestro lado.

Al llegar a la venta nos abordó un joven de muy buen aspecto, ataviado con el uniforme de diario de los soldados de infantería españoles, quien, viendo el lamentable estado en el que se encontraba nuestro *caballero*, nos ofreció sus servicios para llevar nuestros caballos al establo y proporcionarles todo lo necesario;

y después, cuando supo por medio de nuestro *mozo* como estaba la situación, se nos acercó otra vez y se ofreció a ser nuestro sirviente durante lo que quedaba del camino hasta Granada, ciudad a la que él se dirigía.

Aceptamos gustosos los servicios que nos brindaba y después de un corto descanso volvimos a montar los caballos y continuamos nuestro camino. El joven soldado –como un veterano, iba sentado entre nuestros abrigos en la grupa del animal que llevaba los equipajes.

Mientras iba trotando delante de nosotros, pude observar por primera vez que llevaba una brillante caja de latón colgada en el hombro con un cordón de seda y lleno de curiosidad por saber de qué se trataba, le pregunté qué contenía.

Sin soltar una sola palabra en respuesta, cogió la caja de la que sacó un pergamino enrollado y extendiéndolo delante de nosotros vimos un documento que concluía con las palabras *lo el Rey* que nos lo ofreció para que lo examinásemos.

Si mi sorpresa fue grande por la longitud del pergamino, no disminuyó al comprobar, después de todo el ampuloso y grandilocuente preámbulo, que le otorgaba a nuestro nuevo conocido el título de caballero de *San Fernando* de primera clase y que lo condecoraban con la banda y el broche de plata de la misma orden.

La primera vez que me dirigí a él en la venta me había fijado en un trozo de cinta que tenía en su pecho, pero, consciente de que el propio olor a pólvora, incluso aunque se hubiese tratado del olor de la pólvora de su propio mosquetón, a veces implica que un soldado español reciba una condecoración; y de hecho, es más frecuentemente un reconocimiento de que le deben la paga de muchos meses que el que haya llevado a cabo un buen servicio, me abstuve de preguntarle, pero, que una condecoración militar de primera clase se haya concedido a una persona de un rango tan bajo debo confesar que me sorprendió, y terminé pensando que el que la poseía o era el hermano de la querida de algún hombre importante o que se estaba atribuyendo los *honorés* de alguna otra persona.

Como se trataba de un hombre muy joven, era evidente que no podría haber estado mucho tiempo de servicio, y mis sospechas eran en cierto modo excusables, por lo que me tomé la libertad de hacerle unas cuantas preguntas cruzadas en lo referente a los campos de batalla donde se había ganado los laureles. El resultado fue tan satisfactorio que en justicia me siento obligado a hacer una *honorable enmienda* al gentil caballero por las terribles sospechas que había abrigado, y ofrecer su historia a los lectores, pero como de cualquier modo es muy extensa, la dejaré por ahora, ya que hasta pasados varios días no concluyó, pero es correcto que apunte que lo haré, simplemente ofreciendo la premisa en este lugar de que, además del *Diploma*, la caja de latón contenía una declaración de los servicios que le habían hecho merecedor de su título de caballero redactada y avalada por los oficiales de su regimiento.

A eso de una milla más allá de la venta donde nos habíamos encontrado con nuestro nuevo sirviente, el paisaje otra vez se hace muy escarpado y accidentado y las montañas se ven cubiertas de pinares. El Valle del río Campillos se va cerrando cada vez más al avanzar la carretera y a ambos lados se levantan enormes rocas, y al final, al llegar al *Puerto de Arenas*, el paso por el que van juntos el río y la carretera no tiene más de sesenta pies y los peñascos se alzan perpendiculares a ambos lados con una altura considerable.

En dirección a Granada es un desfiladero muy defendible, aunque no ocurre lo mismo en dirección contraria ya que se domina desde un terreno más elevado. Se encuentra a unas dieciocho millas de Jaén.

Al salir del desfiladero, pasamos por un valle abierto y cultivado en cuyo extremo y a una distancia de unas cuatro millas se encuentra Campillo Arenas [*sic.* por Campillo de Arenas] un pueblo bastante pobre que tiene unos cincuenta o sesenta *vecinos*.

A la entrada nos dio el alto un viejo mendigo que hacía las veces de oficial *sanitario* y nos pidió nuestros pasaportes. Una vez en su poder los entregó a un golfillo descalzo y harapiento con todo ceremonial para que los llevara al cuartel general, con la promesa de un *ochavo* si se apresuraba a devolvérselos.

Ahora nuestros pasaportes se habían convertido en todo un incordio ya que estaban completamente llenos de visados tanto por dentro como por fuera; ya que, por supuesto, la curiosidad de los autóctonos era proporcional al número de firmas que tenían y su asombro no tenía límites ante el hecho de que nosotros estuviésemos viajando hacia el sur en aquel momento. Por fin nos devolvieron nuestros papeles y el muchacho se ganó su prometida recompensa por haber corrido con todas sus fuerzas para hacernos ver que la tediosa espera que sufrimos no se le podía atribuir a él.

Al ir avanzando a los tres cuartos de hora llegamos al *Parador de San Rafael*, un edificio recientemente construido para parada de la diligencia que se había establecido en esta carretera hacía poco tiempo. Se encuentra a unas veinticinco millas de Jaén y a unas veintisiete de Granada, aunque en línea recta la distancia es bastante más corta quizás a esta última ciudad que a Jaén. Es un lugar muy frecuentado y nos alegramos al ver que San Rafael era el responsable de que tuviésemos unas camas confortables y una buena cena aunque no se preocupó demasiado por el estado de la bodega.

A la mañana siguiente emprendimos camino muy temprano. Nuestro caballeresco sirviente con sus rojas charreteras y su garboso sombrero de paja asumiendo la actitud de mirar a los campesinos que pasaban y a los arrieros de *arriba abajo*, hacía que todos nos contemplasen con un alto grado de respeto.

La carretera durante las primeras ocho millas es un continuo zig-zag que atraviesa un terreno muy montañoso y que el gobierno mantiene a muy alto costo ya que soporta muy poco tráfico.

Las montañas están principalmente cubiertas de bosques de encinas, aunque en los valles se pueden ver trozos de terreno que recientemente se han puesto en cultivo y también hay de vez en cuando casas a lo largo de la carretera.

A diez millas y media pasamos el primer pueblo que vimos desde que salimos de Campillos Arenas. Se encuentra aproximadamente a una milla de la carretera a

mano izquierda. Ahora el paisaje se va haciendo cada vez menos escarpado que hasta aquí, aunque sigue estando desprovisto de todo tipo de cultivos y sin poblar.

Nos sentimos muy molestos al no poder encontrar una buena *posada* como nos habían inducido a esperar. Pasamos dos que estaban construyendo a gran escala pero no pudimos encontrar nada en ninguna de ellas. Al final, después de cabalgar durante cuatro leguas –al paso, debido a nuestro animal de carga–, un campesino se apiadó de nosotros y mostrándonos el camino hasta su *Cortijo*, les dio a nuestros famélicos caballos una buena ración de cebada y puso delante nuestra todo lo mejor que había en su casa –melones, uvas, huevos recién puestos y un pan delicioso.

Llegamos al cortijo a la hora de la cena y vimos un enorme círculo formado por su mujer, los niños, los vaqueros, los jóvenes labradores y las ordeñadoras, todos reunidos alrededor de una gran fuente de *gazpacho fresco*, al que por supuesto fuimos invitados a compartir con suma cortesía. Sin embargo era una comida demasiado frugal para satisfacer lo voraz de nuestro apetito, y rehusando con educación meter nuestras cucharas en aquel rancho comunitario, comenzamos a preparar como solíamos todo lo necesario para un desayuno inglés, sacando nuestra cesta de viaje y colocando una cacerola llena de agua sobre el fuego.

La curiosidad de los campesinos en estas ocasiones nos divertía muchísimo. En esta ocasión los espectadores, que con toda probabilidad nunca habían estado en contacto tan directo con ingleses, contemplaban cada uno de nuestros movimientos con el mayor interés. El que hubiésemos batido un huevo como sustituto de la leche despertó una sorpresa general, y el que sacásemos cuchillos, tenedores y cucharas los dejó sin aliento, pero cuando colocamos sobre la mesa nuestra tetera de viaje, su asombro fue indescriptible; muchos se levantaron de sus mesas para poder ver mejor y desde más cerca esa extraordinaria máquina y nuestro anfitrión, después de examinarla con minuciosidad, aventurándose al final a poner de manifiesto su ignorancia preguntando para qué servía, exclamó extasiado, como si

se tratase de un objeto del que había oído hablar, “*y esa es una tepà!*” “*una tepà!*” lo que se fue repitiendo con las distintas entonaciones que le iban dando las tres generaciones de personas que se encontraban presentes *¡una tepà, caramba, que gente tan fina los Ingleses!*”

Ahora seguimos con la broma inflando un colchón neumático, y el simple hecho de saber para lo que servía ya los sorprendió puesto que nuestro anfitrión con un movimiento de cabeza que significaba “ya comprendo”, cogió un enorme pellejo lleno de vino y se preparó para echar parte de su contenido en nuestra almohada portátil de *caoutchouc* y cuando le explicamos para lo que servía “*¡Jesus una almohada!*” las mujeres exclamaron al unísono “*¡Que gente tan deleytosa!*”

Nuestras pistolas de percusión fue lo siguiente que les causó sorpresa, y de la única forma que pudimos convencerles de que se disparaban sin “*una piedra*” fue por medio de una demostración ocular, pero cuando le aseguramos a nuestro anfitrión de que en Inglaterra las *diligencias* se impulsaban por medio de vapor a una velocidad de diez leguas a la hora, su asombro superó los límites de la credibilidad. *¡Cómo! ¿sin caballos, sin mulas, sin nada? ¡sólo el vapor!*” exclamó, y sus hombros se fueron elevando por encima de sus orejas mientras yo repetía la increíble afirmación, él se volvió con un aspecto medio horrorizado, medio asombrado a sus paisanos que había allí reunidos, diciendo tan claramente como sus ojos pudieron expresar, o estos ingleses tratan con el demonio o son las personas más extraordinariamente fantasiosas.

Nuestro equipo les sorprendió, pero no lo estábamos menos nosotros ante el gran número de gatos sin rabo que había merodeando por la casa. Cuando preguntamos el motivo que les llevaba a mutilar a las desafortunadas criaturas de este modo tan poco natural, nuestro anfitrión respondió: para que estos animales sean útiles deben poder meterse por todos lados, pero cuando tienen el rabo largo hacen estragos entre las bandejas, los platos y otros artículos que se rompen con facilidad que están colocados sobre el aparador o encima de la mesa, mientras

que sin rabo, como ahora les ve, se pueden mover sin ningún tipo de ceremonia e incluso en medio de un laberinto de loza, sin cometer el menor daño. “Todo lo malo de este animal radica en su rabo”.

Tuvimos bastante dificultad para persuadir a nuestro hospitalario anfitrión para que aceptase algún tipo de remuneración por lo que nos había proporcionado y sólo lo conseguimos cuando le pedimos que repartiera nuestro regalo entre los niños.

Desde este cortijo que se llama *Cortijo de los Arenales* hasta Granada hay nueve millas. El paisaje durante toda esta distancia es ondulado y está cubierto por viñas y olivares.



## SIR ARTHUR DE CAPELL BROOKE (1826-1827)

Autor de numerosos libros de viajes había nacido en Oakley Hall, Northamptonshire en 1791 y fue educado en *Magdalen College* de Oxford. Ingresó en el ejército y en 1846 alcanzó la graduación de Mayor. Viajó por el norte de Europa en repetidas ocasiones. En 1823 publicó *Travels Through Sweden, Norway and Finmark to the North Pole in the Summer of 1820* y en 1827 *A Winter in Lapland and Sweden, with Various Observations relating to Finmark and its Inhabitants Made During a Residence at Hammerfest, near the North Cape*, acompañado de una serie de grabados realizados por el propio autor, titulados *Winter Sketches in Lapland*. En 1831 publicó en dos volúmenes *Sketches in Spain and Morocco*<sup>17</sup>. Debo observar que en el *Dictionary of National Biography*, aparece 1837 como fecha de publicación de esta obra si bien yo he trabajado con una edición de 1831. Farinelli<sup>18</sup>, da como probable fecha de viaje el 1826 aunque aparece con una interrogación<sup>19</sup>.

Fue miembro fundador del *Traveller's Club*, y en 1821 creó el *Raleigh Club* del cual fue presidente durante muchos años, integrándose dicho club en la *Royal Geographical Society* de la cual Brooke fue miembro, así como de la *Royal Society*. Murió en Oakley Hall en 1858.

---

17 BROOKE, Sir Arthur de Capell: *Sketches in Spain and Morocco*. Henry Colburn and Richard Bentley, London, 1831. vol. 1: viii+432 y vol. 2: viii+408.

18 Farinelli, A: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX*. Divagaciones bibliográficas. Madrid 1920. p. 361.

19 García-Romeral Pérez da 1826 y 27 como fecha de su viaje. Pág. 125.





LA CAROLINA

## ANDÚJAR, BAILÉN Y LA CAROLINA

La carretera desde Córdoba a Andújar, primer lugar en la jornada del día en el que se hace una parada, va atravesando unas tierras muy bien cultivadas, regadas por el Guadalquivir y a lo largo de cuyas riberas el viajero sigue su camino.

La monotonía de la llanura se ve agradablemente aliviada por los meandros del río y el paisaje se acentúa al mismo tiempo por las magníficas montañas de Sierra Morena cubiertas de bosques que circundan en valle a la izquierda de la carretera.

En Alcolea hay un magnífico puente de varios ojos que cruza el Guadalquivir y que sorprende al extranjero por su arquitectura y sus dimensiones.

Desde Santa Cecilia, la última posta, nos quedaban dos leguas y media hasta Andújar, lugar al que llegamos a eso de las cinco de la tarde, después de un viaje, este día, de trece leguas y media o lo que equivale a algo más de cincuenta millas.

Antes de entrar en el pueblo, cruzamos el Guadalquivir por un bonito puente de piedra y muy poco después los ocupantes de la diligencia fueron depositados sanos y salvos en la posada principal. Aquí íbamos a detenernos hasta la medianoche y mientras preparaban la cena me di un paseo por el lugar en compañía de algunos de mis compañeros de viaje.

Andújar es un pueblo muy antiguo, que se encuentra en los límites de los reinos de Córdoba y Jaén. Está situado en este último rodeado por unos campos muy fértiles y bien cultivados. No hay nada particular que despierte el interés del viajero, aunque a veces se pueden ver algunos restos mutilados de la época romana como suele ocurrir por toda Andalucía, y nos hacen recordar que este bello país estuvo en otros tiempos dominado por una raza distinta.

El reino de Jaén, que comprende las zonas del norte y este de Andalucía, es el menor de los cuatro reinos que constituyen esta extensa región. Está casi completamente rodeado de una cadena de montañas. Sus ciudades principales son Jaén, que es la capital, Andújar, Úbeda y Baeza.

Al volver, cuando estábamos a punto de entrar en nuestra posada, nos llamó la atención un grupo de personas de aspecto desamparado y horrible que estaba reunido en la plaza frente a la posada, cuyas andrajosas ropas, que quizás en su día fueron uniformes, ahora mostraban todo tipo de inmundicia y apenas dejaban entrever la profesión de los que los llevaban.

Cuando pregunté me enteré que eran los desdichados que quedaban de las tropas del Marqués de Chave a los que el gobierno había permitido refugiarse en España, siendo Andújar el lugar que se les había asignado para su exilio.

Cuando escuché que estaban a punto de reunirse para las oraciones vespertinas, y puesto que ahora se acababa de poner el sol, entré en el patio de un pequeño barracón y fui amablemente recibido por tres o cuatro de los oficiales cuya apariencia denotaba con toda claridad que también ellos habían sufrido junto a sus hombres.

Mientras contemplaba sus rostros demacrados y sus hundidas mejillas a causa del hambre y el sufrimiento, fue interesante observar la atención y la intachable conducta con la que escuchaban el servicio religioso que estaba leyendo uno de sus oficiales.

En nuestro propio país la religión rara vez se contempla como algo que tenga que ver con el ámbito de los deberes de un soldado, y en vano se podría intentar encontrar un espectáculo similar al que acabo de describir.

Como la diligencia no iba a reanudar el viaje hasta bien pasada la medianoche con intención de pasar Sierra Morena a la luz del día, tuvimos tiempo suficiente

para tomarnos un pequeño descanso y aprovechamos la ocasión después de haber cenado y de fumarnos unos cuantos cigarros.

Tuve una gran satisfacción cuando me devolvieron el pasaporte perfectamente firmado. Se lo habían llevado junto con los de los otros pasajeros de la diligencia para que los inspeccionaran las autoridades del pueblo y esto en gran medida me liberó del temor que yo tenía de que pudiese haber algo irregular y me hicieran volver a interrumpir mi viaje.

Nos despertaron muy temprano informándonos de algo que siempre resulta agradable al desfallecido viajero que, despertándose de un cálido sueño en una fría mañana de invierno, le dicen que “el vehículo está preparado”. Los españoles que por regla general duermen con la misma ropa, no necesitan demasiado tiempo para arreglarse por la mañana, pero a nosotros nos despertaron a la misma vez que a una docena de pasajeros que habían sido mis compañeros de habitación y que saltaron al suelo ya vestidos para continuar viaje.

Después de que tomásemos una taza de chocolate caliente tragando a toda prisa, seguida por un vaso de agua fresquita, algo que siempre se hace en España, se encendieron los cigarros y nos dejamos caer en nuestros respectivos asientos en la diligencia. Mis compañeros pasaban el tiempo agradablemente en silencio echando bocanadas de humo, mientras que yo me acurruqué en una esquina e intenté volver a retomar mi interrumpido sueño.

La noche o la mañana era oscura como la boca de un lobo; no había ni una sola titilante estrella, y nosotros avanzábamos hacia las montañas sin que una sola luz guiase nuestro solitario camino.

En la primera posta a la que llegamos nos dimos cuenta de que las proximidades a Sierra Morena estaban protegidas por un destacamento de lanceros de Córdoba pertenecientes al regimiento de Downie, que se encontraban estacionadas para

proteger a los viajeros del ataque de los bandoleros, puesto que este lugar era una de sus guaridas preferidas.

Había pasado bastante tiempo en una especie de sueño intranquilo, cuando las voces de mis compañeros de viaje me despertaron y deduje por lo que decían que ahora estábamos atravesando el lugar donde se libró la Batalla de Bailén.

Justo estaba rompiendo el alba cuando miré hacia fuera y todo lo que pude distinguir era la grisácea neblina de la mañana que de vez en cuando dejaba entrever un trozo de llanura, escenario del conflicto. Fue aquí donde Dupont, después de haber salido de Córdoba, ciudad que él había tomado por asalto, se puso en contacto con el ejército español al mando de Reding que intentaba cortar la comunicación con Madrid.

La batalla que fue el primer duro golpe eficaz a la fuerza de Napoleón, tuvo lugar el 19 de julio de 1808 y terminó con la rendición del General Dupont y sus tropas que estaban formadas por cerca de veinte mil hombres.

La luz del día ahora nos descubrió con más nitidez el aspecto de la zona y nos dimos cuenta de que nos estábamos aproximando rápidamente a la elevada cordillera de Sierra Morena. [...] A dos leguas de Baylén [*sic*. Por Bailén] se encuentra Guarromán, el primero de los asentamientos alemanes fundados por Carlos III en Sierra Morena. El pueblecillo está construido de forma bastante regular aunque ni su apariencia, ni la de sus habitantes denota en modo alguno que exista algún tipo de confort o prosperidad. Toda esta parte del país, y La Mancha en particular, a cuyos límites ahora nos estábamos aproximando, ha sufrido mucho los estragos de la guerra y necesitará muchos años para recuperarse, aunque se vea beneficiada por un gobierno mucho mejor que el que ahora rige los destinos de España. Estaba ya amaneciendo cuando después de un fatigoso viaje llegamos a La Carolina, el principal pueblo de las colonias alemanas. Estos asentamientos no han dado los resultados que se pretendían al fundarlos y su aspecto de ningún modo infunde en el viajero la idea de que sean lugares florecientes.

## SAMUEL EDWARD COOK (1829-1832)

Escritor de temas sobre España, se desconoce la fecha de su nacimiento, aunque sí sabemos que su muerte tuvo lugar en 1856. Ingresó en la marina el 31 de diciembre de 1802 abandonando la carrera de forma prematura. Llegó a España en octubre de 1829. Después de residir en la Península durante más de tres años en 1834 publicó *Sketches in Spain During the Years 1829, 30, 31 and 32*<sup>20</sup> dedicado a Lord Algernon Percy Barón Prudhoe. Esta obra fue en sus días el relato sobre España más completo escrito en lengua inglesa.

En 1840 toma el apellido Widdrington<sup>21</sup> y en 1843 vuelve a España<sup>22</sup>. Un año más tarde, a su vuelta a Inglaterra publicó de nuevo sus experiencias de viaje en una obra titulada *Spain and the Spaniards in 1843*.

Durante su primer viaje a la Península Cook recorrió Andalucía, todo el Levante, Cataluña, El Pirineo, Murcia, las dos Castillas, Extremadura, Aragón y el País Vasco, aunque es prácticamente imposible precisar con exactitud los distintos recorridos. Aparte de la extensa descripción de La Sierra de Segura, este autor narra su paso por Úbeda, Baeza, Linares, Jaén, cuando iba de vuelta a Granada.

---

20 COOK, captain S.S. *Sketches in Spain during the Years 1829, 30, 31 and 32; containing notices of some districts very little known; of the manners of the people, government, recent changes, Commerce, Fine Arts and Natural History*. Thomas and William Boone, London, 1834. El título de esta edición contiene un pequeño error: las iniciales del nombre del autor no son S.S. sino S.E. como se indica en la edición *Sketches in Spain during the years, 1829-30-31, 32, by Captain S.E. Cook*. A. and W. Galignani, Paris 1834.

21 Como Widdrington volvió a la Península entrando por Irún, siguiendo la misma ruta de la primera vez que vino a España. Ofrece descripciones de Jaén y Bailén.

22 Para no romper el orden cronológico de los relatos que presento, la descripción de su viaje entre Granada y Jaén (ya con el apellido Widdrington) aparece en el capítulo correspondiente.





CORTIJO DE LA LOMA DEL PERRO (SEGURA DE LA SIERRA)



## “LA SIERRA DE SEGURA”

Cuando me enteré de que la Sierra de Segura tenía los principales bosques del sur de España y que se trataba de una elevada y agreste cordillera en la que nacen los ríos Guadiana, Segura y Guadalquivir, y corren a fertilizar las distintas zonas de la Mancha, Murcia y Andalucía, dejé Granada con intención de visitarla. Salí con dos caballos y un guía armado que me fue muy recomendado ya que estaba acostumbrado a llevar dinero a las minas y a realizar servicios parecidos.

Obtuve varias cartas de recomendación pero la información que pude conseguir respecto a la zona fue muy escasa, ya que las únicas fuentes son los comerciantes de madera que la visitan de muy tarde en tarde para comprar materiales de construcción para Granada y que principalmente se suministran desde allí<sup>23</sup>. El primer día dormí en Guadix. Después de ir subiendo por una larga ladera durante más de una legua y cruzando un desfiladero, la carretera va serpenteando bajo la parte de atrás de Sierra Nevada donde se encuentran los restos de un noble roble-dal en el que ahora no queda ni un solo árbol en pie. Cenamos en una *venta* en un bonito valle y después de atravesar una zona muy poco interesante cuya última parte se levanta como un promontorio, entramos en los curiosos desfiladeros que llevan a Guadix, de los que daré información en el resumen geológico. Las rocas rojizas están excavadas formando varias viviendas troglodíticas, pero la zona está prácticamente sin cultivar. A corta distancia de Guadix volvimos a entrar en una región similar a la del día anterior, con la escarpada e impresionante cordillera de la Sierra de Baza a la derecha, una parte desgajada<sup>24</sup> de la Sierra de Segura.

---

23 En el texto aparece la siguiente nota: Para información sobre el tema de estos bosques se debe recurrir al Padre Muñoz de San Agustín, magnífico profesor de Botánica en Córdoba, con quien me siento en deuda por haberme hablado de ellos durante mi estancia en esa ciudad.

24 Desde un punto de vista geológico no lo es, ya que la Sierra de Segura y la Sierra de Baza son unidades geológicas distintas.

En Baza esperé al *corregidor* para quien tenía una carta. Él es un personaje muy importante en esta zona. Me encontré a sus hijas en este apartado lugar interpretando a Rossini, obras que ellas conocían a la perfección. Yo hubiese preferido mucho mejor escuchar alguna canción de origen árabe. Él me informó que en cuanto a toda su jurisdicción, la zona era segura, pero que más allá había *rateros*. Sin embargo, ya que tanto yo mismo como mi guía estábamos armados, no tenía miedo de un ataque llevado a cabo por ese tipo de ladrones. Me fui hacia el norte y cruzando una zona desértica de aspecto africano, pasé el Guadiana, como la gente lo llama; un bello río que recoge las aguas de la zona este de la Sierra de Segura.

Cuando sea inspeccionado el terreno lo más probable es que se den cuenta de que éste es el verdadero nacimiento del río Guadalquivir. En la actualidad se piensa que es otro ramal que nace hacia el oeste, en la Sierra de Cazorla. Por encima de este río ascendimos a una alta meseta en cuyo extremo se encuentra Pozo Alcón, lugar en el que dormí. En el camino encontramos dos hombres que estaban llevando a Baza un burro pequeño cargado de maíz desde un lugar a unas sesenta millas de distancia. Con los limitados beneficios de este pequeño cargamento y probablemente con un viaje de vuelta llevando vino tenían que mantenerse y mantener al animal todo este largo viaje. Estas costumbres nómadas les encantan a estas gentes del sur que son medio árabes. Después de hacer las oportunas gestiones para pasar la noche fui dando un paseo hasta un cerro por encima del pueblo para disfrutar de unas maravillosas vistas que no tienen igual. Me situé en una elevada explanada tras la cual se levantaba la Sierra de Segura. Hacia la derecha, la vista descendía por *barrancos* y se perdía entre las cumbres de la cordillera secundaria que es la prolongación de esta sierra hasta Jaén y que se extiende por Loja y Antequera, Ronda y Gibraltar hasta África. [...] Había una puesta de sol "gloriosa". [...] Dormí en casa de un señor muy respetable para el que yo tenía una carta de recomendación. Él no permitió que me quedase en la *posada* y se ocupó de buscarme un guía para que me llevase a la sierra. Aunque nos encontrábamos a los pies de ésta, fue imposible obtener algún tipo de información precisa. No había nadie en

el pueblo que conociera algo más que los alrededores. No se podían poner de acuerdo en varias leguas acerca de la distancia que había hasta Orcera, que era el lugar al que tenía intención de llegar, y no podía decidir por medio de su información si podría encontrar un lugar en el que refugiarme para pasar la noche, o si tenía que pasarla en el bosque. Mi anfitrión sabía tan poco como el resto, aunque desde este apartado rincón, conocía a la perfección lo que estaba ocurriendo por toda Europa. El hombre que él intentaba que me acompañase desafortunadamente estaba ausente y encontraron un sustituto en un adusto personaje parecido a Lismahago<sup>25</sup>, un viejo soldado, quien, como luego resultó, no tenía ni la más remota cualificación para ejercer de guía, aunque de gran honestidad y con un magnífico e imperturbable sentido del humor, y con una energía que se podía comparar a la de un caballo. Salimos al amanecer y pronto entramos en el bosque bordeando y cruzando en repetidas ocasiones un bonito arroyo de cristalinas aguas que, con la densa sombra de los pinos, le daba una belleza selvática al escenario que contrastaba con la aridez africana del terreno que había desde Granada. Las montañas son del tamaño de las montañas más pequeñas de los Apeninos, con formas muy bonitas y están cubiertas de pinos hasta las cumbres. La parte más baja del valle se encuentra parcialmente cultivada. A eso del mediodía llegué a una zona de *cortijos* o explotaciones agrícolas con terrenos escarpados y salpicados de árboles de hoja perenne y de encinas y otros árboles y arbustos. La carretera entonces se bifurcaba y yo tenía la opción de girar hacia la izquierda y bajar hacia Cazorla, un pueblo a los pies de la sierra, por cuyo nombre se conoce toda esta zona, o de continuar hasta Orcera, con la perspectiva un tanto dudosa de llegar a Casas de Carrascas, mi única posibilidad de encontrar un refugio para pasar la noche. Yo había cumplido el objetivo de mi visita que era principalmente ver la composición de las partes altas de este bosque, pero como hacía muy buen tiempo, decidí continuar y examinar las zonas más elevadas de la sierra. Después de atravesar un bonito desfiladero, el río se iba haciendo cada vez más pequeño; el terreno se iba elevando; los árboles

---

25 Capitán Lismahago.

reducían su tamaño y nosotros cada vez íbamos alcanzando una mayor elevación. El tiempo empezó a dar síntomas de que estaba cambiando, se levantó un fuerte viento del sur y las nubes comenzaron a moverse ofreciendo signos inequívocos de que el tiempo iba a cambiar. En todo lo alto del desfiladero encontramos a un pastor con el que el guía habló aparte, sin dejarme ver en ningún momento que su conocimiento de la zona ya casi se le había agotado. Pasamos una cresta y comenzamos a descender. Se formó una densa niebla y la noche se nos echó encima. Nosotros todavía continuamos siguiendo el camino hasta que vi claramente que íbamos por el camino equivocado. Sin embargo el hombre con una emperrada obstinación persistía en asegurar que él tenía razón hasta que ya de noche llegamos a un *aguadero* o bebedero para ganado donde terminaba el camino. Él todavía insistía en que estábamos en la dirección correcta y manteniendo la esperanza de dar con el camino, yo seguí su sugerencia. Pronto nos vimos irremediamente rodeados de rocas y precipicios y la niebla se iba espesando y comenzaba a lloviznar sin que tuviésemos otra alternativa que detenernos. Desafortunadamente nosotros nos encontrábamos en la zona más erosionada de la sierra, que en esta parte estaba casi desnuda.

De todos modos seleccioné el mejor árbol y nos preparamos para acampar haciendo un fuego con algunas ramas secas. Justo después de que el fuego estuviese encendido, el guía, cuya ignorancia y obstinación eran la causa de que nos encontrásemos en esta situación, se tumbó y en un minuto se quedó profundamente dormido, simplemente diciéndole al otro que lo sentía por el *caballero*. Para ellos esto parecía ser un asunto completamente intrascendente. Ellos se consolaron con la observación de que en una noche como esa habría sido imposible ver el camino en la calzada real. Enganchamos los caballos cerca del fuego y mantuvimos las armas preparadas, ya que tenía bastante miedo a los lobos que abundan en esta zona y que podrían atacarlos. Teníamos abundancia de provisiones pero mi guía había olvidado llenar la *bota* en Pozo Alcón, como le dije que hiciera, una circunstancia que para esta gente carecía de importancia, aunque su apetito en cuanto a la comi-

da era voraz. Después de una noche bastante incómoda, empezó a amanecer y cuando se hizo de día nos pusimos en camino y volvimos a retomar el camino que habíamos dejado pero pronto nos dimos cuenta de que era simplemente la vereda de comunicación entre varias parcelas sembradas de maíz y que nos estábamos adentrando en los más profundos desfiladeros del bosque. Escuchamos la voz de un pastor y al llegar hasta donde estaba pudimos comprobar que estábamos completamente equivocados y que habíamos dejado la carretera a unas dos leguas. Lo contraté para que nos acompañase y retrocedimos esta distancia, llegando hasta el punto en el que el hombre le había dicho al guía, como al final resultó, que se mantuviera a la derecha; en lugar de eso, nos hemos ido hacia la izquierda. Entonces encontramos la carretera y después de pasar por algunas zonas muy bonitas, llegamos a mediodía a la Fuente de Segura, el nacimiento del río que mana de un pequeño fondo pantanoso. Cerca hay un *cortijo*, y un poco más allá, dos aldeas miserables una al lado de otra en un pequeño *barranco* llamado Pontones. Los habitantes fueron muy educados pero su aspecto era extremadamente miserable, con los niños corriendo por todos lados casi desnudos, con la piel renegrida y sucia como si fueran jóvenes indios. El lugar era tan poco atractivo que proseguí camino hasta Casas de Carrascas, otra aldea a poca distancia que era mucho mejor. No había *posada* pero nos recibieron en una casa limpia y respetable, siendo la costumbre en este alejado lugar admitir a un forastero en cualquier casa en la que se presente. El propietario no hizo ninguna pregunta de acuerdo con las normas de etiqueta españolas, aunque al vernos no pudo ocultar su sorpresa. Encontramos un delicioso pellejo de vino de Baza y como teníamos gran cantidad de provisiones pronto olvidamos las incomodidades de la noche pasada. El panorama que se veía desde este pueblo se extendía sobre bosques y calveros en todas direcciones. Por debajo corría el Segura a través de una estrecha garganta de caliza blanca hasta los cálidos valles de Murcia. Hacia el otro lado rasgos muy marcados evidenciaban el descenso de los ríos hacia Andalucía y el Guadalquivir. En Orcera contraté un nuevo guía con la intención de librarme del otro, pero me suplicó tanto que le dejara

acompañarnos, como dijo, “por amistad”, súplica a la que se unió mi propio sirviente, que me vi forzado a permitirle venir, y nos pusimos en camino. Avanzamos por la cuerda de la vertiente que separa los ríos Segura y Guadalquivir y allí vimos zonas de nobles pinares que la brutalidad de los campesinos había destruido al quemarlos durante el verano, dejando en pie sólo los troncos sin vida; una práctica tan común aquí como inútil y destructiva. Pronto llegamos a un desfiladero que con una cuesta muy pronunciada y muy rápida llevaba hasta el lecho de un torrente, uno de los principales afluentes del ramal norte del Guadalquivir. La zona era muy bonita. Los pinares proporcionaban una densa sombra de la que constantemente salíamos y luego llegó una noche brillante. Las titilantes estrellas, las luces en la montaña que había al otro lado de la Sierra de Segura, las fogatas en los *cortijos* encendidas bajo las rocas me trajeron a la memoria la espléndida noche y los fuegos del campamento de Ilión. El silencio sólo se veía roto por los incesantes ladridos de los perros de los pastores cuya vigilancia era lo único que salvaba a los rebaños de los depredadores. La distancia era ridícula, pero la ignorancia de los guías, ya que el último sólo conocía el camino hasta el desfiladero y confesó que jamás había estado más allá, y la dificultad de la carretera, que estaba muy mal señalizada, nos hacía avanzar con mucha lentitud. Por fin llegamos a un profundo barranco sobre el que se levantaban la iglesia y las casas de Orcera. Ahora estábamos completamente parados, no había el menor indicio de que se pudiese pasar, salvo un camino de carros hecho para transportar los troncos y que se sabía que daba una vuelta enorme. Ninguno de los guías conocía el camino para llegar al pueblo que aparecía ante la vista como un castillo encantado. El soldado había estado acuartelado en este lugar hacía unos cuantos meses, pero sabía tan poco como los demás, y tampoco yo, con mucha práctica a la hora de descifrar carreteras, podía distinguir por dónde estaba la comunicación. Al otro lado había varios chiquillos cogiendo pájaros con un farol pero estaban ocupados en lo suyo y además el ruido del agua hacía que no pudiesen oír nuestras voces. Al final descubrimos un hueco en el seto de un jardín, lo cruzamos y atravesando la *rambla* o torren-

te llegamos a un caminillo muy estrecho cubierto de plantas de hoja perenne que, como si de una galería se tratase subía hasta el pueblo. Ya todo el mundo se había retirado a descansar salvo un soñoliento guarda que estaba en la *plaza* y tuvimos bastante dificultad para que nos permitiesen la entrada a una miserable *posada*. Por la mañana me levanté temprano y estuve caminando por la zona que habíamos atravesado en la oscuridad. Luego fui en busca de las autoridades. Mi primera visita fue a la comandancia militar. Me encontré con un hombre corpulento y bastante anciano vestido con un viejo uniforme, un mártir que sufría a causa de diversos achaques de los que la gota y el asma eran los más evidentes. Su secretario era una copia exacta de él, aunque menos enfermo. El objeto de mi visita era obtener su firma para mi pasaporte en lugar de intentar conseguirla de las autoridades civiles que yo sabía que me causarían problemas y un gran retraso. Al salir de Granada, había sido refrendado por el Capitán General con el fin de evitar las preguntas de los alcaldes de estas zonas. Este personaje de extraordinario aspecto me recibió cortésmente. Después de hacer un comentario sobre cualquier otro tema, procedió a examinar mi pasaporte. Esto es algo que suele ocurrir siempre en el sur, donde se considera un tanto grosero entrar de lleno en los asuntos a tratar. Esta es una costumbre que tiene su raíz en oriente y que a veces es bastante molesta, pero como todas las costumbres que tienen ese origen están basadas en la más auténtica educación. Pretendía continuar con la conversación, otra costumbre perfectamente oriental, pero realmente estaba completamente absorto y debatiéndose entre si él debería o no asumir la responsabilidad. Por fin un estremecimiento recorrió su rostro, y dijo: "No puedo firmar el pasaporte; usted tiene que ir al Alcalde". Por consiguiente me dirigí a su casa, que era de una planta, la única luz que había era la que entraba por la puerta. Me encontré con un rollizo polichinela vestido de campesino con un grupo muy variopinto de personas, algunos sentados sobre el suelo de barro, y otros en banquetas bajas, todos comiendo un revoltijo de patatas, tubérculo que se utiliza mucho en el sur de España. Todos comían en un lebrillo donde iban metiendo las cucharas. El fue extremadamente cortés y me propuso

que fuese a visitar al escribano en su nombre y que le dijera que firmase el pasaporte. Me dirigí a la casa de este funcionario, que tenía una casa bastante mejor, pero que se encontraba ausente. Luego busqué a una persona a la que fui recomendado y mientras me encontraba con él, llegó el Alcalde, que se había echado una vieja *capa* sobre los hombros. El tenía un ayudante, un joven engreído e imprudente que evidentemente parecía ser un pariente y que no sabía leer pero que sin lugar a dudas tenía la intención de hacer alguna travesura y que se estaba mofando del anciano. Ellos se sorprendieron de verme allí pero pronto formularon en voz baja el objeto de mi visita, que era el extraño acontecimiento de que hubiese un extranjero en el pueblo. Después de un momento, como el Alcalde no podía hacer nada, mi presencia y carta de presentación obligaba al anfitrión a permanecer en silencio, él me propuso que visitara a las autoridades superiores del gobierno a lo que yo accedí gustoso y a la primera persona que me dirigí instantáneamente solucionó el problema. Había dos oficiales de la marina y tan caballeros como siempre he encontrado que lo son los oficiales de marina españoles. Sus modales contrastaban curiosamente con los del grupo que les rodeaba. Uno de ellos nos ofreció chocolate a mí y al Alcalde con admirable tacto, sacó la botella en la que llevaba su refrigerio para la mañana llena de un licor de tono verdoso pensado para los rudos campesinos, pero que estaba tan fuerte que este respetable señor no podía terminarse el vaso, aunque la educación le impedía dejarlo. El más joven de estos oficiales era un hombre de refinada cultura y muy bien informado. Estuvo en Trafalgar, batalla de la que hablaba con el simple y noble candor característico y probablemente peculiar de esta gente, con sentimientos de admiración hacia el talento y el coraje con el que se llevó a cabo, y con una sensación, que es frecuente entre ellos de un cierto orgullo por haber sido testigos de ese magno acontecimiento, cuando los sentimientos de derrota y desastre se han esfumado y las pasiones del tiempo han dado lugar a otros sentimientos. Después de solucionar el asunto del pasaporte, y de que los oficiales se ofrecieran a hacerse cargo de los gastos, nos dirigimos a la casa del *escribano* que era quien tenía que firmarlo. Fue extremadamente cor-



tés y me dijo que si lo hubiese llamado a cualquier hora de la noche me habría encontrado un alojamiento. Evidentemente él se sentía intimidado por su superior y aunque el pasaporte era perfectamente correcto él lo examinó detenidamente, con la destreza de su oficio, con la intención de encontrarle algún fallo, pero sólo encontró un defecto porque le faltaba un número, una objeción fácilmente refutada. Luego procedió a firmarlo pero de un modo que dejaba completamente claro el gremio al que él pertenecía.<sup>26</sup> Como a aquel lugar nunca antes había llegado un extranjero, y esto era, como ellos mismos observaron, algo nuevo, su objetivo era delegar la responsabilidad en el oficial de marina, aunque él no se atrevió abiertamente a rehusar su cometido. Él manejó esta escena con una consumada habilidad y un éxito completo; la forma confusa con la que él aparentaba estar haciendo lo que estaba obligando a hacer al otro, era algo que contrastaba exactamente con el simple y noble comportamiento del superior. Esta escena la he descrito puesto que muestra la austeridad de un apartado pueblo español. El único personaje que faltaba era el *cura* a quien yo no llegué a ver, aunque allí había una iglesia enorme. El pueblo era demasiado pequeño para permitirse tener un médico quien, en lugares más grandes, figura como una de las autoridades.

El pueblo es una pedanía de Segura de la Sierra que se encuentra a una legua de distancia en todo lo alto de un monte y si no hubiese sido por la cortesía de mis compañeros militares, a mí me podrían haber estado demorando durante algunas horas debido a consultas y reparos de varios tipos. Este es un lugar que ha nacido con el fin de suministrar madera para la construcción en Cádiz, madera que se trae hasta aquí y que a poca distancia más abajo se deja flotar hasta el Guadalquivir. Antes había edificios suntuosos para que residieran los oficiales. Estos ahora están en ruinas puesto que fueron quemados durante la guerra de la Independencia. La situación inexpugnable del pueblo fue lo que les indujo a oponer resistencia a los franceses.

---

<sup>26</sup> El *escribano* o notario, es un funcionario y hay uno en todos los pueblos por pequeños que sean.

El bosque tiene unas veinte leguas españolas de longitud por unas quince de anchura (ochenta por sesenta millas) y aún tiene gran cantidad de madera magnífica, aunque se han otorgado grandes cantidades a individuos particulares para que la vendan y los campesinos constantemente están quemando zonas completas que luego convierten en un erial que no sirve para nada, ya que el ardiente clima evita que crezca ningún tipo de hierba más que donde está protegida. Las partes más altas del bosque están casi completamente desnudas. Unos cuantos enebros y acebos conforman la mayor parte del sotobosque, y la zona que mira a Murcia, es decir la solana, perfectamente parecía lo que era. En el norte es diferente. Los escarpados desfiladeros protegen el suelo del calor abrasador y se cubre de una exuberante vegetación. Abunda la caza de todo tipo y los lobos son tan numerosos, debido a la suspensión de las ayudas del gobierno para su destrucción, que los rebaños difícilmente pueden ser protegidos. Sin embargo, este mal está en vías de encontrar remedio. Hace unos cuantos años la *maestranza* o nobleza de Granada, llevó a cabo una importante batida, y terminando con un gran número de animales. La descripción de los pinos se puede ver en el resumen dedicado a los bosques.

## DE BEAS A LINARES, ÚBEDA, BAEZA Y JAÉN

Me insistieron muchísimo para que me quedase pero lo avanzado de la estación y todo el trabajo que tenía que realizar me impidieron permanecer más tiempo allí así que salí rumbo a Linares por la ruta de Úbeda y Baeza. Al bajar del pueblo entré en un terreno muy bonito cubierto de *lentiscus* y las plantas corrientes que se dan en las zonas más cálidas de Andalucía. El suelo es una marga rojiza y es muy fértil. A poca distancia más abajo pasamos el estrecho desfiladero del Guadalimar, el ramal norte del Guadalquivir con un puente muy curioso y un castillo árabe. Los paisajes son muy del estilo de Poussin, el pueblo y el castillo de Segura de la Sierra impiden la vista en todas direcciones. Dormí en Veas [*sic.* por Beas], un lugar muy grande y bastante mal construido situado en un angosto aunque fértil valle en un río que desemboca en el Guadalimar. Durante la tarde el posadero me dijo que un *caballero*, desearía hacerme una visita, por supuesto con mi permiso. Se trataba de un vizcaíno respetable e inteligente que había abierto un negocio de curtidos a gran escala en este apartado lugar, y aprovechó con el mayor agrado la oportunidad de ver a un extranjero en una zona tan poco frecuentada. El me envió un postre y me insistió en que pasara con él el día siguiente, invitación que me vi obligado a rehusar.

Continué mi viaje por la mañana atravesando un terreno muy accidentado y pronto llegué a un camino que se llama el Lomo de Úbeda pasando por Villanueva del Arzobispo y Villacarrillo, lugares pobres y decadentes en una zona rica y fértil, donde se dan principalmente el aceite y el maíz, y donde hay enormes *cortijos* o casas de labranza. Llovía a cántaros y el estado de los caminos y las estratagemas de mi *mozo* que estaba decidido a dormir en Torre de Úbeda, un pueblo a menos de una legua de la ciudad, me obligaron a pararme allí en una miserable *posada*. La zona estaba llena de *rateros* y el vizcaíno me dijo que a él le daba miedo moverse

de su casa, pero que *Castro* había estado en el pueblo el día de antes y que se había llevado a varios maleantes. Úbeda y Baeza son dos lugares muy antiguos que se encuentran a una legua de distancia uno de otro en la parte más alta del Lomo entre los dos principales afluentes del Guadalquivir. La zona es una de las más fértiles de Andalucía; bien irrigada, una marga compacta que produce maíz, aceite y vino, ganado y caballos en abundancia. Los pueblos están en estado ruinoso y la apariencia de la gente denota la más absoluta miseria, es como suele ocurrir invariablemente en las zonas agrícolas, que parece que incrementa el índice de su fertilidad. Sin embargo, como verdaderos andaluces, nunca les abandona su alegría. Ellos se congregaron donde nosotros estábamos y comenzaron a opinar sobre la apariencia de nuestros animales, que la sierra y el día de antes habían agotado considerablemente, pidiéndonos que se los cambiásemos por sus robustos y gordos animales, algo que a mí me divirtió mucho, pero que no le gustó nada al *mozo* que tenía excesivamente acentuado el sentido del ridículo y que pensaba que se estaban riendo de él. La lluvia del día anterior había hecho que se requisaran todas las mulas y los arados para llevar a cabo la siembra y no pude encontrar un solo animal para alquilar ya que tenía intención de despedir a mi *mozo* por su obstinación del día de antes; pero él se llevó una buena represalia a su vuelta a Granada. Cuando pasamos, la gente que estaba trabajando en los campos nos invitó a que compartiésemos su humilde comida, sentados a un lado del camino, algo que es una práctica usual en España. Después de cruzar el Guadalimar llegué a Linares, un pueblo grande y bien trazado de reciente construcción, pero muy sucio y que ahora se está recuperando debido a que se han vuelto a reanudar las extracciones en las famosas minas de plomo y cobre. Estas minas se conocen desde la más remota antigüedad. Algunos de los pozos son romanos o árabes. Están en manos de compañías y están siendo explotados con beneficios. Disponen de muy poca agua por consiguiente sólo pueden utilizar la maquinaria más simple. En estas minas es muy reducido el número de trabajadores extranjeros que están contratados para trabajar. Como suele ocurrir, la gente fue amabilísima hasta extremos insospecha-

dos. Algunos *rateros* habían robado a un grupo la noche antes pero los *realistas* habían salido en su búsqueda. El día siguiente lo pasé allí y luego atravesé una zona muy abierta y sin ningún interés pero muy fértil, regada por los dos grandes ramales del Guadalquivir, hasta llegar a Jaén, que es un lugar miserable con una catedral espléndida a la que me referiré cuando trate de la arquitectura<sup>27</sup>. El castillo árabe se levanta en un cerro por encima de la ciudad. Éste era una gran fortaleza, aunque ahora está en ruinas,

Al día siguiente salí con rumbo a Granada y viajé por una carretera que no la supera ninguna de las que existen en Europa y que está prácticamente terminada y que será la futura comunicación de esa capital con Madrid. Aún no había *posadas* y ni siquiera *ventas* y sólo había dos puebluchos casi a mitad de camino pero todavía no los han construido. El paisaje es maravilloso con un claro y abundante arroyo que va regando el valle con rasgos que recuerdan a Gales. Cerca de Campillo se pasa El Portillo de Arenas, un pequeño desfiladero famoso en las contiendas con los moros, y después de cruzar una gran cordillera, fuimos bajando hacia la vega de Granada.

---

27 Ver apéndice: arquitectura.

## APÉNDICE

Arquitectura: La catedral de Jaén tiene casi el mismo trazado que la catedral de Málaga, pero tiene una pequeña cúpula. Parece ser que fue un diseño del mayor de los Valdevira quien está considerado una figura de primer orden entre los escultores. La sacristía tiene proporciones admirables y está considerada como una de las piezas más importantes de España. Es puramente de estilo clásico. El enorme Hospital de la Sangre en Sevilla fue comenzado a partir del plano de Gainza, aproximadamente de 1550 y a una escala que ya hizo pensar que no podría ser finalizada. En uno de los *patios* o cuadrados hay situada una capilla de un diseño bastante distinto del que tiene el edificio principal. Se dice que pertenece a Fernán Ruiz, y es muy parecida aunque a menor escala a la catedral de Granada. Es muy alta y muy estrecha con una sola nave. Hay capillas laterales y pilares de orden Jónico que descansan en basamentos Dóricos o salientes desde los muros laterales y no llegan hasta el suelo. El techo es de sólida piedra. El exterior es Jónico y con un mejor diseño que el propio hospital que se dice que fue corregido por Machuca. La fachada principal de esta capilla es de un estilo diferente.

## HENRY DAVID INGLIS (1830)

Nacido en Edimburgo en 1795 desde muy joven orientó su vida hacia la literatura y los viajes y, aunque se educó para la actividad comercial, este trabajo nunca le resultó agradable.

En 1825 publicó su primera obra, *Tales of the Ardennes*, publicación que se llevó a cabo bajo el pseudónimo de *Dervent Conway* y cuya acogida por parte de la crítica fue bastante buena. Al poco tiempo aparecieron, *Narrative of a Journey through Norway, part of Sweden, and the Islands and States of Denmark* en 1826. Dos años más tarde publicó *Solitary Walks through many Lands y A Tour through Switzerland and the South of France and the Pyrenees 1830-1831*.

En 1830 viajó por España y el Tirol. Sus experiencias de viaje dieron lugar a dos obras: *Spain in 1830*<sup>28</sup> y *The Tyrol, with a Glance at Bavaria*, aparecidas respectivamente en 1831 y 1833.

Aparte de estas obras publicó en 1832 una novela en tres volúmenes titulada *The New Gil Blas or Pedro of Pennaflor*, en la que analiza la vida social española. Este mismo año viajó a las islas del Canal y comenzó a editar un periódico llamado *The British Critic* que mantuvo su tirada durante dos años. En 1834 publicó en dos volúmenes la descripción de estas islas y, después de un viaje a Irlanda, *Ireland in 1834* cuya obra alcanzó la quinta edición en 1838.

Desde 1834 Inglis se estableció en Londres. En 1837 publicó su última obra literaria en *Colburn's New Monthly Magazine, Rambles in the Footsteeps of Don Quixote*, con ilustraciones de Cruikshank. Murió en 1835.

Su viaje por España tuvo una duración de unos ocho meses entre la primavera y el otoño de 1830.

---

28 INGLIS, Henry David: *Spain in 1830*. Whittaker, Treacher and Co., London, 1831.





SANTA ELENA



## DE SIERRA MORENA A CÓRDOBA

Desde el primer cerro fui bajando hacia un profundo valle y luego volví a ascender durante al menos las siguientes dos leguas. Las laderas de las montañas se ven salpicadas de encinas, algunos fresnos y están cubiertas por un espeso sotobosque de arbustos, y a veces de forma ocasional se alcanzan a ver por abajo desfiladeros que se introducen en los profundos y deshabitados valles laterales de la sierra; aunque cuando la carretera va subiendo en dirección sur, ya se ven más zonas puestas en cultivo, y a poca distancia se pueden ver aldeas y casas salpicadas por todos lados. Son las nuevas colonias de Sierra Morena, como aún se las denomina, y el primer pueblo al que llegamos es Santa Elena. No hay nada más sorprendente o agradable que el contraste entre los pueblos de estos nuevos asentamientos y los pueblos que fuimos viendo en otras partes del interior de España.

Por todos lados se podían ver signos de actividad y laboriosidad; intentaban cultivar cualquier producto que el suelo pudiese dar; maíz, pastos y pequeñas huertas plantadas con patatas y coles se veían crecer alrededor de los cortijos que estaban mucho mejor construidos que las barracas o chabolas de los campesinos españoles, y después de observar algunos de ellos me di cuenta que tenían todo el mobiliario que necesita una familia normal. También la gente era distinta y no se les veía vestidos de harapos mirando desde sus puertas o sentados junto a los muros envueltos en sus capas. Parecía que todos tenían algo que hacer y retomaron sus ocupaciones con el aspecto de personas que no deseaban estar ociosas. El secreto es que esta gente tiene interés en lo que hace ya que trabajan sus tierras.

La historia de estos asentamientos es probablemente conocida por todos aunque no es mi intención pasarla por alto.

Con anterioridad al reinado de Carlos III, Sierra Morena estaba completamente en manos de los bandoleros, pero don Pablo de Olavido, [*sic* for Olavide], que entonces disfrutaba de un alto cargo en el gobierno de la provincia de Sevilla, se le ocurrió idear colonizar la sierra y ayudar a los colonos por medio de su trabajo en la agricultura.

El primer intento fracasó, después de un enorme desembolso, pero hasta cierto punto, sí hubo éxito con un segundo. Los colonos vinieron de distintas zonas de Alemania, tentados por los generosos ofrecimientos que les hacía el gobierno español, y son sus descendientes los que aún pueblan estas colonias.

Cada colono recibió cincuenta trozos de terreno, cada uno con diez mil pies cuadrados –libres de renta durante diez años, y después, sólo estarían sujetos a impuestos. Y si estos trozos de terreno se ponían en cultivo, otra cantidad igual se le asignaba al agricultor

Junto con su tierra, el colono recibía todo lo necesario para la labor agrícola: diez vacas, un burro, dos cerdos, un gallo y una gallina y semillas para la tierra; una casa y un horno: y la única limitación sobre la propiedad era una restricción sobre la potestad de poder disponer de ella, puesto que ningún colono podía hacerlo a favor de ninguna persona que ya dispusiera de una parcela; de manera que las posesiones no pudieran ser más grandes o más pequeñas a excepción de por su propio esfuerzo y trabajo.

Pero, a pesar de las muchas ventajas y privilegios que disfrutaban estas colonias, y aunque en comparación con el funcionamiento general de los pueblos españoles estas aldeas de nuevos colonos tienen una apariencia de comodidad y laboriosidad, las colonias nunca han tenido un éxito completo, y se dice que cada año son menos florecientes. En la actualidad, entre ellos no ven incrementarse sus riquezas y todo lo que pueden hacer es mantenerse con una relativa comodidad, siendo la única causa de esta falta de prosperidad la deficiente cadena de distribución de los productos de su trabajo. Es evidente que sin un mercado, el esfuerzo de un agricultor es inútil y pronto se verá restringido al punto que establecen las necesidades suyas y de su familia.

Justo después de salir de Santa Elena, el paisaje se abre hacia el sur. Las altas cumbres de la sierra se quedan detrás y Andalucía se extiende por debajo. A unas tres leguas de Santa Elena se encuentra La Carolina, la capital de los nuevos asentamientos, lugar al que llegué un poco después del mediodía.

Es en verdad un pueblo realmente cuidado y limpio y la aparente calidad de la posada casi me tentó seguir los deseos del mulero, quien quería que me quedase a pasar la noche en este lugar; pero yo había decidido dormir en Baylen [*sic.* por Bailén] de modo que al día siguiente tuviese una jornada de viaje corta hasta Anduxar [*sic.* por Andújar].

La naturaleza muestra una nueva apariencia cuando dejamos La Carolina y vamos descendiendo hacia las llanuras de Andalucía: los terrenos plantados de olivos ya no son olivares de extensión considerable, sino que son bosques; la encina ya no se ve salpicada aquí y allá, sino que cubre las laderas de las montañas; infinidad de nuevos arbustos y una gran variedad de plantas aromáticas, que no había visto antes, cubren cada palmo de terreno baldío, y los setos a ambos lados de la carretera están formados por áloes gigantescos.

Todo el camino desde La Carolina hasta Bailén fui atravesando una zona rica en cereales y aceite –una extensa y ondulada llanura delimitada hacia el sur por las montañas de Granada, y por todos lados, sobre las estribaciones más meridionales de Sierra Morena, que forma el límite norte de la llanura, se pueden ver las ruinas de castillos árabes. Al anochecer llegué a Bailén, lugar célebre por haber sido el campo de batalla donde Castaños obtuvo la victoria decisiva que posteriormente tuvo como resultado la evacuación de Madrid.

Yo casi me arrepentí de no haber caído en la tentación de haberme quedado en una buena posada en La Carolina, ya que mi guía al llegar a Bailén, metió mi mula en el patio de una posada bastante lúgubre.

De todos modos, encontré una cama que no era peor de lo que solían ser; y para cenar, me tuve que contentar con huevos fritos, un vino excelente y un melón delicioso.

Mi jornada de viaje había sido larga y cansada y desafiando a los mosquitos, poniéndome un pañuelo sobre la cara, me dormí profundamente hasta la mañana siguiente.

En beneficio de futuros viajeros debo hacer mención a un artilugio que posteriormente adopté para defenderme del ataque de los mosquitos. En España no se encuentran mosquiteras por ninguna parte, ni siquiera en los mejores hoteles, y no todo el mundo puede dormir con un pañuelo que le cubra la cara. Compré un trozo de muselina de aproximadamente una yarda de lado, le puse por los lados pequeñas pesas de plomo y como antes había almidonado bastante la gasa, al echármela por la cabeza dejaba bastante sitio para respirar, y los pesos hacían que no se levantara por ningún lado. Con esto rara vez me entró algún mosquito.

Salí de Bailén al amanecer, como es lo usual, e inmediatamente entramos en un valle agreste pero muy pintoresco. Un turbulento arroyo, llamado el "Río de las Piedras" se precipita a través de él, sus orillas, donde quiera que los peñascos dejaban crecer una mata de verdor, estaban cubiertas con las brillantes flores rosas de un arbusto desconocido para mí. Las encinas, de vez en cuando salpicadas por algún pino elevado y de copa redondeada, se agrupaban en las vaguadas y se extendían por las laderas de las pendientes. Un grupo de muleros y sus mulas descansando a la sombra de unos cuantos árboles contribuían en gran medida a que el paisaje fuera muy pintoresco. Varias de estas figuras me recordaron que ahora me encontraba en la tierra de Murillo. El cabello corto y moreno, las andrajosas y remendadas chaquetas y pantalones de color marrón, los pies descalzos y la ocupación –cortando pan y comiendo fruta– todo me hizo pensar en esas admirables escenas de la vida española que tantas veces y tan magistralmente han captado las pinturas de este ilustre maestro.

No hay nada interesante desde que se sale de este valle y se llega a Andújar. Atravesé extensos bosques, tanto de olivos como de encinas, en los que conté hasta tres cruces. El mulero me aseguró que no era en absoluto poco probable que nos pudieran robar antes de llegar a Andújar; aunque admitió que nuestras probabilidades de escapar eran mayores debido a que era por la mañana. Esta zona es considerada como uno de los puntos más peligrosos entre Madrid y Sevilla. A eso de una semana después de mi llegada a esta última, robaron el correo a dos leguas de Andújar. Este robo se llevó a cabo con una circunstancia bastante incongruente y con la usual cortesía de los bandoleros españoles. Después de haber revisado cada una de las sacas, les robaron a los cuatro pasajeros –tres caballeros y una dama–, todo menos la *camisa*, y de esta guisa los volvieron a subir al carruaje; el postillón también entró en Andújar sólo con la camisa. Sin embargo, yo llegué a la venta de Lequaca sin haber sufrido ninguna interrupción. Después de descansar allí durante una hora tomando chocolate, y de refrescar mi mula, continué viaje y llegué a Andújar temprano por la mañana.

Aquí me despedí de mi mula y de mi mulero aunque aún no tenía resuelta la forma en la que iba a continuar viaje hasta Córdoba y Sevilla, pero poco después, al enterarme de que una diligencia tirada por siete mulas saldría de Andújar a las cuatro de la madrugada del día siguiente, reservé una plaza hasta Córdoba.

La situación de Andújar es magnífica: se encuentra en uno de los extremos de una vasta llanura regada en toda su extensión por el Guadalquivir, río que vi aquí por primera vez. Las laderas de las estribaciones de Sierra Morena se levantan muy cerca de la parte norte del pueblo.

Toda la zona está cultivada; un suelo magnífico y un clima excelente aseguran abundantes cosechas. Las orillas del río y las laderas de las montañas están cubiertas por viñas y olivos. El propio pueblo tiene un tamaño considerable con una población de casi veinte mil habitantes, seis iglesias y nueve conventos. Noté una evidente mejora en el aspecto de la gente; todos estaban mejor vestidos y eran más

atractivos que los castellanos, pero con todo y con eso, la gente de Andújar, así como la de Córdoba, se dice que son malas personas –ladrones, falsos y violentos–, y es cierto que exceptuando el tramo de costa entre Cádiz y Málaga, se cometen más atracos en las cercanías de Andújar que en cualquier otro lugar de España.

Tomé asiento en la diligencia a las cuatro de la madrugada y comenzó a amanecer a eso de media hora después de haber salido de Andújar. Todo el camino hasta Córdoba la carretera va atravesando la extensa llanura que bordea el Guadalquivir. Esta llanura está principalmente dividida entre trigo y olivos y estos últimos forman todo un bosque que se extiende varias leguas desde Andújar. Estos olivares son propiedad del Duque de Medina Coeli, que se dice que es el único hombre en España que riega sus olivos. El río corre a aproximadamente una milla de distancia y todo su olivar está puesto en regadío por medio de artilugios que elevan el agua y la llevan por medio de canales y artesas de madera colocadas para este fin. Me enteré que el Duque encuentra este sistema beneficioso ya que con frecuencia recoge cosechas magníficas mientras que otros propietarios no recogen nada. Los trigales que crecen en esta llanura son de la mejor calidad, aunque esperan sólo una cosecha. No hay la menor duda, sin embargo, de que si la tierra donde crece el trigo estuviese puesta en regadío, como ocurre en Valencia y en Murcia, se podría obtener más de una cosecha de este suelo.

## RICHARD FORD (1830-1833)

Nacido en Londres en 1796, estudió en Winchester y se graduó en el Trinity College de Oxford. Llegó a ejercer ante los tribunales en Lincoln's Inn, aunque no continuó con la profesión de abogado.

Pasó varios años recorriendo Europa, puesto que había heredado una gran fortuna. En 1830 visitó España y permaneció tres inviernos en Sevilla y dos veranos en Granada en compañía de su esposa e hijos. A ella le habían aconsejado pasar una temporada en un clima cálido debido a lo delicado de su salud. Harriette le acompañó en algunas excursiones aunque la mayor parte de las veces Richard Ford iba con la sola compañía de su fiel criado.

A su vuelta a Inglaterra se instaló en Devonshire en Heavytree House, en las cercanías de Exeter, donde se construyó una torre morisca y vivió dedicado a recordar sus años en España.

En 1837, en la *Quarterly Review* apareció un artículo suyo sobre tema español. En 1845 publicaba John Murray una obra maestra de la literatura de viajes, el *Handbook for Travellers in Spain*<sup>29</sup>. En 1847 se publicó una edición reducida a un solo volumen y en 1855 apareció la tercera edición. Todas ellas tuvieron una magnífica acogida tanto por parte de la crítica como del público en general.

En 1846 apareció la obra *Gatherings from Spain*. Ésta contiene capítulos que ya se habían incluido en la primera edición del *Handbook* junto con algunos nuevos.

---

29 FORD, Richard. *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home. Describing the Country and Cities, The Natives and Their Manners; with Notices on Spanish History. Part I. Containing Andalusia, Ronda and Granada, Murcia, Valencia, Catalonia, and Estremadura: with Travelling Maps and a Copious Index.* John Murray, London. 1845.



Otras obras de Ford son: *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character of a War in Spain*, Londres, 1839, en respuesta a un panfleto titulado *The Policy of England in Spain. A Guide to the Diorama of the Campaigns of the Duke of Wellington*, publicado en 1852. *Tauromachia, Bull-fights of Spain*, Londres, 1852. *Apsley House and Walmer Castle*, Londres, 1853 y *The Letters of Richard Ford* editadas por R.E. Prothero, Londres, 1905. Su muerte tuvo lugar en 1858.





RUTA VIII DE SEVILLA A MADRID:  
ANDÚJAR, CASA DEL REY, BAILÉN, GUARROMÁN,  
LA CAROLINA Y SANTA ELENA

Atravesando una zona muy fértil de cereales y olivos se encuentra *Andújar*, Andura, un pueblo feo y poco saludable en las márgenes del Guadalquivir con 13.000 almas y con un viejo y mal conservado puente; la posada donde se detiene la diligencia es decente. Aquí es donde se hacen los botijos de porosa arcilla, *alcarrazas* el *Qooleh* de los árabes que llenos de agua y colocados sobre baldas o *tallas* los cogen los españoles sedientos cuando entran en cualquier venta. La *Parroquia de Santa Marina* era una mezquita; en los montes de los alrededores abunda la caza mayor. El 23 de julio de 1808 se firmó en Andújar la Capitulación de Bailén y el 8 de agosto de 1823 el famoso decreto del Duque de Angulema por el cual se asumía la superioridad de los franceses sobre todas las autoridades españolas. Esto contrarió a toda la Península ya que tocó el *españolismo* nacional o la impaciencia bajo el yugo extranjero; convirtió a cada amigo, más aún, incluso al recientemente libertador Fernando VII, en un enemigo al que pasar a cuchillo, y comprometió la existencia de cualquier francés en España.

Desde *Andújar* hasta *Jaén*, 6 leguas. La carretera es mala pero transitable para carruajes. Comunica con el *Camino Real* hasta *Granada*.

Saliendo de Andújar la carretera a Madrid va subiendo montañas con un paisaje bastante escarpado bajo el cual hierve el Rumblar. La famosa batalla tuvo lugar entre la casa de postas *La Casa del Rey y Bailén*. Bailén, donde *nosotros* aplastamos a los veteranos de Austerlitz y Marengo, y “por consiguiente no solamente salvamos a España, sino a toda Europa”. [...] Cuando abandonamos Bailén la carretera entra en la barrera montañosa que se levanta entre la meseta central y las franjas marí-

timas. La Carolina es la capital de *Las Nuevas Poblaciones*; es limpia y está bien cuidada, trazada con escuadra y cartabón, de un modo académico muy corriente. Los rostros blancos de las gentes y las calles con árboles plantados son más alemanes que españoles. Tiene una población de 2.800 personas. Estas agrestes sierras, donde no había carreteras ni pueblos, antes estaban en manos de bandoleros y llenas de lobos. España, después de colonizar el nuevo mundo y de expulsar a sus ricos y poderosos judíos y a sus diligentes moros, se vio obligada a repoblar los *Despoblados* con colonos extranjeros. [...] La carretera de montaña está admirablemente bien trazada; fue ejecutada por Charles Le Maur, un hábil ingeniero francés al servicio de Carlos III. A unas dos leguas de *La Carolina* se encuentra el pueblo de *Las Navas de Tolosa*, escenario de una anterior batalla como la de Bailén, y de una importante victoria que también allanó el terreno para la restauración de la independencia española.

## RUTA XII DE CÓRDOBA A GRANADA: ALCALÁ LA REAL

Desde *Baena*, aunque hay sólo 24 millas hasta *Alcalá la Real*, a caballo se tardan unas siete horas. El pintoresco pueblo, con sus llamativas torres, está construido sobre una montaña de forma cónica. Las calles son muy empinadas; la Alameda es muy bonita y la *posada* injustamente cara. Este pueblo en su día fue el cuartel general del Alcaide Ibn Zaide; fue tomada en 1340 por Alonso XI en persona por lo que obtuvo el epíteto de Real. El castillo de *La Mota* fue construido por el Conde de Tendilla, primer gobernador de la Alhambra.

## RUTA XIII DE SEVILLA A GRANADA POR JAÉN

Se va en diligencia hasta *Andújar* (ver Ruta VIII) y desde allí por una carretera mala aunque transitable para carruajes a *Jaén*, 6 leguas. O siga hasta Bailén y desde allí tome la diligencia que baja a Jaén 6 leguas. Se atraviesa el Guadalquivir en el peligroso y poco práctico transbordador de Mengíbar. Las dos carreteras son poco interesantes y a menudo están infestadas de bandoleros, y como va por llanuras sin árboles es fría y el viento sopla con fuerza en invierno mientras que está calcinada y polvorienta en verano. La carretera entre Jaén y Bailén se comenzó en 1831.

## RUTA XIV DE ANDÚJAR A GRANADA: MENGÍBAR, JAÉN, VENTA DEL CHAVAL Y CAMPILLO DE ARENAS

*Jaén*, Jayyàn, bajo el dominio musulmán fue un pequeño reino independiente con una extensión de 268 leguas cuadradas. La capital, la romana Aurigi Giennium, se encuentra situada como un centinela en el desfiladero de las montañas que da acceso a Granada. Esta posición fronteriza explica su condición de yerma y des poblada. Nunca se ha recuperado de las mutuas incursiones de exterminio, aunque aquí se encuentran algunas de las tierras más ricas y mejor irrigadas de España. *Gien* en árabe significa fertilidad; y la ciudad también fue llamada Jayyenu-l-harir, "Jaén de la seda". Su situación es extremadamente pintoresca. Se extiende bajo un castillo que corona una colina. Los largos paños de muralla y las torres van subiendo por las escarpadas laderas. La mezcla de montes y los llamados *Jabalruz*, *La Pandera* y *El del viento*, son la causa de que la ciudad casi no tenga sol durante los días invernales. Jaén ha sido comparado con un dragón, un vigilante Cancerbero. Es un lugar pobre en medio de la abundancia. Tiene una población de 18.000 habitantes, compuesta principalmente por agricultores muy trabajadores. Son preciosas las huertas que hay en las afueras de la ciudad, refrescadas y fertilizadas por las aguas que manan de las rocas por todas partes.

La mejor posada es la de la diligencia, *El Café Nuevo*; el otro es *El Santo Rostro*, *Calle del Matadero*.

En 1246 Jaén se rindió a San Fernando. Ibnu-l-ahmar, "el hombre rojo" originario de Arjona y perteneciente a una clase social muy baja se había erigido en su gobernante, y como discrepaba con el Rey Moro de Sevilla, y sintiéndose incapaz de oponerse a los cristianos sin ayuda de nadie, se declaró su vasallo. Después de contribuir a la conquista de Andalucía, logró fundar la cuarta dinastía árabe y del

reino de Granada, a donde los moros, después de ser expulsados de otros lugares, se dirigieron en tropel como su último refugio.

*Jaén* es un obispado junto con *Baeza*. La catedral se construyó manteniendo el mismo estilo de sus metropolitanas de Granada y Málaga. En 1492 se echó abajo la antigua mezquita y en 1525 Pedro de Valdevira [*sic.* por Vandelvira] introdujo el estilo greco-romano. La planta es majestuosa y regular. Hay cuatro entradas. La fachada de poniente se encuentra entre dos magníficas torres. El interior de estilo corintio es muy luminoso, blanqueado y casi parece un templo pagano. La sacristía es elegante: la gran reliquia *La Santa Faz, El Santo Sudario*, o como se llama comúnmente, *El Santo Rostro*, el Santo Rostro de nuestro Salvador, impreso en el sudario de *Santa Verónica*, (*verum icon*) que, como si se tratase de una plancha de cobre, ha producido muchas copias para los verdaderos creyentes. Perteneció a San Fernando y se encuentra tallado por todo Jaén. Se puede ver copiado en pequeños medallones de plata, *niellos*, en blanco y negro, que llevan los bandoleros y los campesinos como amuleto. De hecho Jaén es una Trípoli moderna. La □□ □□□ □□□□ π□□□□π□□ de los antiguos. La reliquia se muestra a los personajes importantes de forma privada y a la gente del pueblo durante las festividades; los campesinos confían en ella ante cualquier calamidad, aunque no pudo salvarles de los franceses que razonaban como el Demonio de Dante en el Infierno. “Qui non ha luogo il Santo Rostro” porque Lucca presume de tener un duplicado llamado “Il Volto Santo”. Los que tengan curiosidad por conocer su autenticidad pueden consultar “*Discursos de las Efigies y verdaderos retratos non manufactos del Santo Rostro*” Francisco Villanueva. Folio 1637.

Visite la alameda con sus vistas alpinas; pasee por las sinuosas callejas de la ciudad antigua hacia la fuente de Magdalena que mana de una roca como si la hubiese golpeado la vara de Moisés. Fue en Jaén donde Fernando IV murió de forma repentina el 7 de septiembre de 1312 cuando contaba 25 años, exactamente treinta días después de que fuese *convocado* a presentarse ante el tribunal de Dios

por los dos hermanos Pedro y Juan Carvajal, de Martos, cuando los dos estaban siendo conducidos para ser ejecutados por orden del rey y sin suficiente evidencia de su culpabilidad. De ahí que Fernando sea llamado *El Emplazado*. [...] En julio de 1808 Jaén fue terriblemente saqueada por los franceses bajo el mando del general Cassagne. En cuanto a su historia, leyendas y antigüedades se debe consultar "*Santos y Santuarios*" Francisco de Vilches; "*Historia de Jaén*" Bartolomé Ximenez Patón, 1628 (el autor verdadero fue el Jesuita Fernando Pecha); "*Análes Ecclesiásticos*", Martín de Ximena Jurado; sin embargo lo más importante está todo incluido en "*Retrato de Jaén*", 4to., Jaén 1794.

La carretera a Granada se abrió en 1828. Es muy pintoresca; la primera parte va por un valle muy bien irrigado lleno de higos, albaricoques y granadas. Después el desfiladero se va haciendo más estrecho y escarpado y en *Puerto de Arenas* se ha hecho un túnel. El ingeniero se llamaba Esteban y el trabajo es excelente. En esta carretera hay algunas *posadas* nuevas. Los que viajen a caballo pueden parar o en la miserable de *Campillo* o seguir una legua y media a *Campotejar*; y si quieren apartarse de la polvorienta carretera, pueden girar a la derecha en un *cortijo* a tres cuartos de legua de *Campillo* hacia *Benalúa*, una legua, desde allí a *Colmara* [*sic.* por Colomera] cuatro leguas y desde allí dos leguas a Granada, un sendero solitario pero muy bonito.

## RUTA XXVII (CONTINUACIÓN), DE ALMERÍA A JAÉN

[...] Desde *Purchena* el amante de la historia natural que no tenga miedo a atravesar un terreno muy escarpado puede dirigirse a *Pozo del Alcón*, donde comienzan los pinares. Desde allí a *Cazorla*, que forma uno de los extremos del triángulo con *Puebla de Don Fadrique*, a quince leguas de distancia. Los caminos son terribles en estos bosques laberínticos. Las encinas y los pinos son magníficos. En *Orcera* estaba el servicio forestal del gobierno, desde donde se abastecían los arsenales de Cádiz, pero los franceses quemaron los nobles edificios. El bosque de *Segura*, *Saltus Tigiensis* tiene una extensión de ochenta por sesenta leguas. El visitante debe solicitar permiso a las autoridades locales para explorar la zona, exponiendo sus objetivos con franqueza, de otro modo su llegada puede crear un gran alboroto, y es posible que se vea expuesto a todo tipo de sospechas e incomodidades. El Guadiana que desemboca en el Guadalquivir es útil para transportar los troncos flotando. Según un informe oficial de 1751, había entonces 2.121.140 árboles preparados para construcción naval en los astilleros gaditanos, y 380.000.000 para los de Cartagena. Si descontamos de estas cifras lo correspondiente a la exageración española, es evidente que los suministros eran ciertamente casi inagotables. El “*Expediente*” de Martín Fernández Navarrete, Madrid 1824 da la cifra de 44.297.108. El bosque se encuentra en la actualidad escandalosamente abandonado y mal utilizado como ocurre con casi todos los de España<sup>30</sup>. Abunda todo tipo de caza mayor y los lobos son tan numerosos que casi no se pueden tener ovejas.

Atravesando una zona fértil y muy bien irrigada se encuentra *Úbeda*, construida por los árabes con materiales de la romana *Bætula*, ahora, *Úbeda la Vieja*. Úbeda fue conquistada por Alonzo VIII ocho días después de la victoria de las Navas de Tolosa. El español, en una carta a Inocencio III, expuso que “entonces contenía

<sup>30</sup> Ver Widdrington I, 384.



setenta mil moros, de los que muchos fueron masacrados y que el resto fueron hechos prisioneros para construir los conventos en España, y que la ciudad fue arrasada". Cuando se retiraron estos cristianos destructores, debido a la falta de medios para continuar con sus éxitos, los infieles volvieron y reconstruyeron Úbeda. Pero la desdichada ciudad fue reconquistada por San Fernando el día de San Miguel de 1239. De ahí que el escudo de la ciudad, tenga a ese Arcángel, con bordura de plata y doce leones sobre un campo de gules. Úbeda tiene unos 15.000 habitantes, en su mayoría agricultores.

Aquí el arquitecto encontrará las mejores muestras de Pedro de Valdevira [*sic.* por Vandelvira] un arquitecto del siglo XVI y sólo detrás de Berruguete. La catedral, que en su día fue una mezquita, se ha construido como un templo corintio con un estilo similar al de las de Granada y Jaén. Cerca del altar mayor se enterró a don Beltrán de la Cueva, el conocido padre de La Beltraneja, rival de Isabel la Católica. El mecenas de Úbeda fue Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V. Para decorar su casa con arabescos trajo de Italia a Julio y Alessandro, ambos alumnos de Juan de Udina. Todavía existe la mansión en la parroquia de Santo Tomás, aunque cruelmente dilapidada. Para construir la maravillosa iglesia de *San Salvador* también contrató a Pedro de Vandelvira en 1540. El interior se ha modificado y se ha dorado en exceso pero el exterior ha tenido mejor suerte. Observe el *Portal del Llano* y la entrada, y el interior de la magnífica sacristía. El convento de las monjas dominicas, en la *Plaza del Llano* también fue residencia de la familia de los Cobos. El hospital es un buen edificio: obsérvese la torre, el claustro y los minuciosos bajo relieves del *retablo*. Durante mucho tiempo los fondos se han empleado mal y la ineficacia de la administración es completa.

Visite la Lonja y los edificios en el Ejido. El "Exodus" o lugar de salida para Baeza a una legua de distancia. Hay muchísima agua y en consecuencia todo es muy fértil. De hecho, toda la *Loma de Úbeda* tiene algunas de las mejores tierras del mundo. Durante la dominación musulmana estuvo densamente po-

blada y era un granero; en la actualidad la mayor parte de ella está *despoblada* y abandonada.

*Baeza*, Bætia Bæcula, es el lugar donde Escipión el joven desvió a Asdrubal (U.C. 545), matando a 5.000 cartagineses y haciendo prisioneros a 10.000 españoles (Livio, XXVII, 18). Bajo los árabes llegó a ser una ciudad floreciente con 30.000 almas. Fue tomada y saqueada por San Fernando en 1239 y desde entonces nunca ha sido lo que fue. Los abatidos moros se refugiaron en el barrio del Albaicín de Granada.

Baeza es un pueblo muy bonito. Tiene una población de 14.000 habitantes aproximadamente. Hay una nueva posada bastante buena en lo que en su día fue el convento Franciscano. Los magníficos edificios del siglo XVI y ahora salas desiertas, mantienen vestigios de su otrora importancia. Su situación, en una elevada *Loma* con aire puro, ricas llanuras y abundancia de agua está muy bien escogida. Los principales edificios son el oratorio de San Felipe Neri, el magnífico patio y la escalera de la universidad, la fuente con cariátides en la plaza y las Puertas de Córdoba y Baeza del *cinquecento*. La catedral está unida a la de Jaén bajo la misma mitra. Fue modernizada en 1587 y está dedicada al “nacimiento de la Virgen”. Este misterio se representa en un bajo-relieve de Jerónimo Prado sobre la clásica puerta. La capilla de San José está realizada en un excelente estilo plateresco. Para esta catedral Francisco Merino, uno de los mejores orfebres de España (muerto en 1594) realizó una magnífica *custodia*.

Pero el orgullo de Baeza fue haber sido el lugar de nacimiento de once mil vírgenes, normalmente llamadas de Colonia. Vilches en su “*Santuarios*” I, 28, 26, le afana a Inglaterra la gloria y la reivindica para *Nosotros*. Estas damas, realmente nacidas en Cornualles alrededor del año 453, eran hijas de un tal Nothus, un gran señor, e incluso la familia Bastard se encuentra aún entre las más importantes del oeste de Inglaterra. Algunos críticos mantienen que las once mil no eran en realidad más que unas gemelas y que tenían los nombres de *Úrsula* y *Undecimilla*, pero otros

afirman que el error tuvo su origen en la abreviatura de un viejo manuscrito donde se leía: “Úrsula et XI. M. V.” lo que simplemente significa “Úrsula y once vírgenes mártires”. Al mismo tiempo debe haber habido varios miles de ellas ya que apenas hay un relicario que no ostente una o dos vírgenes y mientras que el número que hay en Alemania o en Italia es imposible de calcular. Sea como sea, hoy no sería fácil encontrar 11.000 vírgenes en los *cuatro reinos* y mucho menos en Vilches, e incluso si se pudiesen encontrar, no habría ni diez que prefiriesen morir antes que perder su castidad.

El célebre escultor Gaspar Becerra nació en Baeza en 1520.

*Linares*, Hellanes –está situada en una agradable llanura a los pies de Sierra Morena, con abundancia de fertilizantes arroyos. La población está por debajo de 7.000 personas. En la antigüedad fue famosa por sus minas de cobre y plomo que aún son muy productivas en especial las de los Arrayanes, Alamillos, y la Cruz. Cada día se abren nuevos pozos, pero al igual que ocurre en Berja, las extracciones son muy perjudiciales para la salud de los mineros. Aproximadamente a media legua de distancia se encuentra el supuesto lugar de Cástulo o Cazlona, donde se encuentran con frecuencia esculturas mutiladas y abandonadas. En *Palazuelos* se encuentran las supuestas ruinas del “Palacio” de Himilce, la acaudalada esposa de Aníbal y cerca se encuentra el lugar de la gran batalla donde Escipión fue vencedor (Livio, XXIV, 41). La bonita fuente de Linares se supone que es un resto de obra romana relacionada con Cástulo. Al norte de Linares y a unas cinco leguas de La Carolina en el *Cerro de Valdeinfierno* se encuentran algunas minas antiguas que todavía se llaman *Los Pozos de Aníbal*; el geólogo puede acercarse a *Vilches*, un lugar pequeño con 2.000 habitantes, situado en medio de las abandonadas minas de cobre y plata. La caza mayor es buena en toda esta zona de *Las Nuevas Poblaciones*, al igual que la pesca en el *Guadalen*, *Guarrizoz* y *Guadalimar*.

Los dos pueblos de Baeza y Linares, como suele ocurrir en la poco unida España, no quieren a sus vecinos. *Baeza quiere pares y no quiere Linares*.

El viajero puede o dirigirse a Bailén que se encuentra a dos leguas o volver a Granada por Jaén, dos leguas hasta la Venta de don Juan y una legua hasta el peligroso transbordador de Mengibar y desde allí cuatro leguas más de un monótono camino hasta Jaén.

## GEORGE BORROW (1830)

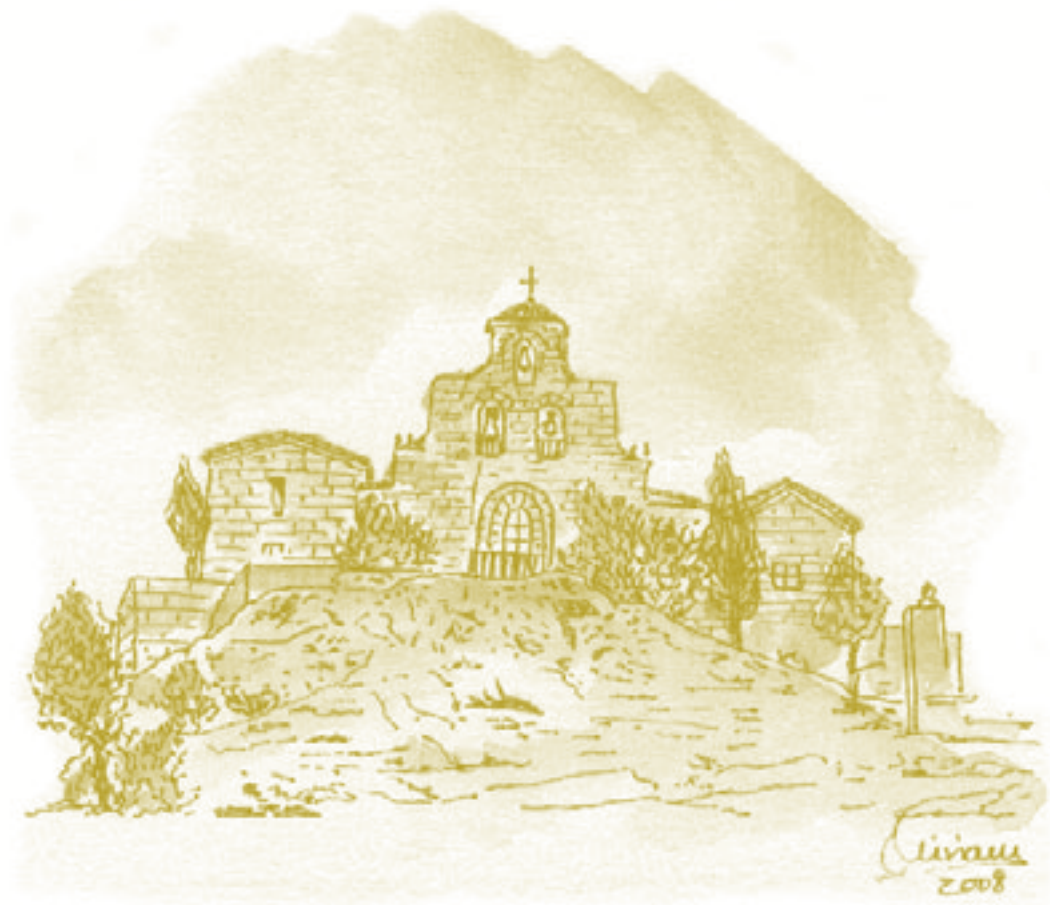
Nacido en East Dereham (Inglaterra) en 1803<sup>31</sup>. Hijo de un militar, pasó su infancia en distintas poblaciones de Escocia e Inglaterra. En 1810 conoció a Ambrosio Smith, el gitano que marcaría en Borrow una huella imperecedera y con quien juraría amistad eterna. En 1818 se vuelven a encontrar y George Borrow se va con él a un campamento de gitanos donde aprendería la lengua romaní. En 1824 se traslada a Londres con la intención de publicar algunas de las traducciones que había realizado puesto que había aprendido galés, danés, hebreo, árabe y armenio. No tuvo mucho éxito en Londres y volvió a vivir al campamento de gitanos con Smith. En 1833 comienza a trabajar en la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. Rusia fue su primer destino y en 1835 viajó a Lisboa desde donde decide continuar viaje hacia España. Se puso en contacto con los gitanos con la intención de hacerles llegar la Biblia. Autor de *The Bible in Spain*<sup>32</sup> Londres 1830, en 1840 vuelve a Inglaterra donde publica varias obras. Muere en Oulton en 1881. Borrow fue también autor de: *The Zincalí. An Account of the Gypsies of Spain*, Londres 1841.

---

31 <http://www.proel.org/traductores/borrow.html>.

32 George Borrow *The Bible in Spain or, the journeys, adventures and impresonments of an Englishman in an attempt to circulate the scriptures in the peninsula*. London, John Murray, 1830.





SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA (ANDÚJAR)

## DESDE CÓRDOBA A MADRID CON UN CONTRABANDISTA

No es mi intención hacer una descripción minuciosa de todos los incidentes de este viaje. Dejando a nuestra izquierda las sierras de Jaén, pasamos por Andújar y Bailén y al tercer día llegamos a Carolina [*sic.* por La Carolina], un pueblo pequeño muy bonito que se encuentra en las faldas de Sierra Morena y que está habitado por descendientes de colonos alemanes.

A dos leguas de este lugar entramos en el desfiladero de Despeñaperros que incluso en tiempos tranquilos tiene mala fama debido a los atracos que continuamente se están perpetrando en sus lugares más recónditos, pero en el momento en que yo hablo, se decía que estaba plagado de bandoleros. Por supuesto nosotros esperábamos que nos robasen, e incluso que nos despojasen de todo y que nos maltratasen, pero la Providencia aquí volvió a hacer su aparición.

Parece ser que el día anterior a nuestra llegada, los bandoleros del desfiladero habían cometido un espantoso atraco y un asesinato y que se habían embolsado cuarenta mil reales<sup>33</sup> y probablemente este botín los tenga satisfechos durante un tiempo: y lo cierto es que no sufrimos ninguna interrupción. Al atravesar el desfiladero no vimos a nadie aunque de vez en cuando escuchamos silbidos y gritos.

Entramos en La Mancha donde esperaba caer en las manos de Palillos y Orejita<sup>34</sup>, aunque otra vez la Providencia se nos apareció. Habíamos disfrutado de un tiempo magnífico aunque de repente El Señor nos envió una terrible tormenta tan fuerte que casi no la podíamos soportar. Aparte de nosotros no hubo nadie que se atreviese a continuar el viaje. Atravesamos llanuras cubiertas de nieve y pasamos

---

33 *Real, primera moneda de la España cristiana en oposición al maravedí musulmán.*

34 Líderes carlistas.

por pueblos y aldeas en apariencia desiertas. Los ladrones permanecían encerrados en sus cuevas y guaridas pero el frío casi nos mata.



## DE MADRID A SEVILLA

Con los ejemplares de la Biblia que me quedaban, decidí trasladarme a Sevilla [...] Pronto organicé el viaje. En ese momento las carreteras eran muy peligrosas por lo que pensé unirme a una caravana que saldría hacia Andalucía. Sin embargo, dos días antes de la salida, cuando me di cuenta que el número de personas que pretendían aprovechar la coyuntura era demasiado elevado y reflexionando sobre la lentitud de este modo de viajar, y además debido a los insultos a los que la población civil se ve sometida por parte de los soldados y oficiales de baja graduación, decidí correr el riesgo de viajar con el correo. Y esto fue lo que hice. Antonio, al que yo había decidido llevar conmigo y mis dos caballos, salimos con la caravana mientras que a los pocos días continué con el correo. Viajamos todo el trayecto sin la menor incidencia, estando acompañados en todo momento por mi maravillosa y usual buena suerte. Hago bien en llamarle maravillosa ya que me estaba metiendo en la boca del lobo; toda la Mancha, a excepción de unos cuantos lugares fortificados, estaban una vez más en manos de "Palillos" y sus secuaces quienes, cuando se les antojaba, detenían el correo, quemaban el vehículo y todas las cartas, asesinaban a la exigua y mísera escolta, y se llevaban a cualquier pasajero a las montañas donde pedían un cuantioso rescate, siendo la otra alternativa cuatro tiros en la cabeza, como dicen los españoles.

La zona más alta de Andalucía se estaba convirtiendo rápidamente en un lugar casi tan malo como La Mancha. La última vez que había pasado el correo fue atacado por seis bandoleros a caballo en el desfiladero del Rumber; el correo iba protegido por una escolta de muchos soldados, pero los primeros salieron cabalgando desde detrás de una *venta* los cogieron por sorpresa ya que los cascos de los caballos no se escuchaban cuando iban por un terreno de arena y echaron a los soldados a tierra. Rápidamente desarmaron a los soldados y los ataron a unos

olivos; a excepción de dos que pudieron escapar entre las rocas, el resto fue torturado y humillado a manos de los ladrones, o mejor dicho a manos de estos desalmados ya que a la media hora les dispararon. Al cabo le volaron la cabeza con un trabuco. Los ladrones luego quemaron el vehículo algo que hicieron quemando las cartas con la mecha con la que encendían sus cigarros. Al correo le salvó la vida uno de los bandoleros que en otro tiempo había sido su postillón, aunque también le robaron y lo dejaron desnudo. Mientras pasábamos por la escena en la que había tenido lugar tal carnicería, el pobre hombre se echó a llorar, y aunque era español, maldijo a España y a los españoles diciendo que dentro de poco intentaría irse a la Morería, hacerse mahometano, y aprender las leyes de los moros ya que cualquier país y cualquier religión eran mejores que la suya propia. Él señaló el árbol donde habían atado al cabo, y aunque había llovido mucho desde entonces, todo el terreno de alrededor estaba cubierto de sangre y había un perro que roía un trozo del cráneo del desafortunado. Un fraile viajó con nosotros todo el trayecto desde Madrid a Sevilla. Era misionero y tenía intención de ir a las Islas Filipinas para conquistar por lo que yo supongo que quería decir para predicar a los indios. Durante todo el camino estuvo mostrando un incontrolable miedo que se apoderaba de él y que le hacía ponerse terriblemente enfermo y nos vimos obligados a detenernos dos veces en la carretera y tumbarlo en un maizal. Decía que si caía en manos de los facciosos estaba perdido ya que querrían que dijera una misa y luego lo llenarían de pólvora.

## MARTIN HAVERTY (1843)

Historiador (1809-1887), recibió la mayor parte de su educación en el Colegio Irlandés de París, trasladándose a Dublín en 1836. Trabajó en Freeman's Journal hasta 1850, abandonando esta ocupación para realizar un viaje por Europa un año más tarde, descrito en una serie de artículos que fueron apareciendo progresivamente como colaboraciones en periódicos. A su regreso a Dublín ingresó en King's Inn con el cargo de bibliotecario, puesto en el que permaneció casi un cuarto de siglo preparando un catálogo general de todos los libros de la Biblioteca.

En 1844 escribió *Wanderings in Spain in 1843*<sup>35</sup>. En 1847 se reeditó después de que la primera edición se agotara rápidamente. Escribió además dos historias de Irlanda, una de ellas para uso de escolares, incluyendo en ambas gran cantidad de material recopilado en sus viajes por el extranjero.

Nos dice Haverty que el viajero que entra en España por alguno de los puertos del sur, puede tener la ventaja de ver con gran claridad el contraste entre los paisajes y costumbres de este país medio africano y los paisajes y costumbres de las naciones del norte de Europa. Pero él escogió otra ruta, atravesó Francia y se fue introduciendo en las costumbres, lengua y paisajes del Languedoc, y desde allí a las del Rosellón, Cataluña, Andalucía y Castilla.

---

35 HAVERTY, Martin *Wanderings in Spain*. Parry, Blenkarn and Co., London. 1847.





PUENTE SOBRE EL GUADALQUIVIR (ANDÚJAR)

## DE CÓRDOBA A MADRID POR ANDÚJAR Y BAILÉN

El siguiente lugar digno de mención que vi fue Andújar, maravillosamente situada a orillas del Guadalquivir y un poco elevada con respecto a la fértil llanura que se extiende hasta las faldas de Sierra Morena. Andújar se supone que se encuentra cerca del lugar donde estaba el antiguo *Forum Julium*, pero, aunque en ella hay lugares pintorescos su apariencia es anticuada y lúgubre.

Aquí se detuvo la diligencia para que sus ocupantes pasáramos la noche y ni la comida, condimentada como estaba con azafrán y ajo, ni la cama fueron tan malas como para no poder soportarlas, al menos en cuanto a la variedad se refiere.

Mientras estaba por la noche cerca de la puerta de la posada de Andújar observé a un hombre que se cubría con una harapienta capa negra y un sombrero roto que yo reconocí al instante como uno de los frailes expulsados que aún permanecen en el país, dependiendo para su sustento de la caridad de la gente, o de una ayuda del clero secular, aunque estos últimos se encuentran desde hace mucho tiempo en un estado de casi completa indigencia.

Miró con desconsuelo hacia uno y otro extremo de la calle con una expresión que parecía decir "realmente que poco me importa hacia que lado voy". Me dirigí a él en latín, una lengua que pronto comprobé que él podía hablar con fluidez y después de conversar un momento descubrí que había sido misionero durante muchos años en India y Japón. ¡Pobre hombre! En medio de cuantos peligros y privaciones llevó a cabo sus piadosas obras en aquellas lejanas misiones sin esperar ningún tipo de recompensa en su vida terrenal, y ahora en la senectud y en su tierra natal ni siquiera tiene el triste y sombrío hogar de un claustro donde refugiarse. Era demasiado viejo y demasiado pobre, dijo, como para ir hasta Roma, hacia donde

muchos de sus hermanos habían ido, y que dentro de poco sólo molestaría a sus paisanos porque tendrían que enterrarlo.

Por el momento unos cuantos *quartos* supusieron para él un importante alivio. Recuerdo, hace unos cuantos años, haber conocido un fraile español que padecía unas circunstancias igual de desgraciadas. Lo vi reposando sus cansados miembros al borde de un camino, en los resecos páramos de la Campiña romana, desde donde se divisaba la cúpula de San Pedro, aunque todavía a muchas leguas de distancia y casi no le quedaban fuerzas al desesperado peregrino para lograr llegar hasta el asilo de los desafortunados. ¿Y cuál era el motivo de que estuviese sufriendo de ese modo la marginación y un exilio sin techo?

Durante mi viaje por España por todas las ciudades fui viendo monasterios convertidos en barracas o en almacenes o sus terrenos ocupados por horribles y antiestéticos montones de escombros que habían quedado después de haberse llevado todos los materiales de valor utilizados en su construcción e iglesias donde en su día habían sonado los ecos de cánticos e himnos ahora desiertas y vacías. ¿A qué se debe esta absoluta devastación? [...] En Baylen [*sic* por Bailén] el siguiente lugar importante por el que pasamos, se creó cierta tensión entre los integrantes de la diligencia debido al modo en el que nos dividimos el vehículo con una discusión entre un lugarteniente español que viajaba desde Cádiz para visitar a su familia en Burgos y un viajante de comercio francés *a propósito* de la memorable capitulación allí de un ejército francés de 20.000 soldados al mando del General Dupont en julio de 1808. El lugarteniente atribuía naturalmente el acontecimiento a la valentía y buenas dotes militares de sus compatriotas, quienes en aquellos momentos aún no estaban apoyados por aliados extranjeros; mientras que el francés movido por motivos patrióticos similares, pero creo con más realismo y veracidad, le echó la culpa completamente a la vergonzosa corrupción del general francés. Es verdad, observó, que los desfiladeros de Sierra Morena estaban tomados por las tropas españolas y que se habían cortado todas las comunicaciones entre el cuerpo del

ejército al norte de la sierra y el ejército de Andalucía, pero 20.000 franceses, la élite del ejército de Napoleón, no debería haber capitulado ante las fuerzas españolas. [...] En su campamento el general tenía un gran número de carretas llenas de riquezas y cargadas con todo lo que habían saqueado en el sur y que se las había apropiado para su uso particular y cuya seguridad, garantizada por medio de algunas cláusulas de la capitulación, podría haberse puesto en peligro si hubiese habido una batalla o si la retirada se hubiese hecho bien y por el infame y despreciable objetivo de conservar su botín, Dupont vendió el honor de su país, estigmatizó al ejército francés y decidió el destino de la Guerra de la Independencia desde el principio.

Y en lo que respecta al viejo General Castañas [*sic* for Castaños] que posteriormente fue condecorado y recompensado con el título de Duque de Bailén, él no estaba ni por asomo cerca de Bailén en el momento de la capitulación e incluso se estuvo riendo de la equivocación que cometieron a la hora de concederle el título.

La disputa se fue haciendo cada vez más desagradablemente acalorada y la armonía del grupo sólo se pudo restaurar cuando, un poco después, el francés voluntariamente se retiró a un asiento que había libre en el cupé de la diligencia donde me atrevo a decir que una joven *Prima donna* italiana y su doncella no lo considerarían un intruso inoportuno y que a partir de entonces dejarían de pensar que el viaje era muy fastidioso y monótono.

Un viejo tratante de vinos andaluz que se sentaba a mi lado con una amplia zamarra de la mejor lana dijo con bastante sorna que era sorprendente que el galante comerciante francés no hubiese realizado antes ese cambio; a lo que el lugarteniente respondió con una especie de exclamación gutural muy utilizada.

El grupo que ahora se había formado en el interior de la diligencia contaba, aparte de mí y del comerciante de vinos y su colaborador, quien con toda probabilidad debía ser el *escribano* o secretario, con un funcionario del gobierno que había

pasado algunos años exiliado en Francia e Inglaterra durante los últimos años del reinado de Fernando VII y que no mostraba predilección por ninguno de los países en los que había permanecido, y finalmente nuestro amigo el lugarteniente quien, aunque aún no había cumplido los treinta años, tenía en su pecho más de cinco condecoraciones militares, obtenidas sin lugar a dudas en cualquiera de las últimas refriegas de la guerra carlista. En lo que a mí respecta, como dije que era irlandés, me consideraron de algún modo perteneciente a un poder neutral y pude escuchar la conducta política tanto de Inglaterra como de Francia de la que se discutía, sin la menor reserva.

Que los hombres se encuentran aunque las montañas no, es un viejo proverbio cuya veracidad pocos podrían discutir y que yo he podido verificar a menudo por inesperados reencuentros a lo largo de mis viajes pero sobre todo por un extraño encuentro que tuve en La Carolina, uno de los nuevos pueblos de colonización de Carlos III en la cara sur de Sierra Morena. Un joven pintor de paisajes prusiano con quien había pasado una tarde agradable en Passignano, a orillas del Lago Tresemene hacía unos cuantos años, fue la primera persona con quien me encontré al entrar en la posada para desayunar.

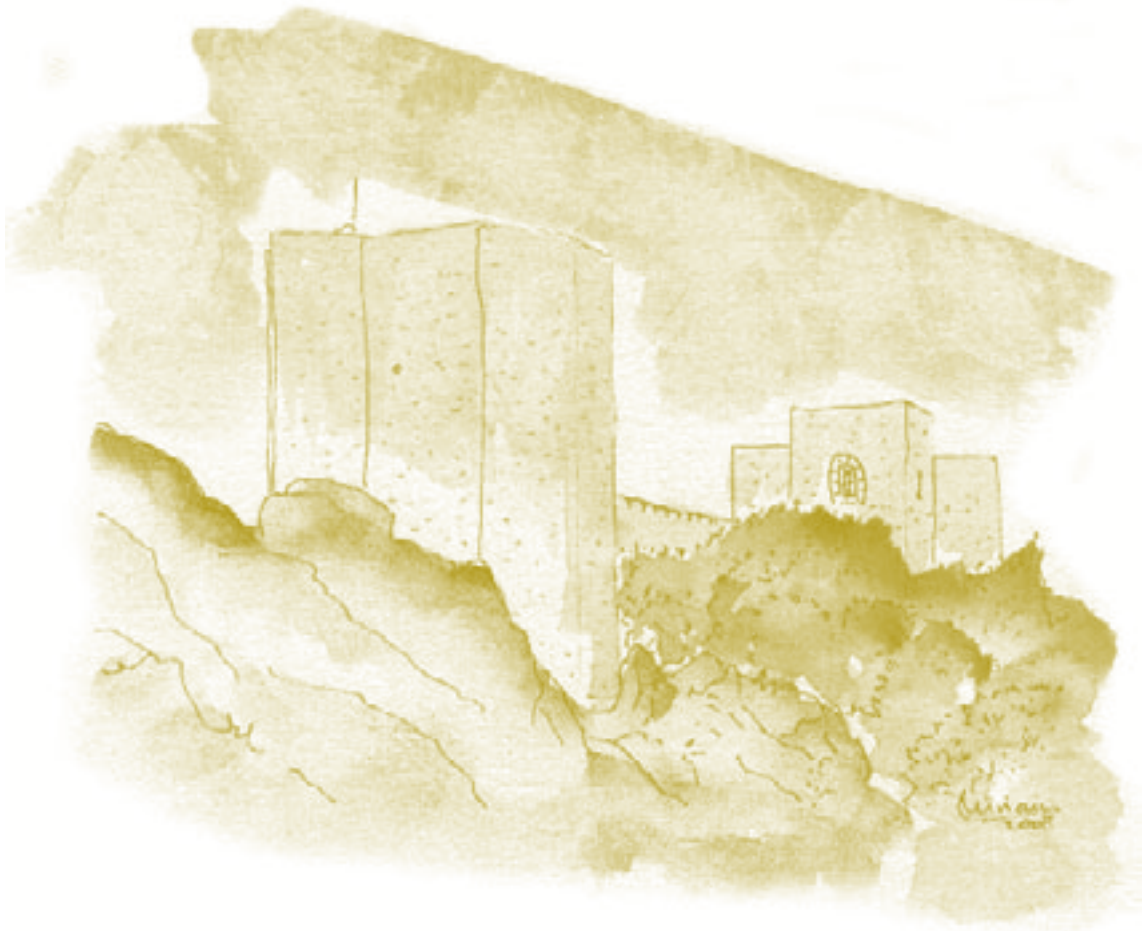
Por un momento tuve bastante dificultad para reconocerlo. Ambos habíamos viajado varios miles de millas desde que nos encontramos la primera vez; entonces él se encontraba viajando a Sevilla, mientras que yo estaba volviendo al frío norte y lo más probable era que el destino no volviera a hacer coincidir nuestros pasos otra vez.

El comerciante de vinos andaluz, a quien, tanto por brevedad como porque ese era su nombre real, desde ahora llamaré don José, observó cuando volvimos a tomar nuestros asientos que mi encuentro justo allí con el artista alemán le hizo recordar una aventura singular que un caballero del mismo país y de la misma profesión tuvo hacía unos veinte o treinta años a poca distancia de donde estábamos.



Por aquel entonces Sierra Morena era mucho más peligrosa para los viajeros de lo que es en la actualidad. José María en ocasiones visitaba a amigos que no eran ni una pizca mejores que él; y aunque un gran número de personas viajando juntas y acompañados por una importante escolta de hombres armados, podía atravesar con bastante seguridad, había pocas posibilidades de escapar a los bandoleros para un viajero solitario o incluso para un grupo pequeño.

Él recordaba muy bien la sensación que las aventuras del joven alemán causaron en varios pueblos a lo largo de la carretera ya que él mismo tuvo la ocasión de pasar por aquel camino en la misma época, y como el relatar tales incidentes sería apropiado mientras ellos viajaban por la misma zona, él nos haría un resumen, algo que yo me esforzaré por hacer en el capítulo siguiente, literalmente y con todo detalle, utilizando el relato que escuché de labios de don José.



CASTILLO DE SANTA CATALINA (JAÉN)

## SAMUEL EDWARD WIDDRINGTON (1843)

Escritor de temas sobre España Samuel Edward Cook<sup>36</sup>, ingresó en la marina el 31 de diciembre de 1802, aunque abandonó la carrera de forma prematura. Al poco tiempo, en 1829, vino a España. Después de residir en la península durante más de tres años publicó en 1834 *Sketches in Spain During the Years 1829, 30, 31 and 32* dedicado a Lord Algernon Percy Barón Prudhoe. Esta obra fue en sus días el relato más completo que sobre España se hubiera escrito en lengua inglesa.

En 1840 toma el apellido Widdrington, y en 1843 vuelve a España. Un año más tarde, a su vuelta a Inglaterra publicó de nuevo sus experiencias de viaje en una obra titulada *Spain and the Spaniards in 1843*<sup>37</sup>. Casado, aunque no tuvo hijos, dejó todas sus posesiones a su sobrino Shalcross Fitzherbert Jacson, que también tomó el apellido Widdrington.

Fue elegido miembro de la *Royal Society* en diciembre de 1842 y también fue miembro de la *Royal Geographical Society*. Murió en Newton Hall el 11 de enero de 1856.

---

36 Cook adoptó en 1840 el apellido Widdrington.

37 Captain S.E. WIDDRINGTON: *Spain and the Spaniards in 1843* T. and W. Boone. London 1844.





CAMPILLO DE ARENAS

## DE GRANADA A JAÉN

Tuvimos una gran dificultad para encontrar plazas en la diligencia que iba a Madrid ya que todos los asientos buenos estaban reservados desde hacía semanas. Había dos empresas rivales y nos vimos obligados a coger el coche de la empresa peor. Ellos me aseguraron que había poca diferencia en cuanto a la organización, en especial en cuanto a algo de suma importancia, el tiempo que íbamos a permanecer en la carretera.

Debo llamar la atención del lector en particular en lo que respecta a las páginas siguientes ya que en éstas se relatará un acontecimiento de crucial importancia en los extraordinarios e inesperados acontecimientos que muy poco después tuvieron lugar en el sur de España, y de los que fuimos testigos de excepción, y que explican de algún modo y en parte los acontecimientos que siguieron.

Salimos de Granada muy temprano y la primera parada para cambiar el tiro fue en la Venta de Zagrí [*sic.* por Venta del Zegrí] que ha mantenido el nombre de la célebre familia árabe y cuyos descendientes por línea directa aún se encuentran establecidos en su antigua capital. En Campillo de Arenas, un pueblo grande a mitad de camino entre Jaén y Granada donde nos detuvimos para tomar chocolate había un oficial de uniforme. Era de mediana edad, con unos modales muy agradables y un aspecto muy respetable que entabló conversación con nosotros y nos hizo varias preguntas acerca del estado en el que se encontraba Granada. Era el Jefe Político o Gobernador Civil de la provincia, quien, ya que el Capitán General estaba ausente de su puesto, en Madrid, cuando estallaron los disturbios, algo que probablemente se podría haber evitado si él hubiese estado en su puesto. “¡Cosas de España!” Nos dijo que su objetivo era preceder al Capitán General, que le iba siguiendo con las tropas que ya habíamos comenzado a ver en la carretera, y que

por medio de la negociación intentaría persuadirlos de que volvieran a acatar las órdenes y asumir la lealtad sin necesidad de emplear medidas de fuerza; veremos de aquí en adelante las consecuencias de este modo de proceder tan humano pero tan poco sensato. A eso de una hora después de salir de Campillos a la diligencia le ordenaron detenerse y se acercó un oficial a la ventanilla. Éste era el ayuda de campo del Capitán General que estaba a caballo a uno de los lados del camino. Dio la casualidad de que yo estaba sentado cerca de la ventana cuando se aproximó y fue a mí a quien tocó ir respondiendo a las preguntas que sucesivamente me iba haciendo, llevándole las respuestas a su jefe y luego volviendo con otras preguntas. Por supuesto, todo lo que se podía decir es que el lugar estaba en perfecto estado de orden y tranquilidad y que no había ningún intento de defensa o de movimiento de cualquier tipo. Observé que cuando le daban las respuestas el rostro del Capitán General que tenía una expresión muy agradable, en absoluto disimulada por la alta y universalmente conocida personalidad del General Álvarez, casi se hundió; sin lugar a dudas este sentimiento, demasiado explícito para pasar inadvertido, se debió a su reticencia para tomar medidas severas; esperando probablemente que su aproximación hubiese sido la señal para que se dispersara la Junta y para la restauración de la autoridad del Gobierno sin necesidad de emplear las fuerzas que estaban bajo sus órdenes. Luego resultó que tenía motivos de índole personal puesto que esa misma mañana había dejado a su esposa en Jaén con un estado de salud muy delicado.

Cuando hubimos contestado a todas las preguntas que nos hicieron, continuamos, encontrando en nuestro camino muchos destacamentos de tropas de todo tipo que marchaban con toda premura para llegar cuanto antes a la zona donde se suponía iban a tener lugar las operaciones. En una venta entre Campillos y Jaén, llegamos en el mismo momento que un batallón de infantería, todos muy jóvenes aunque de muy buen ver y quienes ya habían realizado una marcha de veinte millas hasta su primera parada. Yo me encontraba al lado de la puerta cuando ellos iban entrando sucesivamente, algunos pidiendo vino con impaciencia, otros pan, pero

el catálogo de negativas fue incluso más contundente del que se suele encontrar en estos lugares, y la única respuesta era “nada, las tropas que pasaron la noche pasada se llevaron todo y aquí no tenemos nada”. De sus labios no salió ningún tipo de expresión ni siquiera el menor murmullo, y tomando un poco de agua, que era lo único que *había*, ellos iban formando grupos bajo los arbustos o donde quiera que hubiese la más mínima sombra para protegerse del abrasador sol con la intención de volver a ponerse en camino y hacer una distancia similar o incluso mayor antes de llegar a su acuartelamiento para pasar la noche.

Nosotros cenamos en una venta nueva y espaciosa a las afueras de la ciudad de Jaén, ciudad que yo debería haber lamentado no haber visto, pero teniendo en cuenta que ya había estado con anterioridad y que a excepción de la catedral, que presenta un gran parecido con la de Málaga, como ya he mencionado<sup>38</sup> y que no tengo la menor duda de que fue construida por Siloe, y el castillo en ruinas, hay muy poco que merezca la pena describir en esta antigua capital de un reino musulmán.

El paso al descender desde Campillos hasta Jaén es tan bonito que si estuviese cubierto por un bosque habría pocos lugares en España que pudieran superar o igualar a éste en cuanto a belleza pintoresca. El arroyo que corre por el valle es igualmente precioso y la situación de Jaén, elevada sobre las bellas y fértiles llanuras del Guadalquivir, al que se asoma como si de una terraza se tratara, protegida por una elevada cordillera de piedra caliza, es una de las más bonitas que hay en todo el país. Ha sido siempre famosa por sus frutas, en especial por las manzanas y las peras, que se dan en la zona en abundancia. Tienen una pera redonda que casi no se puede distinguir en la forma de una manzana que tiene un sabor magnífico que nunca he visto en ningún otro lugar y que envían a todos los rincones de Andalucía.

Tomamos la nueva línea que va a Madrid, como la llaman, aunque es de todo menos nueva, siendo tan vieja y tan llena de inconvenientes que en un pueblo a

---

38 Esta observación se puede leer en su obra: *Sketches in Spain in 1829,30,3, 32*. London 1834.

muy poca distancia nos “invitaron” a salir y caminar hacia el ferry del Guadalquivir, a un trecho considerable desde allí y donde estuvimos parados durante algún tiempo antes de que el pesado y destartado mamotreto atracara en el lado opuesto. No había nada que ver y que mereciera la pena describir a excepción de grandes cantidades de la planta de regaliz que crecía silvestre en el arenoso suelo aluvial del río y que ahora estaba en flor. Es una planta extremadamente molesta de las zonas cultivadas en este clima, y dicen que una vez que agarra es muy difícil lograr exterminarla.

Justo después de este punto la carretera está completamente sin terminar, bueno, de hecho, casi recién comenzada, un contraste curioso con la que hay más allá de Jaén, que es magnífica. Había zonas en las que teníamos que atravesar olivares y maizales y con el tiempo húmedo el tránsito debe ser excesivamente difícil para las mulas. Me dijeron que cuestan mucho los tiros desde Granada a Bailén, una cantidad casi increíble y por eso los billetes eran proporcionalmente caros y más del doble del precio de lo que cuesta el billete para viajar por la gran línea de Sevilla.



## ROBERT DUNDAS MURRAY (1846-1847)

Autor de la obra *The Cities and Wilds of Andalusia*<sup>39</sup> dedicada a Lord Murray, se publicó por primera vez en 1847. No he podido encontrar ningún dato acerca de la personalidad de este viajero, salvo que Cayley, autor de *The Bridle Roads of Spain*, se refiere a él, ya que le preguntaron en Val de Cabras, cerca de Cuenca, si él era paisano de don Roberto... “Don Roberto vivió aquí unas semanas... Don Roberto *Duendas de Monroy*, muy buen mozo, muy guapo y muy liberal<sup>40</sup>”.

---

39 Robert Dundas MURRAY, *The Cities and Wilds of Andalusia*. Richard Bentley, London 1849; 3rd. ed. R. Bentley, 1853.

Desconozco la fecha exacta del viaje, si bien me inclino a pensar que podría ser entre 1846 y 1847. Tanto Foulché Delbosc como Arturo Farinelli dan 1847 como fecha probable de su viaje, aunque en la obra de Ian Robertson *Los Curiosos Impertinentes* leemos, “En enero de 1840, John Brackembury le contó a Borrow que Dundas Murray se encontraba en Cádiz, en parte por razones de salud, en parte por motivos literarios”, como luego también apunta Carlos García Romeral-Pérez en su *Bio-bibliografía*. He trabajado con la tercera edición de *The Cities and Wilds of Andalusia* publicada en un sólo volumen en 1853, no habiendo encontrado la fecha exacta de la segunda.

40 Cayley *The Bridle Roads of Spain* London 1856, pág. 301.





CASTILLO DE LOCUBÍN

## ANDÚJAR

Se estaba poniendo el sol con toda la belleza de los atardeceres meridionales, tiñendo de color púrpura las lejanas sierras y proyectando sus destellos dorados sobre las aguas del Guadalquivir, cuando cruzamos ese río por un noble puente y entramos en el pueblo de Andújar. Durante la siguiente hora y media, estuve dedicado a las tediosas ocupaciones relacionadas con la llegada a una fonda mediocre. Tenía que quitarme el polvo, despacharme la cena, tenía que contratar un mulero y una mula antes de poder salir en compañía de otro de los ocupantes de la diligencia a explorar el pueblo. Fuesen los que fuesen los encantos que pudiera tener éstos solamente se podían ver a medias debido a las sombras de la noche; aunque con el ancho río que corre a su lado y rodeados de jardines y huertos de naranjos, lo más probable es que a la luz del día este lugar sea merecedor de ostentar la posición de principal pueblo de la rica llanura en la que se encuentra. Aparte de esto el pueblo no tiene mucho más que merezca la pena describir, tanto con respecto a sus obras de arte como a su historia. La iglesia principal es un edificio construido en estilo plateresco, un orden arquitectónico peculiarmente español en el cual se ejemplifica hasta donde puede llegar el mal gusto. En una de las esquinas se eleva una torre cuadrada similar a la de la Giralda de Sevilla; pero al contrario que esa estructura colosal, ésta se encuentra separada de la iglesia y aparentemente es una construcción del tiempo de los moros.

En esta época del año las horas de la tarde, siempre poco favorables para la observación de la naturaleza, son las que ofrecen el mejor modo de comprender las costumbres y formas de vida de un pueblo andaluz. Durante las horas del día debido al intenso calor todos los pueblos y ciudades permanecen en un estado de aletargamiento del que van despertando y volviendo a la vida cuando el sol se va poniendo. Cuando las sombras se van haciendo más intensas, así se van reviviendo

sus lánguidos poderes; todas las casas van dejando salir a sus ocupantes para unirse a la concurrencia que se reúne en la Alameda o como ocurre aquí, a formar grupos que lentamente van paseando arriba y abajo en las calles principales. El murmullo de las conversaciones se mezcla con los gritos de los aguadores o con las quejumbrosas voces de los pedigüeños. En cada uno de los cafés o neverías se pueden ver a los ciudadanos con una taza de café o un helado delante y cuando entré a uno me quedé anonadado al escuchar el modo tan furibundo con el que se discutía de política.

Acto seguido, al pasar por la boca de una callejuela, te detienes a disfrutar de los sonidos de una guitarra y el repiqueteo de las castañuelas que la acompañan. Estos sonidos anuncian una tertulia callejera: las personas más mayores habían sacado algunas sillas a la calle delante de sus puertas y estaban sentados dándose el lujo de no hacer nada más que contemplar a dos o tres parejas de mozas y sus galanes bailando fandangos con infatigable celo en medio de la calle. Pierdes la atención en este espectáculo nacional cuando escuchas el sonido de varios abanicos, y cuando te das la vuelta, te encuentras con la mirada de dos o tres señoritas; ellas han detectado a un extranjero, y ahora adoptan este plan para atraer su atención: ellas están deseosas de verle la cara, e incluso de que él las vea a ellas. Cuando se van aproximando con la indescriptiblemente elegante forma de andar de Andalucía, bajan la vista a la espera de recibir una dulce mirada que durante un tiempo te roba cualquier pensamiento hasta el punto de que luego experimentas un sentimiento de alivio cuando ya han pasado. Después van sus madres, siguiendo diligentemente a sus atezadas hijas y sin dejar de controlar los breves coqueteos que van despertando a su paso. Es probable que cuando las dueñas de estos brillantes luceros pasen por segunda vez, tú te armes del suficiente valor como para acercarte y dirigirte a ellas en el castellano más correcto; se le echan unos cuantos piropos a la belleza de su pueblo algo que proporciona una fácil transición para hacer cualquier referencia a la belleza y encantos de sus hijas; después de esto, cualquier cosa que digas es bien recibida y muy aplaudida y considerada "muy graciosa" y cuando llega el momento de partir su "adiós" y "buen viaje" llega al oído

de forma placentera y a menudo los recuerdas mientras tu mula avanza cansinamente a lo largo de la solitaria vereda o cuando las escenas de agreste desolación se entremezclan con una cegadora atmósfera que arremete tanto contra tu cuerpo como contra tu espíritu.

Cuando nos dimos cuenta de que la iglesia principal estaba iluminada, entramos mi compañero y yo. Nos encontramos con un pequeño grupo, principalmente formado por campesinos y por ancianas escuchando con evidente atención a un sacerdote que estaba diciendo el "sermón" desde un púlpito adosado a una de las columnas. No hay un idioma que sea más apropiado para un acto religioso que el castellano. Su sonora acentuación penetra en el oído y llega con impresionante solemnidad a los pensamientos que se doblan de manera inapreciable ante los tonos que denotan el lenguaje del mandato; mientras que su ondulada dicción hace más profundo el efecto de severa admonición o de noble sentimiento. Pero todo esto se chafó debido a la desafortunada naturaleza del tema del que estaba hablando. Este tema no era ni un tema de doctrina ni el elogio de una virtud cardinal sino un extravagante enaltecimiento de la Virgen María acompañado por todo un catálogo de los maravillosos poderes que ostenta como Madre de Dios y Reina del Cielo. [...] Al escuchar esto, mi compañero que era madrileño y que no mantenía en secreto sus opiniones de falta de fe se puso a sonreír con incredulidad. Desafortunadamente el orador se dio cuenta desde el púlpito. Inmediatamente intensificó su tono y se dirigió a nosotros mostrando la más virtuosa indignación. ¡Pero bueno! ¿Van a entrar aquí abominables herejes para burlarse de las verdades sagradas? [...] Bajo tales circunstancias no era en absoluto recomendable permanecer escuchando y en medio de un ensordecedor anatema, salimos de la iglesia sin que la audiencia se diese cuenta, de hecho, nadie salvo el sacerdote se dio cuenta de nuestra presencia allí, ya que nos habíamos mantenido en el fondo y por detrás de los fieles que estaban escuchando. Fue muy agradable escapar de la oscuridad de la iglesia donde sólo relucían unas cuantas lamparillas de tenue luz y de los alterados temas de superstición y salir a la clara oscuridad de la noche andaluza y

contemplar las estrellas. Estas hablaban de paz, verdad y pureza como siempre lo han hecho desde la primera noche de la creación, pero en aquel momento, cuando la lengua de la oscuridad espiritual aún resonaba en nuestros oídos, sus palabras de luz parecieron más brillantes que nunca y su testimonio de verdad aun más creíble. [...] Era de hecho una noche muy agradable. Una noche hecha para disfrutarla mejor en soledad que para, como ocurría aquí, estar entre una muchedumbre que se reía a carcajadas. Pero el lugar y las circunstancias se unieron para ponerse en contra de este sentimiento y para empeorar las cosas. Nos tropezamos con un grupo de estudiantes dedicados a despertar la caridad del público de una forma conocida desde tiempo inmemorial. Eran estudiantes pobres que empleaban sus vacaciones vagabundeando por España mendigando por las distintas ciudades por las que pasaban para poderse mantener en la universidad durante el año siguiente. Esto ahora es corriente en España, creo, peculiar sólo de España, donde nunca mueren las costumbres, pero hace tiempo era normal en Alemania ya que de ese modo Lutero fue pidiendo por las calles de Magdeburg y adquirió el conocimiento que le echó por tierra los poderes de la oscuridad católica. Eran un grupo muy ruidoso y hacían que su música resonara por las calles. Uno rasgaba la guitarra con gran fuerza mientras cantaba versos de manera improvisada. Otro llevaba el ritmo con una pandereta mientras chirriaba un violín que iba dando un concierto, y al cuarto le habían dejado la importante tarea de ser el portavoz, para cuya tarea siempre se escoge al que tiene la lengua más hábil y más aguda del grupo. Con su tricornio en la mano y siempre con una broma en sus labios ellos acosan a cualquier persona que pasa y a cualquier persona que se vea en las ventanas. Ahora con la mano en el corazón se acerca a una señorita y le pide que se acuerde de los pobres estudiantes; mientras tanto el de la guitarra con improvisados versos se dirige a los transeúntes y les dice que sus ojos son como estrellas y sus pies de una belleza maravillosa. Luego se va como una flecha hacia un señor mayor y le recuerda que una sabiduría como la suya debe ver la necesidad de apoyar el aprendizaje y así va uno a uno alrededor del círculo hábilmente buscando las partes débiles de todos los que parece que

tienen una bolsa bien provista. Por supuesto, no esperábamos poder escapar de ellos y efectivamente, llegó con una profunda reverencia y se dirigió a nosotros: “Caballeros, protectores de la literatura, es de suponer que personas de tan alta alcurnia como ustedes tienen en su bolsillo un durillo para los nobles estudiantes –pero no digo tanto, una pesetilla” Una monedilla hizo que se largara y luego le tocó al guitarrista con los sones de la “Jota estudiantina” unos versos en honor de los “protectores de la literatura” como nos llamaban. Este acto hizo que todos pensarán que “él es el verdadero caballero que da plata” –una opinión que parece que está bastante difundida en el mundo y que no se limita sólo al “noble estudiante”.

Cuando llegué a mi camastro, me di cuenta que estaba entre una docena colocados alrededor de los muros de una habitación grande que daba a la calle. En esta especie de barracón se espera que los pasajeros de la diligencia mantengan la misma unión social que existe durante el día y ahora todos se encontraban tratando de conciliar el sueño durante unas cuantas horas antes de volver a emprender viaje a medianoche, momento en el que tiene lugar la usual conmoción con más gruñidos de la cuenta por parte de los somnolientos pasajeros. Sin embargo, la diligencia por fin se puso en marcha. Se cerraron y se atrancaron las puertas de la posada, se apagaron las luces y cuando otra vez comenzó a reinar la paz y el silencio, yo esperé poder dormir ininterrumpidamente en el dormitorio que se había quedado para mí solo. El sueño comenzó a vencerme cuando me desperté por el chirrido de una piedra en el suelo. Alguien desde la calle la había arrojado y había entrado por el postigo abierto y se acompañaba de un silbido. “Hay de mí, aquí tienen planes de robarme y de asesinarme, pensé puesto que yo era novato en España, y esta es la señal de los cuarenta ladrones que vienen a perpetrar su acto”. Ni mucho menos, no hay más que preguntarle a la hija del posadero, o a la *moza*, y cualquiera de ellas confesará que Juanico estaba esperando fuera. Cuando los pasajeros de la diligencia dejan la habitación desierta, una de las muchachas se acerca al balcón y disfruta de una conversación que es mucho más agradable por el misterio que la envuelve y con el que se lleva a cabo. Otra vez me dispuse a dormir aunque al principio no

tuve éxito. Las piedras fueron cayendo una tras otra y al final una, lanzada con más atrevimiento que las otras dio en el camastro y me golpeó con bastante fuerza. Eso ya no lo iba a soportar y fui andando a tuestas hasta la ventana con la intención de saludar al ofensor con algo menos agradable que el *“gratus puellæ risus ab angulo”* que era lo que sin lugar a dudas él estaba esperando. La noche, aunque serena, era muy oscura y yo estuve buscando a mi Romeo en vano por la calle. Sin embargo pude observar una sombra más oscura de lo habitual en una puerta a pocos pasos y pensé que esa era la figura del hombre y le pedí que dejara de molestarme mientras intentaba descansar, a lo que añadí la información de que si esperaba sólo unas cuatro horas tendría la costa libre para sus propósitos. Ya no sé si esta información fue o no recibida; al final de ese tiempo yo me encontraba sobre el puente esperando la llegada del mulero que me iba a llevar a Jaén. Aún era noche cerrada y en la oscuridad el tiempo pasa despacio y cuando el único sonido que se podía escuchar eran las melancólicas aguas del río contra las pilas del puente. De todas maneras fue poco el tiempo en el que tuve que permanecer en solitaria espera y antes de que comenzara a brillar la primera luz del día nuestro paso había sido tan rápido que había ya casi una legua entre el río y el olivar que estábamos atravesando. Nuestra ruta iba hacia el sur a través de un terreno que, aunque cultivado y carente de cualquier rasgo de belleza natural, presentaba gran interés histórico y aunque no era nada pintoresco, uno no podía pasar por allí y contemplarlo con indiferencia. Cada milla, que digo, cada palmo de terreno que íbamos atravesando había sido escenario de caballerescas pugnas entre los moros y sus enemigos cristianos. [...] A eso de dos leguas de Jaén pasamos por la miserable aldea llamada Fuente del Rey [*sic.* por Fuente del Rey] cuyo único rasgo que se pueda destacar era una atalaya o torre vigía ahora desmoronada y grisácea por el paso de los años. Esta ruina indicaba que esta tierra había sido una zona fronteriza donde tales plazas fuertes se hacían indispensables para la seguridad de una población bastante dispersa y nos recordaban las torres o casas fortificadas que en su día tachonaban las fronteras escocesas. Al igual que ocurría con estas fortalezas que solían verse



unas desde otras con objeto de poder comunicar la presencia del enemigo por medio de almenaras u otras señales, desde esta atalaya se podía ver perfectamente el castillo de Jaén, y sin lugar a dudas, había sido construida para responder a un propósito similar. Desde este punto se obtenía una extensa perspectiva de la Vega de Jaén; de vez en cuando la mirada se detenía en algún lugar de un color verde intenso, o una fila de árboles que crecían de forma desordenada que marcaban el cauce de algún río, pero el resto del paisaje mostraba una tierra reseca y polvorienta. Por fortuna uno se puede dar la vuelta hacia las oscuras sierras que rodean esta leonada extensión y ubicar los dentados perfiles de las montañas que se van elevando unas por encima de otras. Directamente enfrente pero en el punto más lejano y por encima de cualquier otra se encuentra la Sierra de Mancha Real, que se distingue por un importante corte en su pico más elevado que daba la impresión de haberse desgajado a media altura desde la cumbre; más cerca y a mano derecha estaba la Sierra de Jaén, una cadena montañosa agreste y escarpada que parecía haber avanzado sobre la Vega como si tuviese la intención de cruzar al otro extremo pero que se hubiese detenido de forma abrupta justo al empezar su viaje. En lo más alto de una cima rocosa, encabezando el avance, se podían ver las murallas de la fortaleza y la ciudad de Jaén que se extendía en su base.

Yo me había ilusionado con la perspectiva de que me esperaba un corto trayecto a través de la vega pero me di cuenta que estaba equivocado con respecto a la aparente proximidad de la ciudad cuando mi mulero me aseguró que en realidad nos quedaban dos leguas por atravesar. ¡Malditas leguas! Añadió él de forma enfática cuando recordó el viaje que había hecho en invierno cuando esta pista era casi intransitable, sin hablar del gran caudal de los torrentes que había que cruzar, que debieron haber puesto a prueba la resistencia de sus animales. En lugar de eso, sin embargo, no encontramos ningún lodazal ni ningunos arroyos turbios. Lo peor que encontramos fueron el polvo y los canales sin agua; en un par de ocasiones se veían hilillos de agua entre las resplandecientes piedras que ocupaban el fondo de estos cauces, pero todos tenían un gusto salado y nuestras mulas, aunque estaban

sedientas, rehusaron beber. Después de atravesar esta achicharrada llanura a paso lento, fue un cambio agradable cuando llegamos a la falda de la sierra. Aunque por todos lados las rocas calizas perforaban la superficie formando desnudas manchas o se veían esparcidas formando grisáceos bloques, entre ellas todavía había muchos lugares llenos de verdor y bajaban desde los peñascos cristalinos arroyuelos y cruzaban nuestra senda con un alegre murmullo. Luego llegaron los huertos que se alimentaban de estas transparentes aguas difuminados formando innumerables riachuelos que llegaban hasta cada uno de los setos, y por último las murallas de la ciudad a las que llegamos al mediodía. [...]

De los cuatro reinos en los que antiguamente se encontraba dividida Andalucía, el reino de Jaén es probablemente el menos conocido para el lector común. [...] Jaén, dada su localización geográfica y su situación natural inexpugnable, fue el principal baluarte de la zona norte del reino de Granada, fundado por Mohammed Ben Alhamar, un monarca de habilidades poco ordinarias.[...] He encontrado más fácil establecer la antigüedad de Jaén que la de sus capitales hermanas de Sevilla y Córdoba. Quitémosle a estas dos últimas ciudades sus murallas árabes, alcázares, mezquitas y giraldas y en los restos que aún se pueden ver de ladrillo y estuco poco queda que le recuerde al observador que se interesa por la raza de los guerreros del turbante que vivió y murió dentro de sus límites, pero aquí [en Jaén] tenemos una ciudad que muestra en la arquitectura y en el trazado de sus calles gran cantidad de restos de sus antiguos habitantes y no sería difícil imaginar que habían abandonado sus hogares hace sólo unos cuantos días para dejarlas a los enemigos de su credo. En las calles se ve que las puertas son bajas, las ventanas escasean y son pequeñas, mientras que el aspecto de solidez de las casas y la oscura tonalidad de la piedra caliza utilizada en su construcción les da aspecto de prisiones y le hace preguntarse a uno si alguna vez los corazones han podido latir a buen ritmo en estas sombrías moradas. La ciudad tiene una calle principal que va rodeando la base de un cerro en cuya cumbre se levantan las murallas de un castillo. Cuando vas recorriendo la calle a cada mano vas viendo sinuosas y estrechas callejuelas en las cuales nunca

penetra un rayo de sol. En las ciudades de nuestro país las describiríamos como los lugares donde habita la miseria y la necesidad y no dejaríamos de ver situaciones lamentables en cualquiera que se alojarse en una de ellas. Pero aquí la pobreza muestra una sonrisa sea cual sea la terrible carga que tenga que soportar: el alegre sonido de la guitarra se escucha en estos lugares; y allí en aquel otro callejón un poco más ancho que los otros, unos cuantos hijos e hijas están bailando con más alegría que los que frecuentan las salas de baile. Las atezadas muchachas, aunque se las ve pobrementemente vestidas, pueden competir con las mejores en cuanto a gracia natural sin que en ningún caso su regocijo sea grosero o escandaloso. Unas cuantas flores se pueden ver entre sus rizos negros como el carbón y hacen que su encantadora belleza morena luzca más y estas flores sean más efectivas que las más brillantes joyas. Si se da el caso que se le cae una flor a la que baila, la recoge y se la vuelve a colocar sin ningún esfuerzo y por supuesto nunca teniendo que recurrir a utilizar un espejo. Y si eres de los que te has pasado la vida estudiado las reglas del buen gusto, no podrías haberlo hecho mejor. Pero luego termina el baile, las castañuelas dejan de sonar y las jóvenes sin aliento y con las mejillas ardiendo, se reúnen delante de una casa en cuyo umbral se encuentra sentado un anciano envuelto en una capa oscura y raída. En ese momento él parece ser el objetivo de un deseo común: todos los gestos de los jóvenes están destinados a suplicarle, sin duda él sea conocido como un buen narrador de historias –una habilidad en muy alta estima tanto en Andalucía como en los países de Oriente– y a él lo asaltan con el grito usual de *“Abuelo, cuent’usted un cuento”*. Aparentemente sus deseos se van a ver compensados ya que todo el grupo se sienta en actitud de escuchar y algunos se sientan en el suelo a sus pies; luego comienza algún romance acerca de las guerras con los moros o la leyenda de un buscador de tesoros, o quien sabe, quizá la historia de algún bandolero que invariablemente se presenta como amigo de los pobres que roba a los ricos y que se ha visto impulsado a mantener su vida al margen de la ley a raíz de un terrible e intolerable error. Mientras habla todas las miradas están puestas en él y reina un intenso silencio que sólo se rompe

cuando finaliza el cuento. Con la última frase comienza un coro de exclamaciones y preguntas que salen de las gargantas de los oyentes y durante un tiempo ellos comentan los incidentes de la narración y la suerte que ha corrido el héroe con todo el ardor que los andaluces ponen en lo que a nimiedades se refiere. Luego vuelve a sonar la guitarra interpretando alguna música monótona, se cogen las castañuelas y un fandango o un bolero hacen que los vigorosos bailarines vuelvan a sus rápidas piruetas.

En uno de los extremos al sur de la ciudad se encuentra la catedral, una moderna estructura de estilo greco-romano. En lo que a diseño se refiere, presenta mayor corrección que otros de los edificios que se pueden ver en Andalucía pero el interior se encuentra completamente desfigurado por la colocación del coro que ocupa el centro de la nave y limita el espacio destinado a los fieles. De todos modos hay una gran belleza en las tallas de este coro en las que se representan escenas del Nuevo Testamento cuya ejecución denota que se trató de un consumado artista aunque nosotros podamos poner en duda la pureza de su gusto.

La sacristía es una de las más bellas de Andalucía. Es un lugar elevado y espacioso cuyos muros tienen columnas corintias y cuyo efecto general es el de noble sencillez. Mientras me encontraba admirando sus proporciones y mientras al mismo tiempo lamentaba que se tratase de la única excepción a las barbaridades arquitectónicas que presentan todos los edificios sagrados con los que Andalucía está deformada, se me aproximó un sacerdote y se dirigió a mí con cortesía.

“Dispense vm. ¿Señor, vm. Es francés?”

“No, señor”, respondí. “Inglés para servir a vm.”

Este fue el preámbulo de una larga conversación en la que mi sacerdotal interrogador se presentaba como un gran admirador de las bellas artes; y por último, llevado por su entusiasmo, me pidió permiso para actuar como cicerone y enseñarme la catedral. No tengo que decir que acepté su ofrecimiento con toda gratitud y fuimos

pasando de una capilla a otra mientras iba señalando cada uno de los objetos que eran dignos de mención. Todas las pinturas, esculturas, imágenes de madera y reliquias tenían su historia, que yo me abstengo de relatar al lector, ya que para éste serían menos interesantes que para el sacerdote en cuya mirada la nimiedad más insignificante relacionada con su iglesia era poseedora de extraordinarias virtudes y excelencias sobre las que él no dejaba de explayarse durante mucho rato y de forma elocuente. Entre las reliquias estaba la famosa Santa Faz, o sagrado Rostro de Nuestro Señor, un objeto de tal devota veneración entre los supersticiosos de Andalucía que hay muchas personas que llevan miniaturas a modo de talismán contra el peligro. No pude ver la reliquia ya que sólo se expone para que el público la contemple dos veces al año; pero se dice que es la imagen del rostro de Nuestro Salvador que se imprimió mientras estaba en la cruz. [...] Cuando nos dispusimos a despedirnos me propuso una invitación para visitarlo esa tarde en su casa. Así pues, me dirigí hasta allí y encontré que vivía en el extremo más alejado de una miserable callejuela. Llegué a la puerta bajando unos cuantos escalones y desde allí, cruzando un bajo y mugriento pasillo, llegué hasta una habitación espaciosa y elegante a la que entraba la luz por varios ventanales sobre los que había cortinas de damasco como las que colgaban de las puertas; el resto del mobiliario era antiguo y valioso. Varios cuadros sobre las paredes y la presencia de un piano y de un órgano, hacían pensar que su propietario era un hombre de gustos refinados. En un oratorio contiguo había un altar sobre el cual se podía ver un Ecce Homo de Velásquez. Desde las ventanas había excelentes vistas de la vega sobre la que estaban cayendo rápidamente las sombras de la noche. A lo lejos extendiéndose a lo largo del horizonte, la Sierra de Mancha Real ahora reflejaba las últimas luces del día. Cuando sus escarpadas e irregulares cumbres se iban tiñendo de fuego y sobresalían por encima de la oscuridad que ya reinaba en su base, no era difícil hacer que la imaginación retrocediera a tiempos cuando los fuegos de los ritos Celtas brillaban a la caída de la noche desde estas cumbres y las iluminaban del mismo modo en que ahora lo hacen los rayos del sol poniente.

Sentados en uno de los confortables sofás que había en la sala –un lujo del que yo no había disfrutado desde hacía meses, la tarde pasó muy rápidamente. Yo prolongué mi visita todo lo que razonablemente pude, y aparte de todo lo que mi amable anfitrión había hecho por mí, a la mañana siguiente él estaba en la catedral esperando para conducirme a través de los sótanos, algo que muy pocas veces se hace con los extranjeros. [...] A las cuatro en punto salí de Jaén no sin antes haberme despedido del honorable clérigo siguiendo las costumbres del país. “Amigo” me dijo él “es probable que nunca jamás vuelva a Jaén, pero si algo le trae por aquí recuerde que el Prebendario C. se pondrá a su servicio hasta donde le sea posible”.

Nos despedimos con expresiones de estima que al menos por mi parte eran completamente genuinas, y a los pocos minutos yo me encontraba rodeando las murallas de la ciudad en compañía del chaval que era mi mulero. A eso de media legua nos encontramos a un hombre que iba montado en un burro viajando en la misma dirección, quien, cuando lo alcanzamos, nos pidió unirse a nosotros sin ningún tipo de ceremonial. Habernos opuesto a que viajase en nuestra compañía habría sido, de acuerdo con las costumbres del país, un acto grosero y nada correcto, pero nunca en mi vida he estado más dispuesto a hacerlo que cuando le vi la cara en la que se podía ver reflejada una mezcla de granujería y maldad.

“Señor”, “¿va usted a Baena?” fue su primera pregunta, a la que respondí de forma afirmativa; luego siguió una larga pausa durante la cual él observó detenidamente mi equipaje y mi aspecto, algo que dio la impresión que le parecía extraño y novedoso. Luego exclamó con el mismo estilo taquigráfico en el que se había dirigido a mí. ¿Señor, es usted un soldado que se ha dado de baja? –mirando al mismo tiempo la pistola que yo llevaba. Moví la cabeza y nuestro nuevo compañero cayó en un estado de perplejidad incluso mayor que antes, del que él salió, después de otra larga pausa, ofreciéndose con oficioso celo a llevar la pistola de dos cañones que parecía haberle fascinado tanto que no le había quitado el ojo de encima. Ningún hombre en España que tuviera cierta cordura habría pensado ni por un momento acceder a su petición,

fue la conclusión a la que yo llegué rápidamente. Yo me di cuenta al contemplar al que me preguntaba. Simplemente respondí que yo nunca le confío mi pistola a nadie por miedo a sufrir algún accidente y en esto estaba en sintonía con mi mulero –¿Qué dice el refrán? “La escopeta y la mujer no se le prestan a nadie”. Con esta respuesta el interrogador se quedó en silencio y no hubo ninguna otra palabra que se cruzara entre nosotros durante todo el tiempo que él permaneció en nuestra compañía, hasta que de repente él se separó al llegar a una taberna en el pequeño pueblo de Torredelcampo. ¡Ah, borracho! Gritó mi mulero con una voz que expresaba gran aborrecimiento y disgusto. “Mire como el borracho se acerca a su abrevadero”. [...] Ya era de noche cuando llegamos a Torreximeno [*sic.* por Torredonjimeno], lugar que había escogido para pasar la noche. El pueblo tiene una plaza en una de cuyas esquinas se encuentra situada la fonda. Sus instalaciones fueron para mi sorpresa mucho mejores que las de otros establecimientos de hostelería que uno se encuentra en Andalucía, y aunque el suelo de mi habitación estaba escorado como lo estaría la cubierta de un barco que navegara impulsado por un fuerte viento, fue un lujo poder disfrutar de ella en soledad y poder alejarme del ruido y las voces de los muleros que ocupaban la parte inferior.

Al despuntar el día nos encontramos en la parte baja del pueblo y cruzamos el cauce del río Salado por un desvencijado puente. Grandes extensiones de olivares cubrían sus orillas y gran parte de la zona durante muchas millas de distancia a ambos lados de nuestro camino, pero los fuimos dejando atrás gradualmente, al ir descendiendo desde las zonas altas y onduladas a través de las que habíamos estado viajando desde que salimos de Jaén. Nuestra ruta ahora avanzaba por la parte sur del gran valle del Guadalquivir, donde aquí, al igual que en cualquier otro lugar donde yo me haya acercado, se puede ver la gran fertilidad del suelo. En un lugar vimos a la perfección los destrozos causados por un fuego en una zona en la que no había cercas de piedra ni ningún tipo de valla. Cualquier percance fortuito había hecho que el fuego arrasara toda una cosecha de trigo y como no había ningún tipo de obstáculo las llamas habían calcinado todo lo que encontraron y puedo imaginar que serían unos doscientos acres los que habían sufrido el incendio.



CORTIJO DE RAMÓN (CORTIJOS NUEVOS)



## WILLIAM GEORGE CLARK (1849)

Hombre de letras (1821-1878) pasó sus primeros años en Yorkshire. Fue educado bajo la tutela del Dr. Kennedy, pasando posteriormente al Trinity College de Cambridge en 1840, donde obtuvo numerosos premios, siendo elegido miembro de la Junta en 1844, residiendo en dicho centro hasta 1873. Fue Tutor del colegio, pasando a ser elegido “Public Orator” de la Universidad en 1857.

Clark solía viajar durante sus vacaciones recogiendo material para posteriores publicaciones. Su obra *Gazpacho or Summer Months in Spain*<sup>41</sup> ofrece un animado relato de su viaje por España realizado entre junio y octubre de 1849, y publicado un año más tarde. *Peloponnesus, or Notes of Study and Travel*, relata de manera más seria los resultados de un viaje a Grecia en 1856 con el Dr. W.H. Thompson, Director del Trinity College y publicado dos años más tarde.

En 1850, Clark, junto al Dr. Kennedy y James Ridell editaron el *Sabrine Corolla*. En 1855 las primeras series de *Cambridge Essays*, contribuyendo con un trabajo sobre la educación clásica, siendo uno de los editores del *Journal of Philology* (1868).

Trabajó durante años para editar la obra de Aristófanes y, después de una visita a Italia en 1867, comenzó a preparar el trabajo para su publicación, pero nunca llegó a realizarla debido a su delicado estado de salud.

Ordenado en 1853, llegó a publicar unos cuantos sermones. En noviembre de 1869 escribió al Obispo de Ely para comunicarle que quería abandonar el sacerdocio y publicó sus razones en un folleto titulado *The Present Danger of the Church of England*. Murió en York, el 6 de noviembre de 1878.

---

41 William George CLARK, M.A. *Gazpacho or Summer Months in Spain*. John W. Parker. London, 1850.



En el prefacio a su obra *Gazpacho*, comienza por justificar el título<sup>42</sup>, además de pedir perdón por haber escrito un libro ya que no disfrutó de especiales incomodidades y no viajó con un propósito definido, tal como distribuir las Escrituras<sup>43</sup> o con objeto de supervisar un ferrocarril, en consecuencia, continúa, “estuve exento de las persecuciones y trabas a las que una persona dedicada a cualquiera de estas actividades hubiese tenido que hacer frente”. Se queja de su viaje en estos términos: “Desde los Pirineos hasta las Columnas de Hércules (que creo que es la frase correcta), mi viaje estuvo deplorablemente exento de desventuras. Es consciente de que su obra es como todas las obras escritas sobre España “Así pues, no hay nada en el tema que distinga mi librito de los otros cien libritos *Tours, Ramblings, Loiterings, Danglings*<sup>44</sup>, etc.”

Sin embargo, dice que el resultado presenta una diferencia: “Diré no lo que *es* España, sino lo que a mí me pareció; los otros turistas y *ramblers* te dicen la impresión que a ellos les produjo, y mi España puede diferir de su España tanto como una vista (de Hastings, pongamos por caso) de De Wint de la misma vista realizada por Fielding o Turner”.

---

42 Se refiere a que si Richard Ford se acerca a esta obra encontrará que muchos de los ingredientes han sido cogidos de su despensa y posiblemente estropeados a la hora de cocinarlos. “Cuando uno toma como compañero a un autor tan excitante y lleno de energía uno no puede más que apropiarse y asimilar sus pensamientos, y después, inconscientemente, reproducir alguno de ellos como original. De una vez por todas, le pido perdón por cualquiera de los plagios no escritos. Estaré más que satisfecho si él saborea el metafórico *Gazpacho* la mitad de lo que se dice que él saborea la la realidad”.

43 Se refiere en este caso en particular al viaje realizado por George Borrow que dió lugar a las obras *The Bible in Spain* y a *The Zincoli or an Account of the Gipsies in Spain*.

44 Mantengo estos términos en Inglés ya que hacen referencia a títulos de obras escritas por viajeros en España *Ramblings, Loiterings, Danglings* o sea: Paseos, Excursiones etc.



## DESPEÑAPERROS

Sin embargo, gracias a la institución de la Guardia Civil (la policía rural española), un viajero en la actualidad puede disfrutar del magnífico escenario de Despeña Perros [*sic.* por Despeñaperros] sin que sienta miedo por su propia seguridad.

Este desfiladero, a través del que va serpenteando la carretera, es abrupto y escarpado como su propio nombre. Los peñascos escindidos verticalmente sobresalen como restos de algún castillo de gigantes en ruinas. Son muchos los robles y castaños que han enraizado en las fisuras y grietas y en lo más profundo, las brillantes flores rosas de la adelfa marcan el curso de un torrente. Cada una de las curvas de la carretera nos muestra una nueva unión de roca y bosque y tan pronto como se llega al punto más elevado, el fondo del paisaje está formado por una enorme extensión de llanuras y aún más allá, de montañas –las vegas y sierras de Andalucía.

Nosotros íbamos trotando alegremente mientras bajábamos las montañas con rumbo al pequeño pueblo, creo que de Santa Elena, el cual encontramos en plena ebullición debido a que iba a tener lugar una corrida de toros campestre. Entre los espectadores que se habían acercado hasta allí había un viejo peregrino (el primer y único ejemplar de su especie que yo haya visto fuera de su entorno). Él llevaba una capa parda basta y enorme adornada con la concha de Santiago y un sombrero de ala ancha vuelta hacia arriba, con un ramito de romero en la parte de delante, algo que supongo que llevaba para revelar su profesión, ya que *Romero* en español significa tanto la planta del romero como el peregrino. También llevaba una vara larga y en general daba una idea bastante exacta de lo que era.

La carretera entre La Carolina y Bailén es la peor de todo el trayecto y las sacudidas nos iban haciendo esperar con la mayor impaciencia nuestro prometido

descanso de siete horas en este último lugar. Llegamos a las seis de la tarde y después de una buena cena salimos a pasear *en grupo* para convencernos de que no había lugares de interés en Bailén; luego nos fuimos a la cama. Este día, 24 de julio de 1849 será un día memorable para mí ya que fue la primera vez que yo vi un peregrino y una palmera en su estado natural.

Nos volvimos a poner en camino, como antes, a la una de la madrugada, escoltados por dos hombres con trabucos que estuvieron esperando fuera en algún lugar.

Yo pronto volví a sucumbir al sueño y no me desperté hasta cerca de las seis. ‘Qué gran pesar’ dijo el guatemalteco, ‘que usted no haya visto Jaén’ ¡Caramba! ¡Qué lástima!

Espléndidas y maravillosas torres en la ladera de un cerro –antigüedades del tiempo de los moros. ¿Por qué no me despertó? Dije, ‘¡Caramba qué lastima!’ Así pues, me perdí ver Jaén y estuve refunfuñando por eso hasta que llegó la hora de desayunar. Nos detuvimos en una venta de montaña y me encontré con una comida mucho mejor que lo que hacía pensar la apariencia del lugar. Uno de los pasajeros, un manchego para más señas, se puso terriblemente furioso cuando se empeñaba en convencer a los andaluces de que La Mancha era la mejor comarca de España. El resto de personas recibieron su arenga con una risa llena de desprecio, y sabiéndose seguros de su postura, se mantuvieron tranquilos.

Un túnel excavado en una roca nos introdujo en el Reino de Granada; justo después, mientras la carretera iba serpenteando entre las montañas, pude vislumbrar las laderas nevadas de una cadena montañosa que se elevaba por encima de las demás. No necesité que nadie me dijese que se trataba de Sierra Nevada. Como tampoco me tuvieron que decir que la ciudad blanca (emergiendo de un olivar) que vimos en la distancia y que se extendía a lo largo de la ladera de una colina coronada por rojos torreones y rodeada de verdes bosques, era *Granada*.

## GEORGE ALEXANDER HOSKINS, ESQ. (1850)

El *Dictionary of National Biography* no recoge la personalidad de este autor<sup>45</sup>.

Escritor de libros de viajes, el caballero George Alexander Hoskins dice que “un viaje a Madrid o a través de Andalucía es algo que actualmente se ha convertido en frecuente para los ingleses, aunque España es poco visitada por señoras inglesas o por familias a pesar de las consabidas atracciones del viaje, maravillosos paisajes, interesantes obras de arte y connotaciones históricas”. Gran aficionado a la pintura, su obra está llena de descripciones de obras de arte que va encontrando y adquiriendo a lo largo de la geografía española.

*Spain as It Is*<sup>46</sup>, recoge las aventuras del viaje que realizó por España en 1850. Esta obra se editó al menos dos veces. Hoskins escribió además *Travels in Ethiopia and Visit to the Great Oasis*. Murió en 1864.

---

45 La fecha de su muerte la he extraído de los datos que aporta Carlos García-Romeral Pérez, *Bibliografía de Viajeros por España y Portugal*. Madrid 1999.

46 HOSKINS, G.A.: *Spain as It Is*, Colburn and Co., London 1851.





GUARROMÁN

## DE CÓRDOBA A BAILÉN

Salimos de Córdoba a las nueve de la noche. Estuve casi a punto de abandonar las plazas que habíamos tomado para ir desde Sevilla a Madrid, cuyo precio fue de ocho guineas; ya que, aunque me encontraba mucho mejor cuando salí del hotel y de hecho pensaba que ya estaba curado, justo me acababa de sentar en el *coupé* cuando me desmayé completamente, y cuando me recuperé casi me sentía incapaz de enfrentarme al viaje. Por fortuna, un amigo, Mr. L. dio la casualidad que también estaba en la diligencia y que tenía una botella de buen brandy, algo que me reanimó y después de tomar varios sorbos me pude recuperar completamente.

El *coupé* era tan espacioso y cómodo para dos personas y la carretera tan buena, en especial, comparada con la carretera horrible que va de Sevilla a Córdoba, que soporté el viaje admirablemente y tampoco Mrs. H.<sup>47</sup> se fatigó en absoluto.

Por lo general las damas sienten terror ante este largo viaje desde el norte al sur de España, aunque las diligencias son tan pesadas que no se zarandean fácilmente; y aunque la idea de viajar dos días y dos noches es tremenda para todos los que estamos acostumbrados a la velocidad de los ferrocarriles ingleses, realmente no se siente una gran fatiga, y ésta se nota más la segunda noche que la primera. Los viajeros deben proveerse de una gran cantidad de víveres para todo el viaje ya que las comidas casi siempre son a horas poco razonables y completamente irregulares, y además no hay un sólo plato que no tenga los terribles condimentos españoles de aceite rancio, azafrán y ajo. Justo cuando me desperté la primera mañana, nos estábamos aproximando a Andújar, un pueblo interesante en el Guadalquivir con torres y tejados marrones, un viejo puente muy pintoresco y una cordillera

---

47 George Alexander Hoskins se refiere a su esposa como Mrs. H. a lo largo de todo el relato.

muy bonita que se levanta por detrás, también del mismo tono parduzco. Luego fuimos subiendo por algunas escarpadas montañas a través de las cuales corre el río Herrumblar y desde donde algunas veces las vistas son pintorescas, sobre todo cerca del puente. Después de atravesar olivares y viñedos llegamos a Baylen [*sic* for Bailén], un pueblecillo miserable famoso por la magnífica victoria obtenida por los españoles sobre los franceses. El ejército de Castaños estaba formado por veinticinco mil soldados de infantería, dos mil de caballería, un gran número de cañones y numerosas compañías de campesinos armados, al mando de oficiales del regimiento. Toda la multitud que avanzaba hacia el Guadalquivir [*sic* for Guadalquivir] es probable que sumara más de cincuenta mil hombres. Después de una batalla que no duró mucho, los dieciocho mil soldados franceses, bajo las órdenes de Dupont, depusieron las armas ante este ejército de hombres con poca experiencia, incapaces de resistir ni a la mitad si hubiesen estado guiados por un hombre capaz. José Bonaparte salió huyendo de Madrid y toda Europa se sorprendió ante esta victoria y sus resultados.

Las tropas francesas en lugar de haber sido repatriadas a Francia de acuerdo con los términos de la capitulación, fueron maltratadas y gran número de soldados murieron a sangre fría, en especial en Lebrija donde aproximadamente ochenta oficiales fueron masacrados de la manera más cobarde. Todos los que sobrevivieron a la marcha hasta Cádiz, después de sufrir todo tipo de humillaciones, los metieron en los barcos donde un gran número pereció en las continuas y prolongadas tormentas<sup>48</sup> y otros fueron expuestos al fuego enemigo en la destituida Isla de Cabrera, sin comida ni ropas para que se comieran los unos a los otros con alaridos como bestias salvajes. Se dice que estos horrores fueron instigados por el clero que reclamaba todo el botín de guerra que los franceses habían robado de las iglesias<sup>49</sup> y puede, en cierta medida, expiar las terribles represalias de los franceses cuando ellos volvieron a invadir España.

---

48 Napier's Peninsular War, vol. I, p. 125.

49 Foy, IV, p.107; y ver Ford, R. *Handbook*. 305.



Desde Bailén a Guarromán, un pueblecillo miserable, el campo está bastante mal cultivado.

Ahora le dijimos adiós a los bonitos pueblos y ciudades del sur de España y realmente es difícil soportar el hecho de que ya no se vean las magníficas casas blancas, los balcones recién pintados, las celosías árabes, el aspecto de comodidad e incluso la opulencia –ahora todo esto cambia y se convierte en horribles casuchas de aspecto mugriento que denotan una pobreza manifiesta.

El campo después de pasar Guarromán comenzó a ser bastante bonito. Por todos lados se veían magníficos algarrobos bajo los cuales crecían buenas cosechas de cereales y los montes cubiertos por olivares. Cuando nos íbamos aproximando a La Carolina, las vistas son muy extensas y se puede ver en la distancia toda la cordillera de Sierra Morena. Éste es uno de los pueblos construidos y colonizados en 1767 por alemanes y suizos que trajeron aquí para ocupar las tierras que una vez tuvieron los judíos y árabes desterrados; pero las promesas que les hicieron para convencerlos de que dejaran sus países nunca se cumplieron y muchos de los extranjeros murieron con el corazón hecho pedazos.

El pueblo no tiene ningún interés, con calles anchas su aspecto es cualquier cosa menos español. Por lo general los habitantes son morenos aunque pude observar algunos con la tez muy blanca y dos o tres completamente rubios ceniza que sin lugar a dudas eran descendientes de los colonos. Los campesinos que estaban trabajando en los campos llevaban ropas frescas y pintorescas. No llevaban sobre el cuerpo más que una camisa blanca que les llegaba hasta la mitad de los muslos ceñida a la cintura por un fajín rojo, polainas blancas que iban desde las rodillas a los tobillos, sandalias en los pies, completando su atuendo un sombrero de forma cónica casi siempre lleno de agujeros o abolladuras. Después de salir de La Carolina entramos en una zona bastante rocosa, aunque entre los riscos había extensiones de terreno cultivadas y luego comenzamos a disfrutar unas extensas vistas de Sierra Nevada en la distancia y grandes llanuras una de las cuales nos

dijeron que fue el escenario de la gran batalla de las Navas de Tolosa, en la que doscientos mil infieles fueron masacrados mientras que sólo murieron ciento veinticinco cristianos; como recoge un testigo ocular, con mejor mano, dice Mr. Ford para hacer conjeturas que para la aritmética<sup>50</sup>.

Luego llegamos a un pueblecillo miserable, que, con nuestro conocimiento de España, nosotros casi habríamos pensado que no era español si no hubiese sido por las ropas de los campesinos y dos o tres jóvenes tocándole la guitarra a sus esposas que trabajaban en la puerta de sus casuchas. Cuando dejamos esta aldea inmediatamente descendimos a buena velocidad por una carretera admirablemente construida hacia un agreste valle y pronto llegamos al espléndido desfiladero de Despeña Perros (aunque tras los perros se arrojaban despeñados a los perros infieles). El paso es muy estrecho en su base por la que corre el río, pero donde la carretera empieza a serpentear, las rocas están separadas a cierta distancia formando al entrar un bello anfiteatro natural, y es magnífica la formación del último peñasco a la derecha, al final de la garganta. Desde uno de los puntos desde donde lo contemplamos parecía casi como una acumulación de cumbres, unas perfectas y otras completamente quebradas.

Las rocas por lo general presentan un color parduzco, cubiertas por tonos amarillos y rojizos e iluminadas como las vi por el sol poniente, eran realmente espléndidas.

Este es el límite de La Mancha, y aquí dijimos adiós para siempre a la alegre Andalucía, sin lugar a dudas la región con más encanto de toda España. A menudo los andaluces son banales y engreídos pero siempre son cordiales, educados y serviciales –ingeniosa, divertida y simpáticamente– indolentes, pero siempre honestos como me ha demostrado mi corta experiencia.

---

50 Ver Ford, R. *Handbook*, p. 306.

## WILLIAM EDWARD BAXTER (1850-1851)

Viajero y escritor, nació en Dundee en 1825, donde fue educado los primeros años hasta que pasó a la Universidad de Edimburgo. Al dejar la universidad entró a trabajar en el comercio de su padre, llegando a formar sociedad años más tarde. En 1870 se disolvió la firma creándose otra en la que Edward Baxter era el socio más antiguo. Esto le permitió tener tiempo para viajar y también poder interesarse por temas políticos. Llegó a desempeñar varios cargos de gran importancia<sup>51</sup>. Murió en 1890.

Fueron varias las obras que Baxter publicó, entre ellas las dedicadas a relatos de viajes como *Impressions of Central and Southern Europe*, Londres 1850; *The Tagus and the Tiber*, Londres 1852 y *America and the Americans*, Londres 1855.

*The Tagus and the Tiber*<sup>52</sup> fue escrita después de un viaje realizado entre 1850 y 1851 en el que recorrió España, el sur de Francia e Italia. Siendo, como él mismo dice, imperfecta su narrativa al no haber sido embellecida a costa de la verdad, lo que justifica con una frase del famoso Dr. Johnson: “*Qué pocas veces las descripciones se corresponden con la realidad, siendo la razón el que la gente no las escribe hasta algún tiempo después, y entonces, su imaginación les añade detalles*”.

---

51 Ver *Dictionary of National Biography*. Vol XXII, suplemento p. 146.

52 BAXTER, William Edward *The Tagus and the Tiber; or Notes of Travel in Portugal, Spain and Italy in 1850-1851*. Richard Bentley. London 1852.





SACRA CAPILLA DEL SALVADOR Y PALACIO DEL CONDESTABLE DÁVALOS (ÚBEDA)

## DE GRANADA A DESPEÑAPERROS

Salimos de Granada a las doce en punto de un bonito y claro día en una diligencia tirada por cinco caballos y cuatro mulas y durante las primeras millas como la carretera era muy buena fuimos galopando a paso holgado animados por los gritos del conductor mientras daba latigazos a su tiro. Cuando las nubes no ocultan sus cumbres, Sierra Nevada tiene una apariencia imponente desde la llanura. Nosotros fuimos lo suficientemente afortunados como para verla con toda nitidez, y durante varias horas pudimos ver toda la cordillera llegando nuestra vista tan al este como para ver la redondeada cumbre del Mulhacén, con doce mil setecientos pies sobre el nivel del mar, aunque el Veleta, que se eleva justo por encima de Granada, al tener una forma más cónica parece más alto, aunque en realidad es más bajo que su gigantesco vecino. La carretera que va a Madrid atraviesa la bien cultivada e irrigada Vega. La cruzan varios acueductos que traen el agua desde las alturas y a ambos lados durante una gran distancia no se ven más que huertos con higueras, naranjos, viñas, melonares, olivos, nogales, hortalizas y maíz.

Cuando abandonamos esta fértil llanura la carretera se fue haciendo cada vez peor y continuó así de mala durante todo el camino hasta la capital a excepción de unas cuantas millas cerca de Cárdenas donde cruza las montañas que hay entre Andalucía y La Mancha.

Aunque el tráfico que soporta, en especial después de unirse a la carretera que va a Cádiz y Sevilla, durante bastante tiempo ha sido muy intenso, está lleno de surcos y en muchos lugares es muy pedregoso. A veces el traqueteo se hace bastante desagradable; nosotros intentábamos en vano agarrarnos con toda nuestra fuerza ya que a cada momento parecía como si el vehículo fuera a ponerse patas arriba.

Subiendo desde la vega de Granada primero atravesamos un campo de maíz, sin ningún solo árbol y luego un bosque lleno de encinas, lugar en el que había gran cantidad de cerdos pastando. Posteriormente la carretera va serpenteando hacia todo lo alto de Sierra Susana [*síc* por Arana] desde cuya cumbre se puede contemplar un extenso paisaje de pedregosas montañas y llanuras sin un solo árbol. Yo fui andando delante de la diligencia para poder ver a los campesinos que subían y bajaban a lomos de sus mulos y caballos, envueltos en sus capas y vestidos con todos los atributos y las mejores galas del atuendo español. La mayoría de los hombres eran altos, atractivos y con un aspecto casi tan fiero como el que suelen dar los viajeros a los bandoleros. En el misero pueblo de Campillo los pasajeros se detuvieron a cenar. Las cocinas de las ventas en España suelen ser una especie de vestíbulo cerca de la puerta de entrada sin ningún tipo de separación o muro entre ellas y las mulas que se encuentran en el patio, o entre la gente que pasa caminando. La gran puerta de la vivienda permanece abierta y quienquiera que entre se encuentra de frente con la presencia de la cocinera. Los establecimientos más pobres donde uno se puede hospedar o parar a comer y que por lo general están formados por una sola habitación alargada, con los hombres a un lado y las mulas, los cerdos y las aves en el otro, se llaman Ventas; la segunda clase, que cuenta con unas cuantas habitaciones en la segunda planta con puertas y cerraduras, son las que se denominan Posadas o Paradores; mientras que el término Fonda se contempla como sinónimo de Hotel.

Pasó una hora y media antes de que el conductor anunciara su determinación de parar. Cuando desperté de mi primer sueño estábamos atravesando las pintorescas rocas que forman el desfiladero de Puerto de Arenas, dos *gendarmes* de aspecto imponente iban de pie en el escalón del vehículo para asustar a los ladrones de ese lóbrego lugar. Luego pasamos por la ciudad de Jaén, capital de un pequeño reino bajo el dominio musulmán. Aquí me volví a dormir para despertarme al rato ante un cambio total, o mejor dicho, por la ausencia de movimiento. ¿Dónde podríamos estar? ¿Qué podría haber ocurrido? Abrí la puerta y salté fuera. La lluvia

caía de forma torrencial; el viento soplabá con fuerza a través de las aberturas del exíguo armazón y allí no se veían ni caballos ni mulas ni al conductor ni al *postillón*. Aparentemente nos habíamos quedado atrancados en el barro en medio de un paisaje completamente inhóspito aunque los pasajeros españoles, supuestamente bastante acostumbrados a tales incidentes, reían y charlaban como si siguieran avanzando con gran celeridad hacia la capital. Dos aburridas horas pasaron antes de que los hombres y las mulas llegaran para sacarnos y para hacer que el pesado vehículo atravesara el río Guadalquivir y el valle.

El día sorprendió a nuestro grupo en el miserable pueblo de Bailén donde se unen las carreteras de Madrid a Sevilla y Granada y donde en 1808 los españoles guiados por Castaños realmente derrotaron a los franceses comandados por Dupont. Por supuesto, el ejército de este último con antelación se había sentido completamente desmoralizado, de otro modo nunca podría haber ocurrido un acontecimiento tan extraordinario

La carretera entre este lugar y La Carolina es horrorosa, y el indefenso viajero debe soportar toda clase de magulladuras. Durante cinco horas fuimos atravesando olivares. Hasta donde la vista alcanza, sobre montañas y valles, no se podía ver otra cosa que las filas de hojas verdes o plateadas; ya que, como expresa Lorenzo de Medici, el gran gobernante de Florencia, en uno de sus sonetos:

*“L’uliva, in qualche dolce spiaggia aprica  
Secondo il vento par, or verde, or bianca.”*

El pueblo de La Carolina, que tiene una situación muy bonita, fue fundado en 1767 por una colonia de suizos y alemanes que murieron todos irritados y defraudados a causa del tratamiento que recibieron de aquellos que les habían inducido a emigrar. Aquí se dieron cuenta de que nuestra diligencia se había dañado seriamente: se podía ver una amenazadora raja por encima de las ballestas delanteras y que se extendía por casi todo el vehículo. Así pues, el mayoral encendió otro cigarro, antes de explicar a los que estaban allí que es lo que había ocurrido. A eso

de una media hora mandó a buscar al carpintero. Éste llegó con las herramientas en la mano, aunque sin embargo, no vino a arreglar el carruaje inmediatamente, sino a fumarse *su* cigarro y a charlar animadamente con el conductor. Como se necesitaban cuerdas, mandaron a un muchacho a que las buscara y por supuesto las que trajo no eran suficientes; así pues, las autoridades volvieron a hacer sus consultas, sacaron una vez más sus fragantes cigarrillos y decidieron volver a mandar al joven. Pasaron tres valiosas horas antes de que repararan la raja y un asiento roto, pero desde un principio los pasajeros parecían como si instintivamente hubiesen sabido que todo esto es necesario que ocurra. Nadie preguntó cuándo íbamos a salir; nadie parecía tener el más mínimo deseo de continuar viaje. Sin preguntar cual había sido el motivo de la parada, tan pronto como el vehículo se detuvo, todos se dispersaron a comprar pan, uvas o cualquier otra cosa comestible que el pueblo pudiera proporcionar. Luego se reunieron en una tienda para fumar y cotillear hasta que aparecieron las mulas que fue cuando ellos volvieron a ocupar sus plazas con la mayor *sangre fría* imaginable.

En este mísero lugar con gran dificultad pudimos conseguir un poco de pan y tres huevos duros con los que preparamos un frugal desayuno. Nuestra carretera ahora va por la sierra que separa Andalucía de La Mancha, una serie de montañas deshabitadas cubiertas de maleza y arbustos. Algunas curvas muy cerradas y bien trazadas nos condujeron a la garganta de Despeñaperros, un gran desfiladero entre tremendos peñascos que de algún modo nos hicieron recordar la Vía Mala en Suiza. Este paso constituye la defensa natural de Andalucía. Quinientos hombres pueden defenderlo contra todo un ejército y de hecho, el Duque de Wellington en una ocasión pensó en hacer de él un Torres Vedras. La carretera va serpenteando alrededor de elevados acantilados y sobresale por encima de terribles precipicios, desvelando en cada curva nuevas vistas del solitario desfiladero.



## LADY LOUISA TENISON (1850-1853)

El *Dictionary of National Biography* no incluye la personalidad de Lady Louisa Tenison, sólo sabemos que nació en 1819 y murió en 1882. Recorrió Oriente próximo, reflejando este viaje en *Sketches in the East* publicado en Londres en 1840. Varios años después pasó una larga temporada en España. Llegó a Gibraltar a finales de 1850. Estuvo en Málaga aunque los veranos los pasó entre Granada y Sevilla. Empezó viaje rumbo a Inglaterra en mayo de 1853.

Fruto de su estancia en España publicó en 1853 *Castile and Andalusia*<sup>53</sup>, obra que incluye gran cantidad de dibujos y grabados realizados por ella y por Mr. Egron Lundgren, artista sueco que en aquellos años tenía fijada su residencia en Sevilla. Estos grabados se ejecutaron bajo la supervisión de John F. Lewis, autor de dos importantísimos álbumes.<sup>54</sup>

Lady Tenison dice en el prólogo a *Castile and Andalusia* que no ha consultado otros libros en la preparación de la misma, salvo las historias y las crónicas de las ciudades que visitó.<sup>55</sup>

---

53 TENISON, Lady Louisa *Castile and Andalusia* Richard Bentley London, 1853.

54 *Sketches of Spain and Spanish Character Made During his Tour in that Country in the Years 1833-1834. Drawn in Stone from the Original Sketches Entirely by Himself* London 1834 y *Lewis's Sketches and Drawings of the Alhambra made During a Residence in Granada in the Year 1833-1834* London 1835?

55 El 17 de febrero de 1845, Richard Ford escribe a Gayangos comentándole que la obra de Lady Tenison no era sino una copia diluida de su Hand-Book. (*Letters to Gayangos*, Carta 63, y también en Robertson, I. *Los curiosos impertinentes*, p. 349). De todos modos he detectado que hay un error en esa fecha puesto que la obra de Lady Tenison es posterior.





TORRE DE MENGÍBAR

## DE GRANADA A MENGÍBAR Y BAILÉN

Estábamos justo en la época en la que todos los transportes públicos a Madrid estaban abarrotados con la gente que volvía de los baños donde habían permanecido durante los meses de verano. Para asegurarnos plazas para nuestro numeroso grupo hasta Bailén pagamos el billete de todo el trayecto hasta Madrid, confiando ingenuamente en la promesa española de que si había gente que fuera a ir sólo desde Bailén a Madrid, nos devolverían el dinero de ese trayecto. Después de decidido este importante asunto, ya que al haber pagado anticipadamente, nos evitaba que la gente cambiara de opinión, esperamos con paciencia el día señalado y mientras tanto, nos dedicamos a dar un último adiós a nuestros rincones preferidos.

Nunca se hace el tiempo tan pesado como cuando se está en el intervalo entre que se terminan los preparativos y la salida, cuando todo está en las maletas y no te puedes permitir otra ocupación que el recurrir al único libro que se deja fuera para pasar las larguísimas horas de viaje. El continuo estado de ocio crea un sentimiento de tristeza, mucho más cuando uno está a punto de dejar quizás para siempre un lugar tan querido por muchos recuerdos.

Por fin llegó el día de nuestra partida y a las cinco en punto de la mañana nos encontramos colocados en el interior de una pesada diligencia, rebotando sobre el adoquinado desigual de las calles granadinas con dos compañeros de viaje. Uno un granadino que iba a viajar por primera vez en su vida, es decir que iba a ir hasta Córdoba. El otro pasajero era una dulce hermana de la Caridad que volvía a Madrid. Pobrecilla, su asiento daba la espalda a los caballos, aunque nosotros intentamos en vano que se cambiara, cosa a la que no accedió. Ella iba sufriendo terriblemente, pero llevaba este sufrimiento con tal resignación que parecía que se lo había tomado como si tal cosa, y añadía sólo otra a las muchas penalidades que

se había propuesto soportar en su vida. Ella estaba encomendada a la protección del mayoral o cochero, casi como si fuese un paquete, con cuidado de ser entregada sana y salva, y parecía que tenía muy poca idea de su viaje ya que cuando llegamos a Jaén me preguntó si estábamos ya cerca de Madrid.

Una diligencia española es un extraño mamotreto inestable. Tirada por diez o doce mulas, su fuerza al unísono es a veces insuficiente para arrastrar la enorme máquina a través de los lechos de los ríos o ascender por empinadas pendientes. El mayoral tiene un sexto sentido que le hace conocer a todas las mulas por su nombre y cuando quiere que vayan a mayor velocidad salta del coche y por medio del látigo y de la voz les hace acelerar el paso corriendo a su lado. Los chillidos con los que él grita sus nombres son bastante eficaces para evitar que los pasajeros, al menos los que van el *coupé* puedan disfrutar de algún tipo de reposo.

Nuestro camino cruzaba una zona de la vega plantada de vides y olivos, que había pertenecido a los frailes cartujos, pero que ahora estaba en manos de un rico capitalista que está invirtiendo mucho en ellas. Al pasar la *Puerta de Cubillas* le dijimos adiós a las tierras cultivadas y comenzamos a cruzar un territorio montañoso de lo más agreste. Sus pedregosas cumbres estaban salpicadas aquí y allá por unos cuantos manojos de arbustos, sin un solo árbol que diera la menor sombra al polvoriento y calcinado suelo, todo del mismo color monótono. Una solitaria venta en uno de los desérticos valles donde cambiamos los caballos no aportó ninguna variedad al escenario, y desayunamos en el pequeño pueblo llamado Campillo de Arenas.

Un poco más allá de Arenas una singular formación rocosa completamente desprovista de cualquier tipo de vegetación se puede ver a lo largo del valle con una profunda grieta perpendicular a través de la que corre un río, –es decir, cuando hay río, ya que ahora no se veía el agua por ninguna parte. Esto forma la entrada natural al Reino de Granada; la carretera a uno de los lados se va abriendo por entre las rocas y continua con el mismo aspecto hasta que al atravesar una polvorienta llanu-

ra, se ven las murallas del viejo castillo árabe de Jaén coronando las alturas, con la ciudad enclavada en una hondonada en su base.

Hay dos cerros que se elevan por detrás de la ciudad; entre ambos el espacio está ocupado por las altas torres de la catedral, y para nuestro asombro, las dos están terminadas. Jaén no tiene nada digno de mención por lo tanto no lamentamos demasiado pasar por la ciudad sin detenernos.

Estos dos cerros a los que me acabo de referir están protegidos por una cordillera más elevada mientras que hacia el sur parece que hay un bello paisaje de montaña; en primavera toda esta zona debe ser muy bonita pero ahora este lugar a todo alrededor tiene el mismo tono de arena amarillenta, y ni incluso el mismísimo desierto puede ser más aburrido y monótono que el trayecto desde aquí a Bailén.

Interminables llanuras que se deslizaban sobre suaves y ondulantes colinas, sin el más mínimo vestigio de verdor en toda su extensión. No había el menor indicio de que hubiese algún pueblo y no se vio ni una sola cabaña, sino que por todos lados se veía el mismo tono polvoriento. El único rastro de vegetación que nuestra vista alcanzó a ver fueron unos cuantos penachos de plantas de alcaparra, algo que nos resultó peculiarmente refrescante debido a lo brillante de sus hojas de verde intenso y a sus enormes flores blancas; pero que aquí compartían la misma suerte de todo lo demás y estaban ocultos bajo capa de polvo que lo cubría todo.

Estaba oscureciendo cuando llegamos a Mengíbar, donde un puente colgante cruza el Guadalquivir, que aquí es un río importante que corre entre las profundas riberas arenosas.

En Jaén habíamos cambiado de compañeros de viaje y nuestro nuevo compañero nos dijo para consolarnos que este puente se pensaba que no era seguro. Nos dijo que costó cuatro millones de reales pero que el contratista sólo empleó la mitad de esa cantidad en el trabajo y se embolsó el resto; y luego se permitió hacer los usuales comentarios que los españoles suelen hacer acerca del generalizado

sistema de corrupción tan extendido en todas las transacciones públicas por todo el país.

Todo el mundo parece consciente del estado de cosas, pero a este respecto el conocimiento del abuso no parece que lleve a ninguna mejora, porque ellos continúan haciendo lo mismo, todos aprovechando la primera oportunidad para poner en práctica todo lo que luego condenan con tanta elocuencia.

Nuestro compañero se entretuvo el resto del viaje hasta Bailen con fantásticos relatos de hazañas de bandoleros, de escapadas por los pelos y extrañas aventuras, suficientes como para ponernos los nervios de punta, teniendo en cuenta la oscuridad de la noche y lo solitario de la zona, si no hubiera sido porque la presencia de la Guardia Civil a lo largo de la carretera nos aseguraba que estábamos comparativamente seguros. A los españoles les encantan las historias de bandoleros y ahora que tienen alguna excusa para hablar de esto, realmente lo convierten en el tema principal de la conversación.

Llegamos a Bailén a medianoche, después de que nuestro amigo hubiera puesto debidamente su casa a nuestra entera disposición y nos hubiese hecho repetidos ofrecimientos de ayuda, algo que estoy segura que habría hecho con la mejor disposición si lo hubiésemos requerido.

Aunque, de acuerdo con nuestra manera de pensar, los españoles pueden no ser demasiado hospitalarios, no hay nadie que pueda estar más dispuesto a hacer una buena acción por otra persona, y están siempre dispuestos a sacrificarse con gusto para complacerte.

Después de un mutuo intercambio de cumplidos, fuimos al hotel donde encontramos una extraña mezcla de comodidad y miseria. Un camarero francés parecía prometer grandes cosas; sin embargo resultó que era canadiense y la causa por la cual había llegado hasta Bailén era un misterio que no pudimos comprender. El café lo trajeron en un servicio de porcelana francesa sorprendentemente bonito,

pero no había mesa en el que ponerlo y tuvimos que colocarlo todo sobre nuestras sillas a estilo picnic con algunas de las provisiones que por fortuna habíamos traído. Después de ciertas dificultades encontramos camas en las que reposar hasta que pasara la diligencia de Madrid a Sevilla en la que teníamos esperanza de encontrar plazas, pero, antes de retirarnos a descansar, tuve una discusión de lo más animado con el administrador de la diligencia, ya que se negaba a reembolsarnos el dinero prometido en caso de que se ocuparan las plazas hasta Madrid, algo que ocurrió en el mismo instante en el que nosotros llegamos. Él llamó ladrón al hombre de Granada y cuando yo protesté sobre lo inapropiado de que no cumplieran la promesa que me hicieron allí, él me dijo que no podía soportar tal lenguaje. Yo lo amenacé con contar todo lo ocurrido cuando llegara a la oficina de Madrid; y en justicia debo añadir que por medio de la intervención de un amigo que estaba allí, nos devolvieron parte del dinero.

A las tres en punto de la mañana nos despertaron de nuestro incómodo sueño con la agradable noticia de que había suficiente sitio en la diligencia y nos vimos aliviados del miedo de tener que pasar unos cuantos días en este animado lugar, ya que Bailén es un pueblo que ni incluso los españoles escogerían como residencia aunque siempre estén alardeando y presumiendo de sus glorias.

Continuamos hacia Córdoba, pero como nosotros volvimos sobre nuestros pasos a Bailén otra vez al mes siguiente para hacer una corta excursión por ambas Castillas, yo ahora continuaré con la ruta hacia Madrid y dejaré la descripción de Córdoba para más tarde ya que la volvimos a visitar a nuestra vuelta a Sevilla.

Bailén es famosa por la batalla que tuvo lugar aquí en 1808, batalla que de acuerdo con los historiadores españoles cambió el curso de la guerra en la Península y dio el primer golpe a los ejércitos de Napoleón. El héroe de esta batalla, Castaños, duque de Bailén, murió el pasado mes de septiembre, pero unos pocos días después Inglaterra perdió al más grande de sus generales. Fue nombrado Grande de España pero por lo demás él no recibió demasiado de un país cuya gratitud se

expresa sólo con buenas palabras. El vivió a veces en la más profunda pobreza y durante muchos períodos de su vida no recibió su paga con regularidad, como él mismo menciona en su testamento. No hay nada que pueda ser menos pretencioso o más humilde que las cláusulas de su testamento. Deseó que no se hiciera ningún tipo de desfile; que su cuerpo fuese llevado a la iglesia de la parroquia donde él muriese por sus propios sirvientes y que lo llevasen al cementerio y lo pusieran en la tierra; que no lo metiesen en un nicho, pero que su tumba estuviese a los pies del nicho en el cual estaba enterrada su hermana. El terminaba dejando algunos bienes a sus sirvientes y subordinados. Pero el gobierno decidió honrarlo a su muerte y fue enterrado por decreto real en la Iglesia de Atocha, con toda la pompa y el esplendor de un funeral de estado.

Desde Bailén la carretera continúa hasta La Carolina, un pueblo bien construido y poblado por colonos extranjeros a los que trajeron para cultivar las tierras que la expulsión de los moriscos había dejado desiertas. A eso de dos leguas de La Carolina se encuentra el escenario donde tuvo lugar la famosa batalla de las Navas de Tolosa, en la que fue vencedor Alfonso VIII en 1212. Un pastor guió a los ejércitos a través de los desfiladeros de montaña, a quien el supersticioso entusiasmo de aquellos días convirtió en San Isidro, patrón de Madrid. Desde La Carolina la carretera va ascendiendo hasta Santa Elena, que se encuentra en una zona elevada desde donde hay una vista muy extensa. Luego pasa el esplendido desfiladero de Despeñaperros, un verdadero paso de montaña que se atraviesa por una magnífica carretera trazada en tiempos de Carlos III. Desde aquí se asciende a una elevada meseta, la gran meseta central española y aquí le decimos adiós a todos los maravillosos paisajes y nos dejamos atrás los naranjales y las montañas nevadas de Andalucía.



## JOHN LEYCESTER ADOLPHUS (1856)

Abogado y escritor (1795-1862) se educó en Merchant Taylors, pasando en 1811 a St. John's College de Oxford. En 1821 publicó bajo el anonimato el trabajo que más tarde le daría gran reputación *Letters to Richard Heber, Esq., Containing Critical Remarks on the Series of Novels Beginning with 'Waverley' and an Attempt to Ascertain their Author.*

Durante largos años, Adolphus fue miembro activo del *General Literature Committee* de la Christian Knowledge Society. Publicó en 1858 *Letters from Spain in 1856-1857.* Le sorprendió la muerte cuando se encontraba completando *History of England under George III*, obra que había comenzado su padre.

*Letters from Spain*<sup>56</sup>, es la recopilación de una serie de cartas, que el autor escribió a su esposa durante dos cortos períodos de vacaciones pasadas en España entre 1856 y 1857. Estas cartas fueron escritas para entretenimiento de la familia y de algunos amigos íntimos. La justificación que el autor ofrece para la redacción de un libro “más” sobre España, de los muchos ya existentes, es que al tener bastante práctica en la realización de escritos de este tipo, ha podido, día a día, durante el viaje, hacer anotaciones de lo que iba ocurriendo y rápidamente narrar de forma descriptiva las impresiones, los nuevos escenarios y costumbres que le ofrecía una tierra llena de belleza y originalidad. Las cartas mantienen la fecha en que fueron escritas, evitando hacer referencias o mencionar a personas con las cuales entabló algún tipo de relación durante su viaje, encontrándose en muchas ocasiones un espacio o inicial substituyendo el nombre que aparecería en las cartas originales.

---

56 ADOLPHUS, John Leicester *Letters from Spain in 1856 and 1857* John Murray, London 1858.





TORREDONJIMENO

## DE GRANADA A BAILÉN

Sevilla, miércoles 4 de junio

[...] Pensé que había tenido mucha suerte al poder conseguir un asiento en la berlina (coupé) de la diligencia que iba a Bailén pero como se trataba de la plaza de en medio, con un respaldo muy duro, me encontré completamente hecho pedazos antes de llegar.

Salimos de Granada justo después de las seis<sup>57</sup> y no llegamos a Bailén hasta pasadas las once de la noche. Dos personas iban sentadas con el conductor y bloqueaban la vista de las ventanillas delanteras. Uno de mis compañeros de viaje era el director de la compañía propietaria de la diligencia. Un inquieto petimetre que estuvo protestando todo el día porque se había abierto un agujero en el cristal de una de las ventanillas delanteras que había frente a él y estuvo continuamente molestando a su criado que estaba sentado contra él en la parte exterior para evitar que se rompiera más. Al final tuve el gusto de ver cómo el cristal se hacía añicos en las manos del caballero y se le caía encima todo el marco de la ventana. Mi otro compañero de viaje y yo intercambiamos miradas de complicidad alegrándonos del hecho. [...] La organización de una diligencia española (al menos en lo que respecta a las dos diligencias en las que he viajado hasta ahora) es como la de las francesas pero más estafalaria. El conductor (llamado el Mayoral) se sienta del mismo modo que lo hacen los de las diligencias francesas y le da órdenes, o pretende darlas a nueve, diez, once o doce caballos y mulas saltarinas y que van dando coces, aunque él sólo lleva las riendas de dos. El siguiente animal por delante lo conduce el delantero (postillón) que guía ese caballo y el suyo propio y reduce a los dos que lleva detrás cuando tiene tiempo. Los animales intermedios tienen que

---

57 [Mateo] Ximenez llegó a Granada a verme partir, una atención que me resultó muy amable puesto que yo ya había hecho cuentas con él y ya nos habíamos despedido la noche anterior.

aprovecharse de los que van delante y los que van detrás. Luego hay un personaje maravilloso, el zagal, que va sentado en la parte delantera del vehículo y cuyo cometido es saltar abajo cada dos minutos aproximadamente con un látigo en la mano y hacer que corra el tiro de caballos y mulas como un maníaco, dando saltos, gritando y chillando y fustigando a algunos de los animales al azar, mientras que a su vez, durante todo ese tiempo, las mulas van chillando y rebuznando y haciéndose travesuras y dándose coces las unas a las otras y el conductor les va lanzado sus propios gritos, todavía si cabe más ordinarios que los de su compañero; y todo esto es lo que hace que la máquina no deje de funcionar, aunque no siempre con plena certeza, ya que justo cuando salimos de Granada hubo un golpe repentino y una parada y nos vimos metidos en un arenal hasta el eje. Protestas y golpes no fueron suficientes y nos vimos obligados a mandar buscar a varios hombres que por fortuna no estaban demasiado lejos y que ayudaron a sacarnos. Luego llegamos hasta un carro que se había quedado clavado del mismo modo y nos vimos obligados a dejarles parte de nuestro tiro para que lo pudieran sacar.

Entre las cuatro y las cinco llegamos a un bello y escarpado terreno montañoso y vimos en el corazón de unos montes muy agrestes y abruptos la ciudad y el viejo castillo así como la catedral de Jaén. La catedral es un edificio moderno aunque muy espacioso y aparentemente muy bonito y con un emplazamiento bastante llamativo: me trajo a la memoria algunos de los majestuosos edificios situados en románticos lugares a lo largo del Danubio. Me hubiese encantado visitarla pero el tiempo que se detenía la diligencia no se sabía de antemano (luego resultó que estuvo parada una hora) y estaba lloviendo a cántaros y se supone que me había dejado el paraguas en Gaucín. Llegamos a Bailén por supuesto mucho después de que oscureciera. Afortunadamente la fonda de la diligencia era bastante cómoda.

La próxima diligencia y la silla de posta no llegaban hasta por la tarde del día siguiente, la diligencia unas tres horas después del tiempo previsto, algo que es tan corriente que ocurra que no es nada digno de mención. De todas formas no

había plaza más que para tres de la media docena de viajeros que habían estado esperando más tiempo de lo que yo esperé. En Bailén se encuentran una diligencia procedente de Málaga y otra de Madrid y para llevar a toda esa gente hasta Sevilla sólo hay una y la silla de posta que puede llevar dos pasajeros. Antes había dos coches más pero fuese por lo que fuese no eran rentables y los quitaron. Ahora me voy hacia Córdoba y el modo en el que llegué lo sabrás en mi próxima carta.

## DE BAILÉN A ANDÚJAR

Sevilla, del 5 al 7 de junio

A menos que uno se pueda pasar el día preguntándose como se las arregló Castaños para interceptar una importante brigada francesa, Bailén es un lugar bastante poco apropiado para permanecer retenido ya que no hay nada, natural o artificial, que sirva para emplear la mente.

Es un pueblo alargado situado en una zona buena desde el punto de vista de la agricultura y donde se pueden ver algunas casas importantes y los restos de un viejo castillo. Una vez que has visto todo esto te ves obligado a retomar tus propios pensamientos. Como habíamos acordado, en caso de que fallaran los coches, Portéla me alquilaría un caballo y una mula para él y para el equipaje. El dueño de la mula viajaría con nosotros y luego volvería con los animales.

Como la distancia era de dieciocho leguas o quizás un poco más que había que dividir en una jornada de un día completo y otra de unas pocas menos horas, yo tenía mis dudas de que esta proeza pudiese llevarse a cabo, pero Portéla dijo: "¡Oh! ¡En España hacemos estas cosas con bastante facilidad!", así pues, nos pusimos en marcha a las cinco y media, con un hombre una mula y un caballo. Creo que ahora ya estoy acostumbrado a todos los "arrés" que se puedan dar en las carreteras españolas: "arré mu/o," "arré borrico", "arré cabal/o," "arré haca".<sup>58</sup>

Atravesamos el campo de batalla de Bailén que se encuentra aproximadamente a tres millas del pueblo en una zona montañosa agreste y llena de brezos y arbus-tos, cerca del cauce de un pequeño arroyo de montaña que está bordeado de adelfas, el Rumblar, al que los franceses en vano intentaron llegar bajo el sol abrasador

---

<sup>58</sup> Yo debería añadir "Arré pia," que es como me tenía que dirigir al caballo pinto en el que estuve cabalgando entre Granada y la Zubia.

de un caluroso día de julio. Debiéndose su derrota en gran medida a este infortunio. Hay una ermita en el campo de batalla dedicada a la Virgen y se cree que ella hizo bastante a la hora de obtener este éxito.

Los militares españoles y suizos que ganaron la batalla colgaron sus condecoraciones sobre su imagen aquí o en el pueblo. Me alegró ver que las gentes de Bailén o los miembros del gobierno han tenido la delicadeza de llamar a dos de sus pequeñas plazas con los nombres de dos de los comandantes victoriosos: Castaños y Redding<sup>59</sup>. Las florituras que mis hombres le iban echando a los ejércitos españoles mientras atravesábamos el campo de batalla eran muy divertidas<sup>60</sup>, si hubiese sido posible administrarles una dosis de *Gurwood*<sup>61</sup> me pregunto qué habría ocurrido.

Nuestro camino después de haber cruzado el campo de batalla atravesaba una rica zona de olivares, de hecho el olivo es el gran producto de estas tierras por las que he viajado los últimos días y se encuentra por todos lados.

Muy pronto ese mismo día vimos el Guadalquivir y las cumbres de Sierra Morena. Mi mulero avanzaba con dificultad pacientemente pero por supuesto teníamos que tener en cuenta sus fuerzas y de vez en cuando Portéla lo llevaba en su mula. En un abrasador día de verano pensé que eso no podía ser y le ordené que cogiera otra bestia en el primer pueblo por el que pasásemos. Este pueblo era Andújar, un lugar alargado e inerte donde estuvimos descansando durante las horas del mediodía. La posada era poco más que una venta y la posadera, una atractiva mujer menuda y de ojos negros, no se ocupó mucho de nosotros; pero mi escudero sacó de sus alfor-

---

59 Todavía se hace una fiesta para conmemorar el aniversario.

60 "Se sabe, dice Portéla que los franceses tienen las mejores tropas de Europa, pero treinta mil españoles derrotarían a treinta mil franceses en cualquier momento. En otros temas su patriotismo era más razonable. Cuando llegamos a una zona muy rica llena de maizales, olivos, viñedos y flores él llegó a decir: "¡Qué país es España! Produce de todo. ¡Qué no sería si tuviera un buen gobierno! Pero yo siento decir que unas personas que disfrutan lamentándose y que encuentran fácil consuelo echándole la culpa a sus gobiernos, o cambiándolos, no son los más apropiados para llevar a cabo cualquier reforma firmemente práctica.

61 El Coronel John Gurwood sirvió bajo las órdenes de Wellington y fue condecorado en numerosas ocasiones.

jas unas chuletas frías que había comprado en Bailén y con esto y con un poco de brandy y de agua (puesto que a mí todavía no se me había terminado la petaca que me había traído de casa) lo pasé bastante bien: además llegó un hombre que llevaba trozos de hielo de Sierra Nevada que había traído desde Jaén y que le había puesto a una limonada que había hecho para enfriarla. Te dejo que juzgues si nosotros resistimos. Al lado del lugar en el que nos encontrábamos había una habitación enorme y completamente desmantelada que había sido el comedor de una de las diligencias que ahora se habían suprimido. Estaba llena de balas de hierba recién cortada muy olorosa y sobre esta hierba extendí mi manta y dormí a pierna suelta “no durante las horas más sofocantes” pero sí durante una sofocante media hora.

Observé en esta zona y desde aquí en adelante que el uso de sandalias es muy frecuente sustituyendo a las polainas andaluzas. Casi todas son del modelo clásico y un muchacho que vi en este lugar, con buenos miembros, con un pañuelo atado fuertemente a la cabeza formando un gorro y sandalias celestes sobre sus pies desnudos habría sido un modelo muy interesante para un artista. Imagino que este atuendo era valenciano.

Salimos de Andújar con nuestra tercera bestia a eso de las dos de la tarde. El sol seguía achicharrando y cruzamos el Guadalquivir que nos recordó al Tyne que corre por encima de Newcastle, pero menos romántico, y desde aquí obtuvimos unas bonitas vistas de Sierra Morena, una larga cadena montañosa de alturas parecidas que estaban oscurecidas por la maleza y por arbustos y a veces por algunas zonas de bosque y que en algunos lugares mostraban algún tipo de cultivo. Continuamos cabalgando a lo largo de una extensa llanura atrochando los meandros del río y a eso del crepúsculo vimos Aldea del Río [*sic.* por Villa del Río], un pueblo grande y bonito que se podía ver en la distancia, magníficamente situado en una de las riberas del Guadalquivir. Aquí pasamos la noche, una gran decepción para mí ya que tenía pensado haber parado un poco más lejos y de ese modo llegar a Córdoba al día siguiente por la mañana, pero nuestro nuevo hombre nos hizo detenernos de una manera abominable cuando íbamos a salir.



## A.C. ANDROS (1860)

Autor de la obra *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain*<sup>62</sup> en cuyo prefacio, fechado en julio de 1860, escribe lo siguiente:

“Cuando un autor anuncia que publica su obra en conformidad con los deseos de sus amigos, para los cuales estaba originaria y exclusivamente pensada, al público no le preocupa estar al tanto de un hecho tan poco interesante y, con bastante frecuencia la recibe con duda y desconfianza. Por lo tanto yo no ofrezco disculpas por los siguientes *apuntes* efímeros, sino que pido la indulgente consideración del lector por los errores que pueda detectar en el trabajo sin pretensiones que someto a su crítica.”

A.C. Andros viajó por la Península en el verano de 1859 movido por un impulso de cambiar de aires y de huir de una ciudad que se le presentaba aburrida: “*En Londres la temporada de 1859 ya casi ha terminado. Los parques y jardines se están quedando vacíos, los teatros y las salas de ópera están comenzando a mostrar signos de un rápido cierre, también van a cerrar la Royal Academy. El Támesis y el Serpentine están despidiendo vapores fétidos, el Parlamento está en vísperas de volverse a abrir, el calor se está haciendo intolerable y todo el mundo está huyendo de la ciudad con rumbo al campo, al litoral o al continente.*”

Andros dice que tenía un mes libre y que toda Europa se abría ante él, y también que por casualidad cogió un trabajo sobre España lleno de descripciones muy gráficas de sus corridas de toros, *bailarinas*, bellezas andaluzas, las glorias de la Alhambra y de restos árabes. “*¡La suerte está echada! Empezaré el vuelo hacia España y me deleitaré durante un breve período de tiempo en esa maravillosa tierra de romance y caballerosidad de otros tiempos.*”

---

62 ANDROS, A.C. *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain* London 1860.



Andros apunta que debe confesar que desde hacía tiempo le rondaba el deseo de ver una corrida de toros de verdad (se había reído mucho de la farsa que se hizo en Leicester Square), y que éste era su principal interés a la hora de visitar España ya que quería ver y juzgar por él mismo la excitación, el disgusto, la lástima, el placer o el dolor que provoca la tauromaquia algo que la nación española mantiene con tanto entusiasmo y algo que está tan universalmente condenado y deplorado por todas las otras naciones civilizadas del globo.

Decide viajar con su amigo Julius Caro [*sic*], que había vivido durante algunos años en España y que conocía a la perfección la lengua, formas y costumbres y que estaba a punto de volver después de haber pasado sus vacaciones en Inglaterra. Salieron en el tren correo el 29 de julio rumbo a Dover, allí se embarcaron en el *Impératrice* y llegaron al puerto de Calais. Desde allí en el lujoso vagón de un tren continuaron viaje hasta París. Desde allí hasta Marsella donde embarcaron rumbo a Barcelona. Luego en diligencia hasta Valencia, desde allí prosiguen rumbo a Madrid volviendo por Albacete hasta Alicante. Desde Alicante se embarcan rumbo a Málaga. Atracan en Cartagena, razón esta por la que decretan en Málaga que el barco debe permanecer 5 días en cuarentena, incluso si no hubo ningún pasajero que embarcara allí, pero como había un brote de cólera decidieron tomar precauciones.



## DE GRANADA A CÓRDOBA

A la mañana siguiente a las cuatro, “el maletero” llamó a mi puerta, haciéndome salir de mis sueños del país de las hadas y lanzándome a la dura realidad de la diligencia. Rápidamente metí mis cosas en la maleta, un algodón en el oído y una taza de chocolate por mi garganta. Estoy listo para salir y tomar asiento en la *berlina* de la diligencia rumbo a Bailén. Aquí debo recalcar que los precios de los hoteles en España son bastante moderados. El precio medio *per diem*, incluyendo alojamiento y manutención es de entre treinta y cuarenta *reales*, aunque a menudo se pueden encontrar de sólo veinticinco. Los viajes en diligencia son en cierto modo elevados. Desde Málaga a Granada, una distancia de unas sesenta y cinco millas, un asiento en la *berlina* cuesta ciento veinte *reales*, o lo que es decir, unos cinco peniques por milla; desde Granada a Bailén, veinticuatro leguas españolas, pagué ciento treinta y seis *reales*, aproximadamente catorce peniques la legua o 3,47 millas inglesas. El exceso de equipaje es bastante caro, pero una maleta o una sombrerera se pueden llevar sin ningún costo.

Como no hay carretera directa entre Granada y Córdoba me veo obligado a coger la diligencia a Bailén, allí tomar el vehículo que baja desde Madrid a Córdoba y de este modo hacer un viaje de unas ciento sesenta millas para cubrir una distancia bastante más corta. Salimos a las cinco y cuarto de la mañana y traqueteándonos sobre las horriblemente adoquinadas calles, pronto dejamos Granada detrás. Fueron muchas las veces que yo mire esta vieja ciudad para despedirme, y al igual que Boabdil, suspiré al salir de un lugar tan romántico y tan bonito. Un militar, o mejor dicho un muchacho, compartía la *berlina* conmigo y nos esforzamos en mantener una conversación en francés, idioma en el que mi compañero está tan poco ducho que, desesperado, pronto abandonó el intento. El pobre muchacho no se puede decir que vaya sobrecargado de equipaje; sus

únicos efectos consisten en un chacó, una espada y una cartera, donde lleva su equipo y unos cuantos artículos de primera necesidad aunque es un oficial, y no puedo evitar contrastar su sobriedad y su duro sino con las circunstancias bastante más desahogadas de nuestros soldados de reemplazo comparativamente más adinerados.

La zona que ahora estamos atravesando es muy bonita; nos encontramos en el corazón de la famosísima Andalucía. A lo largo de la mañana pasamos un túnel que atraviesa la sólida roca en medio de un paisaje extremadamente pintoresco. Elevadas montañas, colinas llenas de verdor, promontorios coronados por picos y escarpados desfiladeros fruncían el ceño alrededor, mientras que vemos por todos lados gran cantidad de higueras, árboles cargados de albaricoques y granados. Aquí los campesinos son buenos mozos comparados con los negruzcos *valencianos*. Estos son los hombres que vemos pintados a todo color en cajas de fruta, abanicos y en pinturas de la Academia. Estos son los majos que llevan chaquetas con muchos botones, calzones a la rodilla con alegres bandas laterales y polainas bordadas con flecos. Estos son los tipos que tocan la guitarra, hacen sonar las castañuelas, y saltan al bailar el *bolero* en la plaza. Pero, ¿dónde están las *bailarinas*? ¿Dónde está la *danseuse* llena de embrujo de la escuela de Perea Nena? ¿Dónde están las ninfas que me han encandilado y embriagado desde siempre con sus ondulantes movimientos y seductoras posturas en la maravillosa *cachucha*? El eco responde ¿dónde? Comienzo a sospechar que la grácil criatura que entra en el escenario de puntillas, envuelta su cabeza, blancos hombros y prominente busto en la nivea *mantilla*, juguetea con su falda corta y sus calzas de seda, le da un golpecito a su anhelante amante con su incesante abanico y finalmente emergiendo de su velo como un capullo de rosa a punto de abrirse, da un salto tremendo en el aire y cae en brazos de su expectante *amante*, no es en realidad más que un mito. Me han dicho que yo no he venido a España en la época apropiada para poder ver bien a las mujeres, pero no hay nada que pueda convencerme de que una mujer tal y como la que acabo de describir sólo existe

en los míticos<sup>63</sup> *châteaux en Espagne*, o en la fértil imaginación de los *cockneys* aficionados al teatro.

Después de un trayecto bastante agradable llegamos a Jaén, una ciudad con una situación muy bonita bajo la cima de un empinado cerro coronado por un castillo. Aquí nos detuvimos para cambiar nuestro tiro y aproveché la oportunidad de hacerle una rápida visita a la magnífica catedral construida en 1492 en el lugar que ocupaba una antigua mezquita. Cuando volví a la diligencia me encontré instalada en la *berlina* a una criatura poco agraciada y de aspecto repugnante, que no ha contribuido en lo más mínimo a mitigar la horrible incomodidad y el calor que he tenido que soportar durante lo que quedaba de viaje.

Un total cambio para peor se da ahora en el aspecto de la zona. Durante horas atravesamos llanuras arenosas sin que hubiera nada que las hiciera interesantes y que se me hicieron intolerablemente aburridas debido a su aspecto desolado y monótono. El tiempo avanza con lentitud, me estoy poniendo furibundo con el calor, y me estoy volviendo loco con los ensordecedores gritos de los conductores y el cascabeleo de las mulas. Los incesantes gritos de “¡Alza, alza, alza!” la aparición de ese joven *postillón* con aspecto de rufián, con su robusto brazo flagelando incesantemente a sus mulas, el *zagal* constantemente corriendo a lo largo del tiro, y el *mayoral* que no dejó de tirar piedras, me obsesionaron durante días y días después. Pasamos leguas y leguas de esta manera tan aburrida hasta las seis y cuarto de la tarde, hora en la que entramos en el aburrido pueblo de Bailén. Aquí se luchó la memorable batalla entre los españoles y los franceses en 1808, cuando los primeros, bajo las órdenes de Castaños, lograron una gloriosa victoria. Lleno de regocijo me bajé del polvoriento vehículo y sin la menor dilación comencé a buscar información referente a la llegada de la diligencia desde Madrid, pero aquí surgió una pequeña dificultad. No había ni una sola persona que entendiese inglés o francés y no fue hasta que pude armarme de valor y reunir todo mi español y exclamar

---

63 En el original *mystic*: místicos.

completamente frenético: “¡Quiero ir a Córdoba! ¡Quiero ir a Córdoba!” que un par de buenos cristianos se acercaron y por medio de signos y símbolos vagamente me dieron a entender que ellos también iban en la misma dirección por lo que en consecuencia decidí permanecer cerca de ellos hasta la llegada de la diligencia.

Ahora nos han servido la cena en la *posada*, y nos han puesto delante, entre otros manjares de temporada, unas deliciosas uvas y unos exquisitos melones; de las primeras tomé bastantes con gusto, pero los melones los contemplo con aversión y aborrecimiento. Una vez finalizado el postre todos nos sentamos en el zaguán y comenzamos a esperar la llegada de la diligencia. Y digo comenzamos ya que tuvimos que esperar no menos de cinco mortíferas horas en aquel oscuro vestíbulo iluminado por un débil candil como los de Lady Macbeth que derramaba una parpadeante luz sobre la deprimente escena entre hombres mugrientos, mujeres desaliñadas, niños llorando, sucios perros y cerdos berreando. Mis compañeros por el momento se pusieron en cuclillas sobre las sillas y comenzaron a masticar cigarrillos, mientras que en lo que a mí respecta, dediqué toda mi atención a mi fiel pipa. Nosotros somos un trío bastante extraño y me veo irremisiblemente abocado a traer a mi mente a los tres príncipes en las Mil y una noches ya que uno está completamente cojo, el otro cegado por la arena y yo que estoy medio sordo. Y ahora los mosquitos comienzan sus ataques con todas sus fuerzas. ¡Hum! ¡Buzz! Y el juguetón insecto se pone a volar dando vueltas en mi oreja y se posa en mi mano. Se van sucediendo uno tras otro, el tercero es como el anterior: mosquitos provocadores ¿por qué me picáis de esta forma? ¿Un cuarto? ¿Ojo avizor! ¡Vaya! ¿Estará el límite de mi paciencia al borde de estallar? ¿Todavía otro más? ¿El séptimo? Ya no veo más, y con todo y con eso aparece el octavo. ¡Oh! Es necesario aplastarlos; así pues, con un esfuerzo desesperado bajé la mano derecha con un tremendo manotazo sobre la izquierda y espachurré –no un mosquito, sino en su lugar mis desafortunados nudillos. Con renovados efectivos la impertérrita nube de mosquitos me asaltó por todos lados, hasta que me vi obligado a liarme en mi capa hasta los ojos y así de ese modo poder escapar a sus acosos y continuos ataques.

La hora solemne de la medianoche está dando en un reloj cercano, cuando los claustros de las iglesias bostezan al igual que hacen los turistas. En ese momento se escucha un estruendo en la calle y enseguida la enorme diligencia aparece en la distancia y nos hace salir del estado de letargo en que habíamos caído y todos nos pusimos en marcha hacia la taquilla que hay en la oficina. "Bien, Señor, ¿tiene asientos en la *berlina*?" (esta última palabra en voz muy alta y perfectamente pronunciada). "No, Señor". "¿Interior?" "Sí, Señor". Entonces, quiero un billete para Sevilla, exclamé con un poderoso esfuerzo que casi me disloca la mandíbula: "*Interior diligencia, primera clase, ferrocarril*". "Sí, Señor". "Recuerde ahora, ¡*Primera clase!*" Esta vez estoy defendiéndome con holgura en español. Pagué una tarifa de 198 *reales*, cogí mi maleta y mi sombrerera, o para decirlo de forma más correcta, mi *maleta* y *sombrerera*. Me dirigí a la diligencia y me instalé cómodamente en el interior. Al entrar casi pierdo el sentido debido al sofocante calor; nunca he sentido antes algo parecido a esto, ni siquiera en el foso de la orquesta del Teatro Príncipe en el grandioso reestreno de Shakespeare. Hay tres ocupantes aparte de mí, mi amigo que todavía tenía cara de sueño y un hombre horrendo con su esposa, una mujer basta y abotargada que se pasó toda la noche escupiendo libremente por la ventana. En esta agradable compañía me resigné como un mártir al espantoso aroma de cuerpos sudorosos, una humeante mezcla de ácido carbónico, y una fuerte sospecha de olor a ajo.

Aproximadamente a las cuatro de la madrugada nos detenemos en una *venta* para tomar un *refresco* y no lamenté en absoluto poder disfrutar de una bocanada de aire fresco y una taza de chocolate. Aquí el *postillón* sufrió un percance al ser ferozmente mordido en la mano, no por los mosquitos como me había pasado a mí, sino por uno de los caballos, un *Cruiser* clásico que lo agarró con los dientes y casi le arranca un dedo. El pobre hombre se puso a dar saltos desesperado de dolor y le soltó al animal culpable una retahíla de epítetos vengativos de los que yo recuerdo algunos con toda claridad: "*¡Caramba!*", "*¡Maldita sea!*" y otros improperios bastante más contundentes. Aunque nunca pude entender el verdadero significado

de estos improperios que tan constantemente se escuchan en las bocas de las gentes de las clases más bajas de España, pienso que concuerdan de algún modo con el indecoroso lenguaje que se permiten los cocheros de Londres y los oriundos de las "zonas industriales y mineras" en Inglaterra. Las ocupantes de la *berlina* después de haber hecho amablemente una serie de vendas con tela de lino le vendaron el dedo herido de una forma muy bondadosa y maternal, y acto seguido volvimos a reanudar el viaje.

La luz del día nos sorprende levantando nubes de polvo en una carretera que serpenteaba a través de un paisaje árido y desolado. De vez en cuando fuimos alcanzando largas recuas de mulas que lentamente iban avanzando por el camino en una sola fila igual que camellos en las desérticas llanuras de África. El calor se va incrementando con el paso de las horas, como el príncipe ciego *seguí*a insistiendo en mantener las persianillas cerradas para evitar que entrase el sol, la diligencia pronto se convirtió en una especie de horno locomotor. Mis manos se encuentran en un estado bastante alarmante, completamente cubiertas de ronchas rojas causadas por las picaduras de los mosquitos, algo que yo he contribuido a agravar bastante por haberme estado rascando con todas mis fuerzas. En verdad me siento francamente contento al pensar que éste sea mi último viaje en diligencia ya que el resto del viaje lo voy a hacer viajando en la importante compañía del *vapor*. A la una en punto llegamos a Córdoba y nos pararon en la *Fonda Maraquita* [*sic.* por Mariquita]; desde donde, después de tomar una comida levemente oleaginosa, salgo corriendo para ver todo lo que pueda de esta ciudad que una vez fue tan importante.



## HENRY BLACKBURN (1864)

La personalidad de este autor no está recogida en el *Dictionary of National Biography*, si bien sabemos que nació en 1830. Fruto de su viaje por España apareció en 1866 *Travelling in Spain in the Present Day*<sup>64</sup> volviéndose a publicar en 1870. En 1892 los mismos editores de su obra anterior, Sampson Low, Martson and Co. publicaron *Artistic Travel in Normandy, Brittany, the Pyrenees, Spain and Algeria... With one hundred and thirty Illustrations* donde describe Burgos, Madrid, Córdoba, Sevilla y Granada.

El apéndice que se incluye en *Travelling in Spain in the Present Day* es de gran importancia ya que ofrece información sobre los medios de transporte, distancias, precios, horarios, etc., equivalencias de dinero inglés-español, medidas y guías para viajar por España actualizadas a 1864.

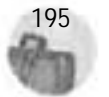
En la recopilación de libros de viajes hecha por Foulché-Delbosc<sup>65</sup> aparece como fecha de la segunda edición de esta obra el año 1870, si bien hemos podido comprobar que la segunda edición de *Travelling in Spain* tuvo lugar en 1869.

Las ilustraciones que incluye en su obra están realizadas por el célebre artista sueco E. Lundgren que a mediados de siglo había permanecido durante una larga temporada entre Sevilla y Granada.

---

64 BLACKBURN, H. *Travelling in Spain in the Present Day* Sampson Low, London, 1869.

65 Foulché Delbosc, R "Bibliographie des Voyages en Espagne et en Portugal" *Revue Hispanique* Paris, 1896. 349 pp.





ALCAUDETE

## DE GRANADA A MADRID

Se pueden escoger tres rutas para volver a *casa* desde Granada. La primera es volver a Málaga por Loja y tomar el vapor hasta Marsella. Ésta es la más fácil y en muchos aspectos la más agradable cuando hace buen tiempo. [...]

La segunda ruta, es ir cabalgando por Ronda hasta Gibraltar y tomar el barco inglés hasta Southampton. Ésta es tentadora ya que nos aparta de las carreteras principales y se recorre España por uno de los caminos más románticos del mundo.[...]

La tercera ruta, por tierra, como se indica en el mapa, es bastante recomendable y cuando el ferrocarril esté terminado será la más fácil. Volviendo a Madrid, visitamos las ciudades de *Saragossa*, [*sic* por Zaragoza], Barcelona, Gerona, Perpiñán y *Sette* y salimos de España por la costa del Cantábrico.

Reservamos plazas para Madrid con varios días de antelación en la oficina de *La Cordobesa*. Puesto que el trayecto en diligencia nos llevaría veinticuatro horas, era importante obtener plazas en los mejores carruajes, ya que si el camino se encuentra en mal estado pueden llegar tarde y se puede perder el único tren desde Santa Cruz a Madrid y de ese modo prolongar el viaje durante toda una segunda noche.

Las diligencias que recorren esta carretera son las que van mejor provistas de España –tienen buenos tiros de caballos, son rápidas y cómodas y, aunque no están muy limpias, por lo menos tienen ventanas que se pueden cerrar y están tolerablemente ventiladas y a prueba de agua. Si dos personas cogen plazas para la *berlina* merece la pena intentar hacerse con una tercera plaza o posiblemente se encuentren con un tercer pasajero durmiendo en su hombro turnándose de un hombro a otro durante toda la noche. Nos hemos visto en circunstancias en las que hemos

podido soportar este modo de pasar la noche aunque no es agradable; aunque en España lo más probable es que ocurra lo contrario.

Estos aspectos pueden parecer demasiado triviales para ser mencionados, pero el descanso de una buena noche, o la falta de él (añadiéndoles otras cosas que no tenemos por qué pormenorizar), pueden ser justo la diferencia entre un viaje de placer y uno de gran fatiga e incomodidad. Cuando viajábamos, el viaje a Madrid duraba casi treinta y cuatro horas, de las cuales pasamos en la diligencia veinticuatro sin ni una sola detención de una hora en la carretera.

El día que salimos de Granada bajamos andando a la oficina de la Alameda a las doce en punto y esperamos entre una multitud de ociosos la llegada de la diligencia. Llegó triunfante, con bastantes crujidos de látigos y todos los cuernos sonando, con un tiro de diez caballos alegres con sus jaeces y campanillas. La propia diligencia estaba pintada de tonos brillantes amarillo y rojo y todo el equipaje también se veía desde fuera muy bonito. Las ruedas necesitaban engrasarse y los enganches de cuerda se rompieron dos veces antes de salir; pero éstas eran cuestiones menores, que no merecían ni un pensamiento.

Por supuesto que nosotros teníamos que encontrar nuestros propios sitios. Al abrir la puerta de la *berlina* el aspecto de lo que allí había no era alentador. En primer lugar había un perro enorme enroscado dormido en el asiento, una cadena oxidada formando un montón y un viejo arnés y las botas del conductor. Los cojines que estaban colocados en la parte inferior del carruaje estaban muy sucios y había un olorcillo a guarida –como era normal que oliera– después de haber permanecido cerrada desde que los últimos viajeros se apearon y después de haber servido de dormitorio para el *mayoral* o el mozo. No había otra solución para esto que hacer el mejor uso posible de los diez minutos que quedaban antes de salir y “ponernos” y limpiar el polvo a nuestra prisión. Sacamos al perro las botas y el arnés y dimos una buena sacudida a los cojines contra las ruedas, antes de que una admirada y

curiosa multitud formada por todos los ociosos y sucios de la ciudad se reuniera en la "Alameda" para ver la partida.

En la zona occidental de Irlanda hemos visto 'caballeros' sin hacer nada, colocados en fila durante todo el día bajo la lluvia, con *levitas* (algo harapientas, parduscas, y rabicortas) y habíamos pensado que esta forma particular de haraganear era típica de Gran Bretaña, pero nuestros *aldeanos* son hacendosos y limpios comparados con los andaluces. Uno se acuerda de Murillo a cada paso. Sus muchachos sucios se ven aquí como se ven en los cuadros de la galería Dulwich, peleándose en las esquinas, vestidos de harapos, despeinados, voraces –lobunos– realmente 'muy llenos de vida'.

Como suele ser lo usual, salimos a toda velocidad, poniéndose a la vez todo el tiro a galope, retiñendo los cascabeles, traqueteándonos y precipitándonos a toda velocidad a través de las estrechas calles, echando a todos los peatones a refugiarse en el primer quicio, traqueteándonos hacia las afueras sobre carreteras mitad adoquinadas, mitad enfangadas donde nos hundimos bastante en el lodo, íbamos balanceándonos de lado a lado como en un barco. Más allá, por las riberas del río Darro, serpenteando, subiendo hacia los montes donde miramos hacia abajo por última vez las llanuras de Andalucía y, manteniendo un buen paso todo el día, llegamos a Jaén un poco después de anochecer. El paisaje era agreste, especialmente cerca de la *Puerta de Arenas*, donde hay un largo túnel excavado en la roca; pero la carretera era buena y pasamos demasiado rápido para verlo bien.

Estaba saliendo la luna justo cuando nos aproximábamos a Jaén y pudimos entender cuánto nos perdimos al no haber hecho este viaje tranquilamente a caballo y no haber pasado algunos días en la ciudad y sus alrededores. Jaén tiene muchos edificios bastante curiosos y una bonita catedral de estilo 'Greco-romano'. Su población ronda los 23.000 habitantes. Las calles son estrechas y de aspecto pintoresco.

Si el autor de *Bridle Roads in Spain*<sup>66</sup> leyera estas líneas, podría sonreír con nuestro comentario de que el alojamiento en Jaén es malo, que la mejor *Fonda* está sucia y no es demasiado recomendable, que el carácter de la gente es salvaje y temerario y que los barrios y las zonas de alrededor no son en absoluto seguras a la luz de la luna. Pero como nosotros no vamos en busca de aventuras y estamos escribiendo para viajeros ingleses normales que puede que vengan después de nosotros, es por eso por lo que nos referimos a estos hechos. Todavía hay atracos (la diligencia fue detenida cerca de Bailén hace aproximadamente un mes), y toda esta zona montañosa le da bastantes problemas a las autoridades.

---

<sup>66</sup> El título completo de la obra de George John Cayley es: *Las alforjas or the Bridle Roads of Spain*. Londres 1852. Ver: M.A. López-Burgos *Viajeros ingleses en la Granada de 1850*, Melbourne, 20001 (pp. 121-133).

## HUGH JAMES ROSE (1873-1875)

Hugh James Rose capellán de las compañías mineras inglesas, francesas y alemanas de Linares, es el autor de la obra *Untrodden Spain and her Black Country being Sketches of the Life and Character of the Spaniard of the Interior*<sup>67</sup> publicada en dos volúmenes en Londres en 1875. De él sabemos que ejerció como capellán del ejército en Dover y que desde 1873 a 1875 estuvo en Linares, pasando con posterioridad a Jerez y Cádiz. Alto y con el cabello y ojos oscuros tenía aspecto de español. Fue corresponsal de *The Times* ocupándose de asuntos sociales españoles. En 1877 publicó otra obra sobre España titulada *Among the Spanish People* en la que recoge sus experiencias de viaje mientras convivía con los campesinos cuya forma de hablar había aprendido. En 1876 volvió a Inglaterra delicado de salud, donde murió dos años más tarde.

Hugh James Rose apunta que algunos de los relatos que ofrece en su libro ya habían sido publicados en *Macmillan's Magazine* simplemente como una colección de notas o cartas escritas durante el caluroso verano de 1873 y que fue a instancias de un amigo cuando se decidió a recopilar y a seleccionar sus artículos y enviarlos al editor de la revista, quien los recibió de muy buen grado, si bien el autor es consciente de que están escritos de una forma sencilla, sin ningún tipo de pretensión de belleza en cuanto a lenguaje o estilo, con la única intención de relatar sus experiencias entre las gentes sencillas de las zonas del interior, “donde, tanto el vino como el chiste le resultan ásperos al paladar, pero donde el español, ya sea caballero o campesino siempre es agradable, generoso y siempre está dispuesto a ayudar al extranjero en su trabajo”.

---

67 ROSE, H.J. *Untrodden Spain and her Black Country being Sketches of the Life and Character of the Spaniard of the Interior* Samuel Tinsley, London 1875.



Hugh James Rose antes de publicar esta colección de artículos dice que los envió para su revisión a un inglés que había vivido en España durante veinte años y que éste le dijo: “Son realmente muy verídicos”.

Fueron muchas las razones que hicieron que este capellán inglés aceptara una oferta de empleo en un distrito minero del interior de España y que comprara un pasaje en el barco de vapor de nombre “Lisboa” hasta Gibraltar, el puerto más cercano.

Una de estas razones fue su deseo de ver otras tierras y conocer otras gentes. España aparecía en todos los periódicos ingleses como una tierra en la que reinaba la anarquía, los derramamientos de sangre y la agitación. Pero, quizás, esto sólo servía para incrementar el deseo de visitarla, “tierra de bailes y coplas, la tierra del olivo y la vid, la tierra donde desde 711 a.D. al 1492 las costumbres paganas, cristianas, árabes y españolas convivieron unas al lado de otras, la tierra de los calores tropicales y de las nieves perpetuas de Sierra Nevada, de todo aquello que el corazón ha deseado ver desde siempre y que ahora tenía la posibilidad de hacerlo”.

Otra razón que apunta es que Inglaterra en lo que se refiere a posibilidades profesionales estaba saturada, “vete al extranjero y si Dios quiere que tu salud aguante el clima, al menos tendrás trabajo y ganarás más dinero, y sobre todo, experiencia”.

Así pues, embarcó en Shadwell Basin el 21 de junio y llegó a Gibraltar el 30 del mismo mes después de una escala en Lisboa, continuando al día siguiente rumbo a Málaga.

En Gibraltar le habían dicho que no se le ocurriera volver a Cádiz ya que habían cortado la comunicación y que la ciudad estaba en “estado de sitio”, Málaga no estaba mucho mejor. Desde Málaga, donde dos mil voluntarios malagueños, mal armados y que tenían intención de proclamar la independencia de Sevilla habían entrado a la ciudad precedidos por su banda y sus cuatro cañones, Hugh James Rose prosiguió viaje a Córdoba sin dilación, pasando por Álora hasta Linares, donde dice que al llegar lo que más le sorprendió al principio era el terrible estado en el que se encontraban las calles:





“no están pavimentadas pero en alguna época de la antigüedad fueron ‘empedradas’ con grandes piedras, muchas de las cuales se han desprendido dejando agujeros de un pie de profundidad”.

Mientras estaba en Linares tuvo un altercado con bandoleros que relata con todo lujo de detalles.





TORREDELCAMPO

## LADRONES EN LA SIERRA<sup>68</sup>

“Una mañana mis obligaciones me llevaron a una mina a unas tres millas de distancia de mi casa. El sol de septiembre estaba arrojando sus implacables rayos, literalmente achicharrando a los hombres, las bestias y los árboles y resecaando los polvorientos y pedregosos caminos. Viajar a pie, en especial a mediodía era imposible, por lo que decidí salir al amanecer y desayunar en la mina.

Mientras permanecía sentado en la sombría sala de uno de los capataces nos vimos sorprendidos por una barba cana que casi le cubría el rostro como la de Baco y que de repente apareció por la ventana a través de los sarmientos de la parra que trepaba exuberante y por la excitada y temblorosa voz que anunciaba que ‘cuatro hombres estaban apostados esperando en el olivar y que intentaban quitarle el equipaje a un inglés mientras iba a su casa’.

El excelente doctor acababa de pasar en su jaca andaluza para su ronda diaria, ofreciendo su ayuda y buen saber o sus palabras de amable condolencia por cada una de las solitarias minas. Daba la casualidad que su sirviente no iba con él. Yo también había salido sin Juan, mi fiel y armado guarda. ¿A quién de nosotros dos iba dirigido este mensaje?

Yo estaba a salvo ya que por fortuna aún no había salido de la mina, pero el médico ¡pobre de él! el amable, bondadoso y excelente doctor había salido.

En este momento Juan, con su vigorosa y enjuta figura negruzca y sus ojillos redondos, apareció en la puerta. Había oído que yo había salido solo y había cabalgado hasta aquí con su magnífica escopeta para protegerme en el camino hacia casa (con ese genuino deseo de servir y ayudar que es lo mejor del amable carácter

---

68 Este relato se puede leer en López-Burgos, M.A. *¡La Bolsa o la Vida! Bandoleros y atracadores de caminos en los relatos de viajeros ingleses en la Andalucía del siglo XIX*. Málaga, Caligrama Eds. 2003.

español). Rápidamente enviamos a Juan para que detuviera al doctor, si era posible, y le dijera que esperara a un guarda. Para colmo de la mala suerte, Juan, aunque con un buen caballo y con su escopeta árabe colgada en su silla de montar, con las prisas había olvidado su identificación, la chapa de latón que se lleva en el pecho, y donde aparece el nombre de la mina en la que trabaja como guarda. De hecho, con su chapa cualquiera se habría fiado de Juan, pero sin ese distintivo oficial, tenemos que reconocer que Juan tiene un aspecto bastante sospechoso.

No es de extrañar pues, que cuando Juan alcanzó al médico y los caballos se pusieron a la par, y le dijo ¡alto! este último pensara que tenía malas intenciones. Pero cuando después Juan le dijo de manera imperativa que tenía que seguirlo por motivos de seguridad, el médico estaba completamente convencido que iba a ser objeto de una emboscada y con un ¡caramba hombre! en voz alta, se puso a cabalgar completamente en el sentido opuesto al del que podría haber sido su guardián.

Los chistes son una de las cosas que más le gustan a los españoles, y cuando Juan apareció donde nosotros estábamos mientras desayunábamos, y contó la forma en la que había sido confundido con el ladrón, se reía tanto que casi no podía hablar. De hecho, esta poca consideración por la vida humana, esta indiferencia ante el peligro de un hermano, cuando de repente en un instante se presenta el peligro, parece formar parte fundamental del carácter de los españoles de hoy.

Aquí, cuando cuatro hombres violentos están al acecho, hombres quienes con toda probabilidad habían cometido muchos actos de violencia anteriores a éste, hombres, probablemente que habrían sido arrojados de las guaridas de sus compañeros o por sus crímenes o quienes quizás, han dejado sus pueblos para evitar la quinta o servicio militar, acechan para robar y posiblemente maltratar a alguien indefenso que se aventura a volver a su casa solo, y todavía el enjuto guarda español realmente se puede partir de risa ¡mientras su amigo continuaba estando en peligro!

Ese día dos guardas armados hasta los dientes me acompañaron a mi casa. Uno era Juan, quien observaba con una sonrisa sardónica que su escopeta sola era suficiente para detener a cuatro bandoleros que acecharan entre los olivos; el otro un hombre célebre por su intrepidez a la hora de desarmar a hombres mientras pelean y quitarles sus desnudas navajas.

Mientras avanzábamos íbamos explorando con la vista los claros entre los oscuros olivos que se extendían a lo lejos. No vimos ni un alma ni nos cruzamos con nadie excepto un pobre hombre y una mujer caminando con muchísimo calor detrás de su burro cargado, cuando volvían desde el pueblo más cercano con las provisiones para toda una semana. La mujer mirando nuestras armas se puso pálida, levantó sus negruzcas y reseca manos y señalando hacia su diminuta vivienda en la ladera de un olivar, dijo 'tuerza, caballero, tuerza hacia aquí, se lo ruego y tome un trago de Valdepeñas para el camino' Yo se lo agradecí y rehusé y ella se despidió de nosotros con la bendición usual de 'Vaya usted con Dios y con la Virgen'.

Los olivares, tal y como son, no tienen ningún derecho a pretender ser llamadas arboledas. No ofrecen protección contra el sol, ningún tipo de escondrijo. Son simplemente laderas plantadas de árboles pequeños y achaparrados, formando filas regulares separadas unas diez o más yardas. Con unos buenos gemelos una figura que estuviera situada bajo los olivos, a menos que estuviera protegida por la sombra que ofrecen las cercas de piedra que los separan, podría ser vista a una distancia considerable.

Estos cuatro hombres, que habrían robado a cualquier indefenso y solitario extranjero, eran simples ladrones, hombres sin hogar, que vivían a la intemperie, robando gallineros o desvalijando en las ventas de los caminos. Ellos no son considerados caballeros, mientras que los bandoleros de verdad o ladrones de la Sierra son admirados más que rechazados por los campesinos españoles y se les considera más como héroes que como otra cosa.

De hombres como estos últimos se componía una banda que hace muy poco tiempo hizo cautivo a un inglés en las cercanías de la ciudad minera de La Carolina, en uno de los agrestes y boscosos desfiladeros que llegan hasta Sierra Morena, donde el ciervo y el jabalí y los relucientes ríos trucheros, sombreados por encinas y chaparros, ofrecen posibilidades para la caza pero poca seguridad para el cazador.”

Un relato minucioso de la captura de este caballero apareció de su propia pluma en el *Times*, al poco tiempo de su liberación, el 13 de julio de 1874. Se incluye aquí, en parte, reimpresso, junto con las cartas de los bandoleros en las que pedían rescate por él, que incluyo aquí, traducidas de forma literal.

*Relato de la captura del propio Mr. Haselden:*

“Salí a caballo desde estas minas para dirigirme a La Carolina acompañado de mi capataz. Después de haber cabalgado unas dos millas a lo largo de una vereda muy estrecha rodeada de espesos matorrales y maleza, dos hombres, armados con carabinas Remington, aparecieron de repente en medio del camino a cuatro yardas por delante de mí y me ordenaron que me bajara del caballo. Mi criado que llevaba una pistola se vio atacado de la misma forma por otros tres. Desmontamos puesto que vimos que la resistencia era inútil. Nos registraron por si llevábamos armas y se quedaron con nuestros relojes que finalmente nos devolvieron. Entonces nos apartaron hacia un barranco donde la maleza nos ocultaba completamente. Me dijeron de una forma muy educada que era sólo una cuestión de recompensa. Les contesté que eso suponía, pero que deseaba saber quién era el jefe de la banda, puesto que yo no quería tratar con todos ellos. Sobre este punto uno me dijo que otro y él eran los jefes. Luego me dieron una carta para que la leyera en la cual habían fijado mi rescate en 40.000 libras. En esta carta a mis hermanos se les repetía varias veces que me matarían si no cumplían con lo que pedían. También daban una serie de pautas a seguir para entregar el dinero. Tenía que llevarlo un hombre vestido de negro con un sombrero blanco y con un pañuelo rojo en la mano. El hombre tenía que ir montado en una mula blanca. Tenía que ir sin armas y solo, a

menos que necesitara un guía. La ruta estaba establecida con exactitud, con órdenes de que sólo viajara de sol a sol. En caso en que otros ladrones le robaran, mis hermanos tendrían que reponer el dinero o a mí me pegarían un tiro. Les dije que era absurdo pedir tal suma puesto que no podríamos reunirlos. Sin embargo me pidieron que firmase la carta, lo que yo hice. Le pidieron a mi capataz que le llevase la carta a mis parientes en Linares, confiándole nuestros dos caballos, que habían permanecido por allí.”

La banda siguió viajando todo aquel día y la noche, el prisionero iba en un burro y ellos a pie, descansando sólo en dos ocasiones durante un corto espacio de tiempo. En el camino cuando vieron a un cazador ellos le dispararon tres veces, aunque por fortuna erraron los tiros.

“Llegamos a las siete de la mañana al lugar donde me mantuvieron todo el tiempo en que fui su prisionero. Ellos hicieron una especie de cabaña limpiando un trozo entre la maleza uniendo las ramas de arriba y cubriéndolas con más maleza. El calor durante los nueve días en que yo permanecí allí era todo menos agradable. Mi cama era un montón de hojarasca y una manta, una especie de jarapa. Llevaban regularmente comida, vino y tabaco. Yo estuve sólo amenazado el primer día, probablemente con la intención de hacerme escribir cartas metiendo prisa a mis hermanos para que enviaran el rescate lo antes posible. Rehusé a hacerlo, y viendo que sus amenazas eran inútiles, abandonaron este sistema y me dijeron que no tenían intención de hacerme daño y que sentían estar obligados a mantenerme como prisionero. Durante mi cautiverio estuve vigilado por cuatro de los ladrones. Uno de los hombres que me prendió y otros dos que aparecieron por allí al día siguiente se fueron para asegurarse el dinero. Mis guardianes eran muy cautos; nunca dejaban un rifle sin primero quitarle las balas. La mayoría de los bandoleros parecían ser hombres que no habían trabajado desde hacía mucho tiempo atrás. Varios se expresaban correctamente, aunque su principal tema de conversación siempre trataba de sus anteriores hazañas y las circunstancias que les habían lleva-

do a adoptar este modo de vida. Todos estaban en contra de la pena capital. Uno dijo que le estaba dando a su hijo una esmerada educación y que si él pensaba que iba a seguir la profesión de su padre, lo mataría."

*El día 13 volvieron los que habían estado esperando la recompensa. Mr. Haselden entonces escuchó decir que estaba libre, pero que no le dejarían volver hasta la tarde.*

"Entonces el jefe me dio 6 libras diciendo que podría necesitarlas en la carretera, ya que no estaría bien que un caballero fuera por ahí sin un penique. Con la educación característica de los españoles se excusó por haberme retenido y me deseaba que encontrara bien a todos mis amigos cuando volviera a casa. Para no ser menos yo le expresé que deseaba que el dinero les viniera bien 'que les aproveche a ustedes el dinero'. A uno de ellos, un malagueño le dije 'hasta otra vista'. El contestó: sí, pero 'en mejores circunstancias'. Entonces el jefe me informó que de aquí en adelante yo podría viajar por aquellas montañas completamente seguro, ya que ellos serían los primeros en tener cuidado de que otra banda no me fuera a molestar. Entonces me subí a la mula y acompañado por uno de los bandoleros, cabalgué por toda la zona durante varias horas. A medianoche, me soltaron al llegar a una vereda que dijeron que me llevaría a una casa. Aproximadamente media hora más tarde me encontré a unos leñadores con los que pasé el resto de la noche. A la mañana siguiente, uno me guió hasta nuestra mina y desde allí continué hasta Linares donde llegué por la noche del día 13. Entonces, una vez allí lo primero que supe es que la cantidad del rescate enviado había sido de 6.000 libras. Mis parientes de Linares estuvieron nueve días sin tener noticias directas mías, con sentimientos de esperanza y temor que se alternaban de acuerdo con los diferentes informes que corrían por el lugar, pero sin tener la certeza de si yo estaba vivo o no."

*Lo que sigue es una traducción literal de la primera carta enviada por los bandoleros a los hermanos de Mr. Haselden, después de habérsela presentado para que la examinara el mismo día de su captura, y firmada por él. Dice así:*



“Su existencia depende de cuatro millones de reales, ya que nosotros sabemos muy bien que el capital de ustedes asciende a más de cien millones de reales, y de ese modo, si nos dan la suma que hemos dicho, aún seguiréis teniendo suficiente para vuestro sustento y el de vuestras familias; esto lo hemos hecho así para no reducir demasiado vuestro capital. De todas formas, ustedes seguro que han oído hablar de Chico de Portero de Ciudad Real, quien simplemente fue descuartizado porque ni sus padres ni las autoridades enviaron el dinero que nosotros pedíamos. Bien, nosotros le trataremos de igual modo si ustedes (?) no nos envían la cantidad que hemos solicitado. Si ustedes deciden informar a la guardia civil o a las autoridades militares, a nosotros no nos afectará, pero usted pagará por esto con su cabeza. Ustedes tienen dos alternativas, o nos dan la cantidad que hemos solicitado o perderá su vida y en este último caso, será una atrocidad lo que haremos con usted, algo que servirá de ejemplo para el futuro. El dinero deberá ser enviado en oro, sin ninguna señal ni marca ya que si encontramos alguna señal o marca en alguna de las piezas de oro, usted perderá la vida. Adiós.”

*Detalles de la ruta por la que deberá enviarse el dinero.*

“Quien traiga el dinero deberá ser una persona de total confianza de su familia. Deberá ir completamente vestido de negro con un sombrero blanco; en la mano deberá llevar un pañuelo rojo, y que parezca como si se estuviera secando el sudor de la frente; y debe ir montado en una mula blanca. Deberá ir primero desde Linares a Guarraman [sic por Guarromán], luego a Cuesta, a Cuesta del Carretón, Venta de Robledo, Huerteruelas, Molina de las Tuntas, Las Azeas, etc. (aquí debe seguir una fila de casuchas pequeñas), y por último a Arrobas. Si nosotros no salimos a su encuentro en esta carretera, deberá volver precisamente por la misma. Siempre que no conozca esta carretera, tiene libertad para llevar un guía de uno de los pueblos, sin embargo, no debe descubrirle el objeto de su viaje. Deberá cabalgar desde la salida a la puesta de sol. Deberá detenerse a pasar la noche en el lugar donde se le ponga el sol, ya sea cerca de un pueblo o en pleno campo y tampoco

debe poner el pie en ninguno de los pueblos que he mencionado. Si alguien aparte de nosotros pudiera echarle mano al dinero que lleva, esto le costará (?) el doble de la cantidad o lo mataremos. Por lo tanto, a ustedes les interesa mantener el asunto en secreto y no permitir a nadie que acompañe a su mensajero. Si usted no cumple estas reglas lo mataremos.”

La utilización de la expresión “a usted lo mataremos” en una carta dirigida a la familia, debe explicarse de la siguiente forma, a saber, que la carta era como si estuviera escrita al desafortunado cautivo, puesto que a él se le obligaba a firmarla y enviarla a su familia como si esta fuera una carta de su puño y letra.

Se recibió la carta y una suma cercana a las 900 libras de oro, se les envió inmediatamente a estos hombres. Sin embargo, esa suma resultó ser insuficiente para obtener la libertad del desafortunado cautivo. La única respuesta que hubo fue la siguiente, escrita precipitadamente a lápiz en un trozo de papel. Los ladrones, sin embargo, en ella reducían su petición, como se verá de 40.000 a 10.000 libras.

*Segunda carta de los bandoleros.*

“Hemos recibido 100.000 reales, con los que nosotros no hacemos nada. Si dentro de cinco días no recibimos un millón de reales, deben saber que mataremos a su querido hermano.”

Después de once días de cautiverio, los bandoleros aceptaron la suma de 6.000 libras y Mr. Haselden fue devuelto a su casa y a sus amigos.

Habría que preguntarse, ¿quiénes eran estos ladrones y qué pasos dio el gobierno español para capturarlos?

“Para responder a la primera pregunta, nos podemos referir a otro capítulo de este mismo libro donde se dan algunos datos sobre ellos. Son a menudo hombres proscritos por delitos políticos, que se llevan la escopeta a las montañas cuando un partido contrario llega al gobierno, volviendo de nuevo a la civilización cuando su propio partido va ascendiendo otra vez. A menudo, en otras ocasiones, son hom-

bres que han escapado de la cárcel; y todavía más a menudo hombres que han sido indultados (después de mentir durante meses, quizás, bajo sentencia de muerte) por un gobierno, pero que, con la llegada de otro, saben bien que su indulto puede ser cancelado. Muchos son convictos que habían sido liberados por los comunistas como en Cartagena, algunos, otra vez se han vuelto a ir a la Sierra para evitar servir como soldados contra los Carlistas. Y en lo que respecta a los pasos dados por el gobierno hay que decir lo siguiente: Las influencias que tenga la familia o el dinero en muchas ocasiones podrán conseguir la liberación de un prisionero y, de ese modo, aunque uno de esta banda fue capturado y encerrado durante una noche, a la mañana siguiente de hecho ya había escapado; cuando fue apresado por los voluntarios de los pueblos de la sierra, charlaba alegremente con ellos mientras iban por la carretera hacia la prisión, y de hecho, cuando mataron un choto en el camino, ¡todos lo escogieron para que lo guisara y preparara el festín! Sin lugar a dudas sus prácticas en la sierra le permitirían hacer su trabajo muy bien.”

## ESTADO DE LA SOCIEDAD EN EL CORAZÓN DE ANDALUCÍA

“Sería difícil encontrar un grupo más anárquico y desesperado que aquellos que para evitar una condena legal, o para escapar de ser arrastrados a realizar el servicio militar obligatorio, se refugian en las sierras y allí se ganan una existencia precaria cazando, robando o con otras actividades afines. Estos habitantes de Sierra Morena son una raza notable. Algunos son ‘ladros facciosos’; algunos son ‘partidos’ que es casi lo mismo; algunos son mineros y otras personas que han cometido un asesinato; algunos son de estos que (utilizando su propia frase), ‘si tienen que disparar, prefieren hacerlo a los ciervos que a los Carlistas’; algunos son simples ladrones o atracadores. Muchos de estos hombres mantienen una especie de lealtad salvaje a algún cabecilla, a cuyas órdenes se llevarán a cualquier hombre rico entregando a sus jefes la mayor parte del dinero de la recompensa.

A ellos no los pueden coger, debido a lo espeso de la maleza, a los agrestes precipicios y riscos, a las cuevas, y a lo extenso de sus dominios. De vez en cuando mientras vas cabalgando por la sierra, verás a un hombre, casi como un salvaje y medio desnudo quien huirá como una cierva perseguida cuando se aproxima otro ser humano, y lo verás perderse entre la maleza en un instante. Abundan los ciervos, las codornices, los zorros, los tejones, las perdices y algún que otro oso, y estos hombres son tiradores de primera clase; así pues ellos tienen carne suficiente, mientras que los carboneros y los vendedores de pollos de los pueblos de montaña les proporcionan tabaco y pellejos de vino tinto.

A menudo, cuando estos hombres consiguen un botín especialmente bueno, consiguen ropas y se equipan como caballeros, y toman el tren hacia Sevilla o Madrid, para pasar un tiempo disfrutando y luego volver a los montes o quedarse en Madrid ¡y convertirse en políticos!

Algunos son hombres de cierta categoría y educación, quienes, por causas políticas, han sido ilegalizados. Estos, ¡si su gobierno favorito llegara al poder, saldrían inmediatamente de sus escondrijos y aceptarían un cargo!

A menudo se puede ver a estos forajidos 'cogiendo peces con la mano', con tal de variar su dieta. Bajan a las llanuras, se quitan la ropa y se meten andando en las aguas poco profundas del río, metiendo la mano bajo todas las piedras y rocas. Un hombre se queda en la ribera, con el fuego encendido y la sartén a mano, preparado para cocinar el pescado. Las mujeres también están allí como espectadoras ociosas, sin mostrar ninguna sorpresa ante estas figuras desnudas, hasta que cogen algunos cuantos barbos estupendos, pero de río, y entonces todos se sientan para el festín. Cogen el barbo por las agallas y tan pronto como lo han cogido se ponen la cabeza en la boca para matarlo de un bocado. En invierno, las grandes partidas de cazadores de españoles e ingleses que hacen una batida por la sierra en busca de ciervos y caza mayor, a menudo se tropiezan con estos bandoleros salvajes y si intuyen que pueden estar en desventaja, levantan el campamento a medianoche y retroceden hasta el pueblo más próximo. Estas partidas de cazadores consisten por lo general en al menos cincuenta hombres todos bien armados."

## LAS ZONAS MINERAS ESPAÑOLAS<sup>69</sup>

“Es mi intención en esta parte presentarle al lector las minas y los mineros de España; una parte del país y los aspectos de su carácter tan poco conocidos, que estos capítulos (en los que abundarán las anécdotas extrañas y la exposición de hechos que hasta la fecha no han sido descritos, extraídos del trato cotidiano con el minero español), bien pueden llevar el título de *‘Sketches in Untrodden Spain’*. Y creo que el sencillo relato que yo ofreceré, en el que se presenta la verdad sin adornos, estará lleno de interés para todos los lectores, especialmente para aquellos que deseen estudiar la naturaleza humana bajo las circunstancias menos conocidas.

Es probable que no exista en el mundo un país con una riqueza en depósitos minerales más variada, más vasta y más extendida que España. Es verdaderamente una ‘tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyas montañas se puede extraer cobre’. Estas montañas en muchos lugares están preñadas de metales; en los cuatro puntos cardinales hay plomo, cobre, hierro, carbón y mercurio; pero en muchos, debido a la naturaleza montañosa del terreno y a lo costoso y dificultoso del acceso, estos depósitos aún permanecen sin explotar.

El tema de las minas y minería españolas es muy amplio y para un profano intentar tratarlo de manera científica, sería no sólo presuntuoso sino inútil. Sin embargo, después de haber permanecido durante algunos meses en el corazón de una zona

69 El texto seleccionado corresponde a tres capítulos de la obra *Untrodden Spain and Her Black Country* de los que ofrezco una traducción literal con la intención de mantener el estilo narrativo del autor, si bien, en algunas ocasiones he tenido que separarme levemente del texto original para que sea comprensible en español. En otros casos he recurrido a utilizar términos españoles, i.e, calañés, alpargatas, abarcas, chambergo, etc., que equivalen a lo que el autor ve pero que no corresponde exactamente a lo que dice en inglés. En cuanto a los términos científicos o médicos utilizados como pueden ser quelantes, gramínias cespitosas, planta salsola, ícticos, febrífugos, irritantes, etc.; o a nombres de enfermedades, plumbismo, cólico del plomo, etc., me he ceñido al texto original, haciendo que el concepto domine sobre la palabra, y aunque he intentado mantener los términos arcaicos o completamente equivalentes utilizados en inglés por el autor, no siempre ha sido posible.

minera española, el autor de estas páginas se ha tomado un gran interés en todo lo que se refiere a los mineros españoles y a la minería, y ha estudiado minuciosamente y con la debida atención la vida y el carácter del minero español al que ha tenido sobradas oportunidades de llegar a conocer bastante bien.

En primer lugar presentaremos una visión general de los principales centros de interés minero en el país; luego iremos a las minas y pasaremos un día bajo tierra con el minero español.

En varias zonas de España las minas han ofrecido sus tesoros sucesivamente a fenicios, romanos, árabes y españoles, y ahora 'las concesiones' están siendo concedidas, como era de esperar, a *extrangeros* [*sic* por extranjeros], o foráneos entre los cuales las compañías mineras inglesas y alemanas mantienen un lugar predominante.

Entre las zonas mineras, juega un importante papel la provincia de Murcia [...] La provincia de Jaén, quizás le siga en importancia puesto que tiene muchas minas de plomo, aunque es muy pequeña la proporción de plata que tiene este plomo. Linares, su principal pueblo minero, situado en medio de áridas llanuras y laderas repletas de olivos, raquíuticos y oscuros, cuenta con una colonia de ingleses, franceses y alemanes y aunque es un pueblo carente de toda belleza y con pocas comodidades, es una de las principales zonas de la industria minera. Se dice que este pueblo fue el Hellanes de la antigüedad.[...]

Quizás no haya pueblos en países civilizados donde el ambiente general de todo el lugar sea más inhóspito –no conozco un término más apropiado para expresarme– que en estas zonas mineras. Una extremada rudeza y un insólito primitivismo están impresos en todo: el terreno es escarpado, la gente es basta, las conversaciones cotidianas son algo vulgares. En los distritos mineros del plomo el oído se ensordece y el corazón se insensibiliza y se siente abatido por los continuos y recurrentes temas de 'dineros' y 'plomo', día tras día, semana tras semana, un mes tras otro: 'Plomo-plomo-plomo'. '¡Dios mío!' exclamó un científico que vino

durante algún tiempo a vivir cerca de donde yo vivía, ‘si yo tuviera que vivir aquí, al final me pondría tan pálido y pesado como el plomo’. Y así es. Desde la mañana a la noche no oyes nada, ni ves nada aparte del plomo: plomo en la estación de ferrocarril, humo de plomo en el aire (procedente de la fundición), burros cargados de plomo: plomo en galápagos<sup>70</sup>, plomo en planchas, plomo de primera o segunda calidad. Plomo y dinero, que se puede intercambiar por dinero y plomo, es deprimente tanto para el alma como para el cuerpo; y estimado lector, recuerda que hay un refrán entre nosotros, ‘andar con pies de plomo’, y una enfermedad entre nosotros que se llama ‘saturnismo’<sup>71</sup>, que deja los ojos de un hombre sin brillo, y adormecido su cerebro. Así pues, si crees que yo merezco el que se me pueda aplicar el primero, pásalo por alto, y sígueme pacientemente, y cree que mientras estoy escribiendo estoy ‘emplomado’ y por consiguiente tendréis que resignaros. Pero si has hecho en alguna ocasión lo que yo, y has arrancado unos cuantos trozos de plomo ‘bajo tierra’ con la ayuda de la débil luz del candil del minero español, sabrás que incluso el apagado plomo, resplandece mientras lo golpeas para separarlo del granito que lo rodea, con el pico, o el ‘picajo’ como lo llaman los mineros; y así, de ese modo, ¡incluso el aburrido ambiente de las minas de plomo españolas se alegra con la sal española!

Tanto entre los encargados como entre los propietarios de minas, así como entre los mineros, una persona observadora verá y escuchará un inagotable fondo de originalidad, pintoresquismo y chispeante humor al lado del más profundo patetismo y el más desesperado sufrimiento.

Después de muchos meses viviendo en el corazón de uno de los mayores centros mineros y más densamente poblados de España, pedí permiso al propietario español de una mina para visitar personalmente los trabajos de su magnífica mina y poder bajar a uno de los pozos; y el me dio (*rara avis in terris* en las zonas mineras) un vaso de vino de Oporto de la mejor calidad, el vino de Oporto del señor inglés.

70 Plomo en lingotes.

71 También llamada plumbismo o intoxicación por plomo.



Mientras nos lo bebíamos y hablábamos de minas y minería, dijo que su vino siempre le recordaba ‘una anécdota verdaderamente conmovedora’. Un joven español se casó con una dama cincuenta años mayor que él, no una pareja por amor, sino una pareja por *dineros*. Ellos dos lo llamaron, y descorcharon una botella de rojo Oporto. La vetusta dama estaba disfrutando, incluso (según decía él), hacía música con los labios (¿se relamía?) mientras disfrutaba del excelente vino. Su esposo se sentó a su lado mientras se bebía el vino en silencio. De repente la dama dijo: ‘¡Oh señor!’ (a su huésped), ‘sólo con que usted pudiera conseguirme un barril de este mismo vino yo viviría durante otros ochenta años’. ‘Y’, dijo mi anfitrión, ‘¡si usted hubiese podido ver la mirada de súplica que me echó el joven, nunca podría beberse el vino sin un suspiro!’

Pero este humor fácil y semi-patético es uno de los puntos que compensan cualquier conversación española. Nunca conversas con un español, de clase alta o baja sin reírte. Durante la misma conversación nosotros estuvimos hablando del estado general y de la administración interna de España y yo dije, ‘hay dos cosas en Inglaterra, en cuanto al sentido *humanitario* a las que yo concedo una gran importancia, ya que son muestras de que la humanización está avanzando: el bote salvavidas y las instituciones para albergar a las mujeres de mala vida. ¿Existe algo de esto en España?’ –En lo que a lo primero se refiere dijo él (y eso que él era un hombre culto), ‘Yo no sé, puesto que no vivo cerca del mar; y en cuanto a lo último, no he oído que existan casas para ellas, sino infinidad de casas de ellas’. Esta última afirmación, hasta este momento, no la he podido verificar, y yo simplemente la menciono como muestra del rápido ingenio del español, incluso en las zonas mineras.

Aquí hay un típico pueblo minero. Se encuentra en las cercanías de la agreste cordillera de Sierra Morena. Está situado en la suave ladera de una colina alrededor de la cual se extienden llanuras de tierras rojizas, cubiertas en primavera con los verdes cultivos de cebada, habas, trigo y rodeadas de olivares, cuyos oscuros y raquíticos árboles están cercados por muros de piedra que se están desmoronando.

Cada uno de estos cercados tiene en medio una casucha pequeña compuesta de una pequeña y lóbrega habitación, la 'casa' del guarda del olivar.

El pueblo es antiguo, ya que en él se pueden ver viejos y desmoronados vestigios de mampostería romana o árabe. Originalmente fue construido para unas ocho mil personas y ahora tiene al menos unas cuarenta mil apiñadas dentro de sus muros, literalmente 'como arenques en lata'. El pueblo no es árabe, ya que los moros sabían perfectamente cómo construir las casas altas y con patios para conseguir que dentro estuvieran frescas; los elevados muros a cada lado de las estrechas calles impedían que se pudieran asomar sobre ellos los rayos del sol tropical. Donde esto se puede observar mejor es en Córdoba, donde las viejas calles son tan estrechas que no pueden pasar dos vehículos y las elevadas casas casi parece que se tocan por arriba. Las casas del pueblo minero son, al menos la mayor parte de ellas, de diseño español y consisten en un edificio de una sola planta hecho de enormes bloques de granito en el que normalmente se puede ver el plomo, con ventanas muy pequeñas sin cristales y con rejas de hierro; otras de una arquitectura moderna y completamente diferente han surgido formando un espeso y creciente cultivo entre ellas y a todo alrededor. Por regla general, las calles no están pavimentadas, pero fueron 'adoquinadas' hace mucho tiempo. Durante las sequías estivales las piedras sueltas se van moviendo y ceden cuando se pisan, a menudo haciendo que tanto hombres como caballos sufran desagradables caídas. En el invierno el agua se queda estancada formando charcas de seis pulgadas de profundidad, y durante la época de lluvias tropicales, el agua se precipita por las calles abajo como si fueran torrentes.

En los barrios hay infinidad de alcantarillas abiertas; aquí también hay una larga y lenta corriente de aguas sucias que fluye desde los 'lavaderos' de las criadas en el cerro que hay justo por encima del pueblo; hace tiempo tendría cierta gracia lleno de espuma, pero ahora ha perdido su belleza. ¡Nunca creerías que un líquido tan negro podría lavar tu ropa blanca! Cuando te vas aproximando a las calles que

llevan a los suburbios, éstas, hasta ahora estrechas y 'empedradas', se ensanchan, están trazadas sin orden ni concierto y son de tierra; es decir, durante el verano tienen seis pulgadas de polvo, que la más leve brisa hace que se te arremoline en la cara formando densas y cegadoras nubes; y en invierno están cubiertas por un negro lodo de seis pulgadas de profundidad. En algunos lugares están siendo 'arregladas', es decir, llevan hasta los peores lugares enormes trozos de granito en serones a lomos de acémilas (escombros de los albañiles), y los arrojan sin partir en el fango o en los charcos de agua negruzca. Muchas, grandes y enérgicas son las maldiciones del mulero –contra el peón caminero, los santos, sus bestias, su familia ('sangre') invocándolos a todos para compartir sus maldiciones.

Yo he visto estas carreteras, en las afueras del pueblo, a veces prácticamente intransitables para un hombre o un caballo; sólo un burro puede escoger su camino sobre las piedras y a través de los charcos de hediondo y negro fango. A veces se da el caso de que algún burro delicado retrocede con cara de pánico cuando ve estos últimos y cierra sus negros ojos si se tiene que meter dentro.

Las calles suelen tomar sus nombres de algunos santos, calle de San José, calle de la Virgen; o también de acontecimientos políticos, calle de la República Federal, y así sucesivamente. En estos pueblos tan abarrotados, el precio del alquiler de las casas es muy elevado, aunque estas sean horribles. En España en las zonas del interior, normalmente el alquiler de las casas es muy bajo; pero en estos pueblos una casa pequeña de cuatro habitaciones y un patio diminuto y sin amueblar llegaría a alcanzar 30 libras anuales. Los tejados de las casas son de sólidas tejas blancas y tienen una ligera inclinación; la planta más alta con sus diminutas 'gateras' (para que entren por ellas los gatos del tejado), se suele utilizar como cámara o granero, puesto que el calor hace que no se pueda destinar a ningún otro fin. Los muros de granito gris o rojo, se construyen con un gran espesor para que el interior sea fresco. De vez en cuando hay una diminuta ventana salediza con una imagen dentro ataviada con mucho colorido y con lamparillas encendidas a cada lado que revela

que se trata de la casa de un 'religioso' o de un católico estricto. Por la noche, para un extranjero que pasee por estas calles poco iluminadas, el efecto de encontrarse de repente con una de estas hornacinas iluminadas es sorprendente. Sin embargo, aparte de esto, el aspecto del pueblo no es religioso como ocurre en muchos otros de los viejos pueblos del interior de España.

Los mineros que vagan por las calles de noche, a menudo se ve que se paran y que se santiguan con devoción delante de las imágenes. Aunque no se trata realmente de un grupo con un gran fervor religioso, tienen un cierto sentido de la proximidad del otro mundo, un sentido probablemente inspirado por los peligros de sus vidas cotidianas. En mi trato personal con ellos, en más de una ocasión me he dado cuenta de la gran semejanza entre el aspecto religioso de su carácter y el de los pescadores de nuestras costas del sur de Inglaterra. Ambos, el pescador y el minero ven 'las obras de Dios y sus maravillas en las profundidades' ambos diariamente ponen sus vidas en sus manos, ambos son poco religiosos en el más puro sentido de la palabra 'religioso', y, sin embargo, ambos tienen una inquebrantable generosidad de carácter, una indiscutible ausencia de miedo, una cierta dependencia natural, casi desconocida incluso para ellos mismos, del amor y del poder del Creador."

## MINAS Y MINEROS

Todavía continuando mi descripción de nuestro típico pueblo minero, permítanme decir que sus principales características me parece que son: lo descuidado que está, el ruido de día y de noche, las tabernas, lo chabacano del colorido y generalizado pintoresquismo de sus atuendos; y entre las mujeres la completa ausencia de la belleza española.

Primero, en cuanto a lo descuidado. (Yo no tengo intención de detener a mi lector mucho tiempo en cada uno de los apartados, sino sólo detallarle los hechos como yo los he visto). Han echado las inmensas piedras del pavimento a un lado de la calle, y las han dejado allí donde hay una franja para que jueguen los niños; gatos muertos, perros y frutas en varios estados de absorción, están por allí tirados en todas direcciones –digo absorción, ya que, por regla general, no se da la descomposición y la fetidez, debido a la extrema sequedad de la atmósfera–; los haces de leña (verde) que se suministran a las casas se dejan en las calles a veces más de veinticuatro horas y con la oscuridad te caes encima de ellos; los escombros de materiales de construcción a menudo no se retiran durante meses; los burros toman posesión de las calles y donde quiera que encuentres una calle pavimentada, tienes plena libertad de cabalgar por ella y parar a tu animal. Los mendigos se sientan en todas las esquinas y te persiguen y se te agarran el abrigo; niños pedigüños te besan la mano y corren a tu lado, con su desdichado e interminable lloriqueo “una limosnita, por Dios, señor”. Me encontré a un español que iba a caballo (el administrador de una mina) subiendo por una calle muy estrecha por la que yo bajaba paseando, con una barra de hierro colocada a lo ancho encima de la perilla de su montura; llegaba desde un muro de la calle hasta el otro a falta de dos pies; el caballo echó a andar y avanzaba de lado a lado; a los pocos minutos estaría sano y salvo en el campo abierto y así permaneció sujetando su barra con firmeza. Justo cuando se estaba acer-

cando a mí, uno de los extremos se enganchó en una de las rejas de la pequeña ventana de una de las casas, y mientras el intentaba detener su caballo, yo también me las arreglé para pasar. Todo el peinado y el arreglo del cabello femenino (hablo de las clases bajas) se hace sentándose en sillas bajas en las calles; cada persona se lo hace a su vecina de al lado, o la madre a la hija, y *viceversa*. Creo que ya he dicho bastante de este apartado. ¿Qué diría un policía de Londres, o mejor dicho, qué no diría de todo esto; o cuando viera a los grupos de guitarristas, o a los grupos bebiendo, ocupando las calles o sentándose en sillas bajas justo en medio de la calle causando un gran estorbo para el tráfico? "Obstaculizan la calle" es un término demasiado blando para todo esto; o aún más "alteración del orden público".

En siguiente lugar, nos referimos al ruido, de día y noche, como una de las principales características del pueblo minero. Un minero inglés avanza sigilosamente hacia su trabajo al amanecer, y es probable que se vaya fumando una pipa en silencio, y que mire a las nubes. El minero español, incluso a las cinco de la mañana, comienza esa primitiva, peculiar y monótona cancioncilla que es la canción, casi la única canción del andaluz. En lo que a la melodía se refiere, siempre es la misma. En cuanto a la letra, la va componiendo mientras cabalga hacia su trabajo o vuelve de él. También su mula, está cubierta de campanas que le cuelgan de un collarón que lleva alrededor del pescuezo. En una ocasión yo conté hasta treinta campanillas en una mula cargada de telas; pero cinco o seis en cada mula para la música no es nada.

Luego, en lo que a la música se refiere. Mucha gente en Inglaterra piensa en España y habla de ella también como la tierra de la música, las flores y la danza; y hay algo de verdad en las palabras, pero al igual que ocurre con cualquier afirmación generalizada, necesita hacerle algunas modificaciones. En el interior, en lo que atañe a la música, el talento musical de la gente es muy escaso, pero, sin embargo, de una manera algo burda, la gran mayoría es aficionada a la música, especialmente entre las clases más bajas. La guitarra es el instrumento preferido y son cientos los hombres que la tocan, o al menos, le sacan unas cuantas notas.

Pero permítanme describirles la clase de música de que se trata. Nos encontramos en una zona minera española y es por la noche. Pasamos por el barrio habitado principalmente por mineros, jornaleros que van de un lugar a otro en busca de trabajo. En algunas calles, cada habitación de cada una de las casas tiene por la noche entre siete y diez de estos pobres hombres que se lían en sus mantas sin desvestirse y descansan de ese modo. Por toda la calle escuchas el rasguear de las guitarras. Todas las puertas están abiertas y serás calurosamente recibido si entras para unirme al círculo de entre veinte y treinta que están sentados, algunos fuera de la habitación, en la calle, otros dentro, sin hacer otra cosa más que fumar sus usuales cigarrillos de papel y escuchar la música.

Ahora un hombre se ha arrancado. Hay muy poca melodía en lo que está cantando y ninguna en lo que está tocando; todo lo que sale de su guitarra es "rián, rián, rián", el mismo acorde tocado una y otra vez muy rápido. Se trata de un acompañamiento, una ayuda para su voz y nada más. Y en lo que respecta a su canción, no es más que una primitiva cancioncilla; la letra es infantil pero llena de amor:

## I

“Negros<sup>72</sup> son sus ojos,  
abundante su cabello,  
casta es mi niña  
y muy bella.

## II

Yo la quiero bien,  
ella a mi también,  
Sólo espera un poco,  
Y nos casaremos.”

Y así sucesivamente. Al final de cada verso, el hombre sube la voz en una serie de cadencias que suben y bajan, “la, la, la, la; la-la-la; la-la”, repitiendo varias veces. Los españoles permanecerán sentados escuchando esto hasta la medianoche. A menudo yo me he unido al grupo y, es de justicia añadir, que varias veces, en estas reuniones cotidianas, he escuchado música de guitarra y voz sencillamente encantadora y muy bonita. Pero ésta no es la norma.

El ruido de los gritos de la calle también es excesivo. En el pueblo del que yo escribo, la mayor parte del comercio se lleva a cabo en las calles y siempre he

---

72 “Black her eyes are, And rich her hair, Chaste is my girl, And very fair. II. I love her well, She loveth me, Wait but awhile, We'll married be”.



encontrado que el vendedor ambulante de fruta, tejidos, pañuelos o velas, es más razonable en sus precios y tiene un surtido mejor y más variado de artículos, que el que se puede encontrar en las tiendas. Pero, realmente deberían rebajar algo del precio por el trastorno que causan con estos gritos. Desde las cinco de la mañana hasta las siete o las ocho de la noche, tu casa nunca está en silencio. Los gritos son peculiares, siendo la moda prolongar una sílaba de la palabra que se grita hasta que falta el aliento. “¡El toneler-----o!” –aquí llega el tonelero ambulante. “¡El herrero! “¡Pañuel-----os!” –aquí llegan los pañuelos y los tejidos, atados formando pilas de unos cuatro pies de altura a ambos lados del pescuezo de una mula cascabelera, envueltos en telas impermeables rojas, azules y amarillas. “¡Muy buenos tomates y pimienta-----s!” –aquí llega un burro cargado de verduras y hortalizas.

Mientras que por la mañana temprano, digamos a eso de las seis, más o menos, te despiertan los gritos del lechero, “¡Leche-e-e-e-e-e-!” Cronometré el tiempo de uno de estos últimos hombres y comprobé que fueron veinte segundos el tiempo en que mantuvo la cadencia de la *e* final.

Terminemos con el ruido. Los muleros gritan; los que van en burro cantan o tararean sus cancioncillas andaluzas; las mujeres cantan mientras trabajan. Todas las mulas de los carros, cada uno de los machos de un rebaño de cabras, y a veces todas las cabras, tienen su cencerro.

Luego, las pequeñas tabernas: en el pueblo minero la taberna es simplemente una habitación pequeña y oscura con una pesada cortina en la puerta dentro de la cual hay colocado un tonel de vino blanco y un tonel de vino tinto, Val-de-Peñas [*sic* por Valdepeñas]. La habitación se le alquila al dueño de la casa y se cierra por la noche. Es de piedra, oscura y una cortinilla roja, medio corrida en la puerta que se abre al patio de atrás, permite ver a las mujeres que llevan la venta sentadas en sus taburetes bajos cosiendo al fresco, fuera del pestazo del vino y el tabaco. En una esquina de la venta hay unas cuantas repisas muy pequeñas donde hay colocadas en fila botellas de varios colores; predomina el líquido blanco (aguardiente blanco);

luego viene la menta, o licor de menta; apio, o licor de apio; y, probablemente, un tipo bastante fuerte de licor de ciruela y licor de cereza; cada uno de los cuales cuesta cuatro cuartos el vaso. Por todos lados hay botijos y cerámica verde y amarilla. Sobre la puerta hay colgado un pequeño manojito de ramas de olivo silvestre o chaparro, y de ahí el refrán de: "¡El buen vino nunca en rama colgado! y sobre la puerta hay escrito "Vino de Bal-de-Peñas" [*sic.* por Valdepeñas], Vlanco [*sic.* por Blanco] y Tinto, Aguardiente Valenciano". El vino se vende en un vaso; en español vulgar el medio vaso se llama "caño de vino"; el lleno, "ración".

Una de cada diez casas parece tener una taberna. En los caminos a las minas desde cualquiera de los pueblos, las ventas son pequeños tugurios de piedra de una sola habitación sin ventanas y sin sillas. Como norma, el vino está muy adulterado; cuando se está viajando es mejor pedir un vaso de vino en cualquier cortijo. Si el cortijero no cuenta con un barril, al menos tendrá un pellejo o una botella de vino y accederá de buena gana a ofrecerte un trago.

La chabacanería de color y el pintoresquismo general de los atuendos: hablo de esto puesto que también es característico de los pueblos mineros españoles. La pañería en las tiendas es de los colores más brillantes y ordinarios que se pueda imaginar. Para los vestidos de las mujeres predomina un tono amarillo. Los pañuelos que llevan en la cabeza los hombres y las mujeres son rojos, azules, amarillos y de los tres colores mezclados. Muchas mujeres de las clases bajas llevan una falda amarilla de una especie de sarga de lana basta, con tiras rojas de unas cuatro pulgadas de anchura cosidas encima. Todo aquel que acude al pueblo minero en busca de trabajo conserva durante un tiempo su individualidad y ves al campesino valenciano con su camisa de lienzo y con sus holgados calzones de lona que le llegan hasta la rodilla, amarrados alrededor de la cintura con un trozo de cuerda; al manchego, con su pañuelo azul y amarillo anudado alrededor de la cabeza, con casquete de piel y enormes orejeras; el curtido campesino de León, con su chaleco bordado, sombrero de ala baja y negras polainas de tela con botones de metal; el

castellano con montera y capa hecha jirones; el catalán, con su pintoresco atuendo semi-genovés; éstos, y media docena más de trajes, se mezclan en la Plaza con el sombrero calañés, con la chaquetilla corta negra, con la faja roja y con los calzones de lana del andaluz y forman una torre de Babel de lenguas, y le dan un pintoresquismo general a la escena.

Y en lo que respecta a la última característica del distrito minero –la completa ausencia de belleza entre las mujeres– yo sólo puedo decir que a excepción de sus magníficos ojos negros y abundante, brillante y bien cuidado cabello, jamás vi rostros más poco agraciados, tanto entre las ricas como entre las pobres. Por supuesto que la belleza española en algunos lugares, especialmente en Málaga, Cádiz y las provincias del norte, radica en el pelo y los ojos y en las exquisitamente proporcionadas figuras, y las manos y pies pequeños que te asombran, acentuadas por supuesto, por el elegante vestido de cola y ese incomparable tocado que es la mantilla. La belleza española generalmente tiene su punto flaco en la nariz y la boca que cuando ya se acerca a la edad madura, a menudo se ponen realmente feas, mientras que la parte de arriba de la cara sigue siendo todavía bonita. Pero en las zonas del interior las mujeres son de algún modo más pequeñas de lo normal; con tendencia a estar bastante rellenas y no son ni mucho menos tan bonitas como las campesinas inglesas.

Y en cuanto a las tiendas del pueblo, todas ellas son de lo menos refinado, pero la pañería y las telas son prodigiosamente fuertes y duraderas. Está la *Tienda de Comestibles*, donde puedes comprar cualquier cosa, desde un cuchillo para apuñalar, a un jamón dulce, camas, leche de cabra, queso, cacao, etc.; el “Despacho de aceitunas de Sevilla” o tienda de aceitunas de Sevilla –las mejores de España–; el “Despacho de carne”, o carnicería, donde algunas veces en verano se puede comprar cordero, tan duro como el cuero y en invierno carne de macho de cabrito –completamente desagradable para un paladar extranjero–; la “Sombrerería”, o tienda de sombreros; el puesto, que no la tienda, de “Refrescos y Gazeosas” [*sic*

por Gaseosas]; y el “Despacho de dulces”, o tienda de dulces. En lo que respecta a las tiendas de artículos de lujo, libros, artículos de *virtú* [*sic* por *virtud*] éstas no existen; pero todos los años un vendedor ambulante viene y durante seis semanas alquila un local; trae artículos realmente bonitos y buenos y su tienda antes de que se vaya se queda vacía y sus bolsillos llenos. Son muy numerosas las tiendas sólo y exclusivamente para la venta de navajas, algunas de un tamaño sorprendente y también lo son las de sillas de montar.

Y ahora, salgamos del pueblo con sus sucias calles abarrotadas de gente, su persistente sabor a ajo y aceite de olor penetrante (el aceite de oliva que se utiliza para freír) y tomemos una bocanada de aire fresco mientras que vamos coronando una ladera tras otra de camino hacia las minas.

En una ocasión, una clara mañana de febrero pero fría y con un vendaval, salí del pueblo acompañado por un minero español que me hacía de guía, en dirección a una de las principales minas a eso de cuatro millas de distancia. Primero, antes de dejar los alrededores, pasamos por el “Valle de las lavanderas”. Un arroyo y un manantial que corre a través de una vaguada arenosa y llena de rocas, cuyas aguas eran recogidas en dos puntos. En un lado iban hacia un largo abrevadero de piedra para que beban los mulos y burros que pasan por allí y que se desbordaba cayendo en la parte baja formando oscuras charcas de lodo; en el otro caían en una larga serie de pilas de piedra, con piedras inclinadas a cada lado en las que restregar la ropa. A ambos lados se levantaba una ladera plantada de olivos y por toda la zona de tierra y rocas había diminutas casuchas, arrendadas por personas de todo tipo y descripción. El gitano, el mendigo, el agotado soldado, la meretriz de la peor clase, hombres en camino hacia el trabajo, todos estaban sentados fuera de estas “casuchas” como probablemente las llamaría el terrateniente inglés. A estos lavaderos llegan en tropel y de todas partes criadas, lavanderas, madres de familia y pagándole al propietario un penique más o menos a la hora, vigilará sus ropas que están chorreando desde la mañana a la noche. En mi vida había visto un

grupo más variopinto. Sus vestidos de todos los colores imaginables, principalmente rojos, amarillos, verdes y a rayas; sus desnudos brazos, fuertes como los de un hombre; su incesante y vulgar parloteo; sus palabrotas, ya que a menudo vuelven las mangas y tienen que enfrentarse con los puños, todas ellas presentaban un cuadro muy extraño. Pero, por regla general, son gentes muy trabajadoras, diligentes y honestas. Podrían describirse como lo que los soldados ingleses llaman “Buenas mozas cristianas”.

La primera media milla de la carretera es un tanto pintoresca debido a los continuos puestos pintados de colores chillones de los que venden el café de la mañana y el aguardiente a los mineros, cuando pasan por esta carretera hacia su lugar de trabajo; por los burros, completamente ocultos bajo su carga de ramas de olivo y de chaparro que van al pueblo a suministrar a los tempraneros hornos y los cálidos tonos del sol de la mañana que, al inundar los montes y los valles, le dan una cierta belleza incluso a la polvorienta y rojiza carretera, a los escalofriantes trozos de granito marrón, a los oscuros olivos, y las amarillentas llanuras de raquílica cebada.

Dos pequeñas anécdotas tan completamente españolas que deben perdonarme por presentarlas, ocurrieron para alegrarme la primera parte del viaje, un viaje por lo demás solamente interrumpido en lo que respecta a su monotonía por el alegre charloteo de mi guía, que me ofreció una larga descripción de un parto en el que había intervenido la noche anterior, y de repente dejó de canturrear su cancioncilla andaluza para exclamar “¡Caramba! Yo iría con usted hasta el final del mundo, ya que lo aprecio mucho”, y se ponía a gritar al mulero y al que llevaba los burros cuando nos cruzábamos o cuando los adelantábamos, “Ar-r-r-r-r-r-e, mu-----lo, ar-r-r-e” o “Arre, borri----co” y el eterno *viático* que recibes o que das como señas de cortesía a todos “Vaya usted con Dios”, sonidos que parecen elevarse como un coro a todo lo largo de la carretera.

Estos fueron los dos incidentes. Un burro cargado de plomo se había caído en la carretera y el dueño no podía poner de pie al pobre animal. Maldecía a la Virgen

y a los santos por haberle traído tan mala suerte y finalmente estuvo revolcándose completamente por el suelo con un arrebato ciego de ira y sin sentido.

En una curva entre los olivos encontramos cuatro mineros, tipos jóvenes con buena musculatura, sin camisa, en una roca muy cerca, con sus cuchillos jugando a su juego favorito que se trata de lanzar la jabalina. La barra de hierro tiene una longitud de unos cinco o seis pies con una parte redonda y suave para agarrarla y pesa, me dijeron, –por supuesto yo no tenía medios a mano para verificar la verdad de la afirmación– entre veinticinco y treinta libras. Cuando le llega su turno, cada hombre se adelanta, la agarra aproximadamente por la mitad, hace palanca lo mejor que puede, y lanza la jabalina en posición horizontal. El que arroja la barra más lejos es quien gana las apuestas. No hace falta decir que siempre se juega por dinero. Un entretenimiento sin la excitación añadida de apostar no sería una diversión para el español.

Los hombres me ofrecieron la barra y sólo puedo decir que un hombre que la lanzara podría, si no estaba habituado a hacerlo, correr el riesgo de romperse o torcerse algo. Mi amigo minero y yo nos sentamos muy cerca para tomar nuestro sencillo desayuno consistente en Valdepeñas, pan y tocino –la comida española–; y cuando yo le ofrecí la botella a Juan, dijo, mientras se echaba un largo y continuado trago, “mi padre era abstemio, así que le corresponde a su responsable hijo beber con ganas para reparar en algo su único defecto”.

La completa ausencia de agua o verdor y de todo lo que uno asocia con el nombre de nuestro país ciertamente sorprende al inglés siempre que contempla el aspecto raquítrico de los árboles; los macizos de chumberas; los tipos pintorescos y salvajes; el montón de perros de aspecto feroz en la carretera, algunos tumbados con la cabeza y las manazas manchadas de sangre y completamente pletóricos, pero con aspecto de estar satisfechos, algunos tumbados medio metidos entre las costillas y arrancando la carne de un caballo que se había despedido.

Mientras cruzamos otra colina más aparecieron de repente las altas y humeantes chimeneas de las minas de plomo y las largas cadenas de granito (ya que todo el suelo por aquí no tiene más de tres o cuatro pies de espesor y luego se ven las rocas de granito a una gran profundidad, granito en el que se encuentran las vetas de plomo), y comenzamos a oír muy cerca por delante de nosotros el ruido de la maquinaria. Mi primera impresión fue, ¡qué industria, qué empresa hay aquí! ya que, recuerden, estas minas están a millas de distancia de cualquier ferrocarril y por supuesto aquí no hay demanda de mineral. Mi pensamiento siguiente fue, ¡qué empresa más poco esperanzadora debe haber parecido al principio comenzar a abrir una mina en una zona como esta! Todo se ha tenido que traer hasta aquí, artificieros extranjeros e ingenieros, maquinaria, mano de obra, ya que en este lugar no se podía encontrar nada.

## LOS POZOS

La forma de comenzar a explotar una mina es la siguiente: primero, una persona competente descubre a qué profundidad, en qué dirección y en qué ángulo se extienden las "vetas", o filones de plomo, –todos estos factores se pueden establecer con cierto grado de certeza, pero a veces una opinión resulta mal fundamentada–; entonces se solicita del Gobierno, que ostenta la propiedad de todas estas zonas de roca, bosques y páramos que nadie ha reclamado, lo que aquí se denomina una "concesión", es decir, la compañía minera solicita del Gobierno que le venda los "derechos de mineral" de tal y tal franja de terreno. Una vez hecho esto, el administrador del dueño de la mina hace lo que se llama "denunciar" la tierra –es decir, formular formalmente la petición y tomar posesión– ratificando su acuerdo con las autoridades civiles del pueblo más cercano. Y posteriormente él tiene que conseguir maquinaria y hombres –una cuestión nada fácil en muchos casos, debido al mal estado de las carreteras, la distancia desde el ferrocarril de la zona "denunciada" y debido a lo montañoso del terreno–; pero por encima de todos estos inconvenientes la iniciativa y la fe han triunfado y España está salpicada de pequeñas colonias de mineros franceses, ingleses y alemanes.

Quizás, después de todo, al principio, el explotar una zona minera no requiere mucha más fe en el hombre que la que se requiere para surcar los grises, pizarrosos y glaciares oceánicos en busca de pescado, o para echar la simiente en el oscuro suelo, no tanta fe, quizás, como la que se requiere del niño cuando se le dice por primera vez que reze sus oraciones, y: "sigue rezándolas, aunque parezca que no recibes respuesta", lema éste de la enseñanza de otros tiempos.

Me reuní con el amigo con el que iba a pasar todo el día bajo tierra y nos dirigimos hasta el cuarto destinado a cambiarse de ropa. Un vaso de vino tinto y un



cigarro me tranquilizaron los nervios que tenía un tanto alterados ante la perspectiva de “alejarme de la luz del día” y nos dispusimos a ponernos el “traje de faena”. Éste consiste en un par de gruesos calcetines de lana y alpargatas, pantalones de lona hasta las espinillas, un jersey de marinero que abriga mucho pegado a la piel, y sobre éste una chaqueta corta y oscura de holanda (parecía), forrada de lana y franela. En la cabeza llevábamos una gorra de tela muy ajustada, y por encima un chambergo hecho de una mezcla de lana, fieltro y colofonia duro como el cemento, y que sonaba cuando lo golpeábamos, como si fuese metal. Esto es para proteger la cabeza en caso de que una piedra o un trozo de roca le caigan encima. Esto último se ha instituido en Cornualles y es algo bastante valioso, pero el minero español trabaja con la cabeza sin proteger y sólo se pone una gorra de tela que, por supuesto, no lo protege más que del polvo y la suciedad.

Ataviados de este modo, fuimos caminando hasta la boca de la mina y al menos uno de nosotros no se sentía cómodo en absoluto. El “pozo” para el primer descenso era tan estrecho que, bajando por la escalera uno se podía echar para atrás y apoyarse en el otro lado. Parecía como una simple boca de pozo y la parte superior de la escalera, colocada a un pie por encima de la superficie, era sólo de un pie de anchura. “¿Qué prefiere, la escalera, o dejarse caer por la cuerda?” había dicho mi amable compañero, y yo había escogido la escalera. Y allí bajamos, yo agarrado con todas mis fuerzas. La disposición de los distintos tramos de escaleras en esta mina era muy ingeniosa. Cada vez que terminaba una escalera, cuya longitud era muy reducida, había un pequeño espacio para “descansar” así pues, aunque se diera el caso de que un hombre se cayera, sólo caería una corta distancia, de modo que desde allí podría balancearse hasta llegar al siguiente nivel agarrándose firmemente con una mano a la escalera anterior. Debo decir que cada uno de nosotros llevaba una vela de sebo corriente para iluminarnos con una bola de arcilla pegada alrededor justo por debajo del extremo que ardía. Cuando la vela se va consumiendo y llega hasta la bola de arcilla húmeda, bajas la bola una pulgada más abajo. Esta arcilla evita que el sebo te caiga en la mano y que se te ponga resbaladiza.

Las escaleras tienen los largueros de madera y los travesaños en su mayoría son de hierro. Parecen firmes y robustas; pero en otras minas españolas –esta pertenecía a una compañía inglesa y estaba siendo explotada por mineros españoles– me aseguraron que la bajada no se realiza con tanta seguridad.

Esta mina era una mina que se estaba extendiendo mucho. En realidad es maravilloso avanzar a través de las oscuras y angostas galerías y ver elevándose por encima de ti, a cada lado, los enormes muros de sólido granito. Levantas tu vela y ¡he aquí! las vetas de plomo, que parecen como la mancha que deja una bala en la culata de un rifle, que relucen y brillan por encima, por debajo, por todas partes y a todo alrededor. En el primer pozo a veces puedes ver durante un momento la distante luz del día a través de alguna grieta que haya por encima, y de repente tienes que subir trepando por un bajo y oscuro pasadizo cuyo techo está formado por gruesos troncos de roble y tablones capaces de soportar quinientas toneladas de granito en un desprendimiento. Este “techo” se coloca en aquellos lugares donde es probable que pueda haber un derrumbamiento de granito.

Fuimos arrastrándonos y dando tropezones. De repente tres mineros aparecieron apresuradamente por una esquina con un aspecto bastante fantasmagórico debido a la luz de sus titilantes candiles y se metieron en nuestra galería. “Barreno, barreno, barreno” gritaron, y el enronquecido grito produjo un eco y resonó de una galería a otra. En un instante, mientras ellos volvían la esquina, un apagado estruendo como el de un trueno sacudió e hizo temblar y vibrar la roca de granito contra la que estábamos apoyados y casi nos apagó las velas; luego otro; luego un tercero. Éstas son las voladuras con las que hay que realizar necesariamente la mayor parte del trabajo.

En esta mina pude observar los “los pozos de los antiguos” como los mineros los llaman; eran los pozos abiertos por los fenicios y los romanos; pero las compañías mineras del siglo diecinueve han ido cuatro veces más abajo de donde terminaban los “pozos de los antiguos” y han sido recompensadas con ricos tesoros.

Esta mina tiene cuatro pozos, cada uno de unas cuarenta brazas de profundidad por debajo del otro. En el más alto el suelo está seco, pero en las galerías más profundas el minero tiene que trabajar con el agua y el barro hasta los tobillos, aunque las bombas están continuamente funcionando durante todo el día y la noche. En algunos lugares para llegar a ciertas zonas de la mina, tuvimos que arrastrarnos andando a gatas a través de pasadizos oscuros y de aspecto lúgubre, pasadizos de unos dos pies de alto por dos de ancho y el pensamiento normal de una mente que no estaba habituada a este entorno laboral fue: “Qué fácil sería que cayera un bloque de granito que bloqueara mi salida y lo más probable es que me perdiera en este laberinto de oscuridad”.

La oscuridad, los enormes bloques de granito extraídos por medio de picos y pólvora, las pálidas caras de los mineros iluminadas por sus pequeños candiles de aceite, el sordo estruendo de las explosiones, el incesante, lento, acompasado y constante sonido del pico “pic, pic, pic”, la completa sensación de ahogo que uno experimenta, el olor sulfuroso de la pólvora, todo esto debe ser visto y oído, ya que no se puede describir de un modo tal como para que dé, aunque sólo sea, una leve idea de la gran cantidad de trabajo y energía que se necesita para abrir los túneles, las galerías y las cámaras en el granito existente en el vientre de la tierra.

El plomo se encuentra extendido en “vetas” o filones de entre unas ocho a dos pulgadas y de cinco pies de espesor y quizás de igual altura, aunque esto último se ha encontrado muy pocas veces en el granito. Por regla general se extiende de este a oeste y con un buzamiento de unos treinta y dos grados. Cuando un minero descubre una de estas vetas, si es grande, comienza inmediatamente a volar, a perforar y a trabajar con el picajo; si es pequeña, el ingeniero o el capataz mide sus proporciones y puede decir en un momento si merece la pena trabajar en ella.

Las pérdidas y los riesgos que corren los propietarios de las minas son principalmente éstos: a menudo la veta desaparece durante un tiempo, o completamente,

y se pierde el trabajo de los hombres durante semanas mientras se esfuerzan en intentar volverla a encontrar, a veces, quizás, al final sin éxito. Entonces, puede que tarden semanas incluso meses en encontrar en toda la mole de granito, lo que se llama una “veta que compense” o una “veta que merezca trabajarla”. Aquí se desconocen las huelgas, de modo que en este sentido no hay pérdidas.

Me pareció que había dos clases de granito, uno de un color rojizo muy oscuro y otro de un color más claro –una especie de granito gris. También me di cuenta de la existencia de piratas de hierro y también con frecuencia de un borde de mica blanca a cada uno de los lados de la veta de plomo que la separa del granito a ambos lados. El plomo se extrae en trozos de formas irregulares, como pedazos de roca. A la luz de los candiles parecía bastante plateado, pero fuera a cielo abierto, justo como el plomo salpicado en una superficie dura por la bala de un rifle.

Hay tres tipos de plomo: primero, la veta o filón de plomo sólido, que acabo de describir, que es, por supuesto, puro y el más valioso, –éste se lleva directamente a la fundición–; luego, hay un plomo de segunda clase, o aquel que tiene cierta proporción de granito mezclado y que necesita ser machacado y precipitado en agua corriente antes de ser enviado a la fundición; el plomo de tercera clase es aquel que tiene una mayor proporción de granito que de plomo y también las partículas de plomo que salen volando y se esparcen por todos lados y que se mezclan con el granito, con el polvo, etc... Todo el plomo cuando se funde da algo de plata pero en una proporción muy pequeña. Media corona por libra es la ganancia media de la plata cuando ésta llega al mercado.

La cantidad de plomo producida por las minas se ha incrementado en los últimos años, debido, por supuesto, a los crecientes esfuerzos de las diferentes compañías que las explotan. Como ejemplo debo mencionar que en una compañía en la que tengo contactos, el valor del plomo comercializado durante el año 1870 era de 15.000, mientras que para el año 1873 los beneficios resultaron ser de 60.000 libras.

En lo que respecta a la vida del minero y su carácter, hay dos grupos, los trabajadores de superficie y los que bajan a los pozos, o propiamente mineros. Los primeros, empleados en realizar distintos trabajos, como posteriormente veremos, empujando las carretillas de plomo, picando, lavando, llevando las mulas, manipulando la máquina de vapor u ordenando la “rocas” no son hombres de una clase muy distinta a la de los mineros. Sin embargo, ambos grupos están formados por hombres que provienen principalmente de la provincia en la que esté situada la mina en particular; pero, atraídos por los elevados salarios, llegan en tropel a las minas hombres de todas las provincias y ataviados de la forma más pintoresca que se pueda imaginar, engrosan las filas de trabajadores de superficie y de los que trabajan en los pozos. No todos están movidos a trabajar en la mina sólo por la necesidad de ganarse el pan. Al igual que el viejo David cuando se fue a Adulám, así ahora se dirigen a los distintos centros de la industria minera “todos aquellos que están afligidos, y todo aquel que está agobiado por las deudas, y todo aquél que está descontento” formando un grupo desigual y variopinto pero, por regla general, en absoluto revoltoso o desagradable. De hecho, personalmente yo siempre he encontrado, tanto individualmente como *en masa* a los mineros españoles como unos tipos de gran corazón, honestos y trabajadores. No se suelen meter en política y prefieren sus tugurios, su música y sus juegos a los modos de vida más peligrosos de los artesanos españoles. “Una vida corta y feliz” es la norma que rige entre ellos, ¡pobres hombres! Me temo que muy a menudo sea corta sin ser feliz.

El minero español es un hombre de estatura moderada, digamos de unos cinco pies y cinco pulgadas (ya que los andaluces son por regla general bajos y rechonchos, y forman la base de los trabajadores en las minas desde las que yo escribo), con cierta tendencia a ser corpulentos y con unos torsos singularmente bien desarrollados, a veces tienen pechos casi como los de las mujeres; de cutis pálido y cetrino, tienen una oscura y profunda mirada, y una sonrisa abierta y audaz, el pelo muy corto, los brazos rollizos y los pies y manos muy pequeños.

Su atuendo consiste en una chaqueta corta pero muy gorda y que abriga mucho de algún tejido basto de color oscuro y forrada de lana en longitud y forma como las chaquetas de los uniformes escolares de los ingleses antes de que tenga el grado de madurez necesario como para poseer un abrigo; un pañuelo de colores, atado con nudos por debajo de las orejas, con los extremos colgando por detrás del cuello, una precaución muy sabia en un país donde la inflamación de los ganglios que hay detrás de las orejas es muy común; unos pantalones gruesos de lana; alpargatas de lona o abarcas atadas con una cuerda, o, si puede gastarse treinta y cuatro reales que es lo que le cuestan, un par de botas *Blucher* de cuero ligeramente coloreado; por regla general, por encima de la gorra que acabo de describir, llevan el sombrero rígido; una faja carmesí, donde llevan el cuchillo (la famosa navaja, o cuchillo que se cierra que les sirve para comer o para apuñalar) y la bolsa; una camisa de cuadros de colores; y completa la apariencia general del minero la "alforca" [*sic* por alforja] una especie de bolsa con dos bolsillos, uno para pequeñas herramientas y el otro para provisiones, que se cuelgan en el hombro izquierdo de modo que su peso se equilibra a partes iguales, con un bolsillo delante y el otro detrás colgándole por la espalda. Cuando el minero baja a la mina lo único que lleva es un ajustado jersey de holanda marrón, abierto en el pecho y forrado con franela y pantalones del mismo tejido, amplios y que le llegan hasta la rodilla. Lleva alpargatas o abarcas de lona o si lo prefiere, trabaja con los pies descalzos.

En edad el minero varía entre unos diecisiete a treinta y cuatro y entonces su corta vida, por regla general, llega a su fin, sus hijos se quedan sin padre y su esposa se queda viuda. Las pobres muchachas españolas dicen "Es duro casarse con un minero ya que tiene que dejarnos demasiado pronto". En las minas de mercurio de Almadén, la enfermedad y la tasa de mortalidad, en gran medida causada por la excesiva salivación, se dice que es enorme; y en las minas de cobre de Río Tinto muy elevada. Pero en las minas de plomo el mineral no penetra tanto y no deteriora el organismo como en estas minas a las que me acabo de referir. Las enfermedades de las que es víctima el minero español y sus causas son principalmente estas:

1.— Tuberculosis pulmonar, acompañada al igual que en Inglaterra, de esputos de sangre. Esta es la mayor enemiga de los pobres hombres y son cientos los que caen víctimas de ella. Probablemente esté provocada por respirar el aire sulfuroso de la mina tan poco renovado y pernicioso; por trabajar con los pies descalzos durante ocho horas hasta que el otro turno llega para relevar la guardia durante la noche; por el esfuerzo de subir las escaleras perpendiculares rápidamente y con impaciencia para salir a la superficie, lo que produce una intensa transpiración y también la palpitación del corazón. El minero sale en un momento al aire frío de la superficie, quizás a las cinco de la tarde, cuando comienza a caer la fría escarcha. La transpiración se frena repentinamente y, con la ropa de faena, fina y muy húmeda por el sudor, cruza hacia los vestuarios para lavarse y adecentarse. Luego, con el frío aire de la tarde, se va caminando hasta su casa, probablemente sin abrigarse lo suficiente. El esfuerzo de subir las escaleras de mano es grande. A menudo, en lugar de inclinarlas, como se suelen inclinar las escaleras por regla general, las inclinan hacia el otro lado, *es decir*, las inclinan hacia afuera y subir por ellas es como ir subiendo por una escalera de mano por la parte de dentro.

2.— Calentura o fiebre. Ésta es de tres tipos, o mejor dicho, tiene tres etapas, y probablemente esté motivada por las mismas causas que la anterior. La primera fase es simplemente calentura. La segunda, intermitente, es decir, son las fiebres tercianas, con síntomas biliares. Lo mejor en esta fase es tratarla con quinina y son muchos los hombres que se han quedado sordos por la concentración de la dosis que se le administra. La tercera es perniciosa, cuya recuperación es prácticamente imposible. Una fiebre alta, intenso agotamiento, vómitos constantes y sordera, como ocurre con las fiebres tifoideas, son los síntomas característicos de esta última fase de la calentura. La primavera y el otoño son las estaciones más favorables para esta calentura, que, en muchos aspectos, se corresponde con la “fiebre baja con síntomas de tífus” tan corriente entre el campesinado de los condados de los Midlands ingleses. En algunos casos o estadios, la lengua se pone negra; en otros, ésta adquiere una gruesa capa blanquecina. Un médico me aseguró que esta fiebre

es muy similar a la fiebre africana y a otras fiebres que se producen por vivir en una zona donde abundan las ciénagas y los pantanos con temperaturas tropicales. La calentura del interior a menudo deja su huella en el organismo durante meses y es bastante difícil librarse completamente de sus efectos en un cuerpo debilitado. Casi siempre está provocada por un escalofrío repentino y cuando aparece por primera vez, se distingue por episodios alternativos de frío y calor, escalofríos, ojos icterícos, una completa imposibilidad de mantener cualquier tipo de alimento, líquido o sólido, en el estómago; una gran sequedad de la piel y una profunda depresión mental. En esta primera fase los médicos españoles tratan esta enfermedad con sangrías y pastillas “febrífugas”, provocando una intensa transpiración. Yo no sé en qué consisten estos “febrífugos”, pero he visto grandes beneficios derivados de su uso; de hecho, yo me he beneficiado de ellos mientras padecí un ataque similar, mientras estaba lejos del inglés que me aconsejaba en cuestiones de medicina.

Hay un árbol conocido en España entre las clases bajas como “árbol de la calentura”. Es un árbol de tamaño medio que constantemente encontramos plantado en las estaciones de ferrocarril, en las casetas de los transbordadores, etc., en las zonas azotadas por esta enfermedad. Un eminente doctor inglés en España me informó del nombre botánico de esta planta; se trata del *Eucalyptis globulus*. Creo que es oriundo de Perú. No sé si el febrífugo de los médicos españoles es un mejunje hecho con las hojas de esta planta aunque esto es lo que aseguran los propios mineros.

3.– Dolor de costado, un término que se aplica por el minero tanto a la inflamación de los pulmones como a la pleuresía. Estas dos enfermedades son muy corrientes y cuando se las deja que se desarrollen completamente son muy graves. Probablemente estén provocadas por la causa que acabo de mencionar, el cambio brusco al salir de la templada temperatura del interior de la mina al aire frío de las tardes invernales en España o a la fría humedad de la medianoche. Un turno de hombres llega a la superficie a eso de las cinco de la tarde, y el segundo a aproxi-



madamente las dos de la madrugada. El trabajar en los pozos más profundos con el agua llegándoles a los tobillos o hasta las rodillas, es también, por supuesto una de las principales causas que hacen proliferar estos males.

4.– El “Saturnismo”, es una enfermedad que se ha llamado de formas muy diversas, entre ellas “estar emplomado” “cólico de plomo” o “plumbismo”. Sin embargo, “cólico de plomo” es la manera correcta de designarla. Es muy común entre los hombres que trabajan en la superficie, entre los que bajan a los pozos y también entre los que se encargan de los trabajos de fundición. Esta enfermedad está provocada por la absorción en el organismo de una gran cantidad de plomo mayor que la que éste es capaz de eliminar. Generalmente hablando, los intestinos se quedan completamente inútiles y los vómitos no son suficientes intensos como para expulsar las partículas perjudiciales. A menudo hay diarrea. Los fuertes retortijones en el costado y el estómago, que casi lo dejan paralizado, están constantemente presentes en esta enfermedad. En algunos casos, el que la sufre se retuerce con intensos dolores y éstos se lo llevan en veinticuatro horas. Me enteré de dos casos de este tipo y en ambos recurrieron a las sangrías y a fuertes purgantes, pero sin que éstos dieran buenos resultados y los dos pobres hombres murieron, ambos a las treinta y seis horas del ataque. Pero en estos casos el ataque no había sido el primero que sufrían ya que los dos tenían la constitución muy debilitada por haber padecido esta enfermedad con anterioridad. Sin embargo este cólico por regla general no es mortal. Una persona que sufra “plumbismo” o que se encuentra en vías de padecer esta enfermedad, tiene la cara con un aspecto espantosamente pálido, sus ojos pierden en brillo y el blanco de los ojos se vuelve amarillo, decrece su apetito y la sed se va incrementando diariamente. En ciertos tipos de este cólico, cuando el estreñimiento se mantiene durante mucho tiempo y el dolor es desesperante, se administra aceite de croton<sup>73</sup> en una dosis infinitesimal y por regla

---

73 Líquido viscoso y venenoso obtenido de las semillas de una pequeña planta asiática. *Croton tiglium* de la familia de la *Euphorbiaceae*. Originario o cultivado en la India y el archipiélago malayo. Extremadamente tóxico y muy irritante, se utilizaba como laxante, aunque ahora se considera demasiado peligroso para usos médicos. Los holandeses lo introdujeron en occidente en el siglo XVI.

general los resultados son buenos. En otros, donde el intestino se relaja y continua incapaz de llevar a cabo su función, se administran fuertes sustancias irritantes, tales como la pimienta de cayena roja y también se obtienen buenos resultados. Los médicos españoles constantemente sangran a los pacientes que sufren de la fase de estreñimiento de esta enfermedad que generalmente está acompañada de fiebre.

La prevención siempre es mejor que la curación y a mí me han dicho dos capataces de una enorme fundición de plomo que piensan que en gran medida es posible mantenerse a salvo del enemigo por medio del ejercicio, si es posible, una gran limpieza personal, dosis frecuentes de simples quelantes, como los compuestos de ruibarbo y sobre todo, por medio de un uso de ácidos, regular y juicioso, que ayudan muchísimo a la hora de neutralizar el veneno. Unas cuantas gotas de alguna preparación de ácido sulfúrico en el agua, –hay una botella de esta preparación al servicio de todos los mineros en cada una de las minas; ellos llegan con un jarro de hojalata lleno de agua y echan treinta gotas– o limonada, ácido tartárico, o algo parecido, y me han asegurado que se han dado cuenta de los inmejorables beneficios. El modo en el que el plomo entra en el organismo es principalmente a través de los pulmones ya que necesariamente el ambiente está impregnado de plomo en las fundiciones. El mismo humo que respiras allí es plomo y en la mina el minero inhala las diminutas partículas de plomo que flotan en el aire cuando las desprende el pico. El minero español incrementa el riesgo por sus errores en las voladuras. El minero inglés que desea volar una veta de plomo abrirá el agujero para la mecha y colocará la pólvora en el granito por debajo del plomo y así pues la nube de humo de polvo que necesariamente llena la galería y se queda en el aire hasta mucho tiempo después, no será humo de plomo con su veneno, sino humo de granito, que es comparativamente inocuo. Sin embargo el español abre el agujero de la mecha y coloca la pólvora en el centro de la veta de plomo, y de ese modo toda la galería se llena de humo de plomo venenoso que sus compañeros y él inhalan durante horas.

A propósito del “saturnismo” debo mencionar un curioso accidente que le ocurrió al perro de un amigo mío, propietario de una gran mina en España. El perro, un magnífico ejemplar de *bull-dog* o mastín español estaba encerrado en el pueblo y echaba muchísimo de menos el aire y el ejercicio. Durante una o dos semanas su dueño lo llevó hasta las minas y cada vez Juan se metía en una balsa de agua totalmente impregnada de plomo y bebía a lengüetazos un poco de agua. Pronto comenzó a mostrar signos de enfermedad; sus ojos perdieron el brillo, el pelo se le comenzó a caer. Su dueño, que jamás podía imaginarse la causa del estado de abatimiento del pobre animal, lo llevó con más asiduidad que nunca. Al final el pobre perro sufría terribles calambres y aullaba de dolor, le sobrevino una parálisis y a las pocas horas de su último baño el espíritu del pobre Juan se había ido para siempre.

Este incidente muestra la segunda forma en la que el minero se envenena con el plomo, a saber, a través de los poros de su piel. Con toda probabilidad, sólo la cantidad de agua, sin el baño de plomo, no habría sido suficiente venenoso como para destruir su vida; y así pues, con el minero que transpira muchísimo, las partículas venenosas atacan su cuerpo medio desnudo y son absorbidas a través los poros abiertos de su piel llegándole al organismo, provocándole con toda probabilidad un cólico de plomo. Parte de este último peligro podría ser evitado siempre que se instara a los mineros a lavarse con agua templada y jabón al salir de la mina en unos vestuarios a buena temperatura que estuvieran acondicionados para tal fin. Pero ellos no son en absoluto estrictos a este respecto (el término más suave). Utilizan muy poca agua y el jabón es algo prácticamente desconocido entre ellos para este propósito, aunque, quizás, debido a su poder de mezclarse con las sustancias grasas de la piel haciendo que se desprendan, sea casi tan indispensable para la salud y la limpieza como la propia agua.

Bajo el encabezamiento de enfermedades podemos clasificar los accidentes. El número de accidentes, hasta donde yo sé, en una mina, o en parte de una mina,

en la que se empleen unos doscientos hombres, sería de aproximadamente unos dos al mes, muchos de ellos, si no todos, se deben a la pura falta de atención o negligencia por parte de los hombres que están empleados. Veamos tres de estos casos:

1.– Un minero, que se ha acostumbrado a ser descuidado, baja la escalera, apenas agarrado con una mano. Ha caído un poco de sebo en una de las raederas de la escalera haciendo que esté resbaladiza; se suelta, pierde el equilibrio, y se cae unas cuantas yardas hasta el siguiente descanso, rompiéndose un brazo, una pierna o las costillas.

2.– Por otro lado, un minero sabe que trabaja en un entorno peligroso, por ejemplo, utilizando la fraseología minera, en un lugar donde los trozos de piedra caen desde una altura, digamos de unas sesenta yardas. Sin embargo, trabaja sin otra protección que su gorra de lino y de esto yo he sido testigo: cae un cascote, le golpea la cabeza y lo tienen que sacar sin sentido.

3.– Dos o tres mineros están buscando una veta en una galería cuyo techo está formado por árboles y planchas de madera firmemente apuntaladas, capaces, de soportar unas quinientas toneladas de granito a cuatro pies por encima de la cabeza de los trabajadores. Perfectamente conocedores del peligro que implica un desprendimiento que, sin lugar a dudas, haría “que el pozo cerrase su boca sobre ellos” y quizás, los dejara con una enorme barrera de granito entre ellos y la salida de la mina; sabiendo también que la sacudida, la vibración que una explosión necesariamente le da a todo lo que tiene cerca (yo he visto temblar la desnuda roca, apagarse los candiles, o comenzar a arder con la llama azul, zarandearse los hombres que había a mi lado como si fuesen álamos temblones), los mineros, por pura comodidad, deciden volar justo debajo de los puntales y los tablones. Si la explosión da como resultado un derrumbamiento puede que todos ellos mueran.

En lo que respecta a las muertes por accidente, éstas no suelen ocurrir. En una mina que visité hace poco tiempo en la que había empleados unos doscientos

hombres, el capataz me dijo que en los dos últimos años sólo habían ocurrido dos o tres.

Dicho sea en honor y para que se enorgullezca el Gobierno español, debo apuntar aquí que su supervisión de las minas no tiene parangón, en especial de aquellas que son propiedad de extranjeros, el estricto e inquebrantable examen riguroso que hacen y la investigación que llevan a cabo en lo que respecta a las causas de cualquier accidente que pueda ocurrir. El capataz tiene la obligación de comunicar inmediatamente a las autoridades civiles del pueblo más cercano, cualquier accidente. Los ingenieros españoles se presentan en el lugar en un periquete. Por regla general ellos declaran que el accidente se debió a algún fallo del trabajo..., y le ponen una cuantiosa multa a los propietarios.

Debo hacer constar aquí, que las observaciones que acabo de ofrecer acerca de las enfermedades del minero del plomo en España las he recogido tanto a raíz de la observación personal como por la información que amablemente me han proporcionado dos españoles, eminentes cirujanos de mineros, ambos con una gran experiencia entre los mineros españoles, hombres que han visto y que se han compadecido de los mineros en todo tipo de accidentes y enfermedades; que los han visto y atendido en la oscuridad de la mina, cuando se han venido abajo a causa de alguna terrible desventura o cuando, arropado bajo su manta, en la fase terminal de la calentura, vuelve su rostro hacia la pared obstinadamente y en silencio, y si no con resignación cristiana, si rindiéndose a su destino.



## CHARLES BOGUE LUFFMANN (1893)

Nacido en Devon en 1862 es autor de la obra *A Vagabond in Spain*<sup>74</sup>, publicada en Londres en 1895 y dedicada a sus anfitriones en España y al compañero que *‘aún es fuerte y está deseoso de acompañarme hasta el final—a Durandal, mi bastón— dedico este relato del viaje que ambos hemos realizado’*. En una de las páginas de su pasaporte incluido a comienzo de su obra, el Vicecónsul Británico en San Sebastián escribió: *"antiguo funcionario de los gobiernos de Nueva Zelanda, Victoria y Sur de Australia, geólogo, entomologista, naturalista y periodista desea viajar a pie desde Burdeos a Gibraltar, via Biarritz, Pamplona, Zaragoza, Valencia, Madrid, Toledo, Sevilla, Granada y la Alhambra, etc., el objeto del viaje del Sr. Luffmann es investigar todo cuanto se refiere al desarrollo de la agricultura y los procedimientos empleados en este territorio para la publicación de un tratado y un libro de viajes, el Sr. Luffmann ya ha viajado a través de los cinco continentes y en las Islas del Archipiélago Oriental"*.

Su viaje por España dio comienzo el 6 de julio de 1893 y tuvo una duración de 145 días y sus noches. "Aunque alertado por las autoridades inglesas, francesas y españolas de que lo más probable es que yo recibiera mi descanso eterno a manos de algunos de los bandoleros asesinos que se cree que existen en la salvaje España, yo pude hacer el viaje de mil quinientas millas, solo y sin armas, sin recibir un solo insulto y sin que nada ni nadie me interrumpiera... y continua diciendo: Después de pasar por la Gironde y los extensos pinares de las Landas, atravesé el País Vasco y crucé los Pirineos para entrar en España. En mi camino desde Biarritz a Málaga crucé diez impresionantes barreras".

En 1895 emigró a Melbourne donde se casó con la escritora Lauretta Lane, célebre activista socialista a la que había conocido en uno de sus viajes a Londres. En 1897 fue nombrado Director de la Burnley School of Horticulture. Separado de su esposa en 1902, desde esta fecha convivió con la escritora Elinor Mordaunt.

74 LUFFMANN, CH.B. *A Vagabond in Spain*. London, John Murray, 1895.





HOSPITAL DE LOS MARQUESES DE LINARES (LINARES)



## UNA NOCHE EN PRISIÓN

Le dije adiós a Castilla unas cuantas horas después de encontrarme razonablemente alejado de ésta, ya que la carretera va descendiendo hacia Andalucía a millas de distancia de la línea fronteriza. El impresionante desfiladero en la montaña, El Cañón de Depeñasperros [*sic.* Por Despeñaperros] es tan profundo que un caudaloso río que tiene su nacimiento en el lado castellano, corre por esta garganta y se convierte en afluente del Guadalquivir. Un ferrocarril serpentea por este valle al mismo nivel del río, excepto cuando recorta a través de varios pequeños túneles que perforan las enormes rocas.

El paisaje, aunque agreste y escarpado, no por eso carece de encanto. El profundo valle ayuda a acentuar el efecto producido por las magníficas y desnudas torres de fría piedra que se elevan a una altura de vértigo a cada uno de sus lados.

La carretera va a mil pies por encima de la línea del ferrocarril y el torrente que corre paralelo a lo largo ofrece una muy buena imitación del estrepitoso tren que de vez en cuando pasa por allí a toda velocidad. Desde el estrecho quitamiedos que va a lo largo del filo del precipicio que bordea el acantilado a un lado del camino pude observar un poquito las paredes de roca donde se podían ver grupos de líquenes y musgo de una tonalidad muy alegre, mientras que desde las grietas brotaban pequeñas margaritas silvestres, claveles y campánulas.

En una pronunciada curva en el desfiladero –tan pronunciada que una vez dentro nada es visible–, uno parece que se encuentra dentro de una inmensa ruina cubierta de hiedra, húmeda y silenciosa. Esta elaborada reliquia hecha por la mano del hombre es casi perfecta, pero es sólo pura fantasía. A lo lejos, en las laderas más altas, pequeños matorrales de acebuches, chaparros, plantas leñosas y retamas que se mecían y se doblaban con las ráfagas de viento y, aún más arriba, en los solitarios y grisáceos picos, las difusas nubes se cruzaban raudas mientras se avecinaba una tormenta.

La Sierra Morena no presenta nada extraordinario que se pueda admirar. Es una gran receptora de lluvia y poco más. La carretera a través de Depeñasperros (“las peñas de los perros” –de manera literal demasiado mala para un perro–) a pesar de ser la carretera que se sabe que ha conectado los dos reinos desde tiempos inmemorables, no puede ser más mala. Está hecha con grandes y toscos adoquines sueltos sobre los que uno va dando traspies y se va resbalando a cada paso. Un ocasional carro tirado por una mula o una recua de burros cargados hasta las orejas son ahora los más importantes dueños de esta carretera, aunque en los días anteriores al ferrocarril –si resulta que es cierto una mínima parte de lo que se dice de ella–, era una ruta muy transitada y muy peligrosa.

Depeñasperros fue durante siglos la guarida de los bandoleros más sanguinarios de toda España y la larga sucesión de crímenes ha arraigado tanto en las mentes de los lugareños que incluso en estos pacíficos días, ellos se acobardan ante cualquier mención a “las peñas de los perros” [*sic.* por Despeñaperros].

Una muchacha que me encontré varias millas más abajo del desfiladero me dijo que otro extranjero había pasado por este camino unas cuantas semanas antes. Se trataba de un ciclista italiano ¡Pero él no pudo montar en bicicleta en Depeñasperros! Tuvo que llevar su bicicleta más de seis millas por estos *encantadores* peñascos sueltos y dijo la muchacha que me informaba: “¡Daba la impresión de que a él no le gustó nada!”

Todos los españoles juran en nombre de Andalucía, y en nombre de cualquier cosa a la que puedan poner la lengua encima.

Si no ha visto Andalucía no puede saber nada de belleza natural. Desde la bahía de Vizcaya hasta la línea divisoria al sur de Castilla, yo no he oído nada de cualquier otro lugar donde siempre se pueda encontrar la perfección de la naturaleza. Si eso es así, yo ciertamente tuve un mal comienzo. Desde mediodía hasta que oscureció estuve hecho polvo atravesando peladas e inhóspitas cadenas montañosas, descendiendo por escarpadas veredas que llevaban a angostos barrancos en los que lo único digno de mención que podía verse era un hilillo de agua sucia y unos cuantos

hierbajos. No se puede decir que fueran excelentes descubrimientos ¡que yo sepa! ¿Quién sabe, quizás dentro de poco?

“El poco rato llegó”, pero no trajo mejores resultados. Yo subí elevadas montañas desde las que pude ver grandes extensiones de terreno tan árido y baldío como el que acababa de dejar atrás. Hacia el sureste los montes de Jaén presentaban un aspecto bastante noble pero incluso eso quizás se debía sólo a la distancia.

Después de atravesar pueblos miserables en los que todos los habitantes parecían estar languideciendo por falta de algo que hacer, me encontré en todo lo alto de una cordillera de relieve muy marcado desde donde pude ver signos de vida y de actividad; pero no se trataba de actividad española. Las altas chimeneas que se elevan sobre el perfil de Linares y de La Carolina revelaban la existencia de minas de plomo y plata que la iniciativa inglesa, francesa y alemana ha contribuido a que sean rentables, así como a ser origen de constante queja hacia el perezoso español, quien, para darle lo que merece, ¡es muy diligente con la lengua!

El viajar no sólo proporciona extraños compañeros de cama, sino que también nos ofrece camas extrañas y lo más probable es que sean más incómodas que extrañas. Después de todo un largo día caminando pensé que podría soportar algo más sedoso y aterciopelado que los adoquines y tierra húmeda, más estos se constituyeron en los únicos placeres terrenales que se me permitió disfrutar en La Carolina. En la posada Número 1 al posadero no le gustó mi aspecto y quería el dinero antes de que entrase.

Yo estaba cansado y enfadado con el mundo, y este último ataque del posadero no me agradó en absoluto. Así pues, después de intercambiar unos cuantos cumplidos de rigor, me fui hacia la Posada del *Ville*.

Aquí el posadero fue más educado y al ver que no había ningún tipo de picardía en mi mirada, me mostró un rincón oscuro donde pude dormir. Después de haber estado durmiendo durante un rato me desperté y me di cuenta de que estaba completamente húmedo, y cuando examiné el suelo comprobé que estaba tumbado sobre tierra mojada y fétida. Me moví un poco de sitio pero fue un cambio que no

me benefició demasiado. El suelo de la posada estaba en parte hecho con piedras redondas enormes y yo tenía que escoger entre esto o la tierra mojada. Escogí las piedras y pude dormir un poco pero cuando me desperté por la mañana estaba notando que estaba incubando un terrible catarro ya que mi manta estaba completamente mojada y había estado tumbado toda la noche sobre una zona completamente anegada. Le pagué al posadero su real y salí antes de que amaneciera sin ver nada más de La Carolina.

Tiene aspecto de ser un pueblo tan antiguo como para haber amamantado a los niños gigantes que fundaron la vieja Roma, pero de hecho es un pueblo moderno. No tengo la menor duda de que cualquier guía de viajes dirá que es uno de los asentamientos construidos y poblados por los alemanes que trajo Carlos III a España con objeto de terminar con el bandolerismo y los saqueos que fueron tan comunes en su tiempo por toda esta zona. Creo que estos alemanes han debido hacer su trabajo a conciencia. Los pocos teutones que quedan en La Carolina ¡casi acaban conmigo!

Ellos pueden hacer pan blando en Andalucía. ¡Gracias a Dios!

Ésta no es una observación supérflua: Estoy realmente contento de dejar constancia del hecho. El pan es un artículo que le interesa a muchos. Para un vagabundo es su primer y último plato, sus tres comidas diarias y su cena por la noche; y hambriento como el caminante suele estar siempre, hay un sentido de monotonía y sequedad en lo que a esta comida se refiere que hace que él anhele un ligero cambio. ¡Comencé sin que me gustara el pan español y en menos de un mes he llegado a detestarlo con todas mis fuerzas!

Si se me hubiese permitido escoger yo podría haber comido un poquito mejor, pero el "mendrugo del vagabundo" siempre está duro, y la sonrisa de la más bella de las Dulcineas en España no lo ablanda para que sea de mi agrado.

Los españoles siempre besan el pan que están a punto de dar<sup>75</sup>. He visto muchas manos sucias y caras sin lavar rozar el trozo de pan que iba a ser mi comida, y si por

---

75 El más pobre de los españoles siempre ofrecerá compartir su mendrugo de pan incluso con las personas de clase social más alta.

casualidad fuese una mano blanca la que se llevara el pedazo de pan a una boca como un capullo de rosa, y unos seductores ojos bajasen la mirada hacia “el pan de Dios” ¡nada de esto lo ablanda! Realmente a los españoles les gustan los mendrugos. Los cortan y hacen rebanadas muy finas, hacen hogazas bastante planas que se extienden al hornearlas hasta que adquieren el aspecto de una especie de bollos con frutos secos. El pan español no es algo común. En la sopa es tan delicioso como el más fino de los bizcochos y tiene su lugar en las soperas de las personas más refinadas del país; pero el mismo pan sin esa buena sopa es como la mostaza sin ternera, y si alguna vez le toca comer tanto durante un mes como yo he hecho, cualquiera se podría sorprender de que yo hable de forma tan moderada de una comida tan dura. El pan español se hace con una levadura que no es más que un trozo de masa agria que se mantiene de un día para otro. Este es un método muy sano y merece que todo el mundo lo conozca.

Con la luz del día llegó un brillante y cálido sol y pronto me repuse de los efectos de la noche toledana que había pasado.

Caminé casi todo el día cruzando una zona de olivares, en algunos lugares prósperos y bien cultivados, en otros abandonados y en muy mal estado. De vez en cuando viñedos y alcornocales rompían la monotonía del paisaje. Sólo había una cosa que faltaba –agua. Si ésta se uniese a la laboriosidad del hombre, la zona podría ser muy rica.

Entré en Bailén justo cuando caía la noche. No me gusta el estamento militar, es tan condenadamente engreído, y cuanto más bajo es el empleo más estúpidos son. Uno de estos pequeños dioses me dijo que me largara a ocuparme de mis asuntos. Y esto lo que hizo fue incitarme a embaucarlo todavía más.

Farfullé unas cuantas maldiciones enérgicamente en la cara a este representante de la ley, y luego lo dejé con la mano apoyada en el puño de la espada que una ordenanza local le prohíbe desenvainar.

El alcalde estaba en el campo y “no volverá a la casa hasta mañana por la mañana”. La alacena estaba vacía y sentí una general animadversión por los vagabundos,

y otra vez fui invitado a irme. Dos advertencias para que me fuera deberían haber sido suficientes para la mayoría de la gente. Pero un vagabundo hace sus propias leyes y reconoce otras cuantas. Yo había decidido ocupar “los hospedajes de Bailén” –“sólo durante una noche”. Después de un curioso y exhaustivo interrogatorio llevado a cabo por un grupo de jóvenes, fui, para variar, llevado a la cárcel y encomendado al carcelero como candidato para pasar una noche alojado allí.

El carcelero resultó ser más agradable que los otros indocumentados granujas. Me dio la celda número 4 y un saco de paja para que me hiciera una cama. Su mujer me dio un poco de sopa y se compadeció de mí –al menos ella dijo que lo había hecho– y luego me puse a dormir, pensando feliz que había derrotado al vigilante del pueblo y al oficial del alcalde y que había encontrado en Bailén algunas personas nobles de corazón.

Pero el amanecer me trajo bastante pesar. La mujer del carcelero me encontró lamentándome por haber roto una botija –que se había quedado reducida a un montón de preciosos trocitos grises –y un charco de las dimensiones de una rueda de carro.

La compasiva criatura de la noche anterior se puso hecha una furia. Ella era corpulenta y enérgica y su voz se elevaba muy por encima de su enorme pechuga. Yo puedo competir con mucha gente, pero no puedo hacerlo con una mujer española que mantiene una batalla verbal. Utilizando el lenguaje de aquellos que apoyan el boxeo. “Ella me golpeó y me venció en el ring y me puso contra las cuerdas, y fue a ella a la que le pusieron el cinturón de vencedora”.

Yo siempre cumplo con lo de “allá donde fueres haz lo que vieres”, y después de un encuentro tan desesperado, me sentía como un pecador que necesitaba que lo perdonasen para sentirse un poco más contento; así pues, hice un lío con mis pertenencias y salí rumbo a la iglesia principal, un edificio importante de arenisca roja con una singular y artística decoración de piedra tallada y madera. La expresión del rostro y el grado de vivacidad de una de las colosales figuras era bastante extraordinaria: jamás he visto una madera que pareciese estar más llena de vida. Lámparas, iconos y candelabros de plata maciza se podían ver con un peso que superaba los

50 u 80 kilos. La sacristía tenía antiguas cajoneras talladas con un espléndido trabajo de artesanía. El marco de madera tallada de un espejo está valorado en tres mil “duros” (unas 600 libras) y se han ofrecido cinco mil por un marco similar en otra de las iglesias del pueblo.

Al atravesar la plaza me encontré con una pelea a la usanza española. Dos hombres del mercado estaban teniendo una acalorada discusión sobre un burro pícaro que se había comido algunas frutas y verduras de las que estaban expuestas para la venta en la plaza. Fue un espectáculo de lo más divertido. Quizás sean los españoles las únicas personas lo suficientemente listas como para luchar por orden, uno detrás del otro. El dueño de las frutas y verduras que habían desaparecido expresó su resentimiento y lo comentó a todo bicho viviente que le escuchara. Él maldijo al burro y a su dueño, luego maldijo a la madre del dueño por haber traído al mundo a un granuja de tal calibre como él dijo que era su enemigo. Él dijo todo lo que pudo contra la familia del infractor y citó otros casos como prueba de su negligencia y del voraz e insaciable apetito de su borrico y luego, a modo de compensación, él le pidió cinco reales. Durante todo el tiempo el propietario del animal se mantuvo como un corde-ro, sometiéndose con modestia a todo lo que el otro estaba diciendo contra su buen nombre; pero no había transcurrido ni un momento desde que salieron las últimas palabras de la boca de su asaltante cuando asumió una actitud bastante más desafiante, y se lanzó hacia el verdulero como una fiera –pero por supuesto, sólo de palabra. No hubo puñetazos, no se blandieron los aceros: sólo con tantas afirmaciones que contradecir y tantas acusaciones que hacerse cuando era su turno, pronto se quedó sin aliento, y no le quedó otro remedio que darle al otro una nueva oportunidad. Él lo aceptó con presteza, y al igual que un astuto abogado debatiría y negaría todo lo que se ha dicho contra él, se quitó el sombrero mirando a la multitud y volvió a pedir sus cinco reales. Pero el otro ya estaba preparado para continuar la pelea y le contestó con un fluido discurso –que él no tenía ni un real ni un céntimo para los bolsillos de un sinvergüenza que vivía del fraude, el engaño e incluso de peores delitos.

Esto hizo que las palabras del verdulero fuesen más altas y más duras y también provocó la aclamación y los comentarios cruzados de la muchedumbre. Ambos

hombres aprovechaban su turno y discutieron incansablemente durante veinte o veinticinco minutos si bien no hubo sangre ni siquiera el sonido de un golpe. Cuando ya estaban demasiado cansados para seguir increpándose dejaron el tema y de ese modo terminó la pelea. Si lo que ocurrió es que llegó el burro a socorrerlo con las verduras que se había comido o si hubo algún intercambio de dinero es algo que yo no puedo decir, pero sí soy de la opinión de que con la pelea ya se pagó la factura. Bailén no es otra cosa que guerra. De hecho, incluso yo he entablado un combate en ella: he visto otros combatiendo y me dijeron que fue aquí donde Napoleón libró su última batalla en la Península.<sup>76</sup>

Y en aquellos días cuando Bailén fue asediada los hombres y también las mujeres lucharon con armas un poco más sólidas que sus lenguas. Durante sesenta y siete días la ciudad estuvo sitiada por los franceses y defendida por sólo quinientos soldados españoles y por los habitantes, quienes finalmente murieron de hambre, casi hasta el último hombre. Esto ocurrió en el verano de 1808. En el pueblo había muy poca agua y con los calores de la canícula estaba infecta y se propagó el cólera. Las provisiones se agotaron y cualquier posibilidad de obtener nuevos suministros era nula. Las tropas francesas estaban rodeándolos y al acecho y disparaban a cualquier persona que se atreviese a ponerse a descubierto.

Desesperados salieron grupos reducidos para enfrentarse al enemigo. Las mujeres permanecieron hombro con hombro con sus padres, sus maridos, sus amantes y sus hijos y la historia recoge que ellas abatieron a muchos franceses. El amor a la vida convirtió en caníbales a la desesperada población. Se dejaba morir a los heridos y luego descuartizaban sus cuerpos como si fuesen ovejas, se pregonaba esta mercancía por el pueblo y luego se devoraba. Cuando Bailén se rindió el pueblo estaba muerto. Las heridas, la inanición y las enfermedades habían destruido a sus valientes habitantes y el ejército de Napoleón no hizo su entrada en una ciudad sino en un pestilente sepulcro.

---

76 Esto no es del todo correcto, pero yo recogo la historia local del asedio a Bailén. Los españoles derrotaron a los franceses bajo Dupont.



Hoy Bailén es pobre, muy pobre, pero comparada con los días de antaño se puede decir que es una sociedad acomodada. Es mucho mejor su aletargado silencio y sus grupos de ociosos, son mucho mejores sus batallas verbales acerca de cántaros rotos y nabos desaparecidos, cualquier cosa mejor que un año tan fatídico como lo fue 1808.

Al salir de Bailén me tuve que volver a pelear, esta vez con una carretera muy dura, que era incluso más dura debido al hecho de que yo iba sin calcetines y a que tenía un terrible dolor de pies. Está bien que yo pueda mirar alrededor y ver a otros igual de pobres, quizás más pobres que yo. Al sufrimiento le gustan los amigos y en España no hay escasez de sufrimiento (si podemos considerar la pobreza como sufrimiento). Debe ser verdad que no hay "pobreza sino ignorancia" pero ese proverbio con toda probabilidad fue escrito por un sabio bastante afortunado que nunca sintió que su columna vertebral rozaba con los botones de su chaleco.

El riachuelo Campana era una corriente que yo no podía atravesar con facilidad. Me di un baño que ya necesitaba mucho. Luego lavé toda mi ropa y me senté bajo el ojo del puente y esperé a que se secase. Y tuve que esperar.

Llegaron las nubes y taparon el inmenso cielo azul, el trueno comenzó sus bramidos y comenzó a caer un aguacero. ¡Era muy reconfortante! Yo estaba medio desnudo y el resto de mi ropa estaba "para lavar". Me quedé debajo del puente toda la tarde, allí seguía cuando oscureció y allí permanecí hasta medianoche. Luego me vestí aunque mi ropa aún estaba mojada, lie el resto como pude, y me puse en marcha por un oscuro y solitario camino.

Nunca hables precipitadamente de los "encantos" de "los viajes a pié". Hay momentos muy agradables pero también hay incomodidades que pondrán de mal humor y le harán soltar palabrotas al más dócil de los hombres. Un par de horas andando sin parar me hicieron entrar en calor y me llevaron a las Ventas de San Antonio. ¡Dios lo bendiga! No tengo nada contra él y si sus buenas acciones han llevado a alguien a construir esta casa entonces él es digno de alabanza.

Era mucho después de la medianoche, pero me las arreglé para despertar a la única ocupante de la casa –una mujer diminuta. Conseguí que me diera un vaso grande de aguardiente y me fui a dormir sobre un montón de arreos que había en el suelo. Amaneció un día bueno y cálido por lo que pude secar toda mi ropa, me zampé mi penique de pan y comencé a andar por una larga y estrecha carretera bordeada de olivos. A primeras horas de la tarde llegué a Andújar donde encontré un tiempo estupendo: tiempo de feria, posadas llenas de clientes buenos pagadores y posaderos que no se dejaban intimidar por vagabundos y caminantes. Yo fui relegado a la sombra de un lóbrego establo, con nada más atrayente que unos cuantos millones de mosquitos como compañía. Eso no fue nada agradable; sin embargo, debo confesar que Andújar me gustó. Es un pueblo limpio, con una bonita situación, repleto de edificios antiguos, sus gentes también son antiguas como lo son sus costumbres. Tiene una historia larga, intensa y noble, y muchos recuerdos mudos de una raza extinguida que campaba por aquí en los albores de la humanidad.

Andújar hoy, con una población de veintitrés mil almas vive con los mismos medios (aceite y vino) que le dieron sustento hace casi unos veinte siglos, cuando llegó Julio Cesar y la conquistó y construyó un castillo y fortalezas y murallas y un puente sobre el Guadalquivir, edificaciones que han llegado hasta hoy día. Luego los Godos (tan famosos por el modo en que aniquilaban todo) construyeron algunas viviendas que se pueden ver de manera dispersa en las altas y estrechas “calles” que trazaron los moros. En Andújar se pueden encontrar infinidad de estilos. Es un pueblo formado por torres romanas sobre cimientos fenicios, ventanas góticas en torres romanas, viejos balcones españoles y defensivas rejas de hierro en redondeadas ventanas árabes y en entradas y figuras de estuco y de piedra tallada, escudos de armas y emblemas sobre la mitad de sus enormes pórticos. Sus “calles” son tranquilas aunque están llenas de canciones. En ningún otro pueblo de España he visto tantas ventanas bonitas, creadas para que contenidas Doroteas o Dolores puedan mirar desde ellas, o sentarse para escuchar “los requiebros amorosos y pelar la pava”; o las más bellos relatos de las proezas de aguerridos caballeros de la España de antaño.

En casi todas las calles se puede ver algún curioso emblema de hierro forjado, representando una proeza de armas o un tipo de galantería más propia del raptó de la amada.

El casco con penacho de plumas al viento, apoyado en dos espadas cruzadas y armadura, con espuelas y escudos colocados alrededor, es uno de los emblemas preferidos. En uno se podían ver también dos macetas con rosas y claveles entrelazados rodeando la armadura. Todos estos escudos de armas están muy bien realizados y son sumamente singulares. Algunos han llegado a ser tan escasos que ya no se pueden ver más en Andújar y los dueños de otros se han visto forzados a quitarlos de puertas de entrada convenientemente más bajas y colocarlos un poco más cerca de las estrellas.

La entrada principal a la iglesia parroquial muestra siete estilos diferentes de arquitectura, cada uno de los cuales se dice que se realizó en su respectivo período. Acompañado por el secretario del ayuntamiento, subí a la torre de la iglesia y desde allí pude ver el Guadalquivir por primera vez. Me pregunté la razón por la cual ese río es tan famoso. Todo el mundo lo conoce y a menudo suele aparecer en las canciones. Muchos de los que no pueden pronunciar la palabra lo incluyen en sus relatos –que por lo general les salen del corazón. ¿Qué Horacio o Leandro o Perímele de los moros –ya que se trata de un nombre árabe– ha hecho que este viejo río halla llegado a ser tan importante? Mirando hacia abajo desde una posición tan elevada las aguas parecían como una brillante banda de satén retorcida, llena de vueltas y enrollada entre el interminable bosque de olivos. Sus orillas son lo suficientemente irregulares como para entusiasmar al más exigente de los amantes, pero como el amor no pasea en España, ¿para qué sirven las orillas? Cerca del pueblo, plateados álamos y choperas ofrecen una leve variación en la gris monotonía de los olivos, mientras que montañas al este y al oeste protegen y limitan el extenso paisaje. Desde abajo llegaban los sonidos de la música y los festejos.

Andújar es un pueblo tan conservador como denota su apariencia. A la gente le encanta conservar las viejas costumbres, de ahí que la “feria” de este pueblo

sea una de las más bonitas de España. Me hice amigo del “secretario” y ambos nos fuimos a la feria. Es una de las cosas más agradables que puedan imaginarse: no está compuesta simplemente de caravanas chabacanas y gitanos, vendedores callejeros y hombres del espectáculo chillando e intentando conseguir espectadores.

Estaba situada en una extensa y bonita terraza natural bordeada en uno de sus lados por una antigua muralla romana y en el otro por el Guadalquivir. Todo este espacio estaba transformado en una verdadera “Ciudad del Placer” veraniega. Había una doble fila de casetas muy bien hechas y diseñadas con mucho gusto. Lugares para bailar, cafés y kioscos de música se extendían a lo largo de un bonito paseo. Entre estas dos filas de casetas, puestecillos de dulces muy curiosos y de bebidas presentaban su mercancía perfectamente ordenada.

El casino del pueblo y otros clubes o comunidades trasladaban sus sedes aquí durante la “feria”. Todas las clases sociales estaban representadas. Aquí se podía ver el moderno “Círculo de la Perla”, el “Liceo”, la “Primitiva” y los modestos “Ordinarios” e incluso otra más, los “Solteros”. Cada una de estas casetas tenía un lugar para bailar, su banda, su personal ataviado con uniformes muy imaginativos y un bonito despliegue de banderines. Todas las noches los señores y señoras llevan a cabo un magnífico programa de bailes, unos vestidos de manera sencilla otros con trajes típicos mientras que en los zaguanes también hay música y juegos para los que no bailan además también siempre está el encanto de poder caminar por el “paseo”.

Filas de lámparas y farolillos de brillantes colores inundaban el paseo con su luz, revelando una serie de imágenes siempre cambiantes mientras la alegre multitud se iba moviendo de arriba a abajo.

Flores (en macetas y en tinajas) están plantadas por miles formando parterres, setos y grutas alrededor de fuentes hechas para la ocasión. Todas estas tonalidades e intensos olores, mezclándose con los vestidos y los perfumes de la multitud, hacen que el aire de la noche esté cargado aunque siga siendo reconfortante.

El caballero y su corcel es algo que ha desaparecido, de ahí que no se cabalque en un torneo para conseguir el amor de una dama desde la alta grupa de un caballo. Hoy los galantes caballeros de Andújar ganan sus cintas ¡montando en bicicleta!

Las bellas del lugar –y hay muchas– les proporcionan pañuelos de seda y satén finamente bordados que se colocan a distancias regulares a lo largo de una barra horizontal y cada uno de ellos lleva cosido un anillo de plata. Los modernos caballeros, armados con pequeñas cañas parecidas a la batuta de un director de orquesta, van en la bicicleta a la carrera bajo la barra y todos se esfuerzan por “enganchar” el pañuelo de la muchacha que ocupa su corazón. Al menos espere-mos que lo consigan. En una tribuna bastante grande situada cerca de este lugar de pugnas amorosas, se encontraban sentadas todas las bellas del lugar sin que ningún hombre se atreviese a colocarse entre ellas. Permanecí durante largo rato delante de esta tribuna. Todo era precioso –no todo era belleza–, pero seguía siendo precioso.

Las mujeres más bellas que he visto en España estaban en Zaragoza y Madrid y también aquí en Andújar.

Todas las muchachas estaban ataviadas con sus vestidos nuevos y todas tenían abanico, sonrisa contenida y sin libertad en su mirada, y un ramillete de rosas o de claveles de tono amarillo o rosado prendido en el pelo. Si su belleza era la de la juventud, sus mejillas presentaban un tenue color tan delicado como su aire de falsa timidez. Pero todas aquellas que se ven forzadas a maquillarse debido a los estragos del tiempo, están completamente empolvadas y embadurnadas de la manera más espantosa

Esta práctica parece que no molesta a los hombres españoles. Ellos dicen de forma despreocupada, “es una costumbre, nada más”. O es motivo de elogio o será que los españoles no son demasiado exigentes en lo que a atuendo femenino se refiere.

Aquí por supuesto las habituales atracciones de las ferias eran espectáculos, columpios, teatros ambulantes, organilleros y un gran circo.

El payaso español es un pobre diablo –al menos eso es lo que parece–, ya que donde quiera que yo los haya visto, siempre han estado vestidos de luto riguroso; y para que el contraste sea completo, su larga, amplia y suelta túnica se adorna con murciélagos blancos, tarántulas, ranas, cucarachas y otros pequeños monstruos de la noche.

Su atuendo es lo único que resulta extraño a ojos de un inglés. Él lleva el sombrero en la cadera o en el codo, saca la lengua y levanta los dedos de los pies al igual que hacen nuestros Grimaldis. Posa con una mano que no descansa sobre nada justo por encima del muslo, y levanta sus rectas y negras cejas hasta que se juntan con los bucles de su frente al estilo tradicional de toda la vida.

El incluso tiene las mismas quejas, llora con el mismo tono y se pilla el dedo debajo de su propio pie, como le hemos visto tantas veces hacer antes. El es dueño y lacayo a la misma vez, un verdadero inútil en todos los oficios de cierta utilidad y sin embargo es capaz de echar la casa abajo de “un salto”. Y por otro lado él es esencialmente “muy de casa”, ya que cuando él está “fuera” puedes estar seguro de que te lo vas a encontrar en la taberna más próxima, tan alegre y tan dispuesto a brindar con un vaso de brandy a tu salud como lo haría cualquier payaso en Inglaterra.

Los asistentes a la feria son la población de la provincia. Vienen desde los montes de Jaén, el ancho valle del Guadalquivir y las laderas y las hondonadas de Sierra Morena. Proceden de todas las clases sociales y estamentos, y su gran riqueza de atuendos y estilos hacen a la gran muchedumbre variopinta y deliciosa. Desde el agricultor de las llanuras y las montañas a las bellezas que se visten con lo último de la moda parisina hay un largo trecho, y todos los detalles extravagantes y pequeños adornos pintorescos que llevan los unos y los otros, hacen que la multitud no sea más que una gran mascarada en la que se pueden ver todos los estilos y las modas de tres o cuatro siglos del lento transcurrir del tiempo. Esta feria tiene lugar durante la primera semana de septiembre y si tiene pensado en alguna ocasión visitar Córdoba o cualquiera de los lugares célebres de los alrededores, no sería ninguna tontería y haría bien en incluirla en el programa.

Cambié los placeres de mi larga y agradable tarde haciéndome la cama en el establo que he mencionado antes.

Los mosquitos casi me devoran vivo, y yo pronto perdí la poca decencia que podría haber traído a Andújar.

Por la mañana conocí a un inglés y fuimos juntos en busca de cosas nuevas. Encontramos e inspeccionamos casas antiguas, viejas iglesias, viejos monasterios, el mercado y la plaza de toros. Visitamos las mesas de juego (en la planta más alta de un convento) y ganamos cinco reales con un “farol” jugando al “Monte” y luego fuimos a almorzar con un abogado español.

Lo menciono para reflejar cómo viven en sus casas la mayor parte de los españoles. El abogado estaba casado. Tenía una esposa muy guapa con bonitos y dorados tirabuzones a cuyo alrededor tenía enganchados a su falda nueve hijos pequeños.

Él era un hombre muy culto y educado, como se suele decir (aunque muy a menudo esta frase está vacía de contenido) y nos recibió con un aire de genuina y natural bondad. La comida ya estaba dispuesta. Era plato único y no estuvo acompañado de vino o de café. Era un “*puchero*” –un magnífico puchero de “*garbanzos*” arroz, coliflor y tocino, todo cocinado a la vez.

El tocino estaba cortado en trozos pequeños como si fuesen fichas de dominó. No pusieron mantel, no había servilletas ni platos. Tampoco pusieron cuchillos, tenedores o cucharas. Todos comíamos de un solo plato –el anfitrión y la anfitriona, sus nueve niños pequeños, el inglés y yo (trece para comer y aunque éramos trece luego no nos persiguió la mala suerte). La madre utilizaba los dedos ya que parecía que no había tenedores para todos. El padre me animaba a que comiese todo lo que quisiera, mientras me aseguraba que todavía quedaban toneladas de puchero en la cocina (aunque lo más probable es que no les quedara ni una pizca), y sacaba con sus dedos exquisitos trocitos de tocino y pasaba la mano por delante de mí –como uno haría con un hueso para que un perro lo cogiese, para que pudiera metérmelo en la boca. Cogí todos los trozos que me ofrecía al igual que hizo mi compatriota, y ninguno de los dos sentimos remordimiento por lo que habíamos comido.

¡Esto no era más que grosera ingenuidad sin duda alguna! ¿En qué período de la civilización se encuentra España ahora? Sin lugar a dudas España representa una época pasada desde nuestro punto de vista.

El guardián de las carteras del pueblo es un hombre generoso y es progresista. Él desea ver a España abierta, colonizada si quiere, y su posición mejor comprendida por el mundo exterior. Él dice que ayudaría a cualquier hombre que esté viajando y dijo que España tiene una oportunidad de ser muy superior a lo que es, y con el convencimiento de que yo cumpliría sus deseos me ayudó a encontrar mi camino y me despidió diciéndome: “¡vaya con Dios!”

¡Este es el relato! Puse una cruz roja en el pueblo de Andújar, deseé una larga vida para su distinguido (¿) “*secretario*” y me eché el atillo al hombro. A excepción de los mosquitos, a mí me trataron francamente bien.

El sol estaba poniéndose cuando crucé el Guadalquivir mientras iba a Marmolejo [*sic.* por Marmolejo]. Como siempre me aseguraron que se encontraba a muy poca distancia –un simple paseo de enamorados. Y eso es con lo que yo me encontré. Pero he oído hablar de amantes que se dan paseos larguísimos. A propósito, en España se ama de forma muy económica. Me pregunto si habrá habido en alguna ocasión algún inglés que haya podido conquistar el corazón de una mujer española. El proceso terminaría conmigo, me mataría, incluso aunque yo fuera tan resistente como los viejos clavos.

Un hombre puede acostumbrarse a la mayoría de las cosas, pero, ¿qué británico tendría paciencia y fuerza para mirar hacia arriba a una ventana del tercer piso durante el día y contentarse con hacer gestos y muecas a su amada bajo la luz de la farola o de la veleidosa e inconstante luna durante cuatro o cinco horas de cada noche? Lord John Russell escribió:

“¡Las mujeres de la vieja España apenas saben escribir,  
Sin embargo su alegría es tan espontánea  
Que se las quiere aún más!



Las bellas españolas rara vez envían cartas de amor; la razón es tan simple como lo era en los días de Lord John. –ellas no saben escribir. Hay lugares donde escriben cartas, una especie de tienda donde la carta puede ser redactada siguiendo las últimas tendencias de la moda y en el lenguaje más exaltado por la modesta suma de un penique.

Yo llegué a Marmolejo a medianoche aproximadamente después de haber tomado la peor y más larga de las dos carreteras (a cual más mala) y después de un corto descanso nocturno sobre el suelo de una posada salí dispuesto a visitar una especie de manantial termal que brotaba a borbotones en una ladera hacia el Guadalquivir.

Estos manantiales en su día fueron célebres. Todo solía ser famoso si podemos dar crédito a la tradición local. Todo era mejor en otros tiempos, y cuando éramos más jóvenes admirábamos y respetábamos ese gran mundo que ahora miramos con bastante desdén.

Sean como sean los relatos que pueden contar los viajeros acerca de España, hay un hecho indiscutible, y este es que se trata de la “soleada España”. Puede soplar el viento y nevar y hacer un frío terrible cuando le apetezca; pero considerándola en su conjunto es una tierra muy soleada. Yo he pasado semanas sin ver nada que realmente se pudiera llamar una nube. Cirros y arrebóles demasiado delicados y transparentes como para dar sombra, se extienden por el cielo al atardecer, celestiales mundos de éter se dejan ver por la mañana si uno se levanta a tiempo de contemplar las imperceptibles gotas de rocío evaporarse de la escasa hierba.

# AUTORES DEL SIGLO XX

## AUTORES DEL SIGLO XX



ORCERA

## LAURIE LEE (1935)

Poeta y novelista nació en Stroud, Gloucestershire en 1914. Educado en la escuela del pueblo hasta los de quince años edad dejó sus estudios para convertirse en recadero mientras aprendía a tocar el violín. En su adolescencia Lee había comenzado a escribir poemas. Con veinte años se trasladó a Londres y estuvo trabajando como peón de albañil durante un año para con posterioridad emprender viaje a España y el Mediterráneo oriental. Durante este tiempo conoció a una dama que le ayudó económicamente y que se hizo cargo de sus estudios de Letras en la universidad. Trabajó como periodista y guionista antes de dedicarse por entero a su labor como poeta y novelista en 1951.

Autor entre otras obras de una conocidísima trilogía autobiográfica *Cider with Rosie* (1959), *As I Walked Out One Midsummer Morning* (1969)<sup>77</sup> y *A Moment of War* (1991) donde narra su vida en su pueblo natal, su viaje a Londres en busca de fortuna y su visión y experiencias en la Guerra Civil española. Autor también de *A Rose for Winter* (1955) en la que narra su visita a España quince años después de su primer viaje. *As I Walked Out One Midsummer Morning* (1969) recoge sus experiencias en la España de 1936, cuando, desde Vigo al Mediterráneo, tocando el violín, recorrió un país amenazado por la guerra. De esta obra he seleccionado un texto en el que se describe su paso por Sierra Morena.

---

<sup>77</sup> LEE, L. *As I Walked Out One Midsummer Morning* Penguin, Middlesex 1969.





PUENTE DEL BALNEARIO (MARMOLEJO)

## UN VIOLINISTA Y UN VAGABUNDO EN DESPEÑAPERROS

Unos cuantos días después, en un pueblo al sur de Valdepeñas me topé con Romero, un joven vagabundo al igual que yo, que llevaba sus pertenencias envueltas en un atillo hecho con un trozo de lona y me explicó que él estaba en la carretera por cuestiones de salud. Cuando escuchó lo que yo estaba haciendo abrió los brazos y dijo que eso era lo que él quería. Vendría conmigo a cualquier sitio, dijo, recolectaría el dinero mientras yo tocaba, andaría pidiendo comida para mí y me enseñaría el país.

Como yo había estado solo durante bastante tiempo, esto me pareció una buena idea, así pues ambos salimos del pueblo juntos –Romero dando saltos a mi lado, hablando de maneras de ganar dinero, presumiendo de su espectacular habilidad como cocinero, de los distintos trucos que sabía para sacarles aves a los granjeros y del modo de mendigarle a las monjas en los conventos. Él era un joven muy atractivo, ingenioso y sin escrúpulos y pensé que tenía algunas cosas útiles que enseñarme. La primera noche acampamos en una era –un círculo de piedras en mitad de un campo– y tumbados uno al lado del otro bajo una sola manta contemplando como se iba escondiendo un enorme sol rojo. Yo todavía recuerdo aquel momento: el inmenso sol en el horizonte y la silueta de un jinete que pasaba lentamente delante de él, con Romero cuchicheando y liándome cigarrillos y su calidez mientras la noche se iba haciendo cada vez más fría.

El placer que yo sentía en su compañía duro aproximadamente tres días, luego se fue agriando y enseguida se atenuó. Ya no podía imaginarme como príncipe de la carretera, el caminante solitario que mi imaginación prefería. Yo había desarrollado un intenso placer interior provocado por la vanidad de la soledad y la presencia de Romero me lo cortaba de forma radical. Además era lento y holgazán, siempre

estaba lloriqueando pidiendo vino y quejándose de sus pies. No había la menor duda de que él detestaba caminar y después de una milla más o menos se tiraba al suelo y pataleaba como un niño chico; así pues, un día después de comer, mientras que él estaba durmiendo a uno de los lados del camino, le puse un poco de dinero en el zapato y me fui dejándolo allí.

Fue un alivio extraordinario estar otra vez solo y me dirigí a las montañas tan rápido como pude. Pero él se debió despertar justo después ya que enseguida escuché un grito en la distancia y allí estaba él, persiguiéndome completamente enfurecido. Durante el resto del día lo fui viendo en la distancia, una figura pequeña avanzando con dificultad, con la cabeza gacha y completamente decidido, correteando con indignación levantando una polvareda. Ya que me sentía a la vez culpable y perseguido, aceleré el paso y gradualmente él se quedó atrás. Hubo un último grito, como si se hubiese tratado de una esposa abandonada, y nunca jamás volví a verlo.

Luego llegué a Sierra Morena –una más de estas murallas que se extienden de este a oeste cruzando España y que dividen a sus gentes en razas diferentes. Por detrás me dejé Castilla la Vieja y el Gótico norte; de aquí en adelante, la Sierra y el indefinible embrujo de Andalucía.

Un campesino me paró en las estribaciones (en su rostro apareció una punzada de dolor al contemplar mis pies extenuados por el camino) colocó mis atillos en su mulo, me dio una vara y me dijo que me enseñaría el camino para subir la montaña. Fuimos ascendiendo durante tres horas por veredas de cabras tan empinadas como escaleras que llegaban hasta todo lo alto a través de un desierto de rocas –una inmensa jungla de rocas tan grandes como casas, que parecía que habían sido arrojadas por gigantes. El mulo y yo íbamos dando traspiés, pero mi guía iba subiendo delante de nosotros, con pies ligeros, sin mirar hacia atrás. Algunas veces él movía la cabeza mirando los peñascos y se refería a los bandoleros. Alguna que otra vez vimos un cabrero sentado atezado y solitario.



Por fin nos fuimos abriendo paso entre los picos y llegamos a una explanada cubierta por la niebla en la que soplaban un viento helado. Éste era el pueblo de mi compañero –un grupo de casuchas de ruda piedra primitivamente redondeadas de las que colgaba el musgo. Unas cuantas ovejas con aspecto de estar enfermas, con las costillas como radiadores y que entraban y salían de las casas.

Cuando las gentes se dieron cuenta de nuestra llegada todos se juntaron en medio de la niebla y esperaron a que mi compañero les explicara quién era yo. Después de hacerlo con bastante brevedad, lo mejor que él pudo, me dieron un poco de pan y requesón. Luego, con una débil disculpa, mi guía sacó el violín de su funda y me lo entregó con delicadeza, como si de un cabritillo recién nacido se tratase. Yo ahora ya estaba acostumbrado a este tipo de recepción –el ritual del regalo de comida seguido por el ofrecimiento del instrumento y un silencio lleno de expectación.

Recuerdo a los lugareños mientras estaban escuchando, con las mantas agarradas a sus gargantas, y con gotas que le cubrían las cejas. Yo tenía la sensación de estar con lo que quedaba de un clan perdido de la Escocia del siglo diecisiete durante uno de sus momentos de recuperación entre la hambruna y la masacre, los niños por allí con los pies descalzos en charcos de rocío, ancianas envueltas en sus rancias zamarras, y los hombres bajos y greñudos cuyos estrábicos rostros parecía que expresaban algo entre una sonrisa y un gruñido.

Cuando terminé de tocar me llenaron la botella de vino y me metieron en el bolsillo un trozo de queso tan duro como una piedra. Luego nos despedimos y los dejé en el filo de la explanada como zarzales movidos por el viento.

Al sur de la sierra la neblina se desvaneció y me encontré con un tipo de calor completamente nuevo, brutal e intenso, impregnado del olor de otro continente. Cuando bajaba la montaña este calor se fue haciendo sofocante, empujándome con ráfagas de arena de modo que continué caminando medio ciego con la lengua tan seca como una algarroba, una vez más obsesionado con la sed. Estos fueron

días en los que soplaban un siroco que ponía los nervios de punta y que no presagiaba nada bueno con los campesinos embozados hasta los ojos, durante los cuales me mordió un perro enloquecido que tenía los ojos amarillentos del color de la gasolina. Las laderas meridionales de las sierras estaban peladas por el viento, secas como un herrumbrado horno, pero abajo a lo lejos en el valle, serpenteando lentamente entre el verdor, pude ver por fin el Guadalquivir bordeado por árboles. Contemplado desde las vertiginosas alturas era como el espejismo de un río, que yo recuerdo haber descrito en un breve ripio:

*Rinsed sweat from the bare Sierras  
Courses a curled furrow in the dust  
A sun-dazed wandered  
Staggering to the sea...*

Cuando llegué al río a la puesta de sol me di cuenta de que era rojo y no verde –agua roja poco profunda que corría entre riberas de tierra rojiza bajo un cielo intensamente escarlata, con rebaños de rojas cabras que se acercaban a beber levantando nubes de polvo bermellón. Niños desnudos con los cuerpos como peniques de cobre, salpicaban en el brillante barro, y todo alrededor se podía ver el rico y bien irrigado valle: relucientes eucaliptos, campos de higueras y melocotoneros, huertas plantadas de ciruelos bordeados por pitas y chumberas y gran cantidad zarzas a lo largo del camino llenas de enormes moras que fui cogiendo y comiendo para cenar.

Al entrar en la región andaluza atravesando campos de melones madurando, vi los primeros rasgos de las gentes del sur: hombres con sombreros cordobeses, camisetas azules, rojas pretinas y muchachas con provocativas facciones morunas en sus rostros. Los pueblos tenían nombres árabes –Andújar, Pedro Abad– y un aire de anarquía orgullosa aunque apática. En la plaza principal de uno de ellos, completamente expuestos ante la gente, vi a dos prisioneros en una especie de jaula de

hierro, fumando alegremente sus cigarrillos, echando bocanadas de humo a través de los barrotes y gritando obscenidades a los viandantes.

En este punto del camino yo podría haber continuado hacia el sur hasta Granada que se encontraba a unos dos o tres días de distancia. En lugar de eso, giré hacia el oeste siguiendo el Guadalquivir, decisión que hizo que mi viaje se alargase durante unos cuantos meses más. Algo que me llevó hacia el mar por el camino más largo y que afectó a todo lo que me ocurrió con posterioridad.



## P. JOHNSTON-SAINT (1946)

Autor de *Castanets and Carnations*<sup>78</sup> Londres 1946 P. Johnston-Saint viajaba desde Francia por las costas levantinas en compañía de su primo Drake<sup>79</sup>, un joven americano soltero y adinerado que vivía en París. La intención de ambos era llegar a Sevilla para ver las procesiones de Semana Santa y también para descubrir personajes típicos como toreros y gitanos. Viajaron entre Córdoba y Granada pasando por Jaén y una vez en Granada decidieron continuar hasta Málaga y Ronda en dirección a Sevilla. El grupo formado por *Helen, Anne, Tony* y *Jonhston-Saint* en su viaje a Madrid tomó la ruta de Córdoba, Bailén y Valdepeñas.

---

78 JOHNSTON-SAINT, P. *Castanets and Carnations* Heath Cranton Limited, London 1946.

79 Como se puede leer en Ruiz Mas, J. *Libros de Viajes en Lengua Inglesa por la España del Siglo XX*, 'Irónico nombre de quien precisamente terminará enamorándose de todo lo nuestro', p. 113.





SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA VILLA (MARTOS)

## PERDIDOS POR EL CAMINO

A la mañana siguiente salimos de Córdoba rumbo a Granada. Yo había intentado tomar la carretera principal hasta Bailén que sigue el Guadalquivir y pasa por Andújar. En Bailén nos dirigiríamos al sur hacia Jaén y luego desde allí a Granada. Pero en Córdoba conocí a un viajero quien declaró que conocía muy bien toda la zona y que me recomendó ir hasta Jaén por la ruta que atraviesa Castro del Río, Baena y Martos. Me dijo que la carretera era *maravillosa* y que la propia ciudad de Jaén era muy bonita y que bien merecía una visita. Así pues nos decidimos a seguir su consejo, sin preocuparnos de llevar comida puesto que pensamos comer en Jaén.

La carretera no tenía nada de particular e incluso en algunos tramos estaba muy llena de baches. Justo después de pasar por Baena nos perdimos. Me estaba cansando un poco de conducir kilómetros y kilómetros por caminos intrincados y polvorientos y echaba de menos la presencia de Carlos para que nos ayudara preguntando cuál era el camino adecuado para llegar a nuestro destino. Parecía que sólo había dos respuestas en lo que al tema de carreteras se trataba en esta parte de Andalucía y ambas parecían estar pensadas para crear confusión. Si lo que preguntábamos era: ¿Es esta la carretera a Jaén? La respuesta es: "Sí". Esto hasta cierto punto es verdad, ya que muchas carreteras parece que finalmente llevan a Jaén, al igual que ocurre con Roma. Pero la persona que pregunta presumiendo de que él hará la pregunta con más cautela y dice: "¿Cuál es la carretera a Jaén?" Es probable que obtenga la misma respuesta que obtuvimos nosotros. "Todo recto –siga la dirección de su nariz–". Todo eso estaba muy bien. Pero las narices, como suele ocurrir con las narices, puede que no estén en el mismo plano del meridiano. En este caso uno corre el riesgo de moverse en una espiral logarítmica o una especie de camino sinuoso alrededor del lugar que uno está buscando, sin poder alcanzar-

lo de ningún modo. Además, como ni la más recta de las narices tiene propiedades magnéticas y tampoco tiene ningún tipo de polaridad uno sería completamente incapaz de corregir cualquier desviación accidental de tu camino debido a la desviación o a fallos de cálculo de orientación. Los siniestros tártaros que aplastan las narices de sus niños porque piensan que es de tontos que la nariz de un hombre le obstruya la luz, no tomarían en cuenta las indicaciones y no podrían entender ninguna de las indicaciones que les dieran los lugareños de esta zona.

Finalmente pudimos volver a encontrar nuestro camino y ya que deseábamos estar doblemente seguros nos detuvimos en un cruce y entré en una casa pequeña que había allí cerca para hacer averiguaciones. Me sentí agradablemente sorprendido de encontrarme allí a un encuadernador que estaba haciendo su trabajo. ¡Es como esperar encontrarse a un maestro de baile en Tebas!

Paramos en Jaén para almorzar. Esta ciudad, situada en la ladera del Monte Jabalcuz, en cuya cumbre se encuentra un antiguo castillo árabe, tiene una catedral renacentista particularmente bonita. Primero nos acercamos a una posada donde tomamos un almuerzo bastante malo; debe haber sido en verdad un almuerzo bastante horrible ya que nos ha hecho a todos decir lo mismo. Luego decidimos buscar las bellezas de las que mi amigo viajero en Córdoba me había hablado y que, de acuerdo con lo que él dijo, merecían una visita prolongada. Pero llegamos a la conclusión de que era una ciudad fea con unos alrededores feos. De todas formas, al ser a Santa Lucía a la santa a la que se le encomienda la claridad de visión, por la misma razón de que Santa Apolonia es la patrona de los que sufren dolores de muelas, San *Genou* de gota, Santa Ágata del pecho y así sucesivamente, le rogué a Santa Lucía que purgara nuestros ojos con "eufrasia y arrepentimiento" para así poder contemplar las bellezas de Jaén. Pero todo esto fue en vano. Los otros estaban un poco desconcertados como si ahora nos hubiéramos encontrado con algo inusual. Pero el panegírico del lugar que había hecho mi amigo viajero no me pilló por sorpresa. Cuando la tierra sea completamente plana con la forma de una



torta y Jerusalén esté en medio de ella; cuando un crítico aprenda modestia y un aristócrata advenedizo viaje sin las cosas que denotan su rango; cuando nuestras tías solteronas dejen de murmurar; cuando una viuda pechugona rehúse una segunda oferta, un político un ascenso o un abogado un caso; cuando el patriotismo y la gratitud dejen de ser sonidos huecos; cuando la fama sea consecuencia del mérito y la recompensa sea consecuencia de la virtud, entonces los viajeros podrán confiar en los informes y documentos de otros y entonces Jaén será una de las ciudades más bellas, y entonces Helen, Anne y yo estaremos tentados de pasar unos cuantos días explorando sus hasta ahora desconocidos encantos.

Visitamos la catedral y estábamos volviendo cuando nos adelantó una carroza en la que iba un sacerdote, que le llevaba el viático a algún moribundo. Las personas con las que se iba cruzando en la calle se arrodillaron y se santiguaron. Yo me pregunté cuántos médicos habría aquí en Jaén. Me acordé de que no estábamos demasiado lejos de La Mancha donde hubo una vez un célebre médico que solía visitar a sus pacientes con una bolsa de recetas colgada del brazo. Cuando él se quedaba satisfecho con los síntomas, metía la mano en la bolsa y sacaba una receta que le daba al paciente mientras le decía: "Que Dios te dé suerte amigo mío"

La carretera entre Jaén y Granada es bastante pintoresca. Corre a lo largo de valles al lado de ríos y serpenteando por entre las montañas. Es también una carretera muy buena para los vehículos a motor y aunque había muchas vueltas y revueltas, el firme era bueno y la conducción muy cómoda.

## SIERRA MORENA GUARIDA DE BANDOLEROS

Después de pasar por Córdoba llegamos a Bailén, donde giramos hacia el norte en dirección a Madrid. La Carolina fue el siguiente pueblo que atravesamos. Aquí el paisaje, como lo vimos en esta época del año, era francamente bonito. El cielo de un color azul intenso hacía un magnífico contraste con la fértil y rica tierra de labor. Atravesamos avenidas de acacias y pasamos por campos recientemente sembrados de cereales y entre viñedos y olivares. Luego un poco más adelante nos dejamos atrás nuestra querida Andalucía y entramos en Castilla La Nueva. [...] Fuimos subiendo cada vez más arriba atravesando la Sierra Morena por el impresionante y agreste desfiladero conocido como el Puerto de Despeñaperros, uno de los lugares más impresionantes de toda España. En una época, no hace mucho tiempo, toda esta zona era una guarida de *bandoleros* y cuando contemplamos el paisaje que nos rodeaba no me habría sorprendido en absoluto si hubiésemos oído algo de ellos otra vez. Nos cruzamos varias veces con la *Guardia Civil* como siempre cabalgando en parejas. Con sus uniformes grisáceos con sus vueltas rojas, sus curiosos tricornos y su equipo de cuero de color amarillo brillante ellos añadían un toque de pintoresquismo al agreste paisaje y nos servían para hacernos recordar que un *bandolero* o dos puede que aún estén merodeando por entre las rocas esperando una oportunidad favorable para saltar sobre algún viajero solitario desprevenido.

Una vez que estábamos en Sierra Morena nos dejamos caer hacia Venta de Cárdenas. Ahora estábamos en la inhóspita y desolada zona que Cervantes conoció tan bien. Fue en la Venta de Cárdenas donde Don Quijote fue a cumplir su penitencia acompañado por su siempre fiel Sancho. Aquí nos encontramos con un grupo bastante numeroso de la *Guardia Civil*. Con sus carabinas a la espalda y la feroz expresión que se podía ver en sus rostros, parecían en verdad dispuestos a enfrentarse a cualquier partida de *bandoleros* que pudiera aparecer en la escena.

## GERALD BRENAN (1949)

Nacido en Malta en 1894 se crió en un pueblo bastante aislado. Ya en su juventud tomó parte durante más de dos años en la Primera Guerra Mundial y le fue otorgada la cruz al mérito militar. Unos años después de finalizada la guerra, Brenan con la energía de su juventud, una limitada paga del gobierno y un ingente cargamento de libros, se instaló en Yegen, un pequeño pueblo de la Alpujarra granadina en el límite con la provincia de Almería dispuesto a cultivarse para luego poder dedicarse a escribir puesto que era consciente de sus limitados conocimientos: “Yo cuando era joven no me gustaba la escuela. Yo quería ser explorador y recorrer todos los países de la tierra. Me atraían, sobre todo, los desiertos, y sólo leía libros de viajes”<sup>80</sup>. En su adolescencia, Brenan había leído los libros de George Borrow y descubrió la poesía de Shelley, la obra de Hardy y *The Autobiography of a Super-Tramp* (1908) del poeta W. H. Davies<sup>81</sup> obra en la que vio la posibilidad de viajar sin dinero y el enriquecimiento que prometía la vida errante. Con sólo 15 años estaba decidido a fugarse y ser vagabundo, y como él mismo apunta: “Un día se me metió en la cabeza la idea de ir a la China”. Con 17 años su deseo era huir del futuro que le había programado su padre y de todos los convencionalismos occidentales que tanto le ahogaban. Autor de varias obras de tema español: *The Spanish Labyrinth* (1943); *The Face of Spain*<sup>82</sup> (1950); *The Literature of the Spanish People* (1951); *South from Granada* (1957) *Personal Record (1920-1972)* (1974) y *Thoughts in a Dry Season* (1978), obras todas ellas traducidas al español con posterioridad. Es de su libro *The Face of Spain* de donde hemos escogido un pasaje en el que Gerald Brenan describe

---

80 En una entrevista concedida al periodista y escritor Eduardo Castro (1986) *Al Sur del Laberinto* Litoral p. 41.

81 En Abrams, Sam (1986) “Aproximación a la vida de Gerald Brenan” *Al Sur del Laberinto* Litoral p.29.

82 BRENAN, G. *The Face of Spain* 1950.



Despeñaperros mientras se traqueteaba en el tren que lo llevaba junto a su esposa desde Madrid a Córdoba en febrero de 1949. El terror al bandolero aún seguía vivo en la mente del autor como queda de manifiesto en el siguiente texto:



## DESPEÑAPERROS

“... Mientras hablábamos estábamos saliendo de la meseta de la Mancha a una zona distinta. Comenzaron a rodearnos colinas de un verde salvia, con cumbres de rocas blanquecinas, –al principio una a una o dos a dos y a poca distancia de la carretera–, como si estuvieran preparándonos para el cambio que se avecinaba, luego nos fueron rodeando formando inmensas montañas. En el aire tan puro, las rocas brillaban levemente y las zonas donde crecía la retama, que los campesinos españoles llaman *“novia de los pastores”*, hacían que se vieran manchas amarillas en las laderas de un verde grisáceo. De repente, mientras avanzábamos lentamente por un pequeño desfiladero, el tren comenzó a moverse con más velocidad y cuando miramos hacia afuera vimos que estábamos bajando por un empinado valle lleno de hierba. Escarpados precipicios y rocosas cumbres donde crecían encinas y pinos piñoneros se levantaban a ambos lados, alzándose unos sobre otros en lejano retroceso. En un instante todo el panorama había cambiado, se había transformado lo estático y clásico en algo pintoresco y romántico. Nos encontrábamos en Despeñaperros, el único paso en el muro de trescientas millas que supone Sierra Morena.

Sali al pasillo a contemplar la vista y el doctor se vino conmigo.

‘¿Es cierto –pregunté– que hay bandoleros en la sierra?’

‘Desde luego que hay, contestó, todas esas rocas y picos que usted ve están repletos de ellos. Algunos los llaman Maquis, pero le doy mi palabra de que no son más que bandidos y asesinos. Cuando quieren comida bajan de los montes para asaltar cortijos y luego disparan a todo el que ven. No respetan a nadie. Si, como fingen, buscaran a sus enemigos personales y políticos yo los respetaría. Uno sabe cuando se encuentra con alguien que está luchando por sus ideales: o lo matas o

te mata a ti, pero la lucha es limpia. Pero estas gentes no. No tienen ideales, matan por dinero y por que son sanguinarios.'

¿Hay muchos?

Su número varía. Algunas veces hay sólo unos pocos y otras hay miles. Cuando la policía los coge en un lugar éstos se trasladan a otro. Viajan a sus anchas y los pueblos están llenos. Mientras que están en los montes viven en cuevas y disparan desde detrás de los arbustos a los Guardias Civiles que intentan acercarse. Luego hacen incursiones en los cortijos y los pueblos y se llevan el ganado y los cerdos. Como asesinan a todos los terratenientes o administradores que pueden coger, las fincas no están vigiladas y la agricultura se resiente. Tienen aterrorizado a todo el valle del río por encima de Córdoba.

'Esta es la zona típica del bandolerismo español' apunté. José María se hizo famoso aquí hace un siglo.

'Sí, pero estos no son *caballeros* como José María', insistió el doctor. 'Ellos matan, matan y matan'. Y no defienden a los pobres contra los ricos como él hizo. Roban para sus propios bolsillos.

Habíamos dejado atrás el desfiladero y habíamos entrado en una zona de onduladas colinas plantada de olivos. Pronto vimos a nuestra izquierda un río lento y turbio bordeado por tamariscos y adelfas: era una de las cabeceras del Guadalquivir. Vincas y caléndulas amarillas estaban en flor en los setos y los cortijos por los que pasamos estaban muy blancos y limpios con sus macetas de geranios y sus *rejas* de hierro. Por todas partes vimos caballos, mulos, burros y niños harapientos. No necesitamos que nadie nos dijera que estábamos en Andalucía."

## SACHEVERELL SITWELL (1950)

Hermano de la célebre poetisa inglesa Edith Sitwell<sup>83</sup> (1887-1964), y del también escritor Osbert Sitwell (1892-1969), Sacheverell Sitwell (1897-1988), siguió fiel a la tradición familiar de excentricidad y genio literario. Los tres hermanos crearon un grupo literario y artístico que rivalizó con el grupo de Bloomsbury. Sacheverell escribió poesía y novela, pero es conocido por sus obras de crítica de arte y sus libros de viaje: *Southern Baroque Art*, 1924; *German Baroque Art*, 1929; *The Gothic North*, 1929; *British Architects and Craftsmen*, 1945. *Spain*, 1950; *Denmark*, 1956; *Golden Wall and Mirador*, 1961 y *Great Temples of the East*, 1963. Sacheverell Sitwell también publicó una serie de biografías entre las que se encuentran *Mozart*, 1932; *Liszt*, (ed. rev.), 1955.

El autor dice que el libro *Spain*<sup>84</sup>, publicado en Londres en 1950, es el resultado de muchos viajes a España. El primero tuvo lugar entre marzo y abril de 1919, inmediatamente después de finalizada la Primera Guerra Mundial. En 1926 volvió después de un viaje a Portugal, y al año siguiente, cuando regresaba de Marruecos. Pero fue durante las primaveras de 1948 y 1949 cuando recorrió España completamente y apunta que sólo le quedaban por ver las ciudades de Huesca, Pamplona, Morella y Tarazona. Durante estos dos últimos viajes Sacheverell Sitwell gozó de la hospitalidad que le fue ofrecida en la red de Albergues y Paradores de la Dirección General de Turismo (entonces dirigida por Luis Bolín, a quien dedica el libro).

---

83 Datos biográficos obtenidos en [www.infoplease.com](http://www.infoplease.com).

84 SITWELL, S. *Spain* B.T. Batsford Ltd. London 1950.





IGLESIA DE SANTA CRUZ (BAEZA)



## UN RECORRIDO IMAGINARIO POR ÚBEDA Y BAEZA

Otros dos pueblos que desearía visitar son Baeza y Úbeda. Estos se encuentran a sólo ocho kilómetros de distancia en todo lo alto de las colinas rodeadas de olivares y cerca del pueblo minero de Linares donde Manolete encontró la muerte en 1947 en la plaza de toros. En ambos pueblos se pueden ver infinidad de edificios de comienzos del Renacimiento y en un viejo palacio de Úbeda se ha abierto el Parador Nacional del Condestable Dávalos, siguiendo las mismas líneas de otros Paradores que ya hemos descrito en estas páginas. Baeza, por lo que he visto en fotografías, debe tener infinidad de fachadas platerescas y renacentistas; mientras que Úbeda tiene fuentes renacentistas, antiguas iglesias y Baeza, un viejo palacio (de los Condes de Benavente) en lo que podríamos denominar el estilo "aristocrático" de Guadalajara, enormes contrafuertes a cada uno de los extremos con capiteles con forma de palmera que se convierten en balcones o *miradores*, una fachada con sillares de piedra (al estilo del almohadillado florentino) (cortadas de forma poliédrica,) ventanas góticas y una larga *loggia* o *mirador* de arcos abiertos, un palacio digno de Juan Güas y construido, sin lugar a dudas, bajo su influencia.

## LA VIRGEN DE LA CABEZA

Y ahora nos encontramos en la zona en la que se lleva a cabo una de las más espectaculares de las Romerías. A finales de abril y a comienzos de septiembre hay una romería al santuario de la Virgen de la Cabeza en Sierra Morena pero a poca distancia de Úbeda. Un gran número de pueblos y aldeas llevan a cabo preparativos para el peregrinaje y familias enteras y grupos de amigos toman parte. Ellos salen a caballo y en cualquier tipo de vehículo desde lugares que a veces se encuentran a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia hasta la empinada cuesta en la que se encuentra el Santuario y acampan la noche antes en las laderas del monte por debajo de sus muros. Se pueden ver en todo su esplendor los *majos* y *majas* de Andalucía, equivalentes meridionales de los *charros* y *charras* de León y de Castilla la Vieja. Trajes de gitana de lunares y volantes para ellas, sombreros cordobeses, chaquetas cortas y pantalones ajustados, para los caballeros. Durante toda la noche, hasta hasta el amanecer hay música y baile. A la mañana siguiente hay una procesión de una imagen de la "Morenita" coronada y llena de joyas, en medio de un redoblar de tambores, de la tremolación de los estandartes de las *cofradías*, y el canto de diversas *coplas*. El Santuario de la Virgen de la Cabeza fue destruido casi completamente durante la Guerra Civil, pero se ha reconstruido y se le ha añadido un Parador. La principal atracción de la Romería es la incomparable belleza del paisaje en la que tiene lugar. Es una de las zonas más agrestes de Sierra Morena. Ciervos, lobos, jabalíes y linceas deambulan por los bosques y por los pedregosos riscos y hay testigos que dicen haber visto la *Capra hispánica*, el ejemplar de caza mayor más raro y escaso de todos.

## MACKINLEY HELM (1952)

Educado en las Universidades norteamericanas de Idaho y Princeton y en Cambridge (Inglaterra), se doctoró en Harvard en 1932. Autor de varios libros, entre ellos *Angel Mo' and Her Son*, *Roland Hayes*; *John Marin*; *Modern Mexican Painters*; y *Journeying Through Mexico*. Helm es una de las principales autoridades en arte mejicano. Como escritor de libros de viaje, aparte del citado sobre Méjico, escribió *Spring in Spain*<sup>85</sup>, publicado en Nueva York en 1952. Obra de suma importancia para toda persona que planease un viaje a España, incluye minuciosos detalles de hoteles, gastronomía, vinos y todo cuanto el autor experimentó recorriendo gran parte del país. Sus referentes históricos sobre los Reyes Católicos, Cristobal Colón y Fray Junípero Serra, fundador de las misiones en California, muestran todo lo que el Nuevo Mundo le debe a España. *Spring in Spain* es una obra que transporta al lector a España. Su lectura hará que se adentre en sus museos, en los trabajos de sus poetas y pintores, su religión y que conozca a los españoles de antaño y los que hoy transitan por sus calles. En lo que respecta a la provincia de Jaén, he seleccionado un texto en el que MacKinley Helm hace un detallado recorrido por Úbeda y Baeza.

---

85 MacKinley Helm *Spring in Spain*, Hartcourt, Brace and Co. New York. 1952.





IGLESIA DE LAS CARMELITAS (BEAS DE SEGURA)

## ÚBEDA Y BAEZA: LAS HERMANAS OLVIDADAS

*“Úbeda y Baeza, ciudades hermanas que se encuentran recostadas sobre colinas gemelas en el centro de la provincia de Jaén, cerca del extenso espolón formado por la confluencia de los ríos Guadalimar y Guadalquivir, ... son recintos evocadores que aún mantienen un arte que se fusiona con austeridad, elegancia y lujo y las fórmulas espirituales de algo que es a la vez Andaluz y Castellano. Juntas forman el artístico Desfiladero de Despeñaperros –entrada a Castilla la Vieja, y puerta castellana a Andalucía.”*

De este modo comienza, traducido por mí de forma un tanto parafraseado, un ensayo lleno de lirismo escrito por el señor don Rafael Láinez Alcalá acerca de dos fabulosas ciudades renacentistas que han permanecido hasta nuestros días prácticamente desconocidas para los extranjeros. Los arquitectos y los historiadores que se han aventurado a desviarse unas veinticinco millas de la carretera general que une Madrid y Granada para estudiar los vestigios de las sociedades antiguas han encontrado restos cartagineses y romanos de Aníbal y de su amado Asdrúbal y del numantino Escipión. Un historiador español comenta haber escuchado con sus propios oídos en Baeza, como si se hubiese recitado a partir de los titulares de ayer, la imborrable leyenda de Imilce, la madre cartaginesa, que arrojó a sus hijos a las llamas cuando Escipión conquistó de forma inesperada Cartago Nova, un acontecimiento que tuvo lugar en el 209 a.C.

Estas dos ciudades gemelas afirman haber sido evangelizadas por los apóstoles del siglo primero de nuestra Era. Posteriormente, los guerreros visigodos las convirtieron en cuarteles generales para los ambiciosos proyectos que contemplaban la colonización de extensas zonas meridionales. En la época musulmana, Úbeda era un puesto de avanzada para Baeza, luego se convirtió en un pequeño reino. El Cid,

héroe del siglo XI de los primeros Cantares de épica españoles, enigmático defensor de moros y cristianos –y de su propia integridad y por siempre jamás– derribó las puertas de estas dos ciudades musulmanas en una de sus incursiones a favor de los cristianos desde su propio reino del sur. De acá para allá, entre moros y cristianos, las dos hermanas se hicieron famosas en baladas y romances medievales hasta que finalmente la espada de San Fernando las conquistó, una tras otra; Baeza el día de San Andrés de 1227 y Úbeda el día de San Miguel de 1234. Los moros que lograron sobrevivir huyeron a Granada.

Aparte del ensayo del Señor Laínez Alcalá, lo que sabía de Úbeda y Baeza era muy poco. De todas formas, sabía que eran intemporales, una característica que me atrajo con fuerza. El mapa de carreteras oficial decía que estaban a unas sesenta millas desde el Santuario de la Virgen de la Cabeza. Por teléfono reservamos habitaciones en un palacio renacentista, algo que se da por hecho en una ciudad como Úbeda. Así pues finalizamos nuestro retiro en la montaña a eso de media mañana y nos despedimos de los sacerdotes y de la Virgen cuando la espesa niebla se levantó. Nos detuvimos unos cuantos minutos en un *albergue* del gobierno en las afueras de Bailén, lugar de una gran victoria española en la guerra contra los franceses, y en honor a los valientes campesinos lugareños de los que habla la historia, nos tomamos una jarra de algo que un amable camarero llamaba un *martini*. Por la carretera pasamos por las minas de azogue de Linares, donde el genial Manolete encontró la muerte en el momento de la verdad en la plaza de toros y llegamos a Úbeda lloviendo a tiempo para tomar un opíparo almuerzo en el suntuoso Parador Condestable Dávalos.

Habría descrito nuestro alojamiento como un oasis dentro de una ciudad amurallada y sin vegetación a no ser porque un oasis sugiere sol y calor así como una exuberante flora, y el sol rara vez se dejó ver durante nuestra visita y el calor brilló por su ausencia, aunque tuvimos un bonito brasero en medio de nuestra habitación. Llamado en memoria de un noble de la *edad media* local, el parador

de turismo perteneciente al gobierno, era el palacio de un canónigo Renacentista, don Francisco de los Cobos, deán de Málaga y durante algún tiempo, primer secretario del emperador Carlos V. Un balcón de esquina que había en nuestras habitaciones se asomaba a la Plaza de Santa María, sin lugar a dudas el lugar más evocador que el Señor Láinez habría visto en la ciudad: ya que la plaza está rodeada por tal cantidad de joyas arquitectónicas que podría haberse pensado que se trataba de una plaza Capitolina en Roma. El propio San Fernando entró en la plaza atravesando *aquella* puerta el día de la Reconquista española, nos dijo el botones mientras abría los postigos del balcón y señalaba la lluvia. Él se dirigió derecho a la iglesia que hay al fondo. Se trataba por supuesto de una mezquita, como podemos ver ahora.

La lluvia nos hizo que no pudiésemos salir, pero después de desayunar a la mañana siguiente, salimos a la plaza, y mientras permanecíamos boquiabiertos nos saludó un tímido policía quien nos explicó que su jefe le había ordenado que nos mostrara el pueblo. En ningún otro lugar habíamos recibido una cortesía tan oportuna y nos predispuso a preguntarnos si habría algo oculto en la oferta que nosotros no hubiésemos visto. Sin embargo, aceptamos las atenciones del policía –puesto que tampoco veíamos el modo de librarnos de él– y nos colocamos detrás de él en la plaza, que estaban volviendo a pavimentar y desde allí fuimos avanzando entre los charcos en los que ríos de obetenses curiosos se metían hasta el empeine de sus empapadas zapatillas de fieltro sin que pareciera importarles.

La joya de la Plaza Santa María de los Reales Alcázares –como resuena el nombre–, es la mezquita convertida por San Fernando en la iglesia de Santa María. Cuando conseguimos librarnos por un momento de nuestro guía utilizando para ello un Camel de contrabando, entramos desde la calle en un claustro de estilo Gótico tardío y estuvimos leyendo una antigua inscripción que había en una columna:

*Si quieres que tu dolor  
Se convierta en alegría  
No te pases, pecador,  
Sin saludar a María*

Mientras el pavimento de granito crujía bajo nuestros pies. Las torres se pusieron a temblar a nuestro lado, las campanas de las iglesias repicaban de un modo muy poco uniforme, trozos de yeso se nos caían en los pies desde las bóvedas del techo. Mi esposa, con mucha experiencia con los terremotos de California, dio la voz de alarma y recomendó que nos volviésemos. Unas cuantas personas de aspecto lastimoso con ojos llorosos y úlceras en la piel que habían estado haciendo una visita a la Virgen María, corrieron hacia abajo por uno de los laterales y salieron de la iglesia en tropel. Nos agarraron de las muñecas y nos hicieron que nos apresurásemos a salir a la plaza. Por fin, una vez fuera, nos pusimos a hablar del percance. Nosotros ofrecíamos detalles de los terremotos del siglo XX en Norteamérica y ellos dijeron que no había nadie vivo en el pueblo que hubiese conocido un *temblor* en esa zona. Tuvimos la sensación de tener amigos en el pueblo después de haber sufrido con ellos ese seísmo de baja intensidad, y escuchamos el consejo que nos dieron, en un tono de cordialidad, de que esperásemos un día antes de volver a contemplar los elementos artísticos más destacados de la iglesia de Santa María con más detenimiento.

La distribución interior de la vieja mezquita, como pudimos observar al día siguiente, permitió a los que la reconstruyeron en época gótica colocar cuatro filas de columnas y dos naves de capillas. Los sillares de piedra góticos eran preciosos a esa minúscula escala, pero al visitante extranjero probablemente lo que primero le sorprenderá serán las *rejas* que cierran algunas de las capillas. Éstas eran obra de artistas de gran prestigio en su día, tales como Bartolomé de Jaén, autor de la reja de la Capilla Real de Granada, considerada como la reja más bonita de España. Coronando una de esas *rejas*, un bello y enternecedor bajo relieve de bronce, casi a tamaño natural, muestra a la Virgen acompañada por dos damas de alta alcurnia,



explicando a un sorprendido esposo el curioso sentido de su visita con un arcángel que está volviendo al cielo.

A continuación de la iglesia Santa María se encuentra la Casa de los Abades, una importante ruina que se caracteriza por los notables elementos de ornamentación mudéjar de color, junto con restos de esculturas renacentistas y justo después de esta casa se puede ver el palacio renacentista del Marqués de Mancera, Virrey de Perú en los comienzos de la época colonial. La torre del palacio estaba tan llena de grietas que nos maravillamos de que no se hubiese caído durante el terremoto sobre las cabezas de las Siervas de María que ahora la ocupan. Todo el edificio, por esa causa, al igual que le ocurre a otras muchas casas solariegas de Úbeda, está pidiendo a gritos una reconstrucción sistemática parecida a la que se hizo en Williamburg<sup>86</sup>.

La Sacra Capilla del Salvador, que forma ángulo recto con el parador al final de la plaza, fue fundada por don Francisco de los Cobos, secretario del Emperador y constructor del palacio en el que nosotros nos alojábamos. Diseñada por Diego de Siloé, el verdadero arquitecto de la catedral de Granada, esta iglesia fue construida aproximadamente en 1540 por Andrés de Vandelvira, un célebre arquitecto local cuyo nombre aparece vinculado con frecuencia en los monumentos de Úbeda.

Que el secretario del emperador pudiera tener ascendiente incluso sobre los artistas castellanos de mayor renombre se evidencia al contemplar el Cristo que hay en el altar mayor, obra de Berruguete de Valladolid, discípulo español de Miguel Ángel, mientras que la *reja* que protege el altar mayor fue realizada en Toledo. Una puerta inesperadamente colocada en una esquina cerca del altar mayor conduce a una pequeña Sacristía de las más profusamente decoradas de toda Andalucía. La fachada de la iglesia de Nuestro Salvador que da a la plaza, con dos torres laterales y un esbelto campanario, es una obra de refinada elegancia.

---

<sup>86</sup> Williamburg (Virginia) antigua Colonia Británica que se mantiene como hace doscientos años, con 88 edificios originales y cientos de casas reconstruidas a partir de sus antiguos cimientos valiéndose de documentos de la época.

Una obra aún más ambiciosa de Andrés de Vandelvira en la Plaza de Santa María es un monumento cuadrado, de gran tamaño que rivaliza con los del secretario del Emperador –de nombre, don Juan Vázquez de Molina, secretario de profesión del hijo del Emperador y sucesor Felipe II. Este fabuloso palacio, en la actualidad sede del Ayuntamiento, habría quedado perfecto en Florencia, Roma o Ferrara: sus ventanas cuadradas de la planta baja bellamente rodeadas de piedra de un tono pálido, las ventanas elípticas de la planta superior, los muros de las plantas altas destinadas a residencia, presentan elegancia de líneas en su pureza clásica. El *ático* está sostenido por cariátides sin pies de diseño italiano y dos impresionantes linternas rematan cada una de las esquinas por encima de las anchas cornisas. En ningún lugar se puede ver con mayor perfección el Renacimiento italiano en la España de la época.

Lo único que le falta a la plaza para tener un verdadero esplendor principesco es un jardín en flor, podría ser de setos de boj y rosas y sobrios grupos de cipreses. Pero en Úbeda hay muy poca agua, aparte del agua de lluvia, y en estos últimos tiempos ha llovido muy poco, si exceptuamos los días de nuestra visita. Las calles y plazas de la ciudad están empedradas y adoquinadas, a menudo formando diseños parecidos a los mosaicos de Itálica y hay que mirar hacia abajo por encima de los parapetos de la plaza para olfatear lo que ocurre en la tierra, para ver los árboles brotar y florecer y (utilizando un término de Gerald Manley Hopkins) deshojarse en otoño.

La plaza de Santa María no alberga ni mucho menos todos los monumentos arquitectónicos de Úbeda, ni siquiera todos sus especímenes más significativos. Nuestro amigo el policía nos mostró, ese aciago día del terremoto y a la mañana siguiente, muchos otros ejemplos del estilo que los historiadores han dado en llamar “Renacimiento ubetense” debido a su individualidad, su gran variedad y su trascendencia –ya que en fechas posteriores, Úbeda soñó y forjó sus irrepetibles fantasías barrocas, las cuales, debido a que parecen chisporrotear y desprenden destellos con su peculiaridad y encanto, se les conoce como *chisporroteantes*.

La iglesia de San Pablo, en su acabado, sin lugar a dudas uno de los monumentos más cautivadores de la época renacentista, fue comenzada en el siglo XIII en la zona del viejo mercado. Su plano y estructura románicos fueron bastante recargados en siglos sucesivos. Se añadió un presbiterio poligonal en el siglo XIV y posteriormente siguieron capillas Góticas, Platerescas y Barrocas.

Permítanme intentar describir la apariencia exterior de esta pequeña iglesia. El pórtico originalmente Románico nos conduce a la nave principal. Una elaborada puerta gótica comunica con el crucero del sur y junto a esta entrada gótica, un balcón barroco que parece un palco sobresale hacia la plaza de San Pablo –quizás para proporcionar al clero y a los benefactores asientos junto a la plaza para las corridas de toros y para las procesiones religiosas. El alzado occidental es puramente renacentista con ornamentación de coronas de laurel. En una cartela en este muro se puede ver la fecha de 1511 y el blasón del arzobispo Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, quien personalmente honró a San Pablo con una preciosa capilla interior de Renacimiento italiano. (Este ecléctico arzobispo fue también el que llevó a cabo la “periódica” restauración del claustro gótico en la antigua iglesia de Santa María.) Y es tan bella la pequeña reja de hierro en el interior, diseñada por Vandelvira y realizada en hierro forjado por Álvarez de Molina, que este último ha llegado a ser conocido en los libros de arte como el maestro de la *reja* de San Pablo.

La iglesia de San Nicolás, en la parte más alta de la ladera en la que se asienta la ciudad, tiene un pórtico gótico al sur de fecha anterior a la época en la que trabajó el principal arquitecto de Úbeda, pero el pórtico de poniente, que lleva la marca de la recargada genialidad de Andrés de Vandelvira, también lleva una fecha de su época, 1556. La capilla plateresca en la torre y la *reja* que hay delante del altar mayor fueron realizadas (me dijeron) a partir de diseños firmados por Vandelvira.

La última gran obra de este versátil artista –también en la parte occidental de la ciudad– es el Hospital de Santiago, llamado el Escorial de Andalucía debido a su majestuoso diseño y nobles proporciones. Las salas rodean un patio de grandes

dimensiones con columnas de mármol procedente de Génova, una escalera monumental está decorada con pinturas al fresco de estilo manierista. La capilla es suntuosa; y toda la estructura está coronada por cuatro esbeltas torres ornamentadas con brillantes tejas vidriadas al estilo mudéjar.

De todos los palacios renacentistas privados de Úbeda, quizás el de la familia De Vela de los Cobos es el que mejor ilustra la descripción de las ciudades gemelas del Señor Laínez Alcalá como el equivalente artístico de la puerta geográfica entre Castilla y Andalucía, el famoso desfiladero de Despeñaperros. Esta mansión palaciega, que presenta un estilo frío y cálido a la vez, es tan castellana como andaluza, aunque en general tiene un aire puramente renacentista.

Y quizás el más delicioso y alegre ejemplo de edificio doméstico que se pueda contemplar en Úbeda sea la Casa del Díaz Madrid, una armoniosa mezcla de arcos góticos, coronas de laurel renacentistas y bajo relieves platerescos con bustos a tamaño natural según las tendencias figurativas de finales del Renacimiento que están situados en hornacinas a los lados y por encima de ornamentadas ventanas y puertas.

Nunca supe el motivo por el cual habían enviado a nuestro policía municipal a acompañarnos. La ciudadanía, en general con mal aspecto y apariencia de pobreza, y al menos en este momento con una apariencia de ser bastante desdichados debido al frío y a la humedad, no mostraba ningún tipo de animadversión hacia nosotros. Las mujeres raramente se paraban mientras iban correteando –siempre daban la impresión de que fueran trotando a la fuente o al mercado, con sus toquillas mojadas y sus zapatillas de fieltro– caminando demasiado a prisa como para detenerse a mirar nuestras ropas o nuestros rasgos extranjeros. Los omnipresentes grupos de hombres parecían estar hechos de piedra tallada, capaces quizás de pasarse un peso de manera imperceptible de un miembro a otro pero nunca de dar una estocada a una mandíbula amenazante, a un brazo o a un tobillo. Sólo los niños parecían ser sensibles, y nos seguían de forma amistosa justo hasta que el representante de la ley les pedía que se fueran.

Este responsable funcionario, aunque no demasiado bien instruido, se sentía orgulloso de su pueblo y reacio a omitir cualquier lugar de interés de nuestra visita privada. Él llamó a puertas, hizo palmas, sacudió y empujó puertas con candados para conseguir poder entrar a los más populares santuarios aunque estuviesen cerrados. Así él dijo que *nosotros* vimos las reliquias de Santa Teresa en la iglesia de las Carmelitas en la calle Montiel y las reliquias de San Juan de la Cruz en el lugar en el que murió.

Creo que Santa Teresa no habla de Úbeda en su *Libro de las Fundaciones*, aunque ella fundó un convento de Carmelitas Calzadas en Beas de Segura, a unos sesenta kilómetros al noreste de Úbeda, y necesariamente ella debió atravesar los cerros de Úbeda cuando iba de camino desde Beas a Sevilla. La Madre Superiora del convento en Beas era doña Catalina Rodríguez Godínez, una rica y noble dama de mediana edad quien había emulado a su tocaya de Siena –la Santa Catalina que vimos en el capítulo dedicado a Cádiz– estropeando su aspecto en un esfuerzo por evitar un matrimonio no deseado. Ella había logrado esto echándose agua de una fuente y exponiendo al sol su piel mojada. Sus admiradores se sintieron horrorizados cuando le salieron pecas y la joven le dio gracias a Dios llevando una cota de malla en el cuerpo.

Cuando doña Catalina estuvo libre para abrir un convento de monjas a la muerte de sus padres, ella había sido víctima de las siguientes enfermedades: malaria, angina de pecho, hidropesía, cáncer de pecho, tuberculosis, gota, ciática, y una terrible dolencia del hígado que le abría agujeros en su camisola de dormir. Se le practicaron quinientas sangrías, a menudo fue tratada con ventosas y estuvo llena de cicatrices. Su cáncer de pecho fue cauterizado con frecuencia, las heridas de su intervención quirúrgica se las trataron con sal para expulsar los venenos corporales. Pero se recuperó de la noche a la mañana cuando tuvo conocimiento de que un simple viaje a Madrid le permitiría avanzar en su propósito, y subió a la capital en busca de un permiso de la fundadora. Teresa de Ávila llegó justo al poco tiempo –a

comienzos de la Semana Santa de 1575– con algunas de sus monjas de pies descalzos y dio su bendición a la casa de Carmelitas de doña Catalina. La fundación del convento de Úbeda tuvo lugar a los pocos años aunque ya no fue en vida de Santa Teresa.

La celda donde murió San Juan de la Cruz en Úbeda con posterioridad fue convertida en un coro en el *chisporroteante* estilo de los artistas barrocos y sirvió como su mausoleo antes de que sus restos fuesen trasladados a Segovia, donde había sido prior de los Carmelitas Descalzos antes de su desgracia.

Pobre Juan de Yepes, pobre fraile descalzo ¡pobre pajarillo desvalido! Él que sólo deseaba sosiego, fue martirizado e intimidado –por el amor de Dios– por una monja brusca, inquieta y habladora, su ambiciosa coetánea, Santa Teresa. Él que sólo deseó permanecer en la sombra, tuvo que someterse a la influencia de una notable dama, amante del Rey, la Princesa de Éboli. Viviendo sólo por amor, él fue encarcelado primero en Toledo por frailes calzados que le aporrearón de manera aplastante y lo dejaron que se pudriera durante ocho meses en una mazmorra, y luego sus propios hermanos descalzos lo volvieron a encarcelar en una cámara sin ventilación en el oratorio de Úbeda.

Que descorazonadores son los poemas escritos en la fría mazmorra alejado de la belleza del mundo natural en la que San Juan se había encontrado con Dios. En el *Cántico espiritual*, el famoso poema “Noche oscura” él se imagina liberado de la cueva que apeataba a gallinero en la que estuvo obligado a permanecer, y se imagina caminando sobre los blancos lirios de un bosque de cedros de agradable e intenso aroma. Privado de toda luz y de movimiento, él toma al ciervo como símbolo y recorre la ladera de la montaña con él en “Canciones entre el alma y el novio”. Entra en comunión con los pájaros, con los leones, con las ciervas, y con ellos vuela o salta por entre el viento y la lluvia. Atraído como él estaba por la teología de Santo Tomás, que significa Aristóteles, San Juan de la Cruz tenía una personalidad Platónica y colocaba la belleza de Dios por delante de asuntos más mundanos.

Cuando las nubes nos dieron momentáneamente un respiro, nosotros tres fuimos a Baeza tras los pasos de San Juan de la Cruz una tarde después de almorzar, y ¡qué pena! Allí dijimos: ¡cómo han caído los poderosos! En la época renacentista la universidad de Baeza era segunda, sólo detrás de Salamanca. Fundada por don Rodrigo López, gran amigo y chambelán del Papa Pablo III, el barbudo Farnesio que ha llegado hasta nuestros días en los impresionantes retratos púrpura de Ticiano, la estructura de la universidad fue suntuosamente levantada a cargo de don Pedro Fernández de Córdoba, quien empleó toda una escuela de escultores del siglo XVI. El fabuloso paraninfo, el lugar donde se celebraban las asambleas formales, ahora no es más que un colegio de primaria bastante mal conservado y los gritos de los indisciplinados niños –pobres niños harapientos y mocosos– retumban terriblemente desde la que una vez fue su orgullosa techumbre.

Mansiones de estilo gótico y palacios barrocos se dan la mano unos a otros a lo largo de las estrechas calles de Baeza, todos ellos en muy mal estado y muy abandonados. El palacio de los grandes Duques de Benavente y Jabalquinto de una época de transición entre el Gótico y el Renacimiento, tan bello como el frecuentemente fotografiado Palacio del Infantado en Guadalajara, es obra de un maestro toledano, Juan Guss. Toneladas de mármol procedentes del alcázar árabe de Baeza y de las ruinas romanas de Cástulo fueron utilizadas en su construcción.

La catedral en la que San Vicente Ferrer de Valencia, santo del siglo XIV, solía rezar, es otra amalgama de la historia arquitectónica de la zona. Combina una torre gótica con aspecto de fortaleza, una mezcla de finales del Renacimiento y un alzado mudéjar, *rejas*, renacentistas de hierro forjado y altares barrocos en una *tour de force* de gustos cambiantes.

Las ruinas más dolorosas en esta ciudad renacentista que se desmorona, son la iglesia y convento de San Francisco, de Andrés de Vandelvira, un verdadero modelo, en escala, dimensiones y riqueza escultural de la arquitectura renacentista andaluza. Tan sofisticado y tan teatral, fue obra de los tallistas del siglo XVI. Los

curiosos lugareños que nos iban siguiendo hacia el interior, abarrotado y sin techar y que también iban detrás de nosotros subiendo con dificultad sobre los tejados de los cuchitriles que ahora hay dentro del antiguo santuario, opinaban que éstos eran restos de un teatro construido en tiempo de los romanos. No había flagelantes góticos colocados en las erosionadas hornacinas. En lugar de eso, había cuerpos voluptuosos rendidos al transporte del gozo corporal. Cuando el crítico español don Juan Moya Idígoras hizo su ingreso en la Real Academia de San Fernando y habló de este convento franciscano, dijo que aunque su inspiración fue importada desde Italia, fue construido con una libertad autóctona completa y en armonía con las necesidades locales. Formas italianizantes fueron adaptadas a los materiales autóctonos de una manera tan intuitiva que una vez que el trabajo estuvo realizado, como él lo vió, lo describe como la más perfecta y original unidad. ¡Qué labor tan encomiable sería redimir este maravilloso monumento de los cerdos que ahora excavan en busca de trufas bajo sus columnas!

Para corregir la sofisticación que dominaba la lujosa vida religiosa de Baeza, San Juan de la Cruz fundó allí en 1579 una casa de Carmelitas Calzados. Mientras permaneció durante dos años como prior, él escribió unas estrofas adicionales para el *"Cántico espiritual"* el largo poema que había comenzado en la mazmorra de Toledo. Hacía visitas pastorales a las monjas de Beas y redactó algunas de sus cartas más conmovedoras a esas hermanas Carmelitas. Al igual que la poesía del Antiguo Testamento (y al igual que el lenguaje coloquial que emplean los sencillos campesinos españoles), las cartas están llenas de sensuales metáforas. "La boca del deseo debe abrirse hacia el cielo... y vaciarse de nada que pudiera llenarla," se le oyó decirles a las hermanas contemplativas. Las monjas estudiaban teología a través de sus poéticos "Romances" de los cuales nueve han llegado hasta nuestros días. Ellos tratan con encantadora sencillez y claridad gráfica asuntos tan metafísicos como la naturaleza de Dios. Un reducido sermón –aunque no se trata de ninguno de los nueve "Romances" completos– tiene exactamente veintiséis sílabas, suficientemente pocas, sin lugar a dudas, para que lo aprenda y lo recuerde el más humilde



de los discípulos. Me gustaría concluir mi relato de nuestra peregrinación al otrora refugio de este adorable autor con mi propia versión de su pequeña homilía con un número igual de sílabas muy corrientes<sup>87</sup>:

*La Virgen va caminando,  
Lleva el Verbo en su seno,  
Ella vendrá a visitarte,  
Si le das alojamiento.*

---

<sup>87</sup> *The Virgin goes awalking, The Word is in her womb, And she will come to see you, If you will give her room.*



CORTIJO ALBALADEJUELO (CORTIJOS NUEVOS)

## HENRY VOLLAM MORTON (1955)

Nacido en Ashton Under Lyne, Lancashire, en 1892<sup>88</sup>, fue educado en King Edward's School en Birmingham. Cuando finalizó sus estudios, Morton comenzó su carrera periodística trabajando para la *Birmingham Gazette and Express*, periódico que competía con el *Birmingham Mail* del que su padre Joseph Morton, era editor. A los dos años ya era ayudante del editor y al poco tiempo se trasladó a Londres donde entre 1913 y 1914 fue subeditor del *Daily Mail*.

Su primer libro *The Heart of London* apareció en 1925. A este le siguieron 38 libros más todos relatos de viajes que le situaron como uno de los principales escritores de este género llegando a ser miembro de la Royal Society of Literature (FRSL). Aparte de los libros sobre el Reino Unido, su primera obra en el que relató un viaje a Tierra Santa *In the Steps of the Master*, (1934) obtuvo un gran éxito alcanzando más de medio millón de copias vendidas. Grecia lo hizo Comandante de la Orden del Fénix en 1937 y en Italia lo hicieron Cavaliere, de la Orden del Mérito en 1965. Sobre España escribió *A Stranger in Spain*<sup>89</sup> Londres 1955, obra de la que he seleccionado su viaje entre Córdoba y Granada a su paso por la provincia de Jaén. Morton murió en 1979.

---

88 [http://en.wikipedia.org/wiki/Henry\\_Vollam\\_Morton](http://en.wikipedia.org/wiki/Henry_Vollam_Morton).

89 MORTON, H.V. *A Stranger in Spain* Dodd, Methuen and Co. London 1955.





HOSPITAL DE SANTIAGO (ÚBEDA)

## DE CÓRDOBA A GRANADA

Emprendí viaje a Granada atravesando el incandescente resplandor de un día de verano. [...] En toda España no hay vistas más bellas que las que ofrecen los paisajes de Andalucía y el mejor ejemplo de ello es el valle del Guadalquivir que ahora estoy atravesando. Como era la única región de España conocida por los victorianos y por muchos de los viajeros posteriores, ha sido responsable de la leyenda de que España es una calurosa tierra meridional donde siempre brilla el sol. En todos los pueblos y ciudades se pueden ver las ardientes casas blanqueadas con fría cal, oasis de paz y frescor a lo largo de inhóspitas carreteras carentes de la más mínima sombra. Llegué al precioso pueblecito llamado Andújar que se encontraba lleno de flores. Colgaban de macetas colocadas en los blancos muros, crecían en las calles, se podían ver en patios y en la pequeña plaza. Aquí me detuve a tomar un refresco y para ver a un joven que estaba bebiendo agua al estilo español. Mantenía una *jarra* de barro rojo o botijo por encima de su cabeza y dejaba caer por el aire un chorro de agua formando una curva desde el pitorro hasta su boca sin derramar una gota. Esta hazaña debe ser otro de los legados árabes puesto que a los árabes les gusta tomarse libertades con el agua. Me parecía parte de ese placer contemplar el agua caer, que era, y que todavía es, innata en los árabes. Recuerdo que una vez cuando le preguntaron al difunto Rey Abdullah de Jordania que es lo que más le había gustado cuando en el curso de una visita a Gran Bretaña se encontraba en Escocia. De forma bastante inesperada contestó *"La lluvia en Peebles"*. Parece que el gobierno en uno de sus momentos de inspiración lo había alojado en un sanatorio en Peebles en un momento en el que estuvo lloviendo con intensidad durante tres días; y sus preocupados anfitriones se sorprendieron al encontrar que su huésped estaba encantado sólo con permanecer durante horas en una ventana con cristalera contemplando como caía.

Continué camino a través de una zona montañosa repleta de olivares y por fin vi en la ladera de un cerro a gran distancia lo que parecía ser una ciudad grande y mágica como salida de un romance, con elevadas montañas, bañadas por una azulada neblina estival que surgía en el fondo. Esta era la metrópolis de la comarca olivarera, la ciudad de Jaén. Me introduje por sus empinadas calles donde una fila de tiendas de aspecto próspero iban subiendo hacia la catedral que parece sólo un poco más pequeña que la de San Pablo. Su interior era blanco, oscuro y fresco. Pude ver todo el esplendor del arte barroco y un impresionante altar resplandecía dorado en todo lo alto de un tramo de escaleras de mármol. Un sacristán se desvió hacia arriba como una vieja hoja seca y señaló al altar, murmurando que allí en un cofre estaba guardada la sagrada reliquia, la *Santa Faz*, uno de los sudarios de Santa Verónica. Me senté durante un rato demasiado acalorado como para continuar, luego salí a la claridad y fuí bajando por una cuesta hacia un pequeño restaurante en la calle principal. Estaba lleno de hombres de aspecto robusto, quienes, verdaderos españoles, habrían considerado que no era del todo digno hacer cualquier concesión a las altas temperaturas desaflojándose la corbata o desabrochándose la chaqueta que todos llevaban; y con la ciudad ardiendo de calor, ellos atacaban enormes platos de *paella* e incluso grandes trozos de cordero y cerdo asado, platos para los que no hay una estación en España que los prohíba. Yo recordé la resistencia de Cortés y sus compañeros que llevaban sus yelmos de acero y sus acolchadas armaduras en los trópicos y pensé que Hispanoamérica debió haber sido conquistada por hombres como los que yo vi comiendo en Jaén.

Me senté en una mesa frente a una bonita imagen de *La Macarena* hecha de mosaicos de Talavera y observé con interés cómo se mantiene la costumbre en los pequeños restaurantes rurales en España de que los hombres se comporten con la misma cortesía que solía existir cuando comían en una mesa común. Es de buena educación hacer una pequeña inclinación a los desconocidos que están sentados cerca de ti y desearles buen apetito, algo a lo que ellos contestan de forma recíproca antes de que te sientes. España, estuve reflexionando, es el último país del

mundo en que se critica el comportamiento humano. Los oficiales del ejército aún la llevan, los *matadores* la utilizan cada domingo, y los hombres normales se comportan los unos con los otros con la consideración de una época en la que cualquier zafiedad podría ser respondida a punta de estoque.

Un hombre jovial y bastante rellenito con un traje oscuro, sin lugar a dudas un campesino dispuesto a pasar un día en la ciudad, se inclinó ante mí y me preguntó si podía compartir mi mesa; luego cuando se dio cuenta de que yo hablaba una especie de español entrecortado, fracturado, entablillado y vendado, él se mostró un poco confuso. Pero yo fui renqueando con él lo mejor que pude. Este hombre me dijo que era un modesto agricultor, que tenía olivas y como corresponde –porque ¿no son todos los molineros tradicionalmente simpáticos?– propietario de una almazara. Él me dio una tarjeta de visita y me invitó a visitarlo la próxima primavera para ver el prensado del aceite. Me encantaría hacerlo, ya que me puedo imaginar a los bueyes chirriando por las blanquecinas carreteras con su anticuada carga y el molinero, más sonrojado, más regordete y más alegre que nunca, haciendo salir el aceite como un parrandero dionisiaco cualquiera. Podía imaginarlo en compañía del cura del pueblo y el boticario como tercer miembro de un poderoso triunvirato.

Cuando terminamos supe que él había venido a Jaén en el autobús y que tenía que esperar bastante rato para que lo llevaran de vuelta a su casa. Como su pueblo no estaba demasiado alejado de mi camino me ofrecí a llevarlo y después de que recogimos sus bultos y paquetes nos alejamos juntos a toda velocidad para introducirnos en las montañas, con olivares a ambos lados extendiéndose en sus bien trazados hilos hasta el mismísimo cielo. Llegamos a un pueblo sorprendido, sorprendido quizás de haber sido cogido en el acto de trepar por un empinado monte. Debe haber alguna razón, quizás en las olvidadas estrategias defensivas de los árabes, para explicar el que este extraño y curioso lugar haya sido construido con tanta inclinación y de forma tan incómoda entre los olivos. Me encantó mirar por todos lados y ver las más pequeñas plazoletas con sus fuentes y también ver las

casas blanqueadas, todas tan cuidadas y limpias. Para entonces se había formado una entente anglo-española y mi acompañante me presentó haciendo una acentuada alabanza de su amigo inglés. Los extraños personajes que se arremolinaron a nuestro alrededor nos fueron guiando hacia un bar que parecía subterráneo, aunque estaba sobre tierra, y en la oscuridad pude distinguir barriles sobre baldas, varas de salchichas y ristras de ajos; y allí permanecimos en medio de un gran barullo de conversación de la que yo no pude entender nada. Hablaban muy rápido y como pajaritos y, tal como confirmé, en un andaluz de lo más cerrado, bebimos vino blanco peleón de un porrón de barro rojo. Mi amigo tuvo que describir con todo lujo de detalles como nos habíamos encontrado y quién era yo. Que yo era un *turista* inglés fue algo que yo comprendí perfectamente y todos ellos me miraron, sonrieron y asintieron con la cabeza y parecían encantados de que yo estuviese allí. Un joven entró llevando un gallo de pelea bajo el brazo. Tenía un aspecto muy extraño. Le habían desplumado la pechuga y tenía un collar de brillantes plumas acrisoladas entre rojizas, azules y doradas bastante esquilmas alrededor del pescuezo; le habían cortado y adornado otras plumas en las largas y musculosas patas alisándoselas hasta la rodilla para que tuvieran el aspecto de negros y brillantes pantalones. La cabeza con su largo y agresivo pescuezo no cesaba de mostrar su curiosidad por el mundo que le rodeaba, y en cada uno de sus ojillos relucía un destello dorado de malicia bordeado por un fiero color anaranjado. El animal permanecía bastante tranquilo mientras su propietario lo tenía agarrado, pero cuando me aproximé, intentó darme un despiadado picotazo. Cuando el señor Sitwell<sup>90</sup> estuvo en España se dio cuenta de que había algunos gallos de pelea en Extremadura que pensó que podían ser descendientes de las aves que trajeron a España los oficiales de Wellington; y yo me preguntaba si este maligno y despiadado pequeño petimetre había podido tener ese mismo origen. Viendo mi interés, el dueño me llevó a un patio que había detrás de la taberna donde el hermano gemelo del gallo que tenía debajo del brazo estaba pavoneándose en una jaula. Él abrió la jaula y puso ambas

---

90 Sacheverell Sitwell.



aves en el suelo para mostrarme cómo se movían. Primero se fijaron la una en la otra con mirada reivindicativa, luego con los cuellos extendidos completamente hicieron un amago a derecha e izquierda, subiendo y bajando los cuellos y como si estuvieran haciendo esgrima con ellos. De repente éstos estaban enganchados en medio del aire, saltando arriba y abajo, sus collares erizados, luego volvían al aire otra vez, sus patas daban patadas y se desgañitaban piando. El dueño los separó con cierta dificultad y salió con ellos, cada uno debajo de un brazo, con los gallos todavía intentando hacerse jirones el uno al otro. Incluso aunque éstos no fuesen originalmente gallos ingleses, ellos tenían un parecido impresionante mientras que estaban en acción con alguna de esas desgarradoras láminas de aguatina que a veces se pueden ver junto a la barra de las tabernas rurales inglesas.

Luego mi jovial molinero insistió en llevarme a una almazara que estaba a una media milla de distancia, un viejo edificio que apeataba a ancestrales cosechas de aceituna. Allí no había nada que ver a excepción de una piedra de molino de la que tiraba una mula, con los ojos tapados, me dijeron, para evitar que se marease. Durante la época de la molturación, las olivas con huesos y todo, se echan en el molino y se muelen hasta obtener una pulpa, siendo por supuesto el mejor aceite el que se obtiene del primer prensado. Los huesos pulverizados se utilizan como combustible para quemarlos en estos braseros de aspecto oriental que se ven apartados en las esquinas de las casas españolas esperando el invierno. La operación se lleva a cabo con absoluta simpleza. El aceite pasa de los bidones a las tinajas cada una tan grande como para que allí quepan Alí Babá y diez de sus compañeros, que están enterradas en la tierra hasta sus cuellos. Mi amigo me comentó que ésta era la manera tradicional de hacerlo pero que también había magníficos molinos modernos, dijo, donde las olivas eran prensadas con maquinaria y filtradas por medio de presión a vapor; así pues unas al lado de las otras en esta zona olivarera coexisten almazaras que Plinio habría reconocido con otras donde, sin lugar a dudas, hombres con monos blancos de trabajo obedecen cuadrantes y gráficos de temperatura. El molinero dijo que a los extranjeros les gusta el aceite de oliva

claro y dorado, pero nosotros, refiriéndose a él y a sus amigos, lo preferimos con un poco de cuerpo.

Rehusando la más amable de las invitaciones para que me quedase a pasar la noche, me despedí del molinero y de sus amigos y estaba en Granada cuando estaban encendiendo las farolas.

## JOHN HAYCRAFT (1958)

Nacido en 1926 John Stacpoole<sup>91</sup> Haycraft pasó los primeros años de su vida viajando por Europa con su madre y su hermano Colin con posterioridad a la muerte de su padre en 1929. Su madre sacó a su familia adelante con la exigua pensión del ejército que le quedó de su marido y dando clases de tenis. Viajar por Francia e Italia a una temprana edad le hizo desarrollar un gran interés por otros países, otras culturas y otras gentes.

Tras un corto período en el ejército en India, en 1948 entró en la Universidad de Oxford para estudiar Historia, una pasión que le acompañaría a lo largo de toda su vida y que culminaría con la obra *In the Search of the French Revolution* (1989). En 1953 se trasladó con su esposa Brita a vivir al sur de España donde fundó la primera “International House School”. Para él el aprendizaje de idiomas era algo que tendría que darse en un contexto que excediera el trabajo en el aula. Autor de *Babel in Spain*<sup>92</sup> Londres 1958, este libro recoge sus experiencias como profesor de Inglés y escritor en Córdoba ciudad en la que pasaron seis años. Cuando se publicó *Babel in Spain* el régimen franquista lo declaró *persona non grata* volviendo a Londres en 1959. John Haycraft falleció en 1996.

---

91 <http://doosanedu.com/school/international-house-london/haycraft/item03.html>.

92 HAYCRAFT, J. *Babel in Spain* London, Hamish Hamilton 1958.





BAEZA

## HOMENAJE A ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Un día a todos se nos ocurrió ir a Baeza para tomar parte en la conmemoración del aniversario en honor a Antonio Machado. El poeta había vivido allí desde 1912 a 1919 enseñando francés en el instituto del pueblo justo después de que su jovencísima esposa hubiese fallecido en Soria y nosotros íbamos a ir como peregrinos literarios.

Álvaro lo había organizado todo y estaba muy nervioso. En el tren nos hizo preparar nuestras intervenciones la mayor parte de las cuales aún no habían sido pergeñadas o escritas. Yo leí una antología poética de Machado con gran detenimiento, e intentaba encontrar cierto paralelismo con la obra de Matthew Arnold. Alejandro practicaba su conferencia en el lavabo y Ricardo sentado y pensando.

Desafortunadamente el tren se detuvo en Linares a dieciocho millas de Baeza y tuvimos que bajarnos y tomar una especie de tranvía. Era medianoche y los taxistas locales intentaban por todos los medios convencernos de que ya no había ningún tranvía más. Pero justo cuando estábamos a punto de ser convencidos llegó uno avanzando lentamente. Fue una experiencia extraña ir en tranvía por medio del campo, a medianoche, con las luces que iban desapareciendo al ascender por una colina, viendo los campos a través de la ventanilla a la luz de la luna.

Nos recibieron con todas las atenciones que la cortesía española exige mostrar incluso al más humilde de los visitantes oficiales. El alcalde y el corresponsal del periódico local nos estaban esperando y nos condujeron hacia nuestro hotel. Pregunté si había llegado alguno de los otros participantes, pero la pregunta se perdió entre el murmullo de la conversación. El corresponsal le mostró a Álvaro la conferencia que él también había preparado para el día siguiente. ¿Qué es lo que vamos a hacer? Dijo Álvaro gruñendo cuando él se había ido. “¡Es terrible, no tiene sentido!” ¡Y es demasiado tarde para decirle algo!

Esto deprimió a Álvaro hasta tal grado que nos levantó a todos muy temprano y no nos dejó tranquilos, haciéndonos revisar nuestras breves intervenciones de diez minutos como si fuésemos miembros de un grupo de actores que no se saben sus respectivos papeles.

Sin embargo más tarde pudimos visitar el pueblo acompañados por varias personalidades. Baeza me encantó. Machado describe con acierto este pueblo como una mezcla entre manchego y andaluz. Su calle principal luce las fachadas de piedra tallada de Castilla mientras que en los alrededores se pueden ver casas blancas andaluzas de una sola planta. En 1565 se convirtió en una ciudad universitaria pero hoy sólo quedan los edificios. El seminario con su fachada barroca y las Casas Consistoriales forman un grupo cerca de la Catedral separado por una plaza donde crece un césped bastante ralo. El instituto donde enseñaba Machado y que en su día fue el edificio donde estaba la Universidad está muy cerca y bajando por una calle bastante estrecha se llega a una iglesia románica en ruinas. La Catedral no se ha utilizado desde la Guerra Civil. En su interior todo está en un lamentable estado y en los blanqueados muros se pueden ver infinidad de letras garabateadas.

El conjunto de edificios nos recuerda a algunos rincones de Oxford o Cambridge. Pero éstos son como máscaras cuyos propietarios han muerto, y te sientes bastante aliviado cuando, al atravesar un estrecho carril te encuentras inesperadamente con veinte millas de tierras de labor, salpicadas de olivos elevándose hacia las montañas –tan perdurables y tan antiguos como la propia tierra.

Nos sentamos fuera en la plaza a tomar un vino de aperitivo. Dos amigos de Ricardo, dos poetas, Antonio Puig y Carmen Altoguirre [*síc.* por Altolaguirre] habían llegado de Madrid. Al preguntarles me di cuenta que ellos eran los únicos, a parte de nosotros, que habían venido a rendir homenaje a Machado. Parecía triste. Me preguntaba si la organización de Álvaro no había sido buena o si la trayectoria de Machado durante la Guerra Civil era la responsable ya que el poeta siempre se mostró favorable a los republicanos y murió en un campo de refugiados en Francia

tras el gran éxodo desde Barcelona en el frío invierno de 1938 al 1939. Por esta razón la actitud hacia él siempre había sido un tanto fría al igual que lo fue hacia Lorca, cuyos trabajos se imprimieron por primera vez en la España Nacionalista en 1954. De hecho no era fácil imaginar nuestra pequeña peregrinación transformada en la reunión nacional de escritores e intelectuales que debía haber sido.

Sin embargo, Antonio y Carmen fueron bien recibidos por el aire un tanto cosmopolita que le daban a la pequeña delegación. Antonio llevaba en el bolsillo telegramas procedentes de personas de todo el mundo de las que yo nunca antes había oído hablar y que debieron pensar que esto era realmente un congreso literario.

Se propuso la idea de asistir a la misa del domingo y Álvaro y Tomás se marcharon. Los otros se quedaron desafiantes y siguieron bebiendo vino. "Nadie notará si vamos o no" dijo Ricardo con ironía. "¡También debemos aprovechar todas las oportunidades mientras podamos!"

Antonio y Carmen estuvieron hablando del gran mundo de Madrid y le tomaron el pelo a Ricardo por haber decidido quedarse en Córdoba. "La novia" dijo Ricardo. Carmen se rió, "*¡Siempre la novia!*".

Después de almorzar todos nos retiramos bajo la dirección de Álvaro para repasar nuestras intervenciones. Muchos durmieron la siesta y fue Álvaro quien los despertó enfurecido. "*Venga*" gritó. "Esto debe salir bien" ¡Machado! ¡El Alcalde nos ha invitado! Con nuestras cuartillas de notas enrolladas nos reunimos por la tarde, estrechamos la mano a muchas personas y fuimos conducidos hasta el largo y estrecho salón del Casino que de forma gradual comenzó a llenarse de gente. Nosotros entonces colocamos nuestras discretas coronas de laurel; el corresponsal del periódico local ofreció la conferencia que tanto había desanimado a Álvaro la noche anterior. Pero todo el mundo le aplaudió porque era del pueblo. Álvaro recitó algunos poemas de Machado; Ricardo hizo hincapié en la decadencia de la vida intelectual española, haciendo referencia a un nuevo espíritu del que Ma-

chado podría considerarse el símbolo; y yo intenté establecer ciertos paralelismos entre el poeta español, Yeats y Arnold. La tarde fue todo un éxito. Ricardo y Álvaro fueron muy aplaudidos porque sus intervenciones fueron buenas y porque eran de Córdoba. A Antonio Puig le aplaudieron porque venía de Madrid y a mí porque era un visitante extranjero.

Los únicos funcionarios importantes ausentes fueron las personas que trabajaban en el Instituto donde Machado había enseñado. Ellos se mantuvieron al margen, nos dijeron más tarde, porque no querían tomar parte en la conmemoración de los logros de una persona que se había situado tan abiertamente opuesta a la gloriosa "*cruzada*". Esta negativa a diferenciar entre la valía literaria y las opiniones políticas o religiosas de un autor es lógica desde un punto de vista español. En un país donde el Índice es ley, lo más importante es que una persona tenga el suficiente carácter para expresar ideas de superioridad moral.

A menudo en los trabajos de nuestros alumnos más ortodoxos sobre escritores tales como Pío Baroja e incluso Juan Ramón Jiménez, hasta que ganó el premio Nobel, aparecen reflexiones del tipo de: "No he leído nada de ese autor porque desapruébo su punto de vista". La valía literaria no es nada fuera de la piedad. Sin embargo en el caso de Machado, esta lógica es del todo absurda ya que es difícil encontrar en su obra algo político o anti-religioso.

En este caso era interesante el hecho de que el personal de los Institutos es nombrado directamente por el gobierno a través del Ministerio de Educación, mientras que los alcaldes, aunque también son nombrados desde Madrid, tienen una autonomía local bastante considerable.

Cuando terminaron todas las intervenciones nos dirigimos al Casino y encontramos a personas que habían conocido a Machado. La mayor parte no era consciente de que él era poeta y lo contemplaban sólo como al profesor de francés, reservado y *serio*. Esto no sorprende ya que en España 'el poeta' no está dotado con el halo romántico que aún se le otorga en Inglaterra. El público lector es nece-



sariamente reducido y hay un gran número de poetas. Los poetas más populares de Andalucía son los anónimos. Y como escribió Manuel, hermano de Antonio en su *El Cantar*, el pareado se hace real cuando la persona que lo canta se lo apropia olvidando quien es su autor:

‘y en labios de cualquiera  
de mí te olvidarás.’

Hoy en día, en particular, hay pocos escritores profesionales aparte de aquellos que escriben para los periódicos censurados y los pocos que quedaron después del éxodo de 1939.

Quizás, con ciertos límites, la España literaria de hoy se podría comparar con Rusia entre 1905 y 1917 cuando habían muerto las grandes figuras literarias, cuando la censura era más estricta que antes debido al infructuoso levantamiento revolucionario, cuando el conflicto social había descendido del plano de literatura filosófica al de la violencia. Entonces, como ahora en España, los escritores ya no podían satirizar y explorar más con tanta libertad como lo hacían antes. Las ideas se habían convertido en juguetes peligrosos.

El patrón de la sociedad española, tan escasamente transformada como la de la vieja Rusia por una revolución industrial, aunque influenciado por las ideas modernas, también provoca lo que Herten describe como “el hombre superfluo” —el intelectual demasiado honesto para identificarse con el régimen, aunque demasiado acomplejado para solidarizarse con las clases más bajas: forzado en consecuencia a un vacío o a una tierra de nadie en la que encontrar su única forma de expresión en la búsqueda continua y en la perezosa autocomplacencia. La mística tirantez del temperamento ruso y español respectivamente, la conciencia de raza —hispana o eslava— el brazo con sotana de una iglesia poderosa aunque estática que se inmiscuye en todos los recovecos, la actitud hacia las ideas modernas o bien la herejía o la panacea para todo, son incuestionables similitudes.

A Machado, nos contó un caballero, le sorprendió una tormenta sin paraguas y desde entonces él siempre llevaba uno, incluso en los días más soleados, lo mismo que hace *cualquier inglés*. Seguimos con nuestras deducciones un poco más, algo que me molestaba ya que Machado es uno de los poetas españoles modernos que yo admiro más. [...] Después de haber estado charlando en el Casino durante más de una hora nos retiramos al hotel para cenar y luego tomamos un tren nocturno que iba atravesando los campos para volver a Linares. Ahora Álvaro iba feliz. Todos nos felicitamos mutuamente. En el tren íbamos cantando, contamos chistes y luego nos quedamos dormidos hasta que el tren llegó a Córdoba al amanecer.

## ARLAND USSHER (1959)

Filósofo y crítico de arte, especialista en gaélico, ensayista, traductor y erudito anglo-irlandés nació en Battersea, Londres en 1899 y estudió en la universidad de Cambridge durante algunos años. En 1926 publicó una traducción de *The Midnight Court* del poeta irlandés en lengua gaélica Brian Merriman. En 1949 publicó *The Face and Mind of Ireland* y en 1952 *Three Great Irishmen*, un estudio comparativo entre Shaw, Yeats y Joyce. Autor de *Spanish Mercy*<sup>93</sup>, Londres 1959, esta obra recoge el viaje que el autor realizó por varias ciudades españolas.

---

93 USSHER, A. *Spanish Mercy*, Victor Gollancz, London 1959.





PLAZA DE ANDALUCÍA (ÚBEDA)

## ÚBEDA Y BAEZA

Al volver desde Málaga a Madrid decidí esta vez dividir el viaje por la mitad. No había ningún lugar obvio para hacer la parada, pero yo había oído algo referente a dos fabulosos pueblos de montaña llamados Baeza y Úbeda, repletos de palacios renacentistas que quedaban a poca distancia de la línea principal del ferrocarril. Ambos estaban unidos, según me dijeron, con la estación de Baeza por medio de un tren ligero; pero, después de bajarme del *rápido*, me enteré de que éste estaba fuera de servicio. No había otra elección que tomar un tranvía hacia cualquiera de los dos pueblos que yo decidiera –uno de esos tranvías que se pueden ver por toda España, que ensambló de forma barata un ingeniero belga un poco antes de la primera Guerra Mundial. Yo opté por Úbeda, ya que, un poco cansado de hoteles de tercera clase y de pensiones –quería probar uno de los *paradores* estatales. Estos palacios y monasterios convertidos son por supuesto famosos, entre ellos el Parador del Condestable Dávalos en Úbeda. En todos los casos la idea parece haber sido excelente, a excepción del de Santiago de Compostela –donde uno de los hospitales de enfermos mentales más históricos, que entonces aún estaba en uso, fue sacrificado al “turismo”.

Y llegado este punto debo mostrar mi disconformidad con viajeros quienes, “viajando por España” de manera romántica y de forma económica, se alojan en los hoteles más baratos en lugares apartados y luego escriben con horrorizado resentimiento acerca del grado de mala educación y falta de cortesía de los españoles. El parador de Úbeda y otros similares a él (de precio un poco más moderado) están ahí para mostrar lo que España puede hacer. Y yo puedo asegurar que no he recibido más que cortesía de la Oficina de Turismo española –incluso si la información que ofrecen quizás no es del todo exacta, como en el caso de ese “tren ligero”. Pero a mí me gusta imaginar a un español viajando por las islas británicas, con poco

dinero, un conocimiento del idioma inglés limitado y sin contactos –alojándose en hoteles corrientes e intentando domesticarse en bares. ¿Qué impresión sería la que se llevaría? ¿Qué es lo que pensaría de nuestras formas y costumbres, de nuestras comidas y bebidas, de nuestras voces y de nuestros atuendos –de esa famosa “forma de vivir” tan nuestra–? Debo confesar que me cuesta trabajo imaginarlo.

Pero es verdad que también hay otro tipo de escritor de viajes, que pasa sin ninguna clase de complicación de un parador o casa palaciega a otra, y no ve nada de lo que los turistas normales –y españoles corrientes deben soportar. Y este es quizás el tipo más común, ya que debe haber pocas personas, teniendo incluso la inteligencia y el ingenio necesarios para escribir un libro, que se lancen alegremente a meterse y en el servicio de transportes español. Úbeda, en una palabra, es un lugar que se debería visitar en *coche*. Nunca olvidaré las dos horas en ese tranvía –avanzando lentamente hacia zonas más altas y más frías. Un tranvía abarrotado, traqueteándose y amenazando reventarse a cada tumbo que daba. Como había correas donde agarrarse y donde evitar ser lanzado hacia adelante yo sólo podía agarrarme a los portaequipajes, –un desgraciado San Andrés, como en el Martirio pintado por Ribera. Y la mayor parte de los pasajeros eran gente mayor o mujeres cargadas con cestas y niños; mientras que un grupo de soldados con sus uniformes feos y que les sentaban bastante mal y con su horrible y soez lenguaje, daban el aspecto de vulgaridad que siempre tienen los reclutas.

España, debo decir, les paga a sus soldados 2 reales al día –es decir, 50 *céntimos*– (en el momento en el que yo escribo algo menos de un penique). Es el primer chiste que oye cualquier visitante y no puedo creer que su efecto sobre la *moral* sea bueno. Sería mucho mejor no darles ninguna paga, sólo un paquete de tabaco y decir con toda franqueza: “Nosotros ahora no podemos pagaros dinero para vuestros gastos, aunque esperamos poderlo hacer cuando hayamos superado de algún modo la ruina que ha causado nuestra guerra. Confiamos en vuestra lealtad y cooperación para hacer que ese día esté cada vez más cerca” Lo único que ocu-

re, por supuesto, es que el gobierno de Franco no puede hacer eso, porque son –se diga como se diga “sindicatos”– un gobierno de clases. Mientras tanto –no me gustaría ser el comandante de esos jóvenes que aquel día viajaban conmigo en el tranvía en dirección a Úbeda.

Pero (reflexioné) ¿no es cualquier gobierno un gobierno de clases? En un sistema democrático los gobernantes son la mayoría, lo que significa (tan pronto como crecen para ser conscientes de su poder) la clase trabajadora –que en resumen viene a significar los desempleados, la clase que está perpetuamente parada debido a las huelgas. Ya que, cuando los trabajadores son los dirigentes políticos, ellos ciertamente no van a trabajar, o al menos no van a trabajar como solían hacerlo; ¿cómo se podría esperar que hicieran eso? Es de hecho lo que nosotros tenemos ante nuestros ojos. ¿Significa esto la ruina del estado como dicen los reaccionarios? Necesariamente no significa esto; dentro de lo que permita la tecnología moderna puede en gran medida aliviar la carga de trabajo, los trabajadores tienen razón cuando piden trabajar menos –con todo lo incómoda que pueda ser la transición a un estado del bienestar.

Pero, debo decir, que es muy probable que signifique esto –al menos en países donde los trabajadores son una enorme masa de ignorantes. Ya que las máquinas no pueden hacerlo todo; y alguien tiene que fabricar y pagar las máquinas. A pesar de nuestros himnos a la democracia, puede que seamos impulsados a la dictadura –aunque sin lugar a dudas tendríamos que llamarla por otro nombre.

¿Tenían entonces razón los nacionalistas en desafiar a la República española? Esta pregunta no se puede responder según los principios generales. Y tampoco se yo lo suficiente como para contestarla de forma empírica, partiendo de lo que precedió a esa decisión; y todos nosotros sabemos demasiado de lo que siguió (algo que necesariamente fue ocultado por los que la desafiaron) para contestarla de forma adecuada. Si la mitad de lo que dicen los que apoyan a Franco es verdad, yo debo decir que entonces ellos tenían razón; pero debo confesar que los espa-

ñosles que mejor me caen y en los que más confío mantienen un punto de vista completamente opuesto. Por supuesto que para la mayoría de los británicos y los norteamericanos parece un delito rebelarse contra un “gobierno elegido democráticamente”. Y así debería ser en una comunidad ideal y sin clases; sólo que, una comunidad de ese tipo no necesitaría ningún tipo de gobierno real.

[...] El parador es un palacio al que se debería entrar, pienso, conducido por un paje, por lacayos con peluca que mostrasen el camino hasta un chisporroteante fuego, donde uno esperaría encontrar un sonriente anfitrión con corbata de pajarita, con chaqué de brillante brocado y pellizcando su caja de rapé. De hecho, se respiraba una atmósfera de frialdad oficial, algo que era nuevo para mí en España y que chocaba con la confortable amplitud y decoración sencilla que me rodeaba. Las esteras de alegres colores y las colchas, los armarios con panelados y con celosías, las lámparas colgantes de cristal y hierro forjado, la galería del patio donde se podían ver viejos mapas y otras láminas. Todo delicioso y genuino –aunque la sombra del Condestable Dávalos se había desvanecido de algún modo.

Bajé al salón (que nadie se atrevería llamar una sala de estar) preguntándome si aquí uno podría sisear o dar palmas –al estilo español– para llamar a los camareros. Las mesas estaban repletas de folletos turísticos y propagandísticos. Cogí un libro bastante gordo cuyo título era *Así es España*, que estaba lleno de cifras y estadísticas. El libro tenía un prólogo con una cita de José Antonio Primo de Rivera, el santo del régimen que sufrió martirio que aparece en las fotografías con el mismo aspecto de viciosa melancolía que el otro santo y mártir, el torero Manolete. Era una frase bastante extraña:

*“Todo lo que es sensual tiene una corta vida. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y todavía dos y dos suman cuatro, como ha ocurrido desde los albores de la creación. No plantemos nuestros amores sobre la hierba que ha visto el marchitarse de tantas primaveras; extendámoslos hacia la órbita eterna donde cantan los números su canción de exactitud.”*



José Antonio tenía tendencia, creo, a dejar hablar a las cifras, a pesar de su estilo ampuloso; pero los datos que seguían no parecían demasiado impresionantes. “El Departamento de Regiones Devastadas ha construido o reconstruido 20.656 casas tanto en el campo como en la ciudad, 124 asilos, orfanatos y otros centros de caridad y 67 sanatorios, hospitales y centros de salud rurales...”

Salí a pasear por la empedrada plaza que estaba desierta, donde había por todos lados, más esplendor en piedra que en casi cualquier otro lugar comparable que yo pueda recordar. Los muros estaban salpicados de ornamentos platerescos, con un estilo más simple y más bonito que el que presentan las célebres fachadas de Valladolid y Salamanca. En la iglesia de San Salvador, me encantaron algunos frisos en los que se representan los Trabajos de Hércules, toros, centauros, sátiros y nereidas: motivos recurrentes (pude comprobar al día siguiente) en casi todas las iglesias renacentistas de Úbeda. En este pueblo de montaña perdido, uno parece estar inmerso en un mundo más antiguo que la tierra de María Santísima.

Durante la cena me senté con un ingeniero suizo-francés. Mientras saboreábamos una perdiz estofada y una botella de Marqués de Riscal, el me ofreció un ángulo ligeramente nuevo de la España Falangista.

“A los empresarios no les gusta el régimen”, dijo “ellos piensan que están manteniendo una enorme burocracia. Se tienen que sentar con sus trabajadores en los sindicatos; ellos no tienen derecho –¿cómo dicen ustedes? a ponerlos en la calle sin haberlos juzgado ante la Magistratura de Trabajo; tienen que pagar subsidios a las familias –y eso tiene que salir de sus bolsillos y no de las arcas del estado. Ellos dicen que no tienen control sobre los hombres, y dicen que les están pagando no por trabajar sino por estar haciendo niños”.

“Pero seguramente”, objeté, “estos sindicatos deben significar muy poco. Sin derecho a huelga ¿qué poder de negociación van a tener los hombres? Ellos tienen las manos atadas en cualquier discusión.”

“Eso puede que haya sido así bajo el fascismo de Mussolini,” replicó él, “y sin lugar a dudas aquí es algo parecido. Pero el mundo está cambiando –incluso la iglesia se está movilizando –el gobierno tiene que pensar en la imagen que da en el extranjero. Y si los españoles no pueden manifestarse, él ha visto que puede luchar; y no se ha olvidado que el país *sí* se manifestó en Bilbao en 1951 y con buenos resultados. Franco no tiene, como Mussolini la ventaja de ser un *místico*; las masas lo aceptan a él antes que sufrir otra Guerra Civil, y eso es todo. Y todo el mundo está olvidando la Guerra Civil. Cualquiera día ellos podrían decir: nosotros ya no necesitamos más a este Franco; y esto él lo sabe muy bien”.

“Pero los trabajadores del campo –dije, no tienen sindicatos”.

No, respondió él<sup>94</sup>, y esta es la razón por la que ellos se vienen a las ciudades, o consiguen ser contratados en las nuevas obras públicas del INI (*Instituto Nacional de Industria*). Y esto hace que los terratenientes les suban la paga si quieren tener trabajadores que les recojan las cosechas. No, no es el trabajador el que detesta al gobierno –es, al igual que ocurre en las democracias, un sector de la burguesía”.

Me di cuenta de que había caído en una simplificación marxista al aceptar la teoría de la lucha de clases. El mundo moderno no está dirigido por capitalistas, ni incluso, (como imaginan los partidarios de Douglas) por banqueros, ni incluso (como pensaba el Sr. Burnham) por directivos de empresas –por ninguno de estos maquiavélicos personajes; está dirigido por lo que podríamos llamar el Fantasma del Archivo. Planes, programas, formularios de todo tipo, están siendo incesablemente movidos de un archivo a otro –dando lugar a nuevos formularios en una especie de vida larvaria y fantasmal. Sería un buen tema para un ballet. Y las personas que hacen los movimientos, casi menos vivos que a los que representan, se van reproduciendo y van pululando de manera similar –sin codicia, envidia, vanidad o cualquier otra emoción humana. Ellos piensan que están dando un buen servicio

---

94 En realidad el sistema es bastante más complicado que lo que estas observaciones pudieran sugerir. Sería mejor decir que los trabajadores *eventuales* no son miembros de ningún sindicato y que la mayor parte de la mano de obra agrícola en España es *eventual*.

–y a veces (debemos admitirlo) lo hacen: en los estados modernos al igual que en las calles modernas, es necesario un exhaustivo control de tráfico. El *Estado del Bienestar* debe llegar; pero esto implica el “Funcionario del Bienestar”.

Y quizás, en estas tierras del sur, es probable que haya menos “Estado”. Mi mente retrocedió bastante hasta una época en la que el mejor pensamiento social en Inglaterra favorecía algo llamado “Socialismo gremial” (y que tuvo un magnífico defensor en el español Ramiro de Maeztu –luego uno de los mártires de la Guerra Civil– que escribió en inglés). Nosotros ahora nunca oímos nada de esto ya que todo el ideario tomó la forma fatídica en el “Corporativismo” de Mussolini. Los gremios, sindicatos o lo que fuera se plegaron a la estrategia de “divide y vencerás” del dictador. No obstante, la mejor esperanza del mundo aún radica en la dirección de la devolución y la descentralización. Pequeñas unidades autónomas, si llegasen a estar arraigadas y seguras, serían defensoras tenaces de sus libertades, mientras que nosotros hemos visto a grandes repúblicas centralizadas (como últimamente le ha ocurrido a Francia) caer sin ningún tipo de lucha. Los consejos sindicales y locales –creados como brechas para mantener separados a los ciudadanos– podrían convertirse en verdaderas fortalezas protectoras de orgullosos gremios y ciudades-estado.

Salí a dar un paseo por el pueblo y me dejé caer en una *tasca* donde justo al entrar comencé a conversar con un falangista que era maestro de escuela. El me miraba con cierta lástima por haber venido a Úbeda. “Esto es sólo un *pueblo* –dijo, “las ciudades que usted debe ver en el sur son Sevilla, Córdoba y Granada”.

Yo dije, con el ardor de un nuevo converso, que había oído que Úbeda no tenía rival ¡*Qué disparate!* Respondió. Usted tiene que ir a *Sevilla, Córdoba y Granada* repitiendo los nombres muy despacio de modo que yo pudiese recordarlos. Le dije que de hecho yo ya había visitado las tres ciudades.

“¿Usted las ha visto?” Entonces, “¿Usted ha viajado por el país?” ¿Ha visto los nuevos pantanos, los puentes y los tendidos eléctricos? El aspecto general del país

ha cambiado. Y nosotros lo hicimos solos con nuestro sudor y sangre. Dejemos que América nos mande tractores y fertilizantes en lugar de que nos mande su artillería y sus oleoductos. Nosotros no queremos más guerra. Hemos tenido nuestra guerra –fuimos los primeros en luchar contra el comunismo y lo vencimos. Pero nosotros tampoco queremos “democracia” ni un parlamento de *ventajistas*. Queremos tener lo suficiente para comer y que nos dejen tranquilos.

## W.T. BLAKE (1960)

En 1921 comenzó la relación del mayor Blake con España cuando viajó desde Málaga a Melilla y permaneció cierto tiempo con el ejército español, entonces en guerra con algunas tribus del Riff en Marruecos. Blake en aquel entonces fue testigo de la Batalla del Zoco del Had y también acompañó a una columna al Monte Arruit, escenario de una horrible masacre de toda la guarnición y de la población civil a manos de los rifeños.

Años más tarde, cuando España decidió abrir sus puertas para que el mundo entero conociera las maravillas que atesoraba y organizó el Patronato Nacional de Turismo, Blake colaboró activamente para hacer llegar la propaganda española hasta el último rincón de las Islas Británicas, siendo en gran medida, como él dice, uno de los responsables de que comenzara el inagotable flujo de turistas que a partir de la década de los cincuenta comenzaron a visitar España desde el Reino Unido.

Poco después de que el General Franco llegara al poder y cuando aún resonaban los sonidos de la Guerra Civil, Blake organizó en Southampton una exposición con tema español teniendo que enfrentarse a un gran número de personas que le instaban a retirar el retrato del General que presidía la exposición y a quitar la bandera española. En esta ocasión dice Blake que fue la única vez en su vida en la que tuvo protección policial. Fue entonces cuando conoció al Conde de Artaza, entonces Cónsul español en Southampton con posterioridad Embajador en Londres.

Autor de *Spanish Journey or Springtime in Spain*<sup>95</sup> publicado en Londres en 1957, este libro recoge sus dos últimas visitas a España, aunque apunta que a veces incluye incidentes que habían tenido lugar veinticinco años antes.

---

95 BLAKE, W.T. *Spanish Journey or Springtime in Spain* London Alvin Redman Ltd. 1957.



W.T. Blake había publicado con anterioridad *Thailand Journey*, amplia y elogiosamente reseñado en publicaciones de gran tirada como *The Star*, *Daily Telegraph*, *Edinburgh Evening News* o el *Evening Chronicle* de Manchester.

El Mayor Blake y su esposa R., viajaron en coche por toda la geografía española, experiencia que dio lugar a la obra de la que hemos extraído una brevísima referencia al trayecto entre Granada y Córdoba.



## DE GRANADA A CÓRDOBA ENTRE OLIVARES

Nuestra ruta hacia Córdoba todavía sigue por las montañas y, al salir de Granada, tuvimos dudas acerca de qué carretera tomar por lo que un hombre se nos acercó para preguntarnos si podía proporcionarnos algún tipo de información y después de habernos indicado la carretera correcta, nos preguntó si necesitábamos gasolina. Por supuesto él nos llevó a un surtidor que había allí al lado del que por supuesto él era el propietario. Luego nos dijo que estaba intentando aprender inglés y que deseaba practicar lo que sabía con nosotros. Y como resultado ambos le proporcionamos una breve clase de Inglés riendo a carcajadas, me dijo que R. era “muy simpática”, nos estrechó la mano a ambos y luego hizo que salieran sus trabajadores para que también nos diesen la mano antes de que continuásemos con nuestro viaje.

Miles y miles de olivares cubrían las laderas de los montes, extendiéndose hacia la cima de una cadena, hacia lo más profundo del valle y otra vez hasta lo más alto del siguiente monte, hasta que desaparecían formando una especie de neblina de una tonalidad gris verdosa. Seguía lloviendo de modo que sin detenernos pasamos por Alcalá la Real con su castillo y su iglesia en lo alto de un montículo, como era lo usual. Poco después en un valle que se abría a nuestra derecha vimos un pueblo de lo más sorprendente, en el que el color predominante era el azul con los más diversos tonos. Éste sobresalía entre las tonalidades ocre de la tierra y las montañas y las verdes de los olivos, contrastando sus tejados marrones con los muros azules y blanqueados. Está enclavado en todo lo alto de un pequeño cerro en lo más profundo de un frondoso valle, con vistas de Sierra Nevada por todos lados. No estaba en nuestro camino y no nos apartamos de nuestra ruta para visitar el Castillo de Locubir [*sic.* Por Castillo de Locubín] pero es, espero, un placer que queda aplazado.

Unas cuantas millas más adelante llegamos a una aldea diminuta, Venta de Carreta, media docena de casas con una fuente y un bar. Allí, como era de esperar, había aproximadamente media docena de haraganes merodeando y cuando yo entré en la *posada* para comprar nuestra ración de vino todos entraron conmigo en tropel en el más profundo silencio y sin dejar de mirarme con sumo interés mientras que yo en el mejor español que pude pedí un litro del "vino del lugar". Yo oí a alguien decirle al posadero entre dientes que no fuera a cobrarme de más y yo pagué los 10 d. que solía costar nuestra bebida. Mientras que me estaban llenando la botella vi a cuatro hombres que estaban jugando a las cartas con la baraja más peculiar que yo haya visto en toda mi vida. En lugar de tréboles, diamantes, corazones y picas las cartas tenían todo tipo de vegetales. No tengo la menor duda de que vi a un hombre aparentemente ganando una baza con el seis de rábanos y con el cinco de puerros. Durante todo el tiempo que estuve allí dentro casi no se dijo una sola palabra y no vi la más mínima expresión en los rostros de los hombres que habían entrado conmigo. Cuando iba saliendo se volvieron y salieron poniéndose a mi lado una vez más, como si yo fuese un prisionero que estuviera siendo escoltado al furgón de la policía. Con ellos salieron los jugadores de cartas y el posadero. Pero antes de que nos marchásemos sus caras se relajaron, todos comenzaron a sonreír. Nos decían adiós con las manos mientras gritaban "¡Adiós, buen viaje!" y sonriéndoles y diciéndoles adiós con las manos salimos dejando el pueblecillo detrás de nosotros.

Aquí realmente nos parecía que estuviésemos lejos de toda civilización aunque estábamos en la carretera principal. Eran muy pocos los coches que estropeaban la tranquilidad de la escena. De vez en cuando íbamos viendo muchachos cuidando rebaños de cabras y aquí y allá un ciclista pedaleaba jadeante subiendo las cuestas. En un lugar dos pastorcillos estaban cuidando un rebaño de seis cabras. Un cabritillo juguetón se metió corriendo en la carretera y se puso como si estuviese preparado para darle un topetazo a nuestro coche que se estaba acercando. El pastorcillo literalmente se lanzó a por él agarrándolo por abajo y cuando pasamos allí había



una especie de revoltijo de cabra y niño luchando en la cuneta. Al salir de una curva apareció un ciclista delante de nosotros, demasiado cerca para que yo pudiese hacerle las usuales señales de advertencia. El viento soplaba y probablemente él no oyó cuando nos aproximamos, pero cuando toqué la bocina él saltó tan alto que pude ver la luz del día entre él y el sillín. Entonces él perdió completamente el control de su bicicleta, fue bamboleándose de un lado a otro y finalmente salió disparado saltando por encima del borde de la carretera cayendo por una empinada vereda hacia el fondo de un barranco a unos veinte o treinta pies por debajo. Nos detuvimos en seco para comprobar si estaba herido pero él se encontraba sentado con la cabeza y el cuerpo metidos en el cuadro de la bicicleta riendo a carcajadas, no sabemos si era porque estaba lleno de gratitud por haber escapado o si se reía de su propia estupidez. De cualquier manera daba la impresión que había poco que nosotros pudiésemos hacer, así que le dijimos adiós con la mano y continuamos camino.

En ciertos aspectos ésta fue una mañana bastante aciaga ya que una vez más al salir de una curva vimos a dos muchachos que llevaban enormes haces de ramas en la cabeza. Probablemente ellos no nos vieron ya que iban con las cabezas bajas y cuando yo toqué la bocina corrieron como locos hacia uno de los lados de la carretera, uno de ellos tiró su haz de leña y se cayó encima del susto que se llevó. Esto ciertamente le atañe al automovilista, en particular al automovilista que está haciendo turismo, conducir en España con cuidado y con buena educación. Con todo y con eso uno no puede evitar pequeños incidentes desagradables como este.



TORRE DEL RELOJ (POZO ALCÓN)

## PENELOPE CHETWODE (1963)

Hija de un Mariscal de Campo<sup>96</sup>, pasó gran parte de su infancia en India. Esposa del famoso y galardonado poeta John Betjeman vivió bastante obsesionada por India en especial con la zona del Valle Kullu en Himachal Pradesh, a donde viajó en repetidas ocasiones llegando a ser conocida y admirada por los habitantes de las zonas en las que residía debido a su profundo conocimiento del arte y la arquitectura. Podía leer Devnagiri y publicó varios artículos sobre templos para revistas y publicaciones similares. Viva imagen de un cierto tipo de inglesa intrépida, en el *Sunday Times* se la define en los siguientes términos: ‘Miss Chetwode tiene un extraordinario *don* para interesar a todos con lo que hace, dice o piensa’. Este *don* se pone de manifiesto en la obra *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*<sup>97</sup> que redactó en 1963 como fruto de su viaje a caballo por Andalucía. La otra dama de mediana edad era una yegua de nombre *La Marquesa* que Lord Wellington le prestó para este fin. En esta obra Lady Penelope Chetwode se adentra en los más recónditos rincones de Andalucía, se aloja en posadas mugrientas y sencillas y que habían cambiado muy poco desde los días en que escritores como Ford o Borrow las describieron.

---

96 Datos extraídos de la propia presentación de su obra publicada por Century Publishing y de <http://nityin.worldpress.com>.

97 Penelope Chetwode *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia*. Century Publishing London 1963.





## UN CARBONERO EN EL CAMINO

A las cuatro de la tarde salí cabalgando por un camino completamente recto y sin gravilla en dirección a Pozo Alcón que se encuentra a unos once kilómetros de distancia. De repente un joven con el rostro hisurto y tizado de carbón me adelantó galopando sentado de lado sobre un borrico, intentando alcanzar a su otro burro que se le había adelantado rumbo a casa mientras su dueño se había detenido para tomarse un vino en Cuevas. Jamás en mi vida había visto fuera del circo un ejercicio de equilibrio tan extraordinario. Cuando finalmente lo detuvo tirando del ronzal (algo distinto a las riendas) se volvió y me dijo gritando que me iba a acompañar a Pozo algo que no dejaba de ser un terrible aburrimento puesto que estaba deseando estar sola durante un rato. Así pues, fuimos cabalgando juntos mientras él se comía el almuerzo: un trozo de pan enorme con arenques *crudos* que él abría cortándolos con su *navaja*, quitándole las tripas con el dedo meñique, algo que me parecía un refinamiento innecesario. Por supuesto, él me ofreció compartir su comida pero yo me negué argumentando de la manera más educada que pude, que acababa de almorzar en la *posada*. De todos modos acepté encantada unas cuantas nueces y unos higos secos que luego él se sacó de un bolsillo mugriento.

Mientras íbamos cabalgando me dijo que era carbonero y que acababa de entregar carbón en Cuevas. Como yo era viajera lo más probable es que no quisiera comprar carbón. Pero, ¿Desearía comprar un excelente jamón que él mismo había curado para llevármelo? O, ¿quizás, querría comprar su otro burro para llevar el equipaje? Le dije que todo cabía perfectamente en mis *alforjas* y que la Marquesa podía llevar todas mis cosas y también a mí. Esta fue una ocasión social en la que a mí me estuvo haciendo mucha falta la *bota* que había perdido: Juan tenía una y yo tuve que ir bebiendo de ella en repetidas ocasiones durante nuestro recorrido mañanero como exige la etiqueta.

Luego el carbonero comenzó a hacerme preguntas referentes a la cantidad que había pagado en esta u otra *posada* y cuánto le había pagado a Juan, etc... (por supuesto, siempre le decía cifras bastante más bajas) hasta que me cansé tanto que le pedí que cantase para que dejara de hablar.

‘Déme cien *pesetas*.’

‘No, diez.’

‘Cien.’

Completamente exasperada comencé a cantar y lo invité a escuchar las tres estrofas completas *Lorelei* en Alemán, uno de mis números fijos. Todo lo que conseguí con esto fue que me dijera lo pobre que era mientras se señalaba las rodillas que se podían ver por los rotos de sus pantalones. Como auto defensa dije que le daría veinticinco *pesetas* si iba cantando para mí el resto del camino.

¡Déme cien *pesetas*!

Yo le alargué una moneda de veinticinco *pesetas* a la que él no pudo resistirse y comenzó a cantar *cante jondo* y de hecho lo hizo muy bien. Pero no aguantó mucho tiempo.

‘¡*Me da cien peseta!*’ gritó amenazador, cortándole el paso a la Marquesa con su pequeño y tierno *borriquillo*.

¡Voy sola a Pozo! Grité mientras clavaba las puntas de mis estribos en la ijada de la Marquesa de modo que salimos a medio galope avanzando por la blanda y arenosa cuneta de la carretera, con las *alforjas* dando saltos de arriba abajo sin parar. Yo podía escuchar unos piecitos galopando que me perseguían, pero no durante mucho rato, el buen paso de la Marquesa pronto dejó atrás a los burros, aunque la mantuve a medio galope durante una milla al menos para mantener una buena distancia entre mí y lo más cercano a un bandolero que yo haya encontrado en mi vida.

Hasta este momento yo me había sentido demasiado tímida para decir ‘vaya usted con Dios’ a la gente que me encontraba o de la que me despedía; pero la velocidad me dio valentía y yo grité: ‘¡Vaya usted con Dio-o-o-o-o’ todo lo fuerte que pude a todo el que pasaba. Fue algo bastante excitante.

Pozo Alcón es un *pueblo* grande de 12.000 habitantes con tres médicos y tres curas. Tiene una gran fábrica de cemento y una refinería de aceite. En la actualidad hay aproximadamente cincuenta hombres empleados en la construcción de una presa a nueve kilómetros de distancia que se utilizará para electricidad y para regadío.

La *posada* a la que me dirigí tenía un nombre bastante altisonante ‘*Parador del Carmen, Camas y Comidas*’. ‘*Garaje*’. Llevé a la Marquesa al garaje través del patio empedrado que suele haber y éste estaba lleno de mulos pero me dijeron que todos estaban atados allí de manera temporal mientras que sus dueños estaban bebiendo en el bar y que el verdadero establo estaba más allá. El hijo mayor del posadero, un sonriente muchacho de dieciséis años le quitó la silla encantado, le trajo un poco de *cebada* y durante los dos días que pasé en esta posada él se ocupó constantemente de la yegua, sacándola a beber, viendo si tenía suficiente *paja* y poniéndole y quitándole la montura. Las mazorcas de maíz siempre se las daba yo.

Yo tenía una habitación individual con una estrecha ventana que daba al norte y que de hecho tenía algunos cristales. Pero en la parte superior uno se había roto y faltaba un trozo. Los postigos no cerraban bien y el *pueblo* estaba situado en lo alto de una llanura a los pies de la sierra del Pozo con un viento helado que soplaba desde allí por lo que la habitación era extremadamente fría y tenía corriente. Yo vacié mis alforjas y me di cuenta de que mi magnífico pijama de dayella<sup>98</sup> se me había caído mientras huía. Así que, después de todo, el joven carbonero había ganado –puesto que había recogido un premio que costaba al menos unas tres-

---

98 Tejido parecido a la Viyella y que hace años se hacía en las mismas fábricas.

cientas *pesetas*. ¿Se pondría la parte de abajo de rayas para sus correrías y asaltos en lugar de sus pantalones hechos jirones con los que él no pudo despertar en mí la compasión?

Frente a mi habitación había un retrete planificado de la manera más ingeniosa para avergonzar al ocupante que yo haya visto en toda mi vida: tenía forma de L y la puerta era demasiado grande para el marco con lo cual no se podía cerrar bien. De la mitad hacia arriba debería haber tenido cuatro paneles de vidrio esmerilado pero faltaba uno de modo que cualquier persona que parara por allí podía mirar perfectamente hacia adentro. Cuando dabas un portazo desde el interior se quedaba encajada en el quicio durante medio minuto, luego ella sola se abría completamente con un chirrido triunfante y con el ángulo de la pared era imposible volver a cerrarla.

Ya que no había tenido tiempo para mí puesto que había estado en la carretera todo el día y como quedaban unas cuatro horas para que la cena estuviese preparada, me senté en la cama con dos pares de calcetines puestos, dos jerséis y mi chaquetón y me puse a escribir unas cartas. Pero el helado viento se me metió en los huesos de modo que me levanté y fui a mis devociones vespertinas sorprendida al escuchar el '*Dios te salve María*' de unos altavoces colocados en la plaza delante de la iglesia. Se trataba del cura que estaba hablando delante de un micrófono mientras dirigía a la congregación en el rezo del Santo Rosario desde el púlpito. Luego le pregunté la hora a la que decía misa ya que la *posada* estaba a unos diez minutos a pie y era probable que yo no escuchara los tres toques de las campanas. El me dijo: 'A las ocho y media, no a las nueve menos cuarto, bueno no, mejor a las nueve en punto, *es más seguro*'.

De vuelta de mis rezos vespertinos me dirigí al establo para dar la cena a la Marquesa, pero no podía abrir porque había ovejas tumbadas en la puerta. Por fin empujé hasta que pude entrar y me caí completamente de bruces encima de una oveja enorme. Ésta emanaba un olor delicioso a lanolina. Cuando por fin pude



llegar a donde estaba la Marquesa había otra oveja tumbada en la paja cortada del pesebre. Parecía estar tan a gusto y tan calentita que no me gustaba la idea de echarla de allí, de modo que me llevé la yegua a otro gancho más abajo. En el establo que parecía el Arca de Noé, aparte de las ovejas había varios cerdos bastante grandes, una hilera con nueve mulos, cinco burros, siete cabras, dos ponis, dos pavos blancos y muchas gallinas. Cuando iba saliendo pillé a la Marquesa, a la muy pícaro dando a hurtadillas una coza a uno de los pobres cerdos.

Mientras que estaba yendo hacia el comedor para cenar casi pierdo los nervios: no había menos de nueve hombres sentados en una mesa de camilla enorme tomando una sopa de pescado rojiza. Tuve la misma sensación de hundimiento que la que sentí hace treinta años antes de entrar en una fiesta de debutantes. Pero ahora, al igual que entonces, yo tenía que pasar por esto, de modo que me senté entre un electricista que trabajaba en la presa y que tenía el rostro que parecía un santo bizantino y un alegre tratante de cerdos de cara redonda que había estado comprando cerdos en el mercado y que había visto a mi yegua y le había gustado mucho. *Qué buena jaca* dijo, sin tener remota idea de que la Marquesa estaba haciendo todo lo que podía para dejar lisiadas sus compras.

Le pregunté si él tenía caballos propios. Me dijo que tenía un cortijo cerca de Pozo y que solía tener dos caballos pero que como comían mucho los había vendido. Ahora sólo tenía mulas para trabajar los campos.

María, la muchacha de diecisiete años que nos atendía, tenía unos brillantes ojos negros y coqueteaba escandalosamente con los clientes. Luego, mientras estuve sentada en la cocina esperando para calentar mi botella de agua caliente conocí al posadero, a la posadera y a sus nueve niños. Ella se encargaba de toda la comida de la posada mientras que los niños jugaban dentro y fuera de la cocina, por el garaje y los establos. Estuve hablando con un ingeniero de la presa y con su esposa que no habían estado sentados en mi mesa durante la cena. Eran de Madrid y ella estuvo lamentando su sino por estar confinada en este apartado pueblo tan provinciano.

Le sugerí que se comprara un caballo y que se dedicase a explorar las sierras de los alrededores pero no pareció que ella pensara que se trataba de una buena idea.

En esta *posada* tan grande no se cocina en el fuego abierto de una chimenea sino que hay una hornilla de carbón a lo largo de un muro pero ni siquiera aquí había horno de modo que toda la comida se tenía que reducir a alimentos fritos y a estofados.

Sin pijama me metí en la cama con dos juegos de ropa interior incluyendo unos preciosos pololos que compré en Málaga, mis dos jerséis y dos mantas extra que me proporcionó María; con una botella de agua muy caliente y mi chaquetón encima de todo esto pude realmente por fin sentirme caliente.

Sólo los franceses saben cómo negociar con San Antonio de modo que me quedé dormida recitando<sup>99</sup>...

*'Saint Antoine de Padou*

*Grand cocain, grand voleur, grand filou*

*Qui connaissez tous les p'tits trous*

*Rendez nous c'qui n'est pas a vous!*

Algo que le había hecho soltar muchas cosas para mí en el pasado. Pero en el fondo de mi alma yo sabía que no había nada que él pudiera hacer por mi pijama de dayella.

*Martes, 14 de noviembre*

Fui a misa a las 9 (el cura había dicho que esa hora era *más segura*) y me encontré con que el evangelio ya iba por la mitad. ¡Oh! Los horarios de las misas son de lo más exasperante de todas las *cosas de España*. Para desayunar tomé un excelente

---

<sup>99</sup> *San Antonio de Padua, pillín, ladronzuelo y tramposillo, tu que conoces todos los pequeños rincones, ¡devuélveme lo que no es tuyo!*

café expreso en la *posada* después de lo cual me dirigí a la peluquería puesto que había pedido hora la noche anterior.

Yo había llegado tres cuartos de hora tarde pero la señora ni siquiera había puesto el agua a calentar, por lo que había sido muy puntual de acuerdo con sus ideas. La peluquería era el pequeño cuarto de estar de una casita en una calle adyacente. No había una sola ventana de modo que la puerta de entrada tenía que permanecer completamente abierta para que entrase algo de luz que se uniese a la de la bombilla de muy pocos vatios. Finalmente trajeron una cacerola de agua caliente desde una habitación contigua y fui sometida al siguiente suplicio:

1.– Colocaron una palangana bastante grande en la estructura circular de una silla a la que le faltaba el asiento.

2.– Me puse de rodillas sobre un cojín delante de la silla y bajé la cabeza como si estuviese preparada para la decapitación.

3.– Por las piernas me subió un viento helado como si estuviese cargado de nieve.

4.– Llenaron la palangana hasta la mitad con el agua caliente de la cacerola y le añadieron agua fría de un cubo que había llevado Natividad, la hija de la señora.

5.– La peluquera me lavó la cabeza y me dio dos aclarados mientras me contaba la triste historia de su vida: cómo la había abandonado su marido mientras estaba embarazada; cómo no había sabido nada de él desde entonces; me contó que Natividad nunca había visto a su padre; que ella entonces se fue a Alicante a casa de una tía durante seis meses para aprender su oficio. Mientras me cortaba y luego me marcaba el peinado, su hijita que estaba tiritando de frío con un vestido de algodón y una rebeca, le iba alargando los rulos. Finalmente me colocaron bajo un moderno secador eléctrico deliciosamente caliente mientras que Natividad permanecía sentada a mi lado tomándose el desayuno (11 a.m.) compuesto de pan reseco y chocolate con leche y almendras.

La peluquera me cobró quince *pesetas* por el lavado, corte y marcado, algo que no llegaba a los dos chelines. Me quedé pasmada y le di veinticinco por lo que ella se mostró conmovedoramente agradecida. Luego decidí acercarme a mi silla de montar a coger algunas correas que estaban en las solapas de mis alforjas. En España no hay nada que cierre bien: ni las ventanas ni los postigos ni las *alforjas* ni las puertas de los retretes. Natividad volvió a la *posada* conmigo y fuimos a buscar las alforjas y las bridas (que habían sido cosidas de manera provisional con hilo de esparto por mi posadero en Don Diego) y ella me llevó a todo lo largo de la calle principal de Pozo que hacia todo lo alto lleva hasta la iglesia y donde ya me había dado cuenta de que había muchas tiendas: comestibles, ferreterías, una relojería, dos farmacias, tiendas de tejidos y un mercado municipal cubierto, donde se podía comprar pescado, carne, frutas, verduras y todo tipo de ultramarinos. Fuimos a la talabartería donde colgaban magníficas muestras de sus artículos de artesanía: mantas bordadas para sillas de montar y alforjas, petos, pantalones de montar y preciosas e impactantes bridas para *burro* rosas y escarlata, y le enseñé al talabartero dónde quería que cosiera unas correas y hebillas adicionales para evitar que fuera por ahí perdiendo algún otro tesoro que se me saliera de las *alforjas*. También compré un ronزال para amarrar a la Marquesa por la noche. Hasta ahora ella sólo ha tenido un trozo de sogá alrededor del pescuezo.

El almuerzo a las dos de la tarde consistió en un delicioso *cocido*, una tortilla francesa y melocotón en almibar. Mis únicos compañeros fueron un atractivo y joven oficial de la Guardia Civil y un fabricante de muebles de Baeza quien dijo que tenía planes de ir a Suiza para hacer negocios ya que tenía algunos amigos allí con los que podía quedarse y así podría ganar bastante más dinero. Él me dijo que no estaba casado aunque parecía tener alrededor de unos treinta años, por lo que yo le aconsejé que se buscara como novia a una guapa suiza.

Cuando la luz de la tarde era la apropiada para hacer fotografías fui caminando por las sinuosas y empinadas calles hasta la parte más alta del pueblo y mientras ca-

minaba sin rumbo haciendo fotos a pintorescos grupos de mujeres haciendo punto y cosiendo en las puertas de sus casas, una joven se me acercó y me preguntó si yo había perdido ayer algo en la carretera. Sorprendida la seguí hasta su casa, entré y allí estaba el carbonero, cubierto de hollín como siempre y sonriendo de oreja a oreja mientras me alargaba mi pijama. ¿Qué podía hacer sino darle  *cien pesetas*? Desde un principio él había ganado claramente la partida. ¡Y todo lo que había estado hablando de la pobreza! Yo no tenía más que un billete de mil  *pesetas* por lo que él me dio novecientas de cambio que sacó directamente de su abultada cartera. Nos dimos la mano y nos despedimos quedando como los mejores amigos.

En los alrededores del pueblo había varios arroyos de montaña con mujeres lavando ropa cuyas figuras se recortaban ante el telón azul de la Sierra del Pozo. En España las mujeres parece que nunca paran de lavar: por la mañana, por la tarde y por la noche. Me quedé fascinada mirando a dos niños que iban montados sobre un burro trotando mientras se iban peleando. Estaban sentados uno frente al otro y los dos estaban intentando tirar al contrario. Nunca dejo de admirar el fantástico equilibrio de estos andaluces. Se sienten igual de cómodos sentados hacia delante o hacia atrás en un animal que vaya al trote o al galope, y creo que sin ningún tipo de entrenamiento previo, ellos podrían montar un caballo en una gran exhibición de saltos.

En esta ocasión ya me iban siguiendo inevitablemente un gran número de niños. Cualquier extranjero debe estar preparado a representar el papel del Flautista de Hamelín en España y cuanto antes aceptes el papel, mejor. El gritarle a los  *niños* no te libra de ellos, como yo aprendí en Don Diego. Cuando íbamos volviendo al  *pueblo* yo les dije que les compraría unos caramelos y ellos me llevaron a una tienda donde les compré medio kilo. Pero justo cuando salimos a la calle y yo comencé a repartirlos, tres o cuatro a cada niño, iban apareciendo más y más niños que no sé de dónde salían hasta que me dio la impresión de estar rodeada por miles de brazos extendidos. Ya desesperada arrojé el resto de los caramelos al aire dando lugar

a una impresionante melé y a los gritos de dos pobres niñas a las que pisotearon. Me di cuenta que tendría que probar otro sistema de distribución de caramelos.

Cuando volví a la *posada*, me puse escribir cartas en el cuarto de estar de la familia que estaba al lado de la cocina. Pero a una no la dejan tranquila durante mucho tiempo. Pronto entró un tratante de mulos vestido con una amplia camisa de algodón gris sobre unos pantalones de pana. Él quería decirme cuánto le gustaba la Marquesa. La acababa de ver en el establo donde había entrado para dar de comer a sus nueve mulos. Al día siguiente pensaba llevarlos a Baza. ¿Me interesaría venderla? No, le expliqué, no podía venderla porque no era mía. ¿Le podría preguntar al propietario? Ahora ya estaba acostumbrada a recibir ofertas para comprar a la Marquesa y ya había ideado una serie de respuestas que siempre disuadían a sus admiradores de seguir molestándome:

‘Ésta es la yegua preferida de un inglés que es Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo’, decía. ‘Él siempre la monta cuando viene a su finca’.

Este tratante de mediana edad, uno de los hombres más atractivos que yo haya visto en mi vida, tenía un modo de hablar tan agradable y unos modales tan distinguidos que si él cambiase su amplia camisa por una corbata blanca y un frac, destacaría por derecho propio en la más solemne de las cenas. Entonces empecé a escuchar unos desgarradores chillidos que venían desde el patio cubierto. Los cerdos, a los que la Marquesa había importunado tanto, estaban siendo pesados en básculas colgadas del techo antes de ser metidos en el camión para llevárselos. Fui a dar de comer a la señora y me di cuenta de que habían sacado del establo todas las ovejas y los cerdos. Pero las nueve mulas del aristocrático tratante seguían allí alegremente comiendo sin parar *paja y cebada*.

Mi amigo el tratante de cerdos se había ido a su casa una vez que había visto que los animales que había comprado estaban a salvo y ya dentro del camión. Los hombres que había en la cena estaban principalmente relacionados con la presa y también había un joven electricista sevillano fascinante que esta noche era el

objetivo de los brillantes ojos de María. Como muestra de sus sentimientos ella finalmente se metió bajo la mesa de camilla y le calentó las piernas con el rescoldo caliente.

*Miércoles, quince de noviembre*

Por la mañana salí rumbo a Tiscar. Era una mañana cálida y soleada y el camino sin grava iba subiendo hacia las montañas y decidí disfrutar mi propia compañía a cualquier precio. Se me ocurrió un plan que posteriormente puse en práctica el resto de mi viaje: si quería adelantar a alguien en el camino yo me pondría a trotar con inquebrantable resolución y le diría canturreando *¡Vaya Usted con Dio-o-o-o!* Si se daba el caso de que estuviese entreteniéndome por el camino o que estuviese sentada contemplando el paisaje mientras la Marquesa disfrutara de su descanso para comer y yo escuchara cascadas de caballos aproximándose, yo me subiría a la silla con la ayuda de una banqueta o de una roca y saldría a galope. Yo simplemente tendría los días para mí si es que tenía que brillar en la vida social de las *posadas* durante la noche. Pero en este tramo del viaje no tuve que recurrir a ninguna de las estrategias que acabo de exponer. Me adelantaron dos camiones en doce kilómetros pero no encontré a nadie más ni caminando ni cabalgando. Las montañas estaban profusamente plantadas de pinos y pude ver un cartel blanco grande en el que se podía leer: *Ministerio de Agricultura. Patrimonio Forestal del Estado.*

Tiscar es un pueblo como sacado de los cuentos de Grimm, se trata de una *aldea* que es algo distinto a un *pueblo*, ya que sólo tenía unos doscientos habitantes. Se extiende hacia abajo por un rocoso desfiladero en uno de cuyos extremos los colosales precipicios dejan ver una diminuta atalaya árabe, y es difícil distinguir entre lo que es obra de Dios y el trabajo del hombre realizado con el mismo tipo de piedra.

*Aquí Penelope Chetwode fue testigo de una matanza y relata el modo en el que hacían morcillas y salchichas. También, visitó la cueva de la Virgen de Tiscar y*

*continuó viaje a lomos de la Marquesa hacia Quesada donde acompañada por don Antonio el párroco y el alcalde, visitó las dos iglesias del pueblo.*

Cuando llegué a Quesada no sabía si seguir hasta Cazorla. Luego pensé que a la Marquesa le gustaría comer, así pues la llevé hacia abajo por una calle empedrada y muy empinada hacia la calle principal que era bastante estrecha pero estaba asfaltada. Había una *posada* muy agradable con un dormitorio que tenía dos cristales en la ventana aunque los otros dos se habían roto. El establo era pestilente y estaba abarrotado de muebles viejos tirados sobre la basura, en absoluto a la altura del nivel habitual de porquería. Tuve que atar a la pobre Marquesa cerca de un enorme montón de troncos que se le caían entre las patas (luego, cuando sacaron algunos mulos la moví un poco más abajo). Compré dos kilos de cebada en la tienda que había en la puerta de al lado ya que el posadero no tenía. Luego fui a visitar al *párroco*.

Don Antonio, un hombre excepcionalmente encantador estaba sentado ante su mesa de trabajo en su despacho. Él no dejaba de sonreír y estaba ocupado recibiendo a una interminable cola de parroquianos que se le acercaban para que les firmase documentos y para que les diese algunas respuestas.

Le pedí que me contase la historia de la Virgen de Tiscar. El me dio una calurosa bienvenida a su *pueblo*, me invitó a almorzar, me prometió contarme la historia más tarde y mientras tanto me insistió en llevarme al ayuntamiento a conocer al *alcalde*, don Antonio Navarrete, quien es un distinguido poeta de la naturaleza y que recientemente había publicado una serie de poemas describiendo los riscos, arroyos, pájaros y plantas de estas agrestes sierras<sup>100</sup>.

El párroco y el poeta me acompañaron cruzando la plaza hasta una agradable galería de arte muy pequeña donde se podían ver las obras de Rafael Zabaleta,

---

100 Con posterioridad Penelope Chetwode le enseñó el libro de poemas del alcalde de Quesada a la poetisa norteamericana Gamel Woolsey, esposa de Gerald Brenan, y ella tradujo al inglés uno de los poemas que Penelope Chetwode incluye en este libro.



hijo de un comerciante de telas de Quesada que había fallecido el año anterior a la temprana edad de cincuenta y dos años. Gracias a su amigo, el cultivado *Alcalde*, este pintor ha recibido honores en su propio país. Sus primeras obras muestran una clara influencia del Picasso de la época azul. Luego se ven trazos puntillistas e influencias de Braque, Matisse y Douanier. Maestro de la composición, él se introduce en su propio *pueblo* y las sierras de los alrededores y algunas de sus escenas de cosecha bien merecen un viaje exclusivamente para ver Quesada. Realmente me sentí emocionada al encontrar este centro de cultura en un pueblo de montaña tan apartado: el teólogo, el poeta y el pintor.

Volví a la *posada* para cambiarme de ropa y ponerme un jersey y una falda. Mi posadera como era de esperar, se sorprendió mucho cuando supo que iba a almorzar con el cura de la parroquia. Le dije que definitivamente había decidido quedarme a pasar la noche ya que no había forma de que la comida terminase antes de las cuatro de la tarde, había dos iglesias que quería visitar y oscurece un poco después de las seis.

De vuelta a la casa parroquial don Antonio me presentó a su encantadora y anciana madre y a su padre que vivían con él, y su madre me contó que tenía dos hijos más jóvenes que estaban estudiando para ser sacerdotes en el Seminario Diocesano de Jaén. El edificio forma parte de una hilera de casas, las pequeñas habitaciones tenían los suelos de losetas y en el despacho se podían ver librerías con puertas de cristal abarrotadas de libros de teología en español y en latín, incluyendo ediciones completas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Para almorzar tomamos un guiso de patatas y conejo seguido de hígado y terminamos con un sorprendente pudín de maicena al estilo inglés, con azúcar y canela por encima. Cuando terminamos el sacerdote me contó, con mucha paciencia y repitiéndolo varias veces, hablando muy despacio y de manera clara para que yo pudiese entenderle, la historia de la Virgen de Tiscar. [...]

Salí de Quesada después de haber almorzado muy temprano acompañada por el encantador hijo de mi posadero. ¡Oh, qué buena educación y qué maravillosas formas tienen todos los jóvenes españoles! Él vino andando hasta el fondo de pueblo y me llevó hasta el escarpado y romántico *camino muy malo*. Las vistas eran impresionantes cuando volvía la vista hacia atrás para mirar al pueblo desde esta senda, con la iglesia parroquial elevándose por encima del perfil del pueblo en el lugar en el que en la antigüedad había una fortaleza.

A unos dos kilómetros de Quesada llegamos a una pequeña ermita blanqueada que tenía un campanario. La puerta estaba cerrada, pero había un agujero por el que pude echar un vistazo al interior completamente abandonado a no ser porque se podía ver una estatua de San Sebastián en el altar.

## BIBLIOGRAFÍA: (FUENTES PRIMARIAS)

- ADOLPHUS, John Leycester *Letters from Spain in 1856 and 1857* John Murray, London 1858.
- ANDROS, A.C. *Pen and Pencil Sketches of a Holiday Scamper in Spain* Edward Stanford, London 1860.
- BAXTER, William Edward *The Tagus and the Tiber; or Notes of Travel in Portugal, Spain and Italy in 1850-1851.* Richard Bentley, London 1852.
- BLACKBURN, Henry *Travelling in Spain in the Present Day* Sampson Low, London, 1864.
- BLAKE, W.T. *Spanish Journey or Springtime in Spain* Alvin Redman, London 1957 y Taplinger, New York, 1960.
- BORROW, George *The Bible in Spain or, the journeys, adventures and imprisonments of an Englishman in an attempt to circulate the scriptures in the peninsula.* London, John Murray, 1830.
- BRENAN, Gerald *The Face of Spain* Turnstile, London 1950.
- BROOKE, Sir Arthur de Capell: *Sketches in Spain and Morocco.* Henry Colburn and Richard Bentley, London 1831.
- CHETWODE, Lady Penelope *Two Middle-Aged Ladies in Andalusia* Century Publishing London 1963.
- CLARK, William George *Gazpacho or Summer Months in Spain.* John W. Parker. London, 1850.
- COOK, Captain Samuel Edward *Sketches in Spain during the Years 1829, 30, 31 and 32; containing notices of some districts very little known; of the manners of the people,*



- government, recent changes, Commerce, Fine Arts and Natural History.* Thomas and William Boone, London, 1834.
- FORD, Richard. *Hand-Book for Travellers in Spain and Readers at Home. Describing the Country and Cities, The Natives and Their Manners; with Notices on Spanish History. Part I. Containing Andalusia, Ronda and Granada, Murcia, Valencia, Catalonia, and Estremadura: with Travelling Maps and a Copious Index* John Murray, London. 1845.
- HAVERTY, Martin *Wanderings in Spain* Parry, Blenkarn and Co., London. 1847.
- HAYCRAFT John *Babel in Spain* Morrison and Gibb, London and Edinburgh 1958.
- HELM, Mackinley *Spring in Spain*, Hartcourt, Brace and Co. New York 1952.
- HOLLAND, Lady Elizabeth Vassall Fox (1770-1845). *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland, Edited by The Earl of Ilchester.* Longmans, Green and Co. London 1910.
- HOSKINS, George Alexander: *Spain as It Is*, Colburn and Co., London 1851.
- INGLIS, Henry David: *Spain in 1830.* Whittaker, Treacher and Co., London, 1831.
- JOHNSTON-SAINT, P. *Castanets and Carnations* Heath Cranton Limited, London 1946.
- LEE, Laurie *As I Walked Out One Midsummer Morning* Penguin Books, Middlesex, 1969.
- LUFFMANN, Charles Bogue *A Vagabond in Spain.* John Murray, London 1895.
- MORTON, Henry Vollan *A Stranger in Spain* Dodd, Mead and Co. New York, 1955.
- MURRAY, Robert Dundas *The Cities and Wilds of Andalusia.* Richard Bentley, London 1849; 3rd. ed. R. Bentley, 1853.



- QUIN, Michael Joseph *A Visit to Spain, detailing the transactions which occurred during a residence in that country in the latter part of 1822 and the first four months of 1823 with an account of the removal of the Court from Madrid to Seville; and notices of the manners, customs, costume and music of the Country* Hurst, Robinson and Co. London 1823.
- SCOTT, Captain Charles Rochfort *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada with characteristic sketches of the Inhabitants of the South of Spain* Henry Colburn, London 1838.
- SEMPLE, Robert *A Second Journey in Spain in the Spring of 1809; From Lisbon Through the Western Skirts of the Sierra Morena, to Sevilla, Cordoba, Granada, Malaga, and Gibraltar; and thence to Tetuan and Tangier* C. and R. Baldwin, London, 1810.
- SITWELL, Sacheverell *Spain* B.T. Batsford Ltd. London 1950.
- ROSE, Hugh James *Untrodden Spain and her Black Country being Sketches of the Life and Character of the Spaniard of the Interior* Samuel Tinsley. London 1875.
- TENISON, Lady Louisa *Castile and Andalusia* Richard Bentley. London, 1853 (xiii+488 págs., veinticuatro grabados y veinte viñetas).
- WIDDRINGTON Captain Samuel Edward *Spain and the Spaniards in 1843* T. and W. Boone. London 1844.
- USSHER, Arland *Spanish Mercy*, Victor Gollancz, London 1959.





## BIBLIOGRAFÍA: (FUENTES SECUNDARIAS)

- ALBERICH, J. *Bibliografía Anglo-hispánica (1801-1850)* Oxford 1978.
- BESAS, P. *The Written Road to Spain* Madrid 1988.
- BAXLEY, H. W. *Spain, Art Remains and Art Realities* London, Longmans, Green and Co. 1875.
- CAYLEY, *The Bridle Roads of Spain* London 1856.
- FARINELLI, A: *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX.* Madrid 1920.
- FOULCHÉ-DELBOSC, R. *Bibliographie des Voyages en Espagne et Portugal* Paris 1896.
- FREIXA, C. *Los Ingleses y el arte de viajar.* Barcelona, El Serval 1993.
- GARCÍA-ROMERAL PÉREZ, C. García-Romeral Pérez *Bio-bibliografía de Viajeros por España y Portugal.*Ollero y Ramos, Madrid 1999.
- HAMMICK, H. *The Duke of Wellington Spanish's State* London, Spottishwoode, 1885.
- ROBERTSON, IAN *Los Curiosos Impertinentes* Editora Nacional, Madrid 1975.
- LÓPEZ-BURGOS, M.A. *Por Tierras de Bandoleros/Travelling Through a Land of Bandits.* Málaga y Lucena 2002.
- *¡La Bolsa o la Vida!* Málaga 2003 y la edición inglesa *Stand and Deliver* Málaga 2004.
- MANNING, S. *Spanish Pictures drawn with Pen and Pencil* London, The Religious Track Society, 1870.



PROTHERO, R.E. *The Letters of Richard Ford* (1905).

RUIZ MAS, J. *Libros de Viajes en Lengua Inglesa por la España del Siglo XX*.





## OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

- LÓPEZ-BURGOS, M. A. *Granada como tema literario en los viajeros ingleses del siglo XIX* (1980). Memoria de Licenciatura. Universidad de Granada.
- *Libros ingleses sobre España en dos bibliotecas granadinas*. (1984) Universidad de Granada.
  - *Aportaciones metodológicas al estudio de la Literatura de Viajes: Viajeros ingleses en la Granada del siglo XIX* (1989). Tesis doctoral. Universidad de Granada.
  - *Granada 1802-1843* (1995) Granada, Némesis Editores.
  - *Siete viajeras inglesas en Granada 1802-1872* (1996). Granada, Axares.
  - *Por Tierras de Alhama-Temple. Relatos de Viajeros ingleses 1809-1852* (1997). Alhama. Excmo. Ayuntamiento de Alhama.
  - *La Vega de Granada. Relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX* (1997). Santa Fe, Excmo. Ayuntamiento de Santa Fe.
  - *Por los caminos del Poniente Granadino. Relatos de viajeros ingleses durante el siglo XIX* (1998). Loja. Fundación para el Desarrollo Rural del Poniente Granadino y Excmo. Ayuntamiento de Loja.
  - *Santa Fe y La Vega de Granada* (1998) Santa Fe, Excmo. Ayuntamiento de Santa Fe.
  - *Guadix y su comarca* (1999) Melbourne y Granada, Australis Publishers.
  - *Por las rutas de Baza* (1999) Melbourne y Granada, Australis Publishers.
  - *Granada, 1802-1830* (2000) Melbourne y Granada, Australis Publishers.
  - *Granada, 1830-1843* (2000) Melbourne y Granada, Australis Publishers.
  - *Granada, 1843-1850* (2000) Melbourne y Granada, Australis Publishers.



- *Viajeros Ingleses en la Granada de 1850* (2001) Melbourne y Granada, Australis Publishers.
- *Viajeros Ingleses en Granada de 1860-1870* (2002) Málaga, Caligrama Ediciones.
- *Por Tierras de Bandoleros/ Travelling Through a Land of Bandits*. Málaga y Lucena. Airon 60 y Fundación para el Desarrollo de los pueblos de la ruta del Tempranillo. 2002.
- *La Bolsa o la Vida. Bandoleros y atracadores de caminos en los relatos de viajeros ingleses en la Andalucía del siglo XIX*. Málaga, Caligrama 2003.
- *Stand and Deliver! Spanish Bandits of Olden Times*. Málaga, Caligrama 2004.
- *Almería Dorada. Relatos de viajeros de habla inglesa*. Junta de Andalucía, Sevilla. 2007.
- *Viajeras e La Alhambra*. Junta de Andalucía, Sevilla. 2007.

**Obras como editora:**

- López-Burgos del Barrio M.A. y J. Ruiz Mas (eds.) *Viajeros británicos, irlandeses y norteamericanos en España: escritores, pintores y músicos*. Ed. Universidad de Granada, Granada 2005.
- *The English Lake. British Travellers in the Mediterranean*. Editorial Universidad de Granada. Granada 2006.
  - *Travels, Travellers and Travelogues* Editorial Universidad de Granada. Granada 2007.

